



1165736

DR

477







COLECCION UNIVERSAL

Núms. 1.139-1.140

H. TAINE

*Viaje por Italia*

TOMO I

PRECIO

120  
pts

1.50

ESPASA-CALPE, S. A.



*A. Rielmejs-*

H. Taine

—

VIAJE POR ITALIA

TOMO I

NÁPOLES Y ROMA

MCMXXX



H. TAINE

# Viaje por Italia

TOMO I

NAPOLES Y ROMA

La traducción del francés ha sido hecha  
por A. MARTIN BECERRA



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

1177

MADRID, 1930

---

ES PROPIEDAD

Madrid, 1930

Published in Spain

---

Biblioteca Pública de Salamanca  
Dionisio Ribero  
Fondo bibliográfico

 Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

---

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24.—MADRID

A M. CARLOS BELLAY,  
*pintor, en Roma.*

*Aceptad este libro, mi querido  
Bellay, en recuerdo de nuestros  
paseos, de nuestras discusiones  
y de vuestras obsequiosidades, en  
testimonio de mi grande estima-  
ción y de mi viva amistad.*

H. TAINÉ.

*Diciembre de 1865.*



## EL CAMINO Y LA LLEGADA

A M...., en París.

15 de febrero de 1864.

¿Conoces nada más desagradable que los entreactos?

Se rebulle uno en su butaca y se estiran los miembros bostezando con discreción. Se siente cansancio en los ojos; se miran por centésima vez las figuras alargadas de los músicos: el primer violín que hace gracias, el clarinete que toma alientos, el contrabajo paciente que parece un caballo de alquiler desenganchado después de un relevo. Se vuelve uno hacia los palcos; se percibe por encima de los hombros descotados una espesa mancha negra, los gemelos enormes que parecen un trozo de trompa que oculta los rostros; un aire malsano, denso, pesa sobre el hormiguero de la orquesta y de las plateas; en una polvareda de luz cruda se deslía una multitud de cabezas inquietas y gesticulantes, de sonrisas falsas; el mal humor late bajo la cortésia y la buena educación.

Se compra un periódico, que se encuentra estú-

pido; se llega hasta leer el libreto, que es más estúpido todavía, y acaba uno por confesarse que ha perdido la tarde; el entreacto es más fastidioso que divertida la obra.

Pues en los viajes hay una infinidad de entreactos: son las horas vacías de comer, de dormir, de levantarse, la espera en las estaciones, el intervalo entre dos despedidas, los momentos de fatiga y de aridez. Durante todo este tiempo se nos presenta la vida de color negro. No conozco contra esto más que un remedio: tener un lápiz y tomar notas...

Considera esto como un diario al que faltan páginas y completamente personal. Cuando una cosa me agrada, no pretendo que te agrada y mucho menos que agrada a los demás. ¡El cielo nos preserve de legisladores en materia de belleza, de placer y de emoción! Lo que cada uno siente le es propio y particular como su naturaleza; lo que yo experimente dependerá de lo que yo sea.

Por tanto, debo comenzar con un ligero examen de conciencia; es prudente ver la construcción del instrumento antes de servirse de él. Hecha la experiencia, este instrumento, alma o espíritu, siente más placer ante las cosas naturales que ante las obras de arte; nada le parece comparable a las montañas, al mar, a los bosques y a los ríos. En lo demás ha seguido el mismo criterio; en poesía como en música, en arquitectura o en pintura lo que le impresiona por excelencia es lo natural, el esfuerzo espontáneo de las potencias humanas,

cualesquiera que sean y bajo cualquier forma que se manifiesten. Con tal de que el artista tenga un sentimiento profundo y apasionado y no piense más que en expresarlo enteramente, como lo siente, sin vacilaciones, desfallecimientos o reservas, está bien; si es sincero y conoce la técnica para traducir exacta y completamente su impresión, su obra es bella, antigua o moderna, gótica o clásica. En este orden representa un compendio de los sentimientos públicos, las pasiones dominantes del tiempo y del país donde nació; de suerte que es una obra natural, la obra de las grandes fuerzas que conducen y conflagran los acontecimientos humanos. Este instrumento, así construido, se ha paseado por la historia, sobre todo entre las obras literarias, largo tiempo también entre las obras de arte, las únicas que por su relieve sensible conservan en la posteridad el cuerpo vivo y la personalidad humana, a través de las estampas y de los museos de Francia, de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra y de Alemania. Hecha la comparación, el instrumento ha vibrado, desde un principio y por encima de todo, ante la fuerza heroica o avasalladora, es decir, ante los colosos de Miguel Angel y de Rubens; después ante la belleza de la voluptuosidad y de la dicha, es decir, ante las obras de los venecianos; y en el mismo grado o acaso más todavía ante el sentimiento trágico y penetrante de la verdad, ante la intensidad de la visión dolorosa, ante la pintura audaz del fango y de la miseria humanos, ante la poesía de la luz turbia

y septentrional, es decir, ante los cuadros de Rembrandt. Este es el instrumento que llevo hoy a Italia; tal es el color de sus cristales; ten en cuenta este color en las descripciones que produzca. Yo mismo desconfío y procuro proveerme de otros vidrios para servirme de ellos en la ocasión precisa; la cosa es posible, la educación crítica e histórica subvendrá. Con la meditación, la lectura y la costumbre, se llega gradualmente a reproducir en uno mismo aquellos sentimientos que en un principio eran extraños; vemos que otro hombre, en otra época, ha debido sentir de otra manera que nosotros; escudriñamos en sus designios, luego en sus gustos; nos colocamos en su punto de vista, le comprendemos, y a medida que le comprendemos mejor nos encontramos un poco menos bobos.

### *Marsella y la Provenza*

Este es ya el verdadero país meridional; comienza en los Cevennes. La tierra del Norte está siempre húmeda y negruzca; hasta en invierno las praderas permanecen allí verdes. Aquí todo es gris y mortecino; montañas peladas, rocas blanquecinas, grandes llanuras áridas y pedregosas. Escasean los árboles, salvo en las pendientes suaves, en los oquedales repletos de guijarros, donde los olivares pálidos, los almendros, abren sus hileras desmeдрados. El color falta; es un simple dibujo, delicado, elegante como los fondos del Perugino. La

campiña semeja una gran tela de un gris de lino, rayada, uniforme; pero el Sol, pálido y dulce, luce amigablemente en el azul; una brisa suave llega a las mejillas como una caricia. Esto no es el invierno, es una esperanza, la esperanza del verano. Y de pronto se manifiestan las magnificencias del Mediodía, el lago de Berre, admirable sabana azul, inmóvil en su copa de montañas blancas; después, el mar abierto al infinito, la gran extensión de agua radiante, apacible, en la que el color luminoso tiene la delicadeza de los matices más encantadores de la violeta o de un alelí abierto; en todo el contorno las montañas grieteadas, que parecen cubiertas de una gloria angelical, tanta luz hay en ellas, y tanto esta luz, aprisionada en las crestas por el aire y la distancia, semeja ser sus vestiduras. Una flor de invernadero en una maceta de mármol, las venas nacaradas de una orquídea, el terciopelo pálido que bordea sus pétalos, el polvillo de púrpura violácea que duerme en su cáliz, no son a la vez más espléndidos y más delicados.

Por la tarde, sobre el camino que costea el mar, un aire templado da en el rostro; los olores de los árboles verdes se esparcen por todas partes como un perfume de verano; el agua transparente tiene el aspecto de una esmeralda líquida. Las formas imprecisas de las montañas, casi perdidas en la obscuridad, las grandes líneas de las costas, majestuosas; y al borde del cielo, una claridad, una banda de púrpura ardiente deja adivinar la magnificencia del Sol.

*Embarco a las diez*

Este puerto silencioso, esta gran dársena negra, reluciente, son extraños. Las jarcias, los cordajes, los trazos, todavía más negros. Tres faros luciendo en la lejanía como estrellas, y el largo reguero de fulgor que salta sobre el agua como un collar de perlas que se deshace. El buque se mueve con lentitud, como un saurio colosal, como un monstruo antediluviano que ronca; en los dos flancos, las subidas y las bajadas del agua forman una horrible aleta negruzca; parece la piel de una rana monstruosa. Debajo se siente la hélice que infatigablemente horada el mar con su barrena; los costados del barco trepidan; hasta la mañana se siente este golpeteo poderoso y monótono, como de un plesiosaurio hecho esclavo y empleado en reemplazar el trabajo de los hombres.

*En el mar*

Esta mañana el tiempo es agradable, brumoso y tranquilo. Las crestas de las menudas olas esparcen con sus blancuras la neblina pizarrosa. Las nubes cuelgan y gotean en los cuatro puntos del horizonte. ¡Pero qué hermosas serían estas ondas de terciopelo deslucido si el sol luciera sobre ellas! Yo he visto este cielo y este mar en pleno verano, en su esplendor. No hay palabras para expresar la belleza del azul infinito, que de todos lados se

dilata hasta perderse de vista. ¡Qué contraste con el peligroso y lúgubre Océano! Este mar semeja a una linda jovencita, feliz con su traje de seda reluciente y nuevo. Azul y más azul radiante hasta el fin, hasta el fondo, hasta el borde del cielo, y aquí y allá franjas de plata sobre esta seda moviente. Se vuelve uno pagano, se siente la poderosa mirada, la fuerza viril, la serenidad del magnífico Sol, del gran dios del aire. ¡Cómo triunfa allá arriba! ¡Cómo arroja a puñados sus flechas sobre la sabana inmensa! ¡Cómo relampaguean y se estremecen las olas bajo la lluvia de llamas! Se piensa en las nereidas, en las sonoras caracolas de los tritones, en los rubios cabellos sueltos, en los cuerpos blancos bañados por la espuma. La antigua religión de la alegría y de la belleza renace en el fondo del corazón al contacto del paisaje y del clima que la han vivificado...

Siempre el mismo cielo templado y triste. El mar rueda lentamente mitad rojizo y mitad azulenco, con ese color de pizarra obscuro que se ve en las canteras profundas. Algunas veces el sol aparece entre las nubes y se ve relucir a lo lejos un trozo del mar.

Hacia la tarde se ven los picos nevados, una larga orla de montañas; después, más cerca, los ásperos flancos en relieve, la costa siena de Córcega. Es grandioso a fuerza de simplicidad; pero esta desnudez es estéril. Se recitan involuntariamente los versos de Homero sobre «el océano infeundo e indomable». Esta enorme cantidad de

agua salvaje no sirve para nada; no se puede apri-  
sionar, someter, acomodar a los usos del hombre.

### *Civita-Vecchia*

El barco se ha detenido. De pronto en la claridad gris del amanecer se percibe un muelle redondo, una línea quebrada de casas, de techos planos y rojizos netamente cortados sobre la superficie tranquila del agua. Hacia alta mar un pintoresco barco de velas avanza, medio inclinado como un pájaro que se cierne. Nada más. Dos o tres líneas negras sobre un fondo claro, con el blancor y la frescura del mar y de la aurora. Parece una marina esbozada a lápiz por un gran pintor.

Al entrar en la ciudad la impresión cambia: es una ciudad triste, mezcla de callejas infectas y de edificios públicos que tienen la pesadez y la corrección de su empleo. Algunas de estas callejas tienen cinco pies de anchura y las casas se apoyan unas sobre otras por contrafuertes puestos de través. El sol no llega allí nunca; el barro es pegajoso. Muchas veces la entrada es una obra arcaica de la Edad Media con un porche y una serie de almenas. Se entra con inquietud en esta especie de intestino; a ambos lados aparecèn negros tabucos con niños grasientos y jóvenes desgreñadas que zurcen sus medias y remiendan sus harapos. Jamás una esponja ha pasado sobre los cristales ni una escoba por las escaleras; la suciedad humana los ha im-

pregnado y rezuman; un acre olor salobre sube hasta las narices. Muchas ventanas aparecen hundidas; las escaleras dislocadas trepan por los muros leprosos. En las calles transversales, entre el fango, los tronchos de coles y las cáscaras de naranja, algunos tenduchos más bajos que el pavimento entreabren sus agujeros, y en el interior se ven agitarse sombras; un tablajero cuelga la carne sanguinolenta, y los cuartos de ternera penden del muro; un frutero que tiene el aspecto de un feroz sicario; un monje enorme, sucio, con aire desvergonzado, que ríe escandalosamente con las manos puestas sobre la barriga; un calderero bien vestido, tranquilo y arrogante como un príncipe; y por todas partes una gran cantidad de figuras expresivas, algunas notablemente bellas, casi todas enérgicas, con actitudes de córnicos, frecuentemente con una especie de alegría bufonesca y prontitud extremada para adoptar la expresión grotesca. Nuestros franceses del barco, nuestros veinte jóvenes soldados tienen un continente más moderado y mucho menos enfático; es una raza de compleción menos fuerte y más fina.

Aquí nuestro pobre Stendhal ha sufrido mucho tiempo, con los ojos vueltos hacia París. «Mi desdicha, escribía, es que nada excita el pensamiento; ¿qué distracción puedo encontrar en medio de los cinco mil comerciantes de Civita-Vecchia? No hay aquí de poético más que los mil doscientos forzados; imposible crearme sociedad. Las mujeres no tienen más que un solo pensamiento: que les re-

galen un sombrero de Francia para sus maridos.» Vive todavía aquí un amigo de Stendhal, un arqueólogo: por esta razón pasa por liberal; en veinte años no ha podido obtener un permiso para ir a pasar tres horas a Roma.

Aquí y allá, en las calles, en las plazas, se manifiesta la vida meridional. El calderero y los zapateros remendones trabajan al aire libre. Unos golfillos, con los pies desnudos y la cara sucia, juegan a las cartas sobre una carreta. En el ángulo de una calleja innoble, bajo un farol, una virgen rodeada de cirios, de flores, de coronas, de corazones coloreados, sonríe bajo su fanal y los viandantes se persignan. Dos pescadores llegan a la plaza con tres banastas; improvisan un puesto, y una veintena de personas los rodean con curiosidad como delante de un espectáculo, gesticulando y fumando; los señoritingos llevan el pescado en sus pañuelos.

Una porción de pilletes astrosos y de haraganes, envueltos en sus capas negras o pardas, vagan por los rincones, aspirando el olor de las frituras y mirando al mar; de seguro hace diez años que duermen en el suelo sobre sus capas, figuraos de qué color. El dedo gordo del pie taladra los zapatos reventados. El pantalón ha pasado cinco o seis veces por los colores claros y oscuros, del gris al negro, del negro al pardo, del pardo al amarillo, agujereado y remendado; sería difícil encontrar una cosa más recompuesta. Esto les es indiferente; callejean filosóficamente, en contemplativos, en epicúreos; van viviendo y recrean sus sentidos por

el espectáculo de las cosas bellas y de las conversaciones ociosas, dejando que trabajen los tontos. En el embarcadero han necesitado cinco cuartos de hora para registrar veinticinco equipajes. De seis empleados dos trabajan y los otros cuatro discuten y miran; para hacerlos trabajar es preciso encolerizarse. No hay orden; un equipaje es despachado tanto más de prisa cuanto sus propietarios han gritado *bestia* con voz más fuerte. Cuanto más buena y bella es la naturaleza menos obligado se cree el hombre a ser activo y cuidadoso. El holandés, el natural de la Selva Negra, sería demasiado desdichado si su casa no fuera agradable y propia. Aquí el trabajo y la disciplina son superfluos; la naturaleza se encarga de repartir el bienestar y la belleza.

*De Civita-Vecchia a Roma*

Costeamos el mar, que se extiende hasta el infinito, todo liso, de un azul pálido, con un débil balanceo monótono; no se cesa de verle a la derecha durante leguas, orlando la arena con una ancha franja blanca. Sobre la campiña llana siempre el gran velo de bruma tibia.

A la izquierda las colinas se suceden, subiendo y bajando, con agradables colores de un verde desvaído y mortecino. No tienen verdaderos árboles, pero abundan la retama, el enebro, el lentisco, la aulaga y otros arbustos de hojas perennes. Todo está desierto; apenas si en todo el tra-

yecto, de tarde en tarde, en el borde de un cerro se percibe una granja. Los arroyos descienden, torciendo su cauce; después se dilatan, pero el mar los rechaza; y esto hace insalubre el país, hostil al hombre. Algunos caballos sueltos; los bueyes negros con grandes cornamentas, pastan en las pendientes como en los páramos de la Gascuña. De vez en cuando se ve un bosque de árboles corpulentos, grises, desnudos, melancólicos como enfermos.

He aquí, por último, la campiña de Roma. Sólo colinas peladas, sin árboles ni arbustos, tapizadas de hierbas viejas y amarillentas. Aun no se han visto acueductos ni nada que rompa la monotonía lúgubre. Después, los jardines, los setos de espinos negros unidos por extensos juncales blanquecinos, las hortalizas, las cúpulas en el horizonte, un muro viejo de ladrillo ennegrecido, un largo acueducto como un muro inmenso, Santa María la mayor con un campanario y dos cúpulas. En la estación un rosario de coches, la gritería de los cocheros, conductores, guías, que a viva fuerza se apropian vuestro equipaje y vuestra persona; una ola inmensa de figuras heteróclitas, ingleses, alemanes, americanos, franceses, rusos, todos tropezándose, amontonándose, preguntando con todos los acentos y en todos los idiomas. En todo el trayecto hasta el hotel el aspecto de una ciudad de provincia, mal cuidada, mal ordenada, barroca y sucia, con calles estrechas y fangosas, tenduchos, habitaciones miserables, freidurías al aire libre, ropa que se seca en cuerdas, y gran número de altas casas

monumentales cuyas ventanas, enrejados con rejas enormes de barrotes curvados, clavados, multiplicados, dan la idea de una fortaleza y de una prisión.

### *Roma*

Tenía tiempo y he querido ver el Coliseo y San Pedro. Ciertamente es una imprudencia anotar aquí las primeras impresiones, tal como se sienten; pero puesto que se sienten ¿por qué no anotarlas? Un viajero debe ser como un termómetro, y a tuerzas o a derechas esto es lo que haré, mañana como hoy.

Al Coliseo primeramente. Todo lo que he visto desde el coche está desanimado: las callejas infectas, empavesadas de ropa sucia o de ropa que se seca; viejos edificios negruzcos, manchados por las infiltraciones grasientas; los montones de basura, las tiendas portátiles, los andrajos, todo esto bajo una lluvia menuda. Las ruinas, las iglesias, los palacios que se ven por el camino, todo el antiguo esplendor, me sugiere la visión de un traje bordado hace dos siglos, pero viejo de dos siglos, es decir, descolorido, marchito, ajado, agujereado y lleno de miseria humana.

El Coliseo aparece y se oculta súbitamente. Llegamos. Esto es grandioso, no se imagina nada más grande. Nadie dentro; un profundo silencio; sólo los bloques de piedra, las hierbas colgando y de tiempo en tiempo el graznido de un pájaro; se

experimenta la satisfacción de no hablar y se permanece inmóvil; los ojos suben y bajan y remontan sobre los tres pisos de bóvedas y sobre el enorme muro que los domina; después se piensa que estaba aquí un circo; que hubo sobre estas gradas ciento siete mil espectadores, que gritaban, aplaudían y amenazaban a la vez; que cinco mil bestias eran sacrificadas; que diez mil cautivos combatían en este redondel, y se tiene una idea de la vida romana.

Esto hace odiar a los romanos; nadie ha abusado tanto del hombre; de todas las razas europeas ninguna ha sido más dañina. Es preciso remontarse a los déspotas y a los devastadores orientales para encontrarles parecido. Aquí existía una ciudad monstruosa, grande como el Londres actual, donde el placer consistía en ver matar y sufrir. Y este es el trazo propio, el rasgo distintivo de la vida romana: el triunfo primeramente, el circo después. Habían conquistado un centenar de naciones y les parecía natural explotarlas.

Bajo semejante régimen, los nervios y el alma debían llegar a un estado extraordinario. Ningún trabajo. Manteníanse de los repartos; vivían ociosos, se paseaban en una ciudad de mármoles, se hacían dar masaje en los baños, contemplaban los mimos, los actores, y para distraerse iban a ver la muerte y las heridas; esto les conmovía y pasaban allí el día entero. San Agustín ha experimentado y descrito esta atracción terrible; todo lo demás parecía insípido; no se la podía dominar.

Al cabo del tiempo, en medio de estas costumbres de artistas y de verdugos, el equilibrio humano se trastornó y se produjeron monstruos extraordinarios, no solamente de brutos sanguinarios o de asesinos calculistas como en la Edad Media, sino de curiosos y de *dilettanti*: los Calígulas, los Cómodos, los Neronos, especie de inventores degenerados, poetas feroces que en vez de escribir o de pintar sus fantasías, las han practicado. Bastantes artistas modernos se les parecen; pero, por fortuna, no salen del papel ennegrecido. Entonces, como ahora, la civilización refinada producía la extrema tensión y las codicias infinitas. Se pueden considerar los cuatro primeros siglos después de Cristo como un experimento en grande, en el cual el alma ha buscado por sistema la sensación excesiva. Todo lo que era pequeño les parecía vulgar.

Cuando el gladiador en el centro veía las cien mil figuras y los pulgares bajos que pedían su muerte, ¡qué sensación! Era el anonadamiento sin piedad ni remisión. Aquí se acaba el mundo antiguo; este es el reinado inexpugnable, impune, irremediable, de la fuerza. Como había espectáculos parecidos en todo el Imperio romano, se comprende que bajo tal mecanismo el Universo se quedara vacío. De ahí, y por contraste, el cristianismo.

Vuelvo a la contemplación. La belleza del edificio está en su simplicidad. Las bóvedas tienen el arco más natural y más sólido, con una guarnición sencilla. El edificio se apoya sobre él mismo, incon-

movible. ¡Cuán superior a las catedrales góticas, con sus contrafuertes, que parecen las patas de un cangrejo! El romano encuentra su obra suficiente y no tiene necesidad de decorarla. Un circo para cien mil hombres y que dure indefinidamente, ya es bastante. Obra aquí como en sus inscripciones, en sus despachos (1), suprimiendo frases. El hecho habla bastante más alto y se hace comprender por sí solo. En esto consiste su grandeza: en acciones y no en palabras, en una serena y alta-nera confianza en sí mismo, el orgullo tranquilo, la seguridad de poder hacer y soportar más que los otros hombres. Pero el sentimiento de la justicia y de la humanidad les ha faltado siempre, no sólo en la antigüedad, sino en el Renacimiento y en la Edad Media. Los romanos han comprendido siempre la patria a la manera antigua, como una liga estrecha, útil para oprimir y explotar a los demás. En la Edad Media esta patria no ha sido para ellos más que un campo cercado, donde cada hombre fuerte procuraba por la astucia y la violencia servirse de los otros. No recuerdo qué cardenal, pasando de Italia a Francia, decía que si se toma por signo de cristianismo la bondad, la dulzura, la confianza mutua, los italianos eran dos veces menos cristianos que los franceses. He aquí la objeción que he pensado siempre leyendo a Stendhal, su gran admirador y a quien yo admiro

---

(1) Respuesta del Senado al rey de Iliria después de la victoria de Pydua. Tito Livio.—(N. del A.)

tanto. Alakáis su energía, su buen sentido, su genio; decís con Alfieri que la planta hombre crece en Italia más fuerte que en otra parte; juzgáis por esto que os parece el elogio más completo y no imagináis que se pueda desear otra cosa para una raza. Pero eso es tomar al hombre aisladamente, a la manera de los artistas y de los naturalistas, viendo en él un hermoso animal potente y formidable de una actitud expresiva y franca. El hombre tomado enteramente es el hombre en sociedad, donde se desenvuelve; por eso la raza superior es la más apta para la sociedad y su desenvolvimiento. Entonces la finura, los instintos sociables, el sentimiento caballeresco del honor, el buen sentido flemático, la severa conciencia, son dones preciosos, acaso los más preciosos de todos. Estos son los que más allá de los Alpes han producido las sociedades y el progreso; y su falta, de este lado de los Alpes es lo que ha impedido el establecimiento de la sociedad y su desenvolvimiento. Un cierto instinto de subordinación rápida es una ventaja en una nación, al mismo tiempo que un defecto en el individuo, y puede ser este poder individual el que ha cortado aquí el camino a la nación.

En el centro del circo hay una cruz: un hombre con traje azul, un burgués, se ha aproximado en medio del silencio, se ha quitado su sombrero, ha plegado su paraguas verde y con una devoción sincera ha besado tres o cuatro veces seguidas, con besos apretados, el leño de la cruz. Se ganan por cada beso doscientos días de indulgencia.

El cielo se ha despejado, y a través de las arcadas, todo en derredor, se ven los escarpados verdes, las altas ruinas empenachadas de espinos, los fustes de las columnas, los árboles, los montones de escombros, un extenso cañaveral blanquecino, el arco de Constantino colocado de través, la más extraña mezcla de abandono y de cultura. Esto es lo que se encuentra por todas partes atravesando Roma: los restos de los monumentos y los trozos de jardines, una freiduría de patatas bajo las columnas antiguas, cerca del puente de Horacio Cocles el olor a bacalao podrido, y al lado de un palacio tres zapateros tirando de sus leznas, o un plantel de alcachofas. Dejamos ir a las piernas y callejamos. Hemos rehusado el cicerone, que lo aturde a uno y no le deja ver nada. Pregunto mi camino a un pollo muy complaciente que traba conversación conmigo. Ha ido a París y admira grandemente la plaza de la Concordia y el Arco de la Estrella; ha visitado Mabilie y guarda del baile un recuerdo profundo. Las fotografías de las bailarinas y de las cortesanas célebres de París están aquí pegadas a los cristales; he visto por todo el extranjero que estas señoras contribuyen muy poderosamente a nuestro renombre. ¡Ah! ¡Qué agradable es Francia y qué dicha pasearse por el boulevard Montmartre!

El cielo ha quedado despejado, el aire es tibio y el suelo está seco. Desde el café donde he desayunado, no sé en qué plaza, veo unos cuarenta vagos sentados sobre la acera o apoyados contra las

casas, ocupados en no hacer nada; fuman, bostezan y hacen comentarios sobre el tiempo y sobre la gente que pasa. Tres o cuatro, con harapos que dejan ver la carne por las rodillas, sucios como escobas viejas, duermen contra el muro, de plano sobre los guijarros. Una media docena, los más activos, juegan a la *morra*, abren y cierran la mano y gritan el número de los dedos cerrados o abiertos. La mayoría ni dicen nada y ni se mueven. Sentados en fila sobre el reborde de la acera, el mentón sobre la mano, la capa liada a los muslos, están contentos de tener calor; esto les basta. Algunos, los voluptuosos, mascan altramuces; salvo este vaivén de mandíbulas, no han movido un músculo durante una hora larga.

En todo lo largo de la calle las ventanas se abren, y las mujeres, las jóvenes, asomándose a los balcones, toman el fresco. No se puede imaginar un contraste más extraño: bellas la mayoría, de vigorosas cabezas expresivas, de negros cabellos lustrosos, cuidadosamente recogidos sobre las sienes; los ojos brillantes, el color saludable, un traje ligero, una peineta dorada, una cadena, alhajas, todo ello encuadrado en el muro de una habitación miserable. Las piedras calcinadas están desunidas; el barro salpica al andar y en toda la calle se extiende su reguero negro. Al aproximarse se ve una entrada lóbrega, telas de araña que cuelgan de las vigas carcomidas, una escalera que se enrosca como un intestino, y en el interior todas las villanías del desarreglo: la ropa amontonada, una ca-

cerola por el suelo, los niños en camisa. No son mujeres deshonestas; pero su placer consiste en componerse, en pasar todo el día al balcón, como un pavo real en su jaula.

Al final de una larga calle se divisa San Pedro. No existe belleza más sólida y más sana que la de esta gran plaza. Nuestro Louvre, la plaza de la Concordia no son en comparación más que decoraciones de teatro. Va subiendo, y se la descubre así de un golpe de vista toda entera. Dos soberbias columnatas la encierran en sus curvas. En el centro un obelisco y a los lados dos fuentes agitan sus penachos de espuma poblando su inmensidad. Algunos puntos negros de hombres sentados, de visitantes que suben; una fila de monjes manchan la blancura de sus gradas, y en el remate de todas estas escaleras, sobre un amontonamiento de columnas, de frontones, de estatuas, se eleva la gigantesca cúpula.

Han hecho, pues, todo lo posible para taparla. A la segunda mirada se nota que la fachada la aplasta, parece la de un Ayuntamiento enfático; la han construído en una época de decadencia. Han complicado las formas, multiplicado las columnas, prodigado las estatuas, amontonado las piedras, de modo que la belleza ha desaparecido bajo tal pesadumbre. Se entra, y en el interior la misma impresión reaparece. Una frase se detiene en los labios: grandioso y teatral. Es soberbio y enfático. Hay demasiados dorados y esculturas, demasiados mármoles caros, demasiados bronce,

ornamentos, arcos y medallones. Para mi gusto toda obra arquitectónica o de otra índole debe ser como un grito, como una palabra sincera, el compendio y el complemento de una sensación, no otra cosa: por ejemplo, tal Ticiano o tal Veronés, que fué hecho para distraer voluptuosa o magníficamente la vista durante un gran festín o una representación oficial, o bien el interior de una verdadera catedral gótica, como la de Strasburgo, con su enorme nervadura negruzca atravesada de púrpura tenebrosa, con sus hileras de pilares mudos, con su cripta sepulcral perdida en las sombras, con sus florones luminosos, que entre todos estos terrores cristianos parecen un agujero de la gloria.

Por el contrario, esta iglesia no da una sensación franca y sencilla; es una combinación como nuestro Louvre. Han dicho: «Hagamos la más magnífica y la más imponente decoración que se pueda.» Bramante ha tomado las grandes bóvedas del palacio de Constantino; Miguel Angel, la cúpula del Panteón, y de estas dos ideas paganas, agrandada la una con la otra, han sacado un templo cristiano.

Estas bóvedas, esta cúpula, estas arrogantes curvas, todo este aparato, es magnífico y grande. Y, por tanto, no hay en suma más que dos arquitecturas: la griega y la gótica. Las otras no son más que transformaciones, deformaciones o amplificaciones.

Las gentes que han hecho San Pedro eran paganos que tenían miedo de ser condenados, simple-

mente. Lo que hay de sublime en la religión; la efusión cálida delante de un Salvador compasivo; el temor de la conciencia delante del justo juez; el entusiasmo lírico y viril del hebreo delante de la imagen de Dios fulgurante; la expansión del libre genio griego delante de la belleza natural, todos estos sentimientos le faltan. Ayunaban los viernes y peinaban un santo para obtener su gracia. Miguel Angel, en recompensa, recibió del Papa no sé cuántas indulgencias, con la condición de hacer a caballo el recorrido de las siete basílicas de Roma. Tenían violentas pasiones, una energía intacta, y alcanzaron la grandeza porque salían de una gran época. Pero el verdadero sentimiento religioso no lo han tenido nunca. Han renovado el antiguo paganismo; pero un segundo brote no vale nunca lo que el primero. La superstición, la devoción estrecha, vinieron a deformar y a estragar la poderosa inspiración primitiva. No hay más que mirar el decorado interior para ver hacia qué vicios se inclinan. Bernini ha infectado la iglesia de estatuas amaneradas que se dislocan y causan risa. Todos estos gigantes esculpidos, perneando, con sus caras y sus trajes casi modernos y que quieren pasar por antiguos, producen el más deplorable efecto. Viendo esta procesión de esportilleros celestes se dice: «Hermoso brazo, bien levantado. Bravo monje, estiras estupendamente la pata. Buena mujer, tu traje flota como es debido; puedes estar tranquila. Queridos angelitos, os elevais como si fuerais en un columpio. Mis caros

amigos, vosotros, particularmente los cardenales de bronce, y vosotras las virtudes simbólicas, sois comediantes afortunados, que descansais para interpretar el drama.»

Volveré. Probablemente hoy soy injusto. Pero, en sinceridad del sentimiento, estoy seguro que le falta mucho. Se pone uno de mal humor ante estas bailarinas sentimentales que Bernini ha colocado en fila sobre el puente del Santo Angel. Quieren tener el aire simpático y atrayente, y sus vestimentas griegas o romanas se pliegan como un traje del siglo XVIII. Ninguna de estas obras de arte es pura; tres o cuatro sentimientos contrarios vienen a chocar contra estos disparates. El asunto es un personaje ascético entregado al ayuno, y se le representa corpulento, con vestidos paganos y con detalles que lo ligan a la vida presente. Nada más desagradable para mí que unas parrillas, un cilicio, los ojos místicos en un vigoroso mocetón, en una gallarda mujer, que a la postre no piensan más que en el amor. Es imposible sentir aquí ningún estremecimiento, ninguno de los terrores propios de la catedral gótica y de la vida cristiana. El edificio está demasiadamente dorado, demasiadamente iluminado; las bóvedas y los pilares tienen una belleza demasiado fuerte. Imposible encontrar aquí esa frescura de las sensaciones simples, esa serenidad risueña, ese soplo de eterna juventud, que se respira en un templo antiguo y en la vida griega. Las cruces, los cuadros de martirios, los esqueletos de oro y el resto recuerdan

con demasiados emblemas las mortificaciones y los renunciamientos místicos. En suma, no hay aquí más que una sala de espectáculos, la más grande, la más suntuosa del mundo, mediante la cual una gran institución pone a la vista su poderío. No es ésta la iglesia de una religión, sino la iglesia de un culto.

*Paseo por Roma, desde  
las diez a media noche*

Las calles están casi desiertas, y el espectáculo es grandioso, trágico como los dibujos de Piranese. Muy pocas luces; sólo lo justo, lo preciso para mostrar las grandes formas y ahuyentar la obscuridad. Las suciedades, las degradaciones, los malos olores han desaparecido. La Luna luce en un cielo sin nubes, y el aire vivo, el silencio, la sensación de lo desconocido excita y conmueve.

La idea de grandiosidad surge sin cesar. No hay nada mezquino, común o vulgar; no hay calle ni edificio que no tenga su carácter, un carácter definido y recio. Ninguna regla uniforme y comprimente ha venido a nivelar y disciplinar estas obras.

Cada uno se ha desenvuelto a su antojo sin preocuparse de los demás, y este revoltillo es encantador como el desorden del taller de un gran artista.

La columna Antonina alza su mole en la noche clara, y alrededor de ella los palacios se asientan sólidamente, sin pesadez. Este del fondo, con sus

veinte arcos iluminados, parece un arabesco de luz, un fantástico juego de hadas que agitan antorchas en la sombra.

La fuente de la plaza Navone susurra melodiosamente en el silencio, y sus aguas saltarinas devuelven en cien mil reflejos la claridad de la luna. Bajo esta luz temblorosa, en incesante ondulación, las estatuas, colosales, parecen animarse; la apariencia teatral se borra y no se ven más que gigantes que se retuercen y que se lanzan en medio de las burbujas y de los fulgores.

Las cornisas de las ventanas, los amplios balcones salientes, los rebordes esculpidos de los techos proyectan sobre los muros espesas sombras. A izquierda y a derecha se abren callejas lúgubres como bocas de antros; aquí y allá se alza el muro negro de un convento que parece abandonado, alguna casa alta rematada por una torre que parece un vestigio de la Edad Media; las luces lejanas parpadean torpemente, y las tinieblas, espesándose, amenazan devorarlo todo.

Nada tan formidable como estos enormes conventos, estos palacios cuadrados donde no brilla ni una luz y que se levantan aislados, con su mole inatacable, como una fortaleza en una ciudad sitiada. Los techos planos, las terrazas, los frontispicios, las ásperas formas cortan con sus duras aristas el cielo claro, mientras que a sus pies las portadas indistintas, los guardacantones, los recodos trepan en la sombra.

Al avanzar todo resto de vida se borra. Parece

una ciudad abandonada y muerta, esqueleto de un gran pueblo súbitamente aniquilado. Al pasar bajo las arcadas del palacio Colonna, a lo largo de los muros mudos de sus jardines, no se oye nada ni se ve nada humano; sólo de tarde en tarde, al fondo de una calle tortuosa, en la negrura vaga de un porche, un farol mortecino vacila con su círculo de resplandor amarillento. Las casas cerradas, las altas murallas extienden su hilería inhospitalaria como una especie de escollos a lo largo de una costá, y al salir de sus sombras los amplios espacios, abriéndose de pronto blanqueados por la luna, parecen una playa de arena, desierta.

He aquí, por fin, la basílica de Constantino y sus arcadas enormes, con su cabellera de plantas trepadoras. Los ojos se detienen delante de su curva arrogante; después, súbitamente, entre sus grietas se ve el azul pálido, el extraño azul nocturno, como una pared de cristal incrustada de puntos luminosos. Se avanzan tres pasos, y la divina cúpula del cielo, el grandioso desbordamiento de claridad serena, las mil pedrerías centelleantes del firmamento, aparecen en el Foro vacío. Se pasa al lado de columnas derrumbadas, cuyo tronco parece todavía más monumental; apoyado contra uno de estos fustes, cuyo espesor llega hasta el pecho, se divisa el Coliseo. La pared que ha quedado entera es negra y se alza de un solo trazo, colosal. Parece que se inclina hacia afuera y que va a caerse. Sobre la porción ruinosa la luna vierte una luz tan clara que deslíe el color rojizo de las

piedras. Bajo este cielo límpido, la redondez del circo se hace más sensible; forma una especie de cuerpo completo y formidable. En medio de este augusto silencio se diría que sólo él existe, que los hombres, las plantas, toda la vida pasajera no es más que una apariencia. He experimentado otras veces esta sensación en las montañas, que parecen también los verdaderos habitantes de la tierra; se olvida el hormiguero humano, y bajo el cielo, que es su tienda, se adivina el diálogo mudo de los viejos monstruos, poseedores inmutables y dominadores eternos.

Al regreso, al pie del Capitolio, las basílicas lejanas, los arcos de triunfo, sobre todo las nobles y elegantes columnas de los templos en ruinas; unas solitarias, otras unidas todavía en hileras fraternales, parecen vivas. Son también seres estoicos, pero más sencillos y bellos, como efebos griegos. Sus cabezas, jónicas, ostentan graciosas cabelleras y la luna pone un reflejo sobre la tersura de sus cuerpos de mármol.

### *De Roma a Nápoles*

Un largo acueducto hacia la derecha; de trecho en trecho, en el horizonte una ruina; aquí y allá, sobre el paisaje, un arco aislado, cayéndose, y hasta perderse de vista, en todo el contorno, la llanura amarillenta y verdosa, ondulante, bajo un deslucido tapiz de hierbas marchitas que la lluvia lava y el viento despeina. Las nubes grises y violá-

ceas ruedan pesadamente sobre el cielo, y el humo de la máquina forma ondas blancas que van a mezclarse con las nubes. Milla tras milla, el acueducto monótono reaparece como un dique de rocas en un mar de hierbas movedizo. Hacia oriente las montañas negruzcas se erizan medio blanqueadas por las nieves; hacia poniente se extienden tierras de labor, con millares de arbolitos esquilmados, de finos troncos; un arroyo de aguas amarillas abre su cauce regando las tierras.

El camino es triste y las estaciones son más tristes todavía. Son miserables cabañas de madera, donde arde un fuego de leños para que se calienten los viajeros. Algunos mendigos y mozalbetes se presentan a la entrada implorando una limosna, una limosnita, una pobre limosnita por el amor de Dios, y de la virgen, y de San José, y de todos los santos del paraíso, con insistencia, con aspereza y con gritos lastimeros o violentos de perros que ven un hueso y no han comido hace ocho días. No he podido averiguar nunca lo que llevan en los pies; no son sandalias y mucho menos zapatos; parece un paquete de trapos, de cintas viejas recogidas en la calle y con el que chapotean en el barro. El sombrero, de anchas alas abarquilladas y deformado; el pantalón, la capa, son indescriptibles; no hay nada que se le parezca, salvo las rodillas de cocina y las ropas viejas e infectas que se amontonan en las traperías, destinadas a fabricar papel.

He visto numerosos tipos, pero estos que he co-

nocido al pisar Italia son inconfundibles. Pueden agruparse en tres o cuatro grupos salientes. Hay primeramente, la belleza y la cabeza pequeña de camafeo, perfectamente regular, espiritual; éstos tienen el aire vivo y despierto, capaz de comprenderlo todo al instante, hechos para inspirar el amor y para hablar bien de amor. Hay también la cabeza cuadrada colocada sobre un tronco sólido, con gruesos labios sensuales y una expresión de grosera alegría, de palabra bufonesca o satírica. Hay el animal delgado, negro, tostado, en el que la cara no tiene carne; todo son trazos salientes de una expresión indefinible, con los ojos llameantes, los cabellos encrespados, semejantes a un volcán en erupción. Hay, en fin, el hombre bello y vigoroso, de complexión fuerte y musculosa, sin torpeza, la piel de cálido color, que os mira fijamente a la cara, que no se prodiga pidiendo y permanece inmóvil.

Todo el camino y el panorama hasta Nápoles deben ser bonitos, pero con un cielo despejado y en el verano; gran número de montañas majestuosas y variadas, no enormes, y, sin embargo, grandes, con escasos bosques; de vez en cuando un pueblecito blanco y gris, que cubre una colina entera, zumba como un enjambre de abejas... Pero la lluvia y la neblina borran las formas; el invierno lo ensucia todo; no hay verdor; las hojas secas y rojizas cuelgan de los árboles como vestidos viejos; los torrentes cenagosos socavan la tierra. Es un cadáver en lugar de una hermosa joven floreciente.



## NÁPOLES

*Nápoles, 20 de febrero.*

Otro clima, otro cielo, casi otro mundo. Esta mañana, al acercarnos al puerto, cuando el espacio se ha ensanchado y se ha despejado el horizonte, no he visto de pronto más que blancuras y esplendores. En la lejanía, bajo la bruma que cubría el mar, las montañas se superponen y se extienden, luminosas y satinadas como las nubes. El mar avanza en grandes olas blanquecinas, y el sol derramando su río de llamas, forma como un reguero de metal fundido hasta la playa.

He pasado medio día en la Villa Real; es un paseo plantado de robles y de arbustos siempre verdes y que bordea la costa. Algunos arbolillos, atravesados por la luz, abren sus hojas tiernas y extendidas y sus florecillas amarillas. Las estatuas, de bellos cuerpos desnudos, Europa sobre el toro, destacan sus formas de mármol blanco entre el verde claro de las plantas. Chorros de luz vienen a pintarse sobre el césped; las plantas trepadoras se entrelazan alrededor de las columnas; aquí y allá surge la púrpura viva de las flores nuevas,

y los cálices delicados, aterciopelados, tiemblan bajo la brisa templada que se desliza por entre los troncos de los robles. El aire y el mar son bienhechores. ¡Qué contraste al recordar las costas del océano, nuestras costas bravas de Normandía y de Gascuña, batidas por los vientos, flageladas por la lluvia, donde los árboles desmedrados se esconden en las oquedades, donde las aulagas, el césped arrasado se agarran medrosamente a las pendientes! Aquí la vecindad de las olas vivifica las plantas; se siente la frescura y la suavidad del soplo que viene a acariciarlas y a abrirlas. Se olvida; se escucha el murmullo de las hojas, se contempla sus sombras, que se mueven sobre la arena. Sin embargo, a seis pasos el mar rueda con un zumbido profundo, a medida que sus sabanas espumeantes vienen a deshacerse sobre la arena. La bruma se evapora bajo el sol; entre el follaje se divisa el Vesubio y sus aledaños, toda la cadena de montañas que de él arranca. Tienen un tono violeta pálido, y a medida que el día desciende este violeta se torna más delicado. Por último, adquieren un fino tinte malva; la corola de una flor es menos encantadora. El cielo está despejado y el mar, sereno, no es más que azul.

Imposible describir este espectáculo. Lord Byron tiene razón: no se pueden poner a nivel las bellezas del Arte y las de la Naturaleza. Un cuadro queda siempre por debajo, y un paisaje siempre por encima de la idea que haya podido formarse. Esto es hermoso, no sé decir otra cosa; esto es grande

y esto es encantador, agrada enteramente al corazón y a los sentidos; no hay nada más voluptuoso ni nada más noble. ¿Cómo molestarse en trabajar y en producir cuando se tiene esto delante de los ojos? Con esto no vale la pena de tener una casa bien ordenada, de construir laboriosamente esas vastas fábricas que se llaman un monumento o una iglesia, de buscar satisfacciones a la vanidad o al lujo; no hay más que mirar y dejarse vivir; se tiene toda la alegría de la vida en una mirada.

Estoy sentado en un banco; veo avanzar la tarde, los colores se debilitan y me parece estar en los Campos Elíseos de los antiguos poetas. Las formas elegantes de los árboles se dibujan en el azul claro. Los plátanos sin hojas, los robles desnudos también, parecen sonreír. La serenidad deliciosa del cielo, rayado por el fino trazo de sus ramas, se comunica con ellos. No parecen muertos o alestargados como en nuestra tierra, sino adormecidos y bajo la caricia de este aire templado prontos a abrir sus brotes, a confiar sus retoños a la primavera, que se acerca. Aquí y allá se enciende una estrella, la luna comienza a derramar su luz blanca. Las estatuas, más blancas todavía, parecen animarse en este día amable, misterioso y nocturno. Grupos de muchachas jóvenes, cuyas ropas se ondulan ligeramente, avanzan sin ruido como sombras felices. Me parece que asisto a la antigua vida griega, que comprendo la delicadeza de sus sentimientos, que la armonía de estas formas sutiles y de estas tintas desvaídas bastarían a ocuparme

siempre, que no necesito más colorido ni más esplendor. Oigo recitar los versos de Aristófanes; recuerdo su joven atleta, casto y bello, contento como el mayor placer, de pasearse con una corona sobre la cabeza por entre los álamos y la zarzaparrilla en flor, con un amigo prudente de su edad. Nápoles es una colonia griega, y cuanto más se mira mejor se comprende que el gusto y el espíritu de un pueblo toman la forma de su paisaje y de su clima.

Hacia las ocho no se siente el más ligero soplo de viento. El cielo parece de lapislázuli; la luna, como una reina inmaculada, luce sola en medio del azul; su reflejo tiembla sobre el mar y semeja un río de leche. No hay palabras para expresar la gracia y la dulzura de las montañas envueltas en su última tinta, en el violeta impreciso de su traje nocturno. El muelle, el bosque de navíos, por su negrura profunda, parecen todavía más encantadores, y Chiaja hacia la derecha, extendiendo alrededor su cinturón de casas iluminadas, le pone una guirnalda de llamas.

De todas partes se ven brillar los faros; las gentes, al aire libre, hablan alto, ríen y comen. Este cielo por sí solo es una fiesta.

*A través de Nápoles  
y al azar de las calles*

¡Qué calles cruzamos! Altas, estrechas, sucias, pobladas en todos los pisos de las casas de balcones que se derrumban; un hormiguero de tenduchos,

puestos al aire libre; hombres y mujeres que compran, venden, discuten, gesticulan, se dan codazos, la mayor parte desmedrados y feos; las mujeres, sobre todo, pequeñas y chatas, con la cara amarilla y los ojos brillantes, desaseadas y harapientas, con chales rameados y pañoletas violáceas, rojas, anaranjadas, siempre de colores chillones y con alhajas de cobre. En los alrededores de la *piazza del Mercato* se entrecruzan un laberinto de callejas enlosadas y tortuosas, manchadas con el polvo de los siglos, llenas de cáscaras de naranja y de sandía, de desperdicios de legumbre y de detritus sin nombre; la muchedumbre se amontona, negra y bullidora, en la sombra densa, debajo de la cinta clara del cielo. Se agitan, comen, beben, huelen mal, parecen ratas en una ratonera. Es el mismo aire sucio, la vida abandonada de los *lanes* de Londres. Afortunadamente aquí el clima es favorable a la miseria y a los andrajos.

Muchas veces en medio de estos tabucos se alza un esquinazo enorme, la puerta monumental de un viejo hotel; se ven por las rendijas largas escalinatas con barandillas que suben y se entrecruzan; las terrazas interiores sostenidas por una columnata; los restos de la vida amurallada y grandiosa, tal como aparecía bajo la dominación española. Los señores habitaban allí con sus gentilhombres, sus servidores armados, sus carrozas, pidiendo subvenciones, dando fiestas, asistiendo a las ceremonias, los únicos visibles, los únicos importantes, mientras en las callejas la canalla de

mercaderes y artesanos contemplaba sus suntuosos trenes, a su vez también desdeñosos y también compasivos, como antiguamente el rebaño de siervos tolerados alrededor del pendón feudal.

Gran número de frailes caminan sobre el lodo con sandalias o zapatos sin suela; muchos de ellos tienen una cabeza maliciosa y bufonesca, como de un Sócrates cruzado de Polichinela; la mayor parte son tipos vulgares: pisotean sus viejos hábitos raídos, y andan balanceando las espaldas como cocheros. Uno se estira, acodado en un balcón, para vernos mejor; es gordo, panzudo, mofletudo, fraílón avispado como los que pinta Rabelais, satisfecho de su importancia y de su grasa, lo mismo que un cerdo curioso y retador que mira. Por otra parte, en las mejores calles se encuentran curitas jóvenes, elegantes, todo de negro, sacados con pinza, con una expresión de reserva inteligente y diplomática. Altos y bajos, los hay para los salones y para las tabernas.

Cinco o seis iglesias en el camino; las esculturas de la Virgen están pintadas como muñecas de peluquero, y, además, vestidas como las mujeres, con un gran traje rosa, de largas cintas azules, con un peinado a la moda y seis puñales en el pecho. El niño Jesús..., los santos están también vestidos a la moda: algunos llevan un hábito; otros muestran su piel cadavérica y las llagas sangrantes. Es imposible hablar más físicamente a los ojos y a los sentidos. Una vieja, arrodillada, gimotea ante la Virgen. Así vestida y ensangrentada, la Virgen es

realmente una princesa viuda; se le habla con voz natural, y se llora para entretenerla.

Santa María della Pietra, Santa Chiara, San Genaro. La primera es una bombonera brillante: se muestra en ella una estatua del pudor bajo su velo; pero el velo es tan fino, tan transparente, que, aunque cubre todo el cuerpo, aumenta la sensación de desnudez. En el fondo de una cripta hay un Cristo muerto, envuelto en su sudario; el guardián enciende una vela, y en esta luz pálida, en el aire húmedo y frío, los ojos, los sentidos, todo el sistema nervioso se estremece como al contacto de un cadáver. Aquí se encuentran los supremos esfuerzos de la superstición y de la escultura; hay para admirar al artista, para divertir al epicúreo y para hacer temblar al devoto. No hablo del lujo de las pinturas, de la profusión de ornamentos, de la decoración pretenciosa; esto es más visible en Santa Chiara, en el enorme follaje de plata que entolda el altar, en la gran cantidad de balaustradas de cobre dorado, en los adornos, las bolitas de oro, los cirios enguimaldados, los altares recargados de papel picado, como los que levantan y engalanan los niños el día del Señor. Lo mismo ocurre en gran número de iglesias, cuyos nombres he olvidado. Este catolicismo pagano es chocante; se descubre siempre en él un fondo de sensualidad bajo una apariencia de ascetismo. Las calaveras, las clepsidras, las invocaciones místicas contrastan con los dorados, las columnas de mármoles preciosos y los capiteles griegos. No tienen del cristia-

nismo más que la superstición y el terror. Aquí, particularmente, falta la grandeza, y reina la afectación. Han hecho de una iglesia un almacén de cosas bonitas. Buscando bien el sentimiento de las personas para quienes han hecho esto, no encuentro más que el deseo de ir a tomar el fresco a una joyería, o todo lo más la idea de que, dando mucho dinero a un santo, os preservará de enfermedades; es una especie de casino para los cerebros exaltados. En cuanto a los arquitectos y pintores, no son más que comediantes que con sus trompeterías, sus bóvedas enormes, de curvas extrañas, intentan despertar la atención cansada. Todo esto indica una época ruin, la extinción del verdadero sentimiento, la hinchazón de un arte que se acaba, los perniciosos efectos de una civilización adulterada y de una dominación extranjera. Y, sin embargo, en esta decadencia hay siempre algún trazo destacado del antiguo y poderoso genio: en San Gennaro, por ejemplo, los vigorosos cuerpos pintados por Vasari encima de las puertas, los techos de Santa-Fede y de Forti, los grupos amplios, los personajes de fiero aspecto armados de lanza, las tumbas, una gran nave en la que se alinean medallones de arzobispos y cuya alta curva monumental y el fondo dorado, en forma de concha, se muestran con la majestad de una decoración.

*En el convento de San Martino*

Subimos por callejas sucias y populosas; no puedo acostumbrarme a estos zarrapastrosos que mueven los brazos y charlan sin cesar. Las mujeres no son nada bonitas: la cara es de un color terroso aun en las jóvenes; la nariz, grande, descompone el rostro; la expresión es de una mueca, algunas veces picaresca, muy parecida a las caras arrugadas del siglo XVIII, pero a cien leguas de la belleza griega que se les atribuye.

Subimos, subimos más, subimos siempre. Esto no se acaba: escaleras y más escaleras, y constantemente los andrajos y las ropas colgadas de las cuerdas; después, más callejas, burros cargados que afianzan los cascos en la pendiente resbaladiza, arroyuelos de fango que avanzan torpemente por entre los guijarros, golfillos harapientos que piden limosna, familias en pleno arroyo. La montaña es una especie de elefante al que se han encaramado infinidad de insectos humanos que escarban y enredan. Tal casa no tiene piso bajo, y se sube a ella por una escalera de mano; algunas veces, la puerta queda abierta, y en el fondo sombrío se ve a un hombre que toca la guitarra en medio de las mujeres que limpian las legumbres. Y, de pronto, al salir de esta trapería, de este agujero de ratas, de este campamento de pobres diablos, se muestra el espléndido convento, entre todas las magnificencias de la naturaleza y todos los refinamientos del arte.

Un patio, sobre todo, amplio, bordeado de cuatro pórticos de mármol blanco, con una gran cisterna grisácea en el centro, me parece admirable. Los bojés altos y espesos, los espliegos azulados lo cubren con su sencillez y sano verdor; por encima brilla el blanco luminoso de los mármoles y, más arriba, el espléndido azul del cielo: cada color encuadra y hace resaltar al otro. ¡Cómo se comprenden aquí la arquitectura y los pórticos! En el Norte, no son más que añadidos, importación de pedantes; no tienen finalidad alguna, nadie se pasea por ellos en las tardes al aire libre, no hay necesidad de resguardarse del sol, ni hacen falta aberturas para recibir la brisa del mar. Y, sobre todo, no se siente allí la necesidad de las líneas puras y tajantes, de los colores simples, en pequeño número, extensamente puestos. Es preciso estar bajo el pleno azul del cielo para gozar del pulimento y de la blancura de los mármoles. El arte se ha hecho para este país. En la disposición feliz en que este cielo luminoso y este aire fresco ponen el ánimo, agrada la ornamentación, gusta ver bajo los pies los mármoles coloreados que forman un dibujo, descubrir al final de la galería un gran medallón ricamente esculpido, contemplar encima de los pórticos las estatuas medio desnudas de santos bellos y jóvenes o una santa levemente vestida. El cristianismo se hace pintoresco y amable, alegra los ojos y coloca el alma en una actitud risueña y noble. Al final de la galería se abren balcones sobre el mar. Desde ella se ve Nápoles, inmensamente

situado, que se prolonga hasta el Vesubio por una cadena de casas blancas; alrededor del golfo, la costa, que se curva abrazando el mar, todo azul, y más allá, la reverberación de oro, el hormiguero luminoso de las olas bajo el sol, que parece una lámpara suspendida en la redondez cóncava del cielo.

Por debajo, desciende una larga pendiente de olivares, de un verde claro; son los jardines del convento. Los paseos, sombreados por parras, se extienden por todo el terreno que ha podido ser nivelado. Las plataformas, con grandes árboles solitarios; las obras macizas, que se asientan en la roca; una columnata en ruinas; de frente el golfo; las velas de los barcos; el monte San Angelo; el Vesubio, que humea. El convento es un pequeño mundo cerrado, pero completo; y ¡cuántas bellezas guarda en su recinto! Estamos a cien leguas de nuestra vida mezquina y burguesa. Van aquí los frailes con la cabeza desnuda, en hábito pardo o blanco, con grandes zapatos; pero la belleza les envuelve, y no he visto palacio de príncipe que deje una impresión tan noble. El confort del detalle falta, y por esto todo lo demás es sublime.

He visitado últimamente una de las casas modernas más ricas y más elegantes, emplazada como ésta cara al mar. El dueño es un hombre de gusto, que ha ganado millones y que tira el dinero. Todo está barnizado, y no hay en ella nada grande; ni una columnata, ni una gran sala de fiestas, ¿qué harán en ella? Es agradable para habitada, pero no hay un rincón, ni fuera ni dentro, que un pintor

sienta deseo de copiar. Cada objeto, considerado aisladamente, es una maravilla de refinamiento y comodidad: hay seis pulsadores de timbre al lado de la cama; los cortinajes son admirables; nada más cómodo que los sillones. Se nota, como en las casas inglesas, gran número de pequeños utensilios que subvienen a las más ligeras necesidades. La arquitectura y la tapicería responden a los mejores medios para evitar el calor, el frío y la luz fuerte, para lavarse, para escupir; pero no se han tenido en cuenta otras cosas. Los únicos objetos de arte son unos cuadros de Watteau y de Boucher, que desentonan porque recuerdan otra época. ¿Es que existe todavía en nuestras costumbres algún resto del siglo XVIII? ¿Tenemos acaso verdaderas antecámaras y la espléndida magnificencia de la vida aristocrática? Tantos lacayos nos fastidiarían; si conservamos algún lujo es en nuestros despachos; no queremos en nuestras casas más que un buen sillón, cómodo, cigarros escogidos, una comida agradable y todo lo más, para los días de recepción, un lujo nuevo que nos haga honor. No sabemos tomar la vida en grande, salir de nosotros mismos; nos acantonamos en un parvo bienestar personal, en una pequeña obra transitoria. Así, se reduce la vida y la casa a lo simplemente necesario. Desligada el alma, como los ojos, pueden contemplar los vastos horizontes, todo lo que se extiende y dura más allá del hombre.

Un fraile amarillo, de ojos brillantes, aire prudente y concentrado, nos acompaña en la iglesia.

No hay un corredor, un lugar que se mire que no lleve el sello de un artista. A la entrada, en el patio vacío, una virgen de Bernini, envuelta en sus lindas ropas, mira a su niño, delicado y bello como un amorello; pero ella es grande, y se siente de su raza, la raza de los nobles cuerpos creados por los grandes pintores. Cuando han decorado este convento, en el siglo XVII, no tenían ya la idea pura de lo bello; pero entonces todavía no soñaban más que con lo bello. Notaréis el contraste si recordáis el interior de Windsor, de Buckingham-Palace o de las Tullerías.

La iglesia es de una riqueza extraordinaria. Lo que aquí han amontonado de mármoles preciosos, de esculturas, de pinturas, es inaudito. Los adornos y las columnas son verdaderas joyas. Una legión de pintores y de escultores contemporáneos, el Güido, Lanfranc, Caravaggio, el caballero D'Arpino, Solimena, Luca Giordano, han prodigado aquí las audacias, las elegancias y las perfecciones de sus pinceles. Al lado de la gran nave, las capillas laterales y la sacristía ostentan centenares de pinturas. No hay un rincón en los plafones que no esté cubierto. Todos estos cuerpos se alzan y se bajan como al aire libre: los vestidos ondean y se arrollan; las carnes, rosas y palpitantes, se ven por entre las sedas de las túnicas; los miembros, armónicos, parece que se complacen alzándose y moviéndose; numerosos santos, medio desnudos, son hombres jóvenes encantadores; un ángel de Luca Giordano, con traje azul, las piernas y las

espaldas desnudas, se asemeja a una jovencita enamorada. Las actitudes son exageradas; toda esta pintura es ruidosa, pero está en consonancia con los reflejos de los mármoles coloreados, con las ropas agitadas de las estatuas, con el centelleo de los ornamentos de oro, con la magnificencia de los capiteles y de las columnas. Esta decoración no es fría y vulgarmente jesuítica. El soplo del gran siglo precedente remueve todavía toda la máquina; esto es Eurípides, si no es más bien Sófocles. Algunos cuadros son espléndidos: entre otros, un *Descendimiento de la Cruz*, de Ribera. El sol da sobre la cabeza de un Cristo, a través de la cortina de seda roja entreabierta. Los fondos negros parecen más lúgubres al lado de esta claridad súbita de las carnes luminosas, y el doloroso color español, las tintas místicas o violentas de las figuras apasionadas, en la sombra, dan a toda la escena el aspecto de una aparición, como se formaban en otra época en el cerebro monacal y caballeresco de un Calderón o de un Lope.

#### *Excursión a Puzzole y a Baia*

Al salir del túnel de Pausilippo comienza la campiña, especie de vergel lleno de altas vides, cada una abrazada a su árbol. Debajo brillan el rosa elegante de los altramuces verdes y no sé qué conífera amarilla. Todo duerme en la bruma templada como un aderezo en su estuche.

En un recodo del camino aparece el mar, y el camino lo sigue hasta Puzzole. La mañana es gris, y las nubes húmedas bogan lentamente en el horizonte desvaído. La bruma no se evapora; solamente, de tarde en tarde, se atenúa y deja llegar una pálida oleada de sol, como una imperceptible sonrisa. Sin embargo, el mar extiende sus largas sabanas blancas y tranquilas sobre la arena, tan fina como ellas, que retroceden con un zumbido monótono.

Un color uniforme azul pálido, como borroso, ocupa el espacio inmenso, todo el cielo y todo el mar. Cielo y mar se confunden; a veces, parece que los barquitos negros son pájaros que se ciernen en el aire. No hay allí ruidos; apenas si se oye el murmullo ligero de las ondas. Los suaves matices de la pizarra, que llora en las crestas húmedas, dan solos idea de este color desvaído. Se recitan entre dientes los versos de Virgilio y se piensa en esas comarcas silenciosas donde desciende la Sibila, reinos donde flotan las sombras, no fríos y lúgubres como la comarca cimeria de Homero, pero donde la vida incorpórea y vaga reposa, esperando que la fuerza del sol la concentre y la vuelva con colores radiantes al torrente del ser, o bien a esas playas dormidas donde están las almas futuras, poblaciones gárrulas y vaporosas que voltean indistintas como abejas alrededor del cáliz de las flores. Nisida, Ischia en la lejanía, el cabo Miseno, no parecen cosas reales, sino sombras a punto de volver a la vida. Más lejos, en toda la campiña, los troncos

blancos de los plátanos, los verdes suavizados, el invierno y la bruma, los tallos delicados de los rosales, el agua inmóvil del lago Averno, los contornos imprecisos de las montañas, todo el paisaje lánguido y mudo parece dormir, no con el sueño de la muerte, sino envuelto dulcemente en una paz bienhechora y monótona. De esta manera es cómo han concebido los antiguos el más allá, la extinción de la vida: sus tumbas no tienen nada de lúgubre; la muerte no es allí sufrimiento o aniquilación, y el muerto reposa; se le llevan manjares, vino, leche, vive todavía, solamente que ha pasado de la luz meridiana al crepúsculo. Las ideas cristianas y germánicas, Pascal y Shakespeare, no pueden hablar aquí.

Nada puede decirse de Baia. Es un pueblecito pobre, en el que se amarian algunos barcos alrededor de una vieja fortaleza. Ha comenzado a llover, y el agua forma una cloaca. Puzzole es todavía peor. Los cerdos, enfangados, andan por las calles. Algunos llevan una cuerda atada por el vientre, y gruñen y patalean. Los niños, astrosos, parecen sus hermanos. Una docena de pordioseros, una canalla sucia y parasitaria, se acerca al coche; se les rechaza, se les despide, pero inútilmente: a toda costa, quieren servir de guías. Parece, sin embargo, que hace tres años estaba esto peor: en vez de doce, hubiéramos tenido cincuenta. Los cerdos vagan por las calles de Nápoles como aquí. Este pueblo se halla todavía salvaje: cuando vió llegar al rey Víctor Manuel, se sorprendió mucho, y se

imaginaba que Víctor Manuel había destronado a Garibaldi. Muchos de sus habitantes no tienen más que un zapato, otros van por el barro con los pies y las piernas desnudos; sus andrajos no pueden ser descritos: no tienen semejantes más que en Londres. Por las puertas abiertas, se ve a las mujeres que quitan la miseria a sus hijos, enclenques, de cuerpo medio encorvado. En las plazas, a la entrada del pueblo, un racimo de vagabundos, chicos y grandes, esperan una presa, un extranjero, sobre quien se precipitan. Tres de ellos se han mostrado más encarnizados que los otros, y mi compañero se ha puesto a embromarlos. No entienden la broma, y responden con una mezcla de humildad y de desvergüenza. Se ridiculizan entre ellos: uno, sobre todo, aludiendo a un camarada, le acusa de tener una querida disforme, y describe con detalles la deformidad. ¿Cómo será la desgraciada que puede tener por amante a semejante hombre? Yo supongo que ha perdido el olfato. En todo el subterráneo de Pausilippo y, en general, en todo Nápoles hay necesidad de taparse la nariz; «pues aún es peor en verano», dicen ellos. Y esto es general en el Mediodía, en Aviñón, en Tolón como en Italia. Se pretende que los sentidos de los meridionales son más delicados que los de las gentes del Norte; reducid esta pretensión a los ojos y a los oídos.

Vamos a ver un templo de Serapis, del cual tres hermosas columnas permanecen en pie; en las inmediaciones están los baños antiguos, las fuen-

tes sulfurosas; toda la costa está llena de ruinas romanas. Las arcadas de las casas, los restos de las cuevas, los cimientos marítimos forman una cadena casi continua. La mayoría de los ricos de Roma tienen aquí una casa de campo... Pero no estoy ahora de humor arqueológico.

He sido injusto: el anfiteatro, sobre todo, valdría la pena. Las bóvedas, recientemente desenterradas, conservan su frescura, y parecen de ayer. Un extenso subsuelo servía de habitación a los gladiadores y a las fieras. El circo haría treinta mil espectadores. No hay antigua ciudad romana, de Metz a Cartago, de Antioquía a Cádiz, que no haya tenido el suyo. Durante cuatrocientos años, ¡qué consumo de carne humana! Cuanto más se mira los circos, más claramente se ve que toda la vida antigua tenía esta finalidad: la ciudad era una asociación para la caza y la explotación del hombre; ha usado, y después abusado, de los cautivos y de los esclavos: en los tiempos moderados, han subsistido por sus trabajos; en las épocas de desenfreno, se han divertido con su muerte.

En estas grandes cuevas, en esta ciudad subterránea, yacen las columnas, derribadas por los temblores de tierra, parecidas a enormes troncos de árboles. Las cabelleras verdes de los árboles cuelgan a lo largo de las paredes; el agua fluye como una fuente que, gota a gota, cayera de los cabellos de una náyade.

*Paseo a Castellamare y a Sorrento*

El cielo está casi despejado; solamente un cúmulo de nubes pende por encima de Nápoles, y alrededor del Vesubio grandes humaredas blanquecinas se agitan o se estacionan.

No he visto todavía, ni en Marsella durante el verano, este color del mar, de un azul tan fuerte, casi metálico. Por encima del intenso y luciente azul, que ocupa las tres cuartas partes del espacio visible, el cielo es blanco y parece un cristal. A medida que se aleja uno se percibe mejor la costa ondulosa y la masa enorme de la montaña; todas las porciones son armónicas como miembros; a un extremo, Ischia y los promontorios desnudos reposan en sus tintas violetas como una durmiente de Pompeya bajo su velo. Verdaderamente, para describir este paisaje, este continente violeta extendido al borde del agua luminosa, sería necesario usar las palabras de los antiguos poetas, figurar la grandiosa fertilidad que el eterno océano abraza y asedia y, por encima de ellos, la blancura serena, el deslumbrante Júpiter: *Hoc sublime candens quem omnes invocant Jovem.*

Se encuentran en el camino hermosas figuras, de rasgos alargados y finos, eminentemente griegas, algunas jóvenes bellas e inteligentes, y aquí y allá horribles mendigos que lavan sus pechos velludos; pero la raza es muy superior a la de Nápoles, donde ha sido disminuída y deformada,

donde las jóvenes parecen modistillas desmirriadas y pálidas. Los hombres trabajan en el campo. A fuerza de ver las piernas y los pies desnudos se interesa uno por las formas; agrada ver los músculos de la pantorrilla estirarse para empujar una carreta, inflarse, abrazar la pierna; la vista sigue su curva, que descende hasta el pie; satisface ver los dedos, regulares, sólidamente apoyados sobre la tierra; la firmeza de cada hueso, la redondez del dedo gordo, la aptitud y la potencia de todo el miembro. De parecidos espectáculos cuotidianos nació en otra época la escultura. En cuanto aparece el zapato ya no se puede hablar, como en los tiempos de Homero, «de las mujeres de bellos talones»; el pie no tiene forma y no interesa más que al zapatero, el cual no produce modelos que, corrigiéndose por grados unos a otros, dejen entrever la forma ideal. En otro tiempo el romano, rico o pobre, el griego, enseñaban diariamente sus piernas, y en los baños y en los gimnasios todo su cuerpo. La costumbre de ejercitarse desnudo en el verano era el rasgo distintivo del griego; se ve, por Herodoto, cómo esta costumbre extrañaba a los asiáticos y a los bárbaros.

La vía sigue el mar a tres pasos, casi al borde. Un puerto aparece rayado por las formas negras de los aparejos; después un muelle, un fortín casi derruido que hace sombra y cuyas aristas duras cortan este derrame de luz. Alrededor las casas cuadradas, todas grises, se amontonan como tortugas bajo un techo redondo que les sirve de ca-

parazón. Esta Torre del Greco, que se defiende contra los temblores de tierra y contra la lluvia de cenizas que arrojará el Vesubio. Más allá el mar se rompe en gruesas láminas, que se curvan y caen como en una esclusa. Todo esto es espléndido y encantador; sobre esta tierra, llena de cenizas fértiles, los sembrados se prolongan hasta la costa formando un jardín; un simple vallado de cañas los protege contra el aire del mar; las chumberas, con sus raquetas gordas, gatean por las pendientes; las hojas verdes comienzan a cubrir las ramas; los albaricoqueros sonríen bajo sus florecillas rosas; los hombres, medio desnudos, trabajan sin esfuerzo en el suelo friable; algunos jardines cuadrados tienen columnas y en medio una pequeña columna de mármol blanco. Por todas partes vestigios de la alegría y de la belleza antiguas. ¿Cómo sorprenderse en la compañía de este divino sol primaveral, de este chorro de oro y de llamas líquido que se encuentra siempre a la derecha cuando se mira el mar?

¿Cómo se olvidan alegremente aquí las cosas desagradables! Recuerdo que en Castellamare he visto al pasar feos edificios modernos, una estación de ferrocarril, hoteles, un cuerpo de guardia y gran número de coches desvencijados que se apresuran para recoger a los extranjeros. Todo esto se ha borrado ya; no queda más que la memoria de los porches sombríos, a través de los cuales se ven los patios iluminados, llenos de naranjos relucientes y de verduras tempranas; las explanadas

en las que juegan los niños, donde se secan las redes y donde los bienaventurados ociosos lanzan el humo al espacio y miran los saltos caprichosos, el rizamiento de las olas.

A partir de Castellamare el camino es una cornisa que serpentea al borde del mar. Grandes rocas blancas han rodado hasta las olas, que eternamente las acarician. Hacia la izquierda la montaña corta a pico sus asientos resquebrajados, sus muros labrados de grietas, sus salientes ásperos, todo su andamiaje de dentellones que parece las ruinas de una línea de fortalezas hendidas y bamboleantes. Cada arista y cada bloque proyectan una sombra sobre la uniformidad de la muralla blanca, y toda la cadena está poblada de formas y de colores.

Algunas veces el muro se halla partido en dos por una ranura, y sobre las dos pendientes de la torrentera los sembrados descienden en pisos. Sorrento está igualmente escalonado sobre tres zanjas profundas. Todos estos fondos tienen jardines donde los árboles se aprietan y se amontonan. Los nogales extienden como manos nudosas sus ramas blanquecinas. Todo lo demás es verde; la mala estación no ha podido nada contra esta primavera eterna. Entre el ramaje de los olivares, los naranjos destacan sus hojas fuertes y relucientes; sus pomos de oro, por millares, brillan al sol entre las pinceladas de los limoneros pálidos. Frecuentemente, en la sombra de las callejas, sobre la cresta de un muro, se ven asomar sus hojas deslumbrantes. Esta es su patria; la tierra los prodiga hasta en los patios

más pobres, al pie de las escaleras destrozadas, extendiendo sus copas redondas iluminadas por el sol. Un tenue olor aromático trasciende de estos brotes verdes; es un lujo de rey y aquí un mendigo lo tiene por nada.

He pasado una hora en el jardín del hotel; es una terraza sobre el borde del mar, a media costa; tal espectáculo hace imaginar la dicha perfecta. Un jardín todo verde rodea la casa, poblado de limoneros y naranjos tan cargados como un manzano de Normandía. Los frutos caen por tierra al pie de los árboles. Otros arbolillos, plantas de un verde claro o azulado, llenan los macizos. En las ramas desnudas de los albérchigos las flores rosa comienzan a abrirse lindas y frágiles. El enlosado es una porcelana azulenca que brilla, y la terraza se redondea por encima del mar, cuyo admirable azul llena todo el espacio.

No he querido todavía hablar de ello, no me atrevo a tocar a esta sensación que he tenido al dejar Castellamare; pero, desde luego, es definitivamente encantadora. El cielo es claro, de un azul pálido casi transparente, y el mar de un azul radiante, casto y delicado como una novia o una virgen. Esta extensión infinita del espacio, vestido tan deliciosamente como para una fiesta voluptuosa y delicada, deja una sensación que no tiene igual. Capri, Ischia, al borde del cielo, son blancas en su delicada muselina de vapor, y el azul divino luce dulcemente hasta perderse de vista, encuadrado en esta orla blanca.

¿Qué palabras encontrar para expresarlo? El golfo entero parece un vaso de mármol excavado expresamente para recibir el mar. Una flor satinada, un grandioso iris aterciopelado, de dulces pétalos luminosos, donde el sol se muestra y que viene a terminar en una orla nacarada, he aquí las ideas que se presentan al espíritu y que vanamente amontonadas no bastan.

Al pie de las rocas el agua es verde como una esmeralda transparente, algunas veces con reflejos de turquesa o de amatista, especie de diamante líquido que cambia de color con todos los accidentes de la profundidad o de la roca, especie de joya abigarrada y movable, que encuadra la expansión de la divina flor.

El sol descende y al norte el azul se hace tan profundo que asemeja el color de un vino tinto. La costa se torna negra y se alza en relieve como un largo cordón de azabache, mientras que toda la claridad se derrama y se muestra sobre el mar.

Durante todo el camino he pensado en Ulises y en sus compañeros, en sus barcos de dos velas parecidos a estos que danzan como moscas en medio del agua, en la ribera vacía que costeaban, en las caletas desconocidas donde por la noche anclaban su navío, en la admiración vaga que les producían los bosques nuevos, en el reposo de sus miembros cansados sobre la arena seca de los promontorios, en los bellos cuerpos heroicos cuya desnudez exornaba estos cabos desiertos. Las sirenas, con los cabellos sueltos sobre el torso de mármol,

podían alzarse en este azul, sobre estas rocas bruñidas; no hace falta gran esfuerzo aquí para entender en espíritu su canto, el de la encantadora Circe. Ella podía en este clima decir a Ulises: «Ven, vuelve tu espada a la vaina y los dos juntos subamos a nuestro lecho a fin de que, estando unidos por nuestro sueño y por el amor, tengamos confianza uno en otro.» Las palabras del viejo poeta sobre el mar de púrpura, sobre el océano que abraza la tierra, sobre las mujeres con los brazos blancos, tornan acá, a su patria.

Es que todo es bello, y en este aire clemente la vida puede volver a ser sencilla como en los tiempos de Homero. Todo lo que han añadido a nuestro bienestar tres mil años de civilización parece inútil. ¿Qué es lo que le hace falta aquí al hombre? Una pieza de lienzo y una pieza de tela como a los compañeros de Ulises, si es sano como ellos y de una raza fuerte; ya cubierto, lo demás es superfluo o se ofrece espontáneamente. Matan un gran ciervo, lo asan sobre carbones, beben el vino de sus odres y, encendiendo fuego, se duermen por la noche sobre la arena. ¡Cuánto se ha complicado y maleado después el hombre! ¡Con qué agrado se piensa en el lujo que Homero imaginaba para una diosa! «Había allí una gran caverna y en ella habitaba la ninfa de los hermosos cabellos. Un espléndido fuego ardía en el hogar, y el olor del cedro bien partido y del limonero que ardían, se extendía a lo lejos por la isla. Ella, dentro, cantaba con una voz deliciosa, recorriendo la tela que tejía con su

lanzadera de oro. Alrededor de la caverna había un bosque verdeante, el castaño, el álamo negro, el ciprés oloroso, y dentro se alojaban los pájaros de largas alas, las gaviotas, los gavilanes, las cornejas de alargado pico, todos los pájaros de las costas que cantan sobre el mar. Cerca de la caverna, bruñida, se extendía una viña nueva cuajada de racimos. Al lado manaban cuatro fuentes, con un agua burbujeante, cerca una de otra, y cada una corría por su lado. En las inmediaciones florecían praderas suaves de apios y de violetas; un dios que hubiera venido aquí quedaría admirado y contento.» Ella misma coloca la mesa y sirve a su huésped, como Nausícaa; a ser preciso iría con sus servidores a lavar sus vestiduras en el torrente vecino; se hacían entonces esta clase de trabajos naturalmente, como se anda; no había la idea de abandonar este cuidado, como de abandonar el otro. Así se ejercitaba la fuerza y la agilidad de los miembros; era un placer y un instinto ejercitarlos y servirse de ellos. El hombre es todavía un bello animal, casi pariente de los caballos de noble raza, que alimentaba en sus praderas; desde este punto de vista el empleo de sus brazos y de su cuerpo no le parecía servil. Ulises mismo, con hachas y barrenas ha cortado y trabajado el tronco de olivo que servía de base a su lecho nupcial; los jefes jóvenes que quieren desposar a su mujer, despedazan y asan ellos mismos los cerdos y los carneros que comen. Y los sentimientos son tan naturales como las costumbres; el hombre no se

constrañe, no se inclinaba por el heroísmo bárbaro como en Alemania, ni por la superstición enfermiza como en la India; no le da vergüenza tener miedo algunas veces y confesarlo, ser sentimental y llorar; las diosas aman a los héroes, y se ofrecen a ellos sin avergonzarse, como una flor se inclina hacia la flor cercana que debe fecundarla. El deseo parece tan hermoso como el pudor, la venganza como el perdón; el hombre se desenvuelve por entero, armoniosamente y con facilidad, como estas plantas, estos naranjos alimentados por la frescura del mar, por el aire tibio de las gargantas, y que muestran la redondez de sus copas sin que ninguna mano los limpie ni ninguna intemperie obligue a la savia a retirarse de una de sus yemas. En medio de todas estas narraciones, entre las imágenes de los bosques y de las aguas que se acaba de atravesar, se ven destacarse vagamente los cuerpos de los héroes antiguos; este Ulises, tal como salía del río, «más grande de talla y más ancho de espaldas» que los otros hombres, los bucles de sus cabellos cayendo sobre la nuca y parecidos a la flor del jacinto», o bien, a su lado, las jóvenes que, arrojando sus velos, juegan sobre la orilla del río, y entre ellas Nausícaa, «la virgen indómita, más alta que ellas toda la cabeza».

Pues esto no ha bastado, y me ha parecido que para expresar este cielo, esta profundidad blanca y luminosa del aire que envuelve y vivifica todas las cosas, este mar radiante y feliz que es su esposa, esta tierra que viene a su encuentro, es preciso

remontarse hasta los himnos védicos, encontrar en ellos, como nuestros primeros padres, la verdadera vida, la vida universal y sencilla; los dioses eternos y errantes que dejamos de ver, ocupados como nosotros en los detalles de nuestra mezquina vida, pero que en suma subsisten solos, nos guían, nos protegen, y viven entre ellos como en otras épocas, sin sentir los movimientos imperceptibles, los arañazos efímeros que nuestra civilización hace sobre su pecho.

*Varias visitas a Herculano  
y a Pompeya*

Se ven pasar ante los ojos millares y millares de objetos; todo esto a la vuelta se agita en el cerebro; ¿cómo sacar de este caos alguna impresión dominante, alguna vista de conjunto?

Lo que subsiste en un principio es la imagen de la ciudad gris y rojiza, medio ruinoso y desierta, montón de piedras sobre una colina de rocas, con hileras de muros espesos y de losas azuladas, todo blanquecino, en el aire deslumbrante de blancura; en torno el mar, las montañas y la perspectiva infinita.

En lo alto están los templos: el de la Justicia, de Venus, de Augusto, de Mercurio, el edificio de Eumachia y otros templos todavía conservados; más lejos, y también sobre una altura, el de Neptuno. Tenían así todos sus dioses en lo alto, en el aire puro, que era asimismo un dios. El foro y la

curia están al lado; ¡hermoso sitio para deliberar y hacer los sacrificios! En lontananza se ven las grandes líneas de montañas vaporosas, las copas de los pinos, y después hacia oriente, bajo la bruma rubia e iluminada por el sol, las formas finas de los árboles y la diversidad de los cultivos. Al volver, y sin esfuerzo de imaginación, se reconstruyen estos templos. Estas columnas, estos capiteles corintios, esta disposición sencilla, estos lienzos de azul recortados por los fustes de mármol. ¡Qué impresión debe dejar en el alma tal espectáculo contemplado desde la infancia! La ciudad era entonces una verdadera patria y no, como hoy, una organización administrativa de edificios suntuosos. ¿Qué me importan a mí hoy Rouen o Limoges? Yo tengo una casa en un montón de otras casas; la vida viene de París, y París mismo ¿qué es, sino otro montón de casas donde la vida proviene de una oficina en la que hay papeles y empleados? Por el contrario, los hombres aquí hacen de su ciudad su joya y su joyero; la imagen de su acrópolis, con sus templos blancos en la luz, les acompaña por todas partes. Las ciudades de nuestra Galia, la Germania, toda la barbarie del Norte, no les parece sino suciedad y desorden. A sus ojos quien no tenía ciudad no era verdaderamente un hombre, sino un semisalvaje, casi una bestia, fiera de rapiña de la que no se podía hacer más que una bestia en resumen. La ciudad es una institución única, el fruto de una idea soberana que ha regido durante doce siglos todas las acciones del

hombre; es el gran invento mediante el cual ha salido del salvajismo primitivo. Ha sido a la vez el castillo feudal y la iglesia; lo que el hombre la ha amado, cómo le entregó y encerró en ella su vida, ninguna palabra podría decirlo. El resto del Universo le era extraño o enemigo; no tenía en él ningún derecho; ni sus bienes ni sus personas estaban seguros; si encontraba allí protección era por gracia, y no pensaba en lo lejano más que como un peligro o como una presa; este recinto era su refugio y su fortaleza. Además, tenía aquí sus dioses propios, su Júpiter o su Juno, dioses habitadores de la ciudad, dioses adictos al Sol y que, en el pensamiento primitivo, no eran otra cosa que este Sol mismo, con sus fuentes, sus bosques y su cielo. Tenían allí sus habitaciones, sus penates, sus antepasados, acostados en sus tumbas, incorporados al Sol, recogidos por la tierra, la gran nodriza, y donde los manes subterráneos, desde el fondo de su reposo, continuaban velando sobre él, de manera que encontraba allí, en un haz, todas las cosas saludables, sagradas o bellas que debía defender, venerar o admirar. «La patria es más que tu padre o tu madre, decía Sócrates a Criton, y cualquier violencia o cualquier injusticia que nos haga debemos sufrirla sin buscar el huir de ella.» De esta manera comprendían la vida el griego y el romano; cuando sus filósofos, Aristóteles o Platón, fundan un Estado, es una ciudad, una ciudad reducida y cerrada, cinco o diez mil familias, donde el matrimonio, la industria y todo lo demás están

subordinados a la necesidad pública. Si se añade a esto la imaginación rápida y pintoresca de las razas meridionales, sus aptitudes para representar los objetos corporales, las formas locales, todo el exterior coloreado, todo el relieve sensible de su ciudad, se comprende que este concepto de la ciudad ha debido producir en las almas antiguas una sensación única, fuente de emociones y de sacrificios a los cuales no llegamos nosotros.

Todas estas calles son estrechas; la mayor parte callejas que se cruzan de un paso. Frecuentemente no dejan sitio más que para un carro, y el carril es todavía visible; de trecho en trecho grandes piedras permiten al viandante atravesarlas como sobre un puente. Todos estos detalles indican otras costumbres diferentes a las nuestras; evidentemente no se encuentra aquí nada de la gran circulación de nuestras poblaciones, nuestras pesadas carretas cargadas, nuestros coches de alquiler que corren al trote. Los carros traen el trigo, el aceite, las provisiones; muchos transportes se hacían a brazos y por los esclavos; los ricos iban en litera. El bienestar era menor y diferente. Un rasgo saliente de la civilización antigua es la *falta de industria*. No tenían las provisiones, los utensilios, los tejidos, todo esto que las máquinas y el trabajo libre producen hoy día para todo el mundo a precio barato. El esclavo movía el molino; el hombre se dedicaba a lo bello, no a lo útil; no producía apenas y no podía apenas consumir. La vida era forzosamente sencilla, y los filósofos, como los legisladores, lo sa-

bían bien; si prescribían la abstinencia, no era por pedantería; el lujo era evidentemente incompatible con la sociedad tal como estaba. Algunos miles de hombres bravos y nobles, que viven sobriamente, que tienen una medio camisa y un manto, que se complacen en ver sobre sus colinas un grupo de hermosos templos y de estatuas, que hablan de los negocios públicos, pasan el día en los gimnasios, en el foro, en los baños, en el teatro, se lavan, se frotan con aceite y están contentos de la vida presente; he aquí la ciudad antigua. Si sus necesidades y sus refinamientos crecen con exceso, el esclavo, que no tiene más que sus brazos, no puede bastarles. Para establecer una organización complicada, como nuestras sociedades modernas, por ejemplo, una monarquía moderada, igualitaria y protectora, donde cada uno se propone como fin la tranquilidad y la consecución del bienestar, falta el fundamento; cuando Roma quiso constituir una, las ciudades se deshicieron, desaparecieron los esclavos que se utilizaban, se rompió el resorte de la acción y pereció todo.

Esto se manifiesta más claro todavía cuando se entra en las casas, como las de Cornelio Rufo, de Marco Lucrecio, en la casa Nueva, en la casa de Salustio. Son pequeñas y aún más pequeñas las habitaciones. Están hechas para tomar el fresco y para dormir; el hombre pasaba el día en otra parte, en el foro, en los baños, en el teatro. La vida privada, tan importante para nosotros, era muy limitada; lo esencial era la vida pública. No hay

rastros de chimenea, y seguramente había muy pocos muebles. Las paredes están pintadas de colores negros y rojos, opuestos, lo que produce un conjunto agradable en la penumbra; por todas partes arabescos de una ligereza encantadora: Neptuno y Apolo derribando los muros de Troya, un trabajo de Hércules, amorcillos, danzarinas que parecen volar a través del aire, dos jóvenes apoyadas en una columna, Ariadna hallada por Baco. ¡Estos cuerpos jóvenes son tan francamente jóvenes y fuertes! Muchas veces no es más que una delicada orla sinuosa con un grifo en el centro. Los asuntos no están más que indicados; estas pinturas corresponden a nuestros papeles pintados; pero ¡qué diferencia! Pompeya es un Saint Germain, un Fontainebleau antiguo; se ve el abismo que separa los dos mundos. En casi todas partes en el centro de la casa hay un jardín de la anchura de un salón, en medio una taza de mármol blanco con una fuente cantarina y en torno un pórtico de columnas. ¡Qué sitio más encantador y más sencillo, mejor elegido para pasar las horas calurosas del día? Las hojas verdes entre las columnas blancas, las tejas rojas sobre el azul del cielo, este agua susurrante que cambia de color débilmente entre las flores, esta gavilla de perlas líquidas, estas sombras de los pórticos cortadas por la potente luz. ¡Hay mejor rincón para dejar vivir el cuerpo, para soñar sanamente y gozar sin artificio ni refinamiento de cuanto más hermoso existe en la naturaleza y en la vida? Algunas de estas fuentes

ostentan cabezas de león, estatuillas alegres, niños, lagartos, galgos, faunos que corren sobre el borde. En la más grande de todas estas casas, en la de Diómedes, los naranjos, los limoneros, semejantes probablemente a los de otra época, hacen brillar sus brotes verdes; un vivero luce; una pequeña columnata rodea un comedor de verano; todo está dispuesto en el recinto cuadrado de un gran pórtico. Cuanto más se intenta reconstruir estas costumbres en la imaginación, más bellas parecen, conforme al clima, conforme a la naturaleza humana. Las mujeres tenían su gineceo en el fondo, detrás del patio y del pórtico, asilo cerrado, sin vista desde fuera, separado de la vida pública. No se movían casi; en estas estrechas habitaciones reposaban perezosamente, en italianas, o trabajaban en labores de lana, esperando que su padre o su marido dejara los negocios y la conversación de los hombres. Seguían vagamente con la mirada sobre las paredes, no los cuadros como hoy día, las curiosidades arqueológicas, las obras de un país y de un arte diferentes, sino las figuras que repetían y embellecían las actitudes ordinarias, de acostarse, de levantarse, la siesta, el trabajo, las diosas de pie delante de Paris, una Fortuna elegante y esbelta como las mujeres de Primaticio, un Deidamie que, asustado, se deja caer sobre una silla. Las costumbres, las obras, los trajes, los monumentos, todo arranca de un mismo principio, de un principio único; la planta humana no había tenido más que un brote, y no había recibido nin-

gún injerto. Hoy la civilización en la misma comarca, aquí en Nápoles, está llena de disparates, porque es más vieja y razas diversas han contribuido a ella. Muchos rasgos españoles, católicos, feudales, septentrionales, han venido a enredar o deformar la delicadeza italiana y pagana primitiva. Por consiguiente, el natural, la facilidad, se han perdido; todo es una mueca. De todas las cosas que se ven en Nápoles, ¿cuántas hay de los naturales del país? El Norte ha importado la necesidad de bienestar, los trajes opresores, las casas altas, la industria sabia. Si el hombre siguiera su naturaleza, viviría aquí como los antiguos, medio desnudo o envuelto en un lienzo. La antigua civilización nacía por entero del clima y de una raza apropiada al clima; por eso tenía la armonía y la belleza.

El teatro está sobre la cumbre de una colina; las escaleras son de mármol de Paros; de frente está el mar, con el Vesubio radiante de blancura matinal. Por techo había un velo, y frecuentemente este velo faltaba también. Comparad esto con nuestros teatros nocturnos, iluminados por el gas, llenos de un aire mefítico, donde se amontona la gente en cajones alumbrados, en una especie de jaulas suspendidas, y notaréis la diferencia que separa la vida gimnástica, natural, de cuerpos atléticos, y la vida complicada, artificial, del traje de etiqueta. La misma impresión en el anfiteatro, grandioso y abierto al sol; pero aquí está la tacha del mundo antiguo: el sangriento sello romano. La misma impresión en los baños: sobre la cornisa

roja del *frigidarium*, pequeños amercillos de una delicadeza encantadora saltan a caballo o conducen carros. Nada más grato a la vista, ni mejor entendido, que la habitación destinada a secarse, con su bóveda llena de figuras en relieve y de medallones adornados, con su hilera de Hércules, que, colocados contra el muro, sostienen en sus vigorosas espaldas toda la cornisa. Todas estas formas palpitan, y están sanas; nada hay exagerado ni recargado. ¡Qué contraste con los baños modernos, sus falsas desnudeces postizas, sus figuras sentimentales y voluptuosas! Es que los baños de hoy no son más que un lavadero; entonces el baño era un placer y una institución gimnástica (1). Empleaban en ello algunas horas del día; los músculos se ponían flexibles, y la piel brillante; el hombre saboreaba allí la voluptuosidad animal que penetra la carne, alternativamente comprimida y esponjada. No vivía solamente de la cabeza, como hoy, sino de todo el cuerpo.

Se descende y se sale de la ciudad por la calle de las tumbas: estas tumbas están casi enteras; nada más noble que sus formas, nada más serio, sin ser lúgubre. La muerte no era enturbiada entonces por la superstición ascética, por la idea del infierno en el pensamiento de los antiguos; la muerte era uno de los oficios del hombre, un simple término de la

---

1) Ἡ γυμναστική. No tenemos palabras para expresar este arte que comprende todo lo que tiene relación con el perfeccionamiento del animal desnudo.

vida, cosa grave y no horrorosa, que se miraba cara a cara, sin el estremecimiento de Hamlet. Tenían en su casa las cenizas y las imágenes de sus antepasados; se les saludaba al entrar, y los vivos seguían con ellos en relaciones; a la entrada de la ciudad, sus tumbas, colocadas a ambos lados de la calle, parecían una ciudad primitiva, la de los fundadores. Hippias, en un diálogo de Platón, dice que «lo que hay más codiciable para un hombre es ser rico, bien portado, distinguido por los griegos, llegar a la vejez, hacer solemnes funerales a sus parientes cuando se mueren y recibir él mismo de sus hijos una hermosa y magnífica sepultura».

La verdadera historia sería la de las cinco o seis ideas que imperan en la cabeza de un hombre. ¿Cómo un hombre vulgar consideraba hace dos mil años la gloria, el bienestar, la patria, el amor, la felicidad? Dos ideas han regido esta civilización antigua: la primera, la del hombre; la segunda, la de la ciudad; hacer un hermoso animal, dispuesto, sobrio, bravo, endurecido, completo, mediante el ejercicio corporal y la elección de buenas razas; hacer una sociedad limitada, comprendiendo en ella todo lo que el hombre puede amar o respetar, especie de campamento permanente, con las exigencias militares del peligro constante. Estas dos ideas han producido las demás.

*En el museo de Nápoles*

La mayoría de las pinturas de Pompeya y de Herculano han sido trasladadas al museo de Nápoles. No son más que decorados de habitaciones, casi siempre sin perspectiva, una o dos figuras sobre un fondo obscuro, algunas veces animales, paisajes, trozos de arquitectura: muy poco color, los tonos están apenas indicados, y sobre todo amortiguados, borrosos, no sólo por el tiempo (he visto pinturas frescas), sino a propósito. Nada debía atraer la mirada en estas habitaciones, un poco sombrías; lo que agradaba era la forma del cuerpo, la actitud; esto distraía el espíritu en las imágenes poéticas y sanas de la vida activa y corporal. Estas me han producido más placer que las más célebres pinturas, que las del Renacimiento, por ejemplo. Son más naturales, y tienen más vida.

Carecen de interés; el asunto es ordinariamente un hombre o una mujer, casi desnudos, que levantan los brazos o las piernas: Marte y Venus; Diana, que acaba de encontrar a Endimión; Briseida, acompañada por Agamenón, y otras figuras parecidas, bailarinas, faunos, centauros, un guerrero que arrebató a una mujer; ¡la mujer está satisfecha de ser llevada así! Esto basta, porque los hace bellos y felices. No se comprende, antes de haberlos visto, cómo una mujer medio vestida, que cruza al aire, puede ofrecer actitudes tan encantadoras; cuántas maneras hay de alzar los velos, de hacer flotar la

túnica, de avanzar la pierna, de mostrar el pecho. Han tenido esta fortuna única, que ha faltado a todos, hasta a los pintores del Renacimiento, de vivir en medio de costumbres apropiadas, de ver a cada instante los cuerpos desnudos y vestidos, en el baño, en el anfiteatro, y además de cultivar los dones corporales, la fuerza, la ligereza de los pies. Hablaban de unos pechos hermosos, de un cuello correcto, de un antebrazo musculoso, como hablamos hoy de un rostro expresivo o de un pantalón bien cortado.

En medio de todas estas pinturas hay dos estatuas de bronce que son obras maestras. Una, llamada Narciso, es un joven pastor, desnudo, que lleva una piel de cabra sobre la espalda; se diría un Alcibíades, con la cabeza inclinada y la sonrisa irónica y aristocrática; los pies van calzados con una cémida, y el hermoso pecho, ni demasiado delgado ni demasiado grueso, ondula proporcionado hasta las caderas. Tales son los jóvenes de Platón educados en los gimnasios, ese Charmides, un hombre joven de las primeras familias, a quien sus compañeros imitaban, pues era tan hermoso que parecía un dios. La otra estatua es un sátiro, más viejo, desnudo también, y que danza, con la cabeza levantada, con un entusiasmo de alegría incomparable. Al lado de estas estatuas puede decirse que nadie ha comprendido, ni sentido, el cuerpo humano. Es que esta inteligencia y esta sensibilidad estaban alimentadas por el conjunto de costumbres ambientes. Han sido precisas con-

diciones particulares para que se tome como ideal al hombre desnudo, contento de vivir, y al que no faltan, por tanto, ninguna de las grandes partes del pensamiento. Por esta causa, el centro del arte griego no es la pintura, sino la escultura.

Hay todavía otra razón: es que entonces podían posar. Tomar una actitud es hoy día un trabajo y un acto de vanidad; en aquella época, no. El griego que estaba ocioso y se apoyaba sobre una columna de la palestra para mirar o para escuchar a un filósofo, se colocaba bien: primero, porque había adquirido el pleno uso de sus músculos, y luego por fortaleza aristocrática. La prestancia, el aspecto noble y serio de que hablan los filósofos, son esenciales en una sociedad hidalga, entre hombres que tienen esclavos, que hacen la guerra y discuten las leyes. No tienen necesidad de buscarlos; su fuente natural y continua está en la conciencia que el hombre tiene de su importancia y de su valor, de su independencia y de su dignidad. Mirad hoy el bello porte de los jóvenes lores inteligentes de Inglaterra, de las personas bien educadas en las nobles familias francesas; pero el mundo hace al joven inglés demasiado rígido, y al joven francés demasiado abandonado. Entonces hacía al adolescente dispuesto y tranquilo. Se tiene una idea de esta facilidad cuando se ve a Platón oponer al tráfago del hombre de negocios, a sus astucias, a sus griterías, a todos sus hábitos de esclavo, el discernimiento del hombre libre, que discute sin apresurarse, y solamente sobre cuestiones generales, que

deja o toma su razonamiento según su comodidad, «que sabe levantar sus vestidos de una manera decente y que, con un tacto seguro, ordena la armonía de los discursos filosóficos, celebra la verdadera vida de los dioses y de los hombres felices».

Caminando sólo por las salas silenciosas, al cabo de algunas horas, se siente acercarse la ilusión; tantos restos del pasado, lo hacen en cierta forma presente y sensible. Sobre todo este pueblo de estatuas blancas, en el aire gris y frío, como de una galería subterránea, parece los manes que, bajo la tierra, en los reinos misteriosos, continúan una vida invisible, o esos habitantes de los círculos vacíos que Goethe, el gran pagano, coloca alrededor de los seres reales y tangibles. Allí están los héroes, las reinas, «los que han adquirido un nombre o han aspirado a un fin noble», lo escogido de las generaciones extintas; han descendido allí «con un paso mesurado, y se sientan cerca del trono de las potencias que nadie ha profundizado. Hasta en los dominios de Hades guardan todavía su dignidad y se colocan noblemente en torno a sus iguales, íntimos familiares de Perséfone», en tanto que la muchedumbre ignorada, las almas vulgares, «relegadas en las profundidades de las praderas de asfodelos, entre los álamos alargados y los pastos estériles, zumban tristemente, como murciélagos o como espectros, y no son personas». Solas las formas ideales escapan a la absorción de la duración y perpetúan para nosotros las obras y los pensamientos perfectos.

Se olvida uno de sí mismo entre tantas nobles cabezas, delante de estas Junos severas, de estas Venus, de estas Minervas, de estos anchos pechos de dioses heroicos, de esta seria y humana cabeza de Júpiter. Tal cabeza de Juno es casi hombruna, como de un soberbio y grave joven. Vuelvo siempre a una Flora colosal, que está de pie en el centro de la sala, vestida con un velo que deja adivinar las formas, pero de una sencillez austera y altiva. Es una verdadera diosa, y ¡cuán superior a las vírgenes, a los esqueletos y a los suplicios ascéticos, San Bartolomé o San Jerónimo! Tal cabeza y tal actitud son *morales*, mas no a la manera cristiana: no inspiran la resignación dolorosa y mística; os persuaden a soportar la vida con fortaleza, valor y sangre fría, con la elevación tranquila de un alma superior. No se pueden enumerar todos, ni describirlos uno tras otro; yo creo que de todas las artes, la más griega es la escultura, porque muestra el tipo puro, la persona física abstracta, el cuerpo en sí mismo, tal como lo han formado una buena raza y la vida gimnástica, y porque lo muestra sin confundirlo en un grupo, sin someterlo a la expresión y a las agitaciones morales, sin que nada venga a distraerle, antes que las pasiones del alma le hayan deformado o haya subordinado a ellas su acción; así es para los griegos el hombre ideal, como su sociedad y su moral aspiran a formarlo. Su desnudez no es indecorosa; es para ellos el rasgo distintivo, la prerrogativa de su raza, la condición de su cultura, el acompañamiento de las grandes ceremo-

nias nacionales y religiosas. En los juegos olímpicos, los atletas están sin vestiduras; Sófocles, a los quince años se desnudaba para entonar el Peán, después de la victoria de Salamina. Actualmente no hacemos desnudos más que por pedantería o por salacidad; entonces los hacían para expresar su concepto íntimo y primitivo de la naturaleza humana. Esta gloriosa concepción les acompaña hasta en sus corrupciones. En las pinturas de los lugares de mala nota, en los lupanares de Pompeya, los cuerpos son grandes, sanos, sin la insipidez voluptuosa ni la molicie incitadora; el amor no es allí una infamia de los sentidos ni un éxtasis del alma: es una función orgánica. Entre el bruto y el dios, que el cristianismo opone uno a otro, los griegos han encontrado al hombre, que concilia uno con el otro. He aquí por qué los pintaban y, sobre todo, los esculpían. Sin duda, y según el instinto supersticioso de las gentes del Mediodía, rogaban a las imágenes, como hoy sus descendientes imploran a los santos. Impetraban a su Diana y a su Apolo milagroso: quemaban ante ellos incienso, hacían en su honor libaciones, como se llevan hoy a la virgen y a San Javier exvotos y cirios. Como hoy, tenían sus estatuas sagradas en el interior de las casas, en los oratorios particulares; reproducían en sus imágenes las actitudes y los atributos consagrados: una Venus Anadiómene, un Baco en reposo, como en el siglo XVI se representaba en los cuadros a Santa Catalina en la rueda, a San Pablo con su espada. Pero el efecto era muy diverso,

como el espectáculo era muy distinto. En la mirada que se echa al pasar, en vez de ser sorprendido por una figura huesuda, por un corazón sangrante, se ve una espalda redonda, un torso combado de atleta, un potente pecho de guerrero, y sobre estas imágenes, acumuladas desde la infancia, el espíritu trabajaba y se forjaba el modelo del hombre. Todo esto decía: «He aquí cómo debes ser, cómo debes vestirte; procura tener estos músculos, que funcionan fácilmente, esta carne apretada y sana. Báñate, ve a la palestra, sé fuerte en todo momento para el servicio de tu ciudad y de tus amigos». Hoy, las obras de arte no pueden decirnos a nosotros nada parecido; ni estamos desnudos, ni somos ciudadanos; lo que nos impresiona es Fausto o Werther, o, más todavía, cualquier novela parisién de ayer y los *Lieder*, de Heine.

Es preciso citar algunas obras que no deben quedar en el tintero: He aquí cinco o seis célebres:

El *Hércules Farnesio*. — Un vigoroso cargador que acaba de levantar una viga, y que piensa que un vaso de vino vendría muy a punto. Demasiado real y vulgar. No es un dios, sino un matarife.

El *Toro Farnesio*. — Anfión y Zetos, para obedecer a su madre, Antíope, atan a Dirce a los cuernos de un toro. Parece pertenecer a la segunda o tercera época de la escultura. Cuatro figuras de tamaño natural: el toro, unos perros y un niño; es un cuadro, casi un drama. El escultor ha buscado el interés, lo patético; todas las artes descenden cuando sobrepasan su límite propio.

Soberbia cabeza de caballo, en bronce. Como todos los buenos caballos griegos, no ha sido todavía empequeñecido por la educación; tiene el cuello corto, los ojos inteligentes, la plenitud de voluntad de los caballos libres que se ven hoy todavía en nuestras landas o en el norte de Escocia; este caballo es una persona; los nuestros son máquinas.

La *Psiquis de Nápoles*. — Este busto sin fin, esta cabeza de jovencita delicada y distinguida, no es tampoco del gran siglo; todavía menos la *Venus Calipigia*, que parece un adorno de tocador, y recuerda la encantadora despreocupación del siglo XVIII.

Numerosas estatuas y bustos, en mármol y en bronce, reproduciendo personajes reales — una Agripina sentada, enérgica y triste —; las nueve estatuas de la familia Balba; un admirable orador, de pie, el ánimo suspenso por la gravedad de las cosas que va a decir, verdadero hombre de Estado, digno de la tribuna antigua; Tiberio, Tito, Antonino, Adriano, Marco Aurelio, todos estos emperadores y estos cónsules tienen cabeza de políticos y de hombres de negocios, parecidas a las de los cardenales modernos. A medida que se avanza hacia una época más cercana a nosotros, el arte vuelve al retrato: no ennoblecían, copiaban sencillamente; las figuras de Sexto Empírico, de Séneca, son duras, atormentadas, feas e inquietantes, como molineros. Nuestro museo Campana, en París, demuestra que, llegando a los siglos próximos, la escultura acaba por no reproducir más

que las particularidades personales y enfermizas, el tic, la deformación, la singularidad trivial, los burgueses de Henri Monnier, tomados del natural por la fotografía.

Yo creo que hay allí setecientos u ochocientos cuadros. Para mí, que no soy pintor, la impresión queda reducida a la de un hombre que siente gran inclinación hacia la pintura y que, además, ve en ella un complemento de la historia.

Numerosos retratos obra de Rafael: el de un cardenal, el del caballero Tibaldeo, el de León X. Este León X es un hipócrita bastante vulgar, y su vulgaridad se acentúa todavía más por el contraste de sus acólitos, dos figuras avispadadas, prudentes, eclesiásticas. Lo sobresaliente en Rafael es, sin duda, el equilibrio y la perfecta sanidad de su espíritu. Sus retratos dan la esencia de un hombre sin frases.

*Ribera.* — Un Sileno borracho, con un vientre desbordante, un pecho de Vitelio, la cara negruzca, bajo y ruin como un Sancho inquisidor, horribles rodillas zambas; todo en una plena luz cruda, avivada por un cerco de sombras que la destacan, y para pregonar esta trivialidad brutal, esta energía desenfundada, un asno que rebuzna con toda la fuerza de su garganta.

*Guerchino.* — Su encantadora Magdalena, desnuda hasta la cintura, con la más graciosa actitud, de hermosos cabellos, de senos espléndidos, tiene

una sonrisa dulce de imperceptible melancolía acariciadora y evocativa. Es la más persuasiva y la más cariñosa de las enamoradas, y ¡hela ahí que mira una corona de espinas! ¡Qué lejos estamos de la energía y de la sencillez del siglo precedente! Las pastorales, los pisaverdes, la devoción desabrida, han comenzado su reinado; esta Magdalena es pariente de Herminia, de Sofronia, de las almibaradas heroínas del Tasso; ha nacido, como ellas, de la restauración jesuítica.

*Leonardo de Vinci.* — Una virgen con su niño, de una finura extraordinaria: tiene bajados los ojos, sus labios se pliegan débilmente con una extraña y misteriosa sonrisa; la figura, atormentada por la delicadeza del alma, por el refinamiento de la superioridad intelectual, y detrás de la cabeza se abre una flor de lis blanca. Este hombre parece contemporáneo, está a una distancia infinita de su siglo; por él, el Renacimiento llega sin intervalo a nuestra época. Era sabio, experimentador, investigador y escéptico, con una delicadeza femenina y gustos de hombre de genio.

Numerosos cuadros del Parmesano, de la más exquisita factura, de cabezas finas, y largas las figuras: entre otros, una joven pudorosa, cándida, que mira con aire sorprendido. Un gran retrato representa un señor de su época, escritor y militar; lleva una especie de birrete rojo, y tiene su coraza en un rincón; su noble figura es fina y evocativa; sus cabellos y su barba son de una abundancia y una belleza admirables; no se imagina una mano

más aristocrática, y en toda su expresión se mezcla una extraña dulzura de contemplativo: es un capitán, un pensador y un hombre de mundo. Parmesano vivía en la primera mitad del siglo XVI, a los comienzos de la decadencia de Italia. ¡Cuánto genio y cuánta cultura había en los hombres que entonces sufrieron la opresión de la decadencia! Hay que leer *El Cortesano*, de Castiglione, para ver la bella sociedad, inventiva, correcta, imbuída de filosofía, de espíritu libre, que parece en este momento.

Sus dos destructores están aquí, pintados los dos por Ticiano: Felipe II, pálido y concentrado, indeciso, cejijunto, hombre de gabinete y de corte, tal como lo describen las cartas venecianas; el otro es el papa Paulo III, con su gran barba blanca: un viejo lobo soñador. Otro papa, por Sebastián del Piombo, bella figura regular, pero negra como el agua de un arroyo sucio, con los ojos medio cerrados y la mirada oblicua. Diversos cuadros sirven de complemento a esta idea, por ejemplo: éste de Miceo Spadaro, la *Sumisión de Nápoles a don Juan de Austria*. La guerra es trágica en esta época, y se sabe cómo trataban en Flandes los españoles a las ciudades reconquistadas. Sobre la plaza del Mercado, y a todo lo largo de la calle, los cuadros macizos de soldados, pica en mano, los mosquetes apoyados sobre las horquillas, esperando la voz de mando; las banderas flotando de trecho en trecho; la fuerza y el terror anonadan la ciudad vencida. De rodillas, humildemente, los

magistrados presentan las llaves, y sobre el pedestal de la estatua del virrey, demolida por la revolución popular, en todo el basamento blanquecino las cabezas cortadas hacen regueros de sangre. Por detrás, las casas, altas y sombrías, alargan lúgubrementemente sus sombras, y en el fondo se alza la enorme barrera de las montañas. Ocho años más tarde aparece la peste, y cincuenta mil personas mueren en Nápoles; sólo la Cartuja es preservada por la intercesión de su fundador, y un segundo cuadro de este mismo pintor representa la singular escena. Se ven en el aire a San Martín y a la virgen, que detienen el brazo vengador de Cristo, mientras que un ángel, de pie en el suelo, aparta la peste, horrorosa mujeruca. Alrededor, los cartujos, arrodillados, cabezas astutas y vulgares, confían en su patrón, que debe encargarse de sus cuidados.

Gran número de pintores de segundo y de tercer orden, Schidone, Luca Giordano, Petri, Le Josepin, y que son grandes hombres. Esta encantadora mujer joven, robusta y sana, de un cuadro de Lanfranco, en casa de un discípulo de Guido, deja muy atrás a nuestra pintura contemporánea, tan atormentada, tan incompleta, llena de titubeos y de imitaciones penosas. Sus personajes se mueven, tienen músculos de carne; hay allí facilidad, fuerza y amplitud en la estructura de los cuerpos y en la colocación de los grupos. Sus cerebros están llenos de colores y de formas; salen de ellos, y se reparten, natural y abundantemente, sobre el lienzo. Este Luca Giordano, tan difamado, tan expeditivo, es

un verdadero pintor; con sus figuras risueñas y sus graciosas formas redondeadas, con sus telas de seda, con todo el movimiento, toda la vivacidad de su pintura, tiene el genio de su arte: quiero decir *que sabe agradar a los ojos*; tiene una idea distinta de la nuestra, no está empachado de filosofía y de literatura, no piensa como Delacroix, en expresar las tragedias del alma, ni como Decamps, en reproducir la vida natural; ni como tantos otros, en llevar a los lienzos la historia y la arqueología.

La *Danae* del Ticiano. — En éste, ciertamente, no hay artificio, y sólo pensó el pintor en hacer una hermosa criatura, la espléndida amante de un patricio. La cabeza es bastante vulgar, más que voluptuosa; puede ser una hija de pescadores que ha consentido de buen grado en no hacer nada, comer bien y llevar un collar de perlas. ¡Pero qué tono de carne sobre las telas blancas, y qué cabellos de oro que caen locamente sobre la garganta! Sobre todo ¡esta mano perfecta con un brazaletes de diamantes, estos dedos finos, este talle que se dobla! Hay allí otra, de autor desconocido, sobre una tela próxima, más fina, con la mano colocada sobre la cabeza; al lado de ella hay una planta florida y en el fondo un paisaje de montañas azuladas. Está seria, y su seriedad, como la de los animales, tiene algo de tristeza. Lo que ennoblece esta pintura es que la voluptuosidad nunca es indecente, porque es siempre natural; el hombre no descende para llegar a ella; está a su nivel, y la grandiosidad de los paisajes, la magnificencia de la arquitectura,

la serenidad del cielo vierten a raudales la poesía sobre la dicha. De esta manera el hombre es perfecto; es una de las cinco o seis grandes formas de vivir. Esta no sufre comparación; es como debe ser, acabada y perfecta; reducirla, depurarla, es quitarle su belleza propia, estropear una flor única como ninguna civilización ha producido semejante; sería como pedir al tulipán que fuera menos rojo y a la rosa que tuviese un olor menos grato. Enfrente, y obra de un pintor modesto, hay una Venus con Adonis, gorda y rubia, los carrillos y la boca un poco pastosos, desnuda, con un velo de muselina, se derrite gustando lo que desea, incapaz de imaginar nada más. ¿Qué importa? ¿Quién la desearía distinta bajo esta sombra cálida que aprisiona deliciosamente los tonos ambarinos de su hermoso cuerpo, bajo esta luz difusa que palpita y que tiembla con la claridad de un agua tibia bajo el sol, sobre este soberbio manto rojo, cerca de este vaso de oro que se derrama con reflejos leonados? Cada gran escuela tiene derecho a existir como cada grupo natural humano; tanto peor para las reglas y tanto mejor para todos.

### *Conversaciones*

En el café, en los viajes, en los salones, la política es ahora el tema obligado. Hay como un hervidero en los espíritus; la vivacidad, el ardor, la convicción son los mismos que en nuestro país en el año 90. Los periódicos, muy numerosos, muy di-

fundidos, muy baratos, tienen el mismo tono. He aquí algunos ejemplos:

Primera tertulia, con un escultor y un médico. Según ellos, los bandidos del Sur (que me impiden ir a Pesto) son, sencillamente, unos bandidos. Matan, incendian y roban. Es un oficio, y un buen oficio; lo ejercen hasta con la gente de su partido. Si alguno los denuncia, prenden fuego a su casa; de esta manera tienen aterrorizadas a las aldeas. Agregad que en estas montañas y en estas espesuras son necesarios cien soldados para prender a un bandido. —«Pero ¿esto no es una Vendée? —No, no merecen esta comparación. —Este es un país católico, imaginativo; por tanto, fácil al fanatismo. —No; éstos no son más que bandidos.» A partir de aquí se acaloran, no ven más que su idea; se inflan, como nuestros primeros revolucionarios, con las frases de los periódicos; tienen la cólera pronta y la esperanza infinita.

Según ellos, todo el mal presente viene de Francia, que conservando al papa en Roma mantiene una oficina de intrigas. Roma es un abuso que perjudica a todo el organismo. Francia, desde hace sesenta años, ha hecho progresos enormes en ciencias, en bienestar, pero ninguno en religión, en moral. Se está peor que antes, por el sometimiento al clero; aquí zumban las frases del siglo XVIII.

La lucha en Italia, dicen, es entre la educación y la ignorancia. Toda la clase inteligente es liberal; entiéndase la clase media. Los nobles huyen; ved el gran arrabal aristocrático en el camino de

Herculano; todas las casas están cerradas. El populacho de Nápoles, al que los Borbones concedió amplias libertades, no está contento, y si los Austrias volvieran habría revueltas; pero el verdadero pueblo, los artesanos, los hombres que tienen un fondo de honradez y que trabajan, se rehacen poco a poco. Si había allí cuatro en el partido retrógrado al día siguiente de la revolución, hoy no hay más que dos. La libertad ha producido su efecto. El ejército, sobre todo, es una escuela de unión, de instrucción y de honor. Se enseña a los soldados a leer y a escribir; oyen hablar de Garibaldi, de Víctor Manuel y de la patria. Las familias no se desconsuelan, como otras veces, cuando se llevan a sus hijos. Hay allí hombres de todas las clases sociales; los hijos de los campesinos marchan al lado de los hijos de los abogados y de los médicos. La substitución militar es difícil; se exige un hombre que sepa escribir, leer, contar, para substituir a otro que sabe leer, escribir y contar; el hijo de un noble no pudo encontrar otro noble y tuvo que ir en persona. Esperan una gran guerra, como la del 92, para saldar todas estas diferencias por la confraternidad de las armas. «Vosotros sois una gran nación, añaden; habéis salido de la esclavitud, no sufrís las cien mil infamias y miserias del régimen de los Borbones. Comprended entonces que nosotros también tenemos necesidad de hacer nuestra revolución.»

Conversación en un viaje con un hombre de treinta años, comisionista de algodón. Recorre los

alrededores y compra las recolecciones para revenderlas a los ingleses; el terreno que rodea al Vesubio está ahora plantado de algodoneros. Según él, hace tres años se han hecho por esta parte progresos sorprendentes. Bajo los Borbones era imposible hacer nada, ni aun comprar y vender. No había comercio, no les gustaban las relaciones con los extranjeros, entorpecían la entrada y la salida de mercancías. Al presente todo ha cambiado. El labrador, seguro de ganar dinero, siembra y trabaja hasta en el verano. A mediodía descansa; el calor es terrible; pero por las tardes y por las mañanas, en las horas soportables, va al campo. Bajo los Borbones no se hacían ni se podían hacer más que tres cosas: beber, comer y algunas veces divertirse; para todo lo demás, prohibición completa. Ni estudios, ni periódicos, ni viajes, ni discusiones de religión o de política; las denuncias eran perpetuas y las prisiones horribles; se tenía al menor movimiento la mano del inquisidor encima. Que continuemos así veinte años y ya se verá el cambio del país.

Ha viajado por el mediodía y reconoce que los bandidos forman una especie de guerrilla de baja ralea. El aldeano no les es hostil, porque es ignorante y supersticioso. Desde luego, es imposible ir a las cuevas donde se refugian y donde se les envían sin cesar refuerzos de Roma.

Siempre los bandidos, no se habla de otra cosa; según los periódicos liberales, son unos malvados merecedores del presidio; según los periódicos clericales, son unos rebeldes mártires. He querido formar una opinión propia, y he leído el diario del general Berge, español y partidario de los Borbones, que ha recorrido recientemente el reino de Nápoles en toda su extensión, pero que fué hecho prisionero y fusilado a algunas leguas de la frontera romana.

Después de esta lectura se pueden señalar los hechos siguientes: Berge es una especie de vengano y tenía con él hombres honrados, por ejemplo, sus oficiales. — Encuentra un grupo de borbonianos, pastores, aldeanos, viejos soldados, pero en pequeño número. Los bandos que le apoyan y que dominan el país antes de su desembarco están compuestos de ladrones y de asesinos, que diez veces al tomar una aldea o una ciudad saquean, violan y asesinan y hacen la guerra como salvajes. — La guardia nacional y las gentes acomodadas están en todas partes contra ellos. — Mi posadero en Sorrento decía: «Aquí y en los alrededores hay tres piemonteses por un borbonés; pero abajo, en el mediodía, hay tres borboneses por un piemontés.» Todo se compensa.

Otra conversación en Castellamare, esta vez con un suboficial retirado. El tal es un energúmeno y habla con el verbo de un convertidor. Dice que los curas son los causantes de todo el mal; que en Francia son religiosos y honrados, pero que aquí

son unos ladrones y unos asesinos, y que el centro de la conspiración está en Roma. Cita al famoso general Manhes, que bajo Murat, para reducir por hambre a los bandidos, prohibía, bajo pena de muerte, sacar un pedazo de pan fuera de la ciudad. A un cura que había salido con la hostia para un moribundo lo hizo fusilar *col santissimo nella mano*. Me guía hasta una capilla célebre y en el momento de entrar levanta los hombros de una manera significativa. ¿No es curioso, después de setenta años, encontrar jacobinos?

Cuanto más periódicos leo, cuanto más converso, más sorprendente encuentro el parecido. Nosotros tampoco teníamos al principio más que una burguesía liberal; fué necesario la venta de bienes nacionales y la invasión extranjera para llevar a nuestros aldeanos a la revolución. — Nosotros también hemos combatido una insurrección intestina y hemos visto prolongarse una guerra civil en la parte más ignorante y más religiosa del país. — Nosotros también hemos improvisado escuelas, una guardia nacional, un ejército, una justicia. — Nosotros también hemos visto a los nobles emigrar con el rey y más tarde pelearse en sus tierras. — Lo de aquí es la edición pequeña de un gran libro; pero el volumen no está todavía cosido, las hojas tienen mala unión, le será necesario, como al nuestro, para adquirir resistencia, diez años de compresión bajo un pilón pesado, es decir, bajo el temor del extranjero.

*Tertulia con magistrados,  
profesores y literatos*

La mayor dificultad aquí para la gobernación nace del gran número de privilegios concedidos por los Borbones y que ahora han desaparecido. Por ejemplo, había aquí una gran manufactura de obras en hierro, que costaba dos millones por año y no producía nada; poco a poco los obreros habían sido substituídos por hijos de oficiales y de empleados, que cobraban cinco francos diarios, tal a título de obrero cerrajero, tal otro como contra-maestre; no venían más que a fin de mes para recibir la paga, y un pequeño número hacía acto de presencia en las oficinas de once a tres. La revolución llegó y dejaron de pagarles. Gritaron y se les pagó. Entonces vieron que la manufactura era demasiado costosa y salió a subasta, sin que nadie se presentara. Por fin, un negociante osado la aceptó por diez años, y convino en pagar por año 48.000 ducados de arrendamiento. El nuevo arrendatario hizo venir a los empleados y a los falsos obreros, a los que dijo:—«Yo os pagaré como antes, pero tenéis que trabajar la jornada completa.»—Gritos y reclamaciones. —«Entonces trabajad el tiempo que queráis y os pagaré a tanto la hora.»—Se amotinan. Los *bersaglieri* son recibidos a pedradas y responden a tiros; desde entonces todo está en orden, y la manufactura comienza a marchar; pero los sinecuristas hambrientos están furiosos.

Uno de ellos decía: «Ved este miserable gobierno piemontés. Yo tenía un destino de 1.200 francos que me dejaba libre todo el día, y tenía otro destino en casa de un banquero; ahora estos avaros me suprimen los 1.200 francos y ¡yo soy casado y tengo dos hijos!»

Lo mismo en el 91; todos los oficiales de la casa del rey, de la reina, del delfín, de los príncipes, los meninos, los monteros, etc.

El rey Fernando intervenía en los aprovisionamientos, como Luis XV en los negocios de trigo. Su ejército efectivo eran 80.000 hombres, y figuraban 100.000 en el presupuesto; la diferencia se la guardaba. Además, se reservaba para él, para sus favoritos y para sus secretarios el derecho de designar los empleados; los había, pues, de dos clases: el empleado gordo, que venía una vez al mes a la oficina para recibir las piastras, y el empleado flaco, que hacía el trabajo y recibía la cuarta parte.

Toda aquella gente se muestra muy irritada, lo que no tiene nada de extraño; los curas tampoco están muy contentos y no tienen motivo para estarlo; han perdido el crédito y están por los suelos. Hace tres años había tantos frailes y curas en Nápoles que en una casa donde yo estuve la dueña, asomada a la ventana, contó ciento por hora; casi todas las familias tenían un hijo eclesiástico; hoy son menos numerosos. Después de la revolución se han encerrado; ahora se les ve reaparecer, salir y pasearse dos o tres todo lo más. Creen que el go-

bierno quiere matarlos de hambre, que apoderándose de los bienes de los conventos se declara su enemigo, y trabajan contra él, sobre todo por mediación de las mujeres.

La guardia nacional en Nápoles tiene 14.000 hombres; esto no es nada para 500.000 habitantes. Pretenden que pueden tener el doble, lo que no sería demasiado. Añaden que la plebe existe aquí en número enorme y que todavía no se le pueden confiar armas; es preciso instruirla. Por lo demás, no es de temer ni es capaz de hacer barricadas; hace tres años, en la ausencia de toda autoridad, la guardia nacional ha bastado plenamente para mantener el orden. En cada municipalidad ocurre lo mismo. Los capitanes prefieren no tener más que cierto número de hombres medianos; no admiten a los vagos ni a los que tienen compromisos con el antiguo gobierno. Todos los aldeanos están armados y caminan con el fusil al hombro; es una vieja costumbre efecto de los *vendette* y del pillaje inveterado. Cuando llega Víctor Manuel se presentan todos, así equipados, a su paso, prueba cierta de que no se sentían conquistados ni oprimidos. Un embajador extranjero que estaba presente, decía: «Italia está hecha.»

Volviendo sobre esta guardia nacional de 14.000 hombres, la cifra no indica más que una burguesía gobernante y justifica hasta cierto punto las lamentaciones de los adversarios, como las de un marqués napolitano, provincialista rabioso, que en París, delante de mí, hace quince días, acusaba

a los guardias nacionales de ser una pandilla; los llamaba traidores, agentes de los piemonteses, diciendo que todo el pueblo, todos los nobles, salvo algunos desertores, sufren el yugo y se indignan interiormente. Me responden haciéndome leer los periódicos clericales, que se venden en Nápoles en las calles y que repiten lo mismo en términos más fuertes, lo que prueba que nadie está amordazado. Además, la guarnición de Nápoles es de 6.000 hombres; ¿es esto bastante para contener una población de 500.000 almas que quisiera amotinarse? En cuanto a los medios de ganarse a los aldeanos, señalan que el gobierno no tiene, como la Convención, una masa grande de bienes nacionales para su venta; que después de Napoleón I el régimen feudal fué abolido en el reino, y que desde entonces un gran número de aldeanos son propietarios. Sin embargo, va a desmembrar los bienes de los conventos confiscados, cuya venta traerá a la revolución a buen número de compradores; así se puede contar con la agricultura, con el progreso de la riqueza pública. Este país es de una fertilidad maravillosa; hay aquí terrenos que producen a la vez siete recolecciones: raíces, forraje, uvas, naranjas, nueces, etc. Desde hace dos años el cultivo del algodón se ha propagado por todas partes y los beneficios obtenidos han sido enormes; en lugar de 8 o 10 ducados el quintal, ha subido hasta 32 o 40. Los aldeanos, ahora, en el café, sacan de su bolsillo la piastra, pagan sus deudas, sus anticipos y comienzan a comprar tierras; es su pasión;

en algunos sitios la recolección ha bastado para pagar la tierra. Pasado algún tiempo se nota que hay menos pillaje y más trabajo en los distritos donde la pequeña propiedad está repartida, y Murat había hecho leyes en este sentido; también en muchos sitios se comienza hoy a enajenar y dividir las tierras de dominio. Añadid a esto los bienes de mano muerta, de los que se habla ahora, y notad que los capitales extranjeros llegan, que se fundan manufacturas, que los periódicos se difunden, que un napolitano, hecho comprobado, aprende a leer y a escribir en tres meses; no hay una raza más fina, más pronta a recoger y comprender todas las ideas. El aldeano, enriquecido e ilustrado, acabará en liberal.

Una de las personas presentes cuenta la conversación que tuvo recientemente con un soldado. Este soldado había servido bajo los Borbones; cuando Garibaldi desembarcó con su reducida tropa corrió la voz de que llevaba 60.000 hombres; en el Norte, con permiso del capitán, los soldados de la compañía dejan el fusil y se marchan a sus casas tranquilamente. Proclamado Víctor Manuel, nuestro amigo encuentra a su hombre exceptuado como veterano; le recrimina, lo denuncia, de manera que bien a pesar suyo vuelve al servicio. Después de un año se encuentran nuevamente; el hombre está encantado, lleno de agradecimiento, y tiene una apostura militar: «¡Ah! excelencia, ¡qué contento estoy! He visto Milán, Turín y muchas aldeas y he aprendido a leer. —¿Y a escribir?

—Medianamente todavía, pero escribo mi nombre. —Vaya, toma una fiasra; cuando sepas escribir te daré otra.» He ahí un hombre transformado por la vida militar, que le ha proporcionado costumbres de disciplina, de higiene, la conciencia del honor y de la patria. Nuestro amigo decía a uno de ellos: «Tú vas a pelear por el rey. —No, por el rey, no; pero sí por la patria.» Allí hay un parlamento. Leen los periódicos, que cuestan cinco céntimos; pronuncian grandes frases, huecas muchas veces, de las que abusan, pero en esta ocasión nobles y ciertas y que ejercen una gran influencia sobre los hombres. Yo he oído en un vagón a dos italianos que regresaban a Nápoles después de cinco años de ausencia; uno de ellos decía: «Se perfeccionan; hoy esto es casi un pueblo moral.»

Les falta tiempo; el tiempo consolidará todo, hasta la hacienda, que es la terrible llaga en este momento. El año último el déficit era de un millón por día; se restablecerán poco a poco a medida que la nación produzca y consuma más; en el año que acaba de expirar, Nápoles ha vendido algodón por valor de cien millones, y este año la recolección será todavía mejor. Por las aduanas del Mediodía no pasa apenas nada, todo está abierto a los contrabandistas; se han puesto en las aduanas empleados nuevos, y el hermano de uno de nuestros amigos, que es inspector, dice que este año el aumento será de 700.000 ducados.

Otro síntoma de tranquilidad. El gobierno hace

quitar las madonas de los rincones de las calles. Solían por la mañana encontrarse agujereadas de puñaladas, sea por los de Mazzini, sea por los de los Borbones. Se las traslada a la iglesia próxima. En algunos barrios, las mujeres se agrupan, se desesperan, se retuercen los brazos; pero en los restantes la muchedumbre dice que está bien, que se las profanaba ensuciando las paredes y jurando delante de ellas.

Se presenta aquí un caso interesante, digno de ser seguido de cerca por los observadores: el de una revolución menos violenta que la nuestra, menos perturbada por la intervención extranjera; la misma en el fondo, porque se trata, como en nuestro país, de transformar un pueblo feudal en un pueblo moderno; pero diferente en el sentido de que la transformación se hace en un vaso cerrado, sin explosiones; es cierto que un bayonetazo austriaco rompería el vaso en pedazos.

La misma actividad y la misma exuberancia en la ciencia y en la religión que en la política. Hay diez mil estudiantes en la Universidad y sesenta profesores. Un estudiante se hospeda por veinte francos al mes y se alimenta de macarrones, frutas y legumbres; se come poco en este país y las subsistencias son baratas. La erudición y la dirección son alemanas; se lee a Hegel corrientemente, y M. Vera, su intérprete más celoso y más renombrado, tiene una cátedra. M. Spaventa trata de descubrir una filosofía italiana, de mostrar a Gioberti como el Hegel italiano; se ve que el amor propio y las preocupaciones nacionales invaden

hasta la especulación pura. Ayer, un periódico alababa un cuadro italiano moderno expuesto en el museo y se dolía de que los italianos no admiran bastante a sus artistas y tienen la debilidad de estimar demasiado el arte extranjero. Todo esto es ingenuo, pero sincero.

Los jóvenes y el público se interesan extraordinariamente por estas investigaciones. Nápoles es la patria de Vico y ha tenido siempre una aptitud filosófica. Ultimamente se prepara una exposición de la *Phénoménologie* de Hegel. Traducen sin dificultad las palabras especiales, las abstracciones, ¡sabe Dios qué abstracciones! En el centro, el sistema se reparte en las diversas ramas. Los estudios de derecho, dicen, son muy fuertes y con arreglo a la manera alemana. Los estudiantes están todavía encerrados en las fórmulas y en las clasificaciones de Hegel; pero los profesores comienzan a separarlos, a buscar ellos mismos su camino, cada uno a su manera, y siguiendo sus aptitudes. Las ideas son todavía vagas y flotantes; nada hay formado, todo está en embrión.

En la espera se puede preguntar si el alimento que toman está bien elegido y si los espíritus nuevos pueden asimilarlo; es una carne mal cocida y pesada, que toman con un apetito de hombre joven como los escolásticos del siglo XII han devorado a Aristóteles, a pesar de la desproporción, con peligro de no digerirlo y aun de empacharse. Un extranjero bastante instruido, que vive aquí hace diez años, me responde que comprenden fácilmen-

te el razonamiento más difícil y todas las disertaciones alemanas, pero no con tanta facilidad los libros franceses. Si se les hace leer las novelas de Voltaire, no les agradan más que a medias. No comprenden el ingenio y no ven en su ironía más que un medio de esquivar la censura. M. Renan, a quien admiran grandemente, les parece tímido: «Pero ¿por qué toma tantas precauciones? Es un restaurador delicado del cristianismo.» Su arte acabado, su tacto, su sentimiento tan poético y tan comprensivo, se les escapa; han traducido su libro y en Nápoles han comprado diez mil ejemplares; consideran una suerte ver y tocar una carta escrita de su mano, pero lo que aman en él es el luchador, no el crítico. He aquí la razón del éxito que ha tenido entre ellos *Le Maudit*; se lee este título fijado en todas las librerías. Esta artillería gruesa les regocija. Quieren un vigoroso ataque, una ruda exposición de los hechos; se vengan de su antigua esclavitud.

No hay periódicos buenos; se ha establecido la moda de los diarios a cinco céntimos y la redacción es gratuita. Omiten las noticias telegráficas, y quieren tener una gran tirada. Desde este punto de vista juzgan nuestros periódicos franceses; no aprecian la elocuencia moderada, el estilo correcto, la fina ironía de M. Prevost-Paradol; prefieren los periódicos democráticos. Recordemos nuestros periódicos del 89, sus tonos declamatorios, sus palabras gruesas y su retórica vacía.

Ayer, desayunando en el café, he encontrado

en un periódico de a perra chica un folletón singular: la cuarta lección del profesor Ferrari sobre la filosofía de la historia expone las ideas de Giannone, sus investigaciones precoces en materia de historia religiosa; según Giannone, los primeros cristianos no han creído en el Paraíso; su dogma fundamental era la resurrección de la carne: hasta la resurrección, los muertos permanecían en una especie de inercia y de espera; poco a poco la teología se desenvuelve y pone aparte los muertos fieles; luego, San Agustín les concede una semibeatitud previa; bajo el Papa San Gregorio suben derechos al cielo. Es evidente que semejantes ideas, tan libremente expuestas y tan extensamente popularizadas, deben producir un gran efecto.

El colegio de los jesuitas está ahora bajo la invocación de Víctor Manuel. En la calle se encuentran escolares de diversos colegios, conducidos no por un cura, sino por un sargento. Sobre esta transformación y sobre el acrecentamiento de la educación pública fundan sus mejores esperanzas. Han establecido cincuenta y ocho escuelas municipales en Nápoles, y una en cada cabeza de partido. Gran número de personas de la clase media leen. Todos los libros interesantes y científicos de Alemania, Inglaterra y Francia llegan a la librería de Detkens; las obras fundamentales de fisiología, de derecho, de lingüística, encuentran compradores; su librería es por la tarde una especie de club literario y científico.

Sienten una satisfacción infinita al hablar libre-

mente sobre estos elevados temas. «Hace tres años — dicen —, ni con la puerta cerrada nos hubiéramos atrevido a hablar. Si nos hubiesen visto reunidos, hubiéramos tenido un espía en nuestras reuniones.» Están en este momento en todo el ardor de la producción y del renacimiento. En Pompeya, las excavaciones se llevan con gran actividad, y se publican los nuevos descubrimientos en magníficos libros, con dibujos policromados. Es un placer mirar estas finas cabezas italianas, estos ojos expresivos y adivinar bajo las maneras reservadas el ardor interior. Hablan alto, y dejan asomar esta alegría profunda de hombres que estiran sus miembros después de haber estado mucho tiempo encerrados. En cuanto a ideas, no les falta preparación; ya en tiempo de los Borbones, dos o tres librerías hacían negocio con el contrabando de libros, vendiéndolos al quintuplo de su valor. Así se han formado buenas y hermosas bibliotecas hasta en provincias, como, por ejemplo, la del padre del poeta Leopardi. Tal noble, tal burgués retirado estudiaban no para alcanzar gloria o provecho (era un peligro ser sabio), sino para aprender. De esta manera se aprende pronto y mucho. Conozco un joven de veintiún años que no ha tenido maestros, y sabe el sánscrito, el persa, unos diez idiomas, que conoce muy bien a Hegel, Herbart, Schopenhauer, Stuart Mill y Carlyle, que está al corriente de todos nuestros escritos franceses y de todas las novedades alemanas, de todo lo que se relaciona con el derecho, la filosofía y los

estudios de lingüística y de exégesis. Su erudición y su comprensión son las de un hombre de cuarenta años; ahora va a completar su educación pasando un año en París y en Berlín. He aquí hermosos gérmenes; yo deseo que tenga muchos semejantes y que se desarrollen. Pero no basta aprender a la fuerza; es preciso producir, hacerse una vida propia: sin invención no hay cultura verdadera. Muchos de mis amigos manifiestan a este propósito sus inquietudes, juzgan esta ebullición superficial; dicen que la nueva ciencia es una especie de ópera, un gran embrujamiento del que se libran los cerebros especulativos. «Algunos eruditos — dicen — traen y acumulan montañas de materiales extraños; una muchedumbre de curiosos se agrupa alrededor de los planos, de los facsímiles y de las copias de la arquitectura extranjera: ¿Quién concebirá y ejecutará el monumento nacional?»

*En las calles, en el  
paseo, en el teatro*

La mayoría de las mujeres son ordinarias, pero hay aquí bastantes jóvenes muy bien puestos, muy elegantes y admirablemente vestidos. Uno de nuestros amigos, que ha recorrido Italia, decía que se encuentran en todas las aldeas gentes que comen un pedazo de pan y de queso, pero que tienen guantes perfumados y parecen salir de casa de Dusautoy. La regla general es que el hombre piensa tanto más en las mujeres cuanto mejor se viste.

Muchos tienen una cabeza como las del Correggio, un aire tranquilamente voluptuoso, una sonrisa continua de seguridad feliz. Esto es grato, y da idea de su amor. Cuando hablan con una mujer, la sonrisa se hace más persuasiva y más afectuosa; ninguna galantería ni petulancia a la francesa, tienen aire de estar encantados, y parece que saborean deleitosamente una a una las palabras que salen de su boca, como gotas de miel. Las canciones populares, la música nacional, la obra de Cimarosa, expresan el mismo sentimiento.

En el pueblo, todas las jóvenes de quince años tienen un novio; los jóvenes de diecisiete años están todos enamorados, y sus pasiones son intensas y duraderas. Ambos piensan en el matrimonio, y esperan todo el tiempo preciso hasta que el enamorado pueda comprar la pieza principal del mobiliario: una cama inmensa y cuadrada. Hay que notar que durante este intervalo no lleva vida de trapense. Ninguna población es tan precoz; a los trece años son aquí ya hombres.

La jovencita está en su ventana, y el mozalbete pasa y repasa, se para en las puertas cocheras y se hacen señas. En la calle donde yo vivo hay cierta ventana entreabierta: el novio, en coche, sube y baja la calle, por la tarde, treinta veces seguidas; después se va a pasear a la Villa Real. Se puede, sin inconveniente, preguntar a una joven si tiene novio. «Ciertamente que sí; sería menester si no que fuese muy fea o muy antipática.— Pero ¿usted le ama?— Claro; ¿cree usted acaso que yo no tengo corazón?»

Ayer he visto la pintura exacta de estas costumbres en el popular teatrito de San Carlino, Las dos enamoradas son dos verdaderas modistillas de Nápoles: una, lasciva; la otra, inocentona; ambas, vulgares, apetitosas, de boca con gruesos labios, que ensordecen de injurias cuando se traban de palabra. En medio de este ambiente popular, el amor florece como una rosa en un tiesto o en un cacharro desportillado. No se puede imaginar una sonrisa más encantadora que esta de Anita cuando acepta, por fin, a Andrés. Su hermosa dentadura, su boca entreabierta, sus grandes ojos iluminados por una complacencia cariñosa y una felicidad expansiva, todo su ser se regocija; no tiene delicadeza ni gazmoñería, como en Francia; no miente. El le besa la mano, como un señor; pero es porque la ama hace tres años. Después tiene un rasgo familiar y tierno: le acaricia los cabellos para arreglarle un bucle.

Imposible para las gentes de aquí pensar en otra cosa; es la idea dominante, sugerida por el clima y el país. Esto se comprende mucho mejor cuando se ha pasado una hora cerca de este mar. Desde el barco, yendo a Pausilippo, se ven las casas, los palacios, descender hasta el agua reluciente; algunos tienen los cimientos donde entran las olas. Los jardines bajan por pisos, con olivares, naranjos, chumberas, hierbas trepadoras que revisten como cabelleras las rocas. En las alturas, las cabezas redondas de los pinos se dibujan en negro sobre el cielo claro.

Nápoles se aleja y no es más que un extenso hormiguero blanco. El Vesubio, agrandado, se muestra en toda su amplitud. El azul lo llena todo. No hay allí más que azul en el mar, en el cielo, en la tierra; y los delicados matices de los tonos no hacen más que suavizar el concierto de colores. Las montañas parecen el cuello de una tórtola, el mar tiene el color de un traje de seda, y en el cielo, de terciopelo pálido, la luz se pulveriza. Solamente, allá lejos, un grupo de barcos blancos parece una nidada de gaviotas. Un viento suave acaricia el rostro y balancea el barco. No se piensa en nada, se siente este aire acariciador y tibio y se contempla la ondulación de las pequeñas olas.

---

Estos amores no siempre son tranquilos. Anteayer he visto descender del vagón a una joven que tenía tres largas cicatrices de navaja en las dos mejillas: su amante la ha señalado para impedir que agrade a un rival. Sucede muchas veces que una joven así maltratada se casa con el hombre y lo disculpa ante los jueces: «Ha sido culpa mía; estaba celoso y le he provocado». Parece que aquí los nervios están excitados por todas las desigualdades del clima, y son improvisadores en navajazos como en otras cosas. Hay buen número de muertes de esta especie, sin premeditación. El castigo es veinte años de presidio.

En todas las cosas, la primera impresión en ellos

es demasiado violenta; la reacción se produce rápida y con una exageración, algunas veces terrible, grotesca de preferencia. Los vendedores que vocean su mercancía parecen energúmenos. Esta mañana, mientras desayunaba, un vendedor de baratijas ha derrochado en media hora, para atraer a los compradores, tal cantidad de gestos que bastarían para proveer durante tres meses a dos actores cómicos. Pone en la mano de los circunstantes sus baratijas para que las examinen, sopla en sus caracolas como en una trompeta, sopesa sus relojes de perra chica y hace gestos de escuchar su tictac ausente, toma un tono quejumbión y persuasivo para obtener un *grano* más, se pasma de admiración entusiasta ante sus pregones, se burla y se mueve, tanto, creo yo, por su gusto como por el interés de su comercio. Es una manera de descargar su buen humor interno. Dos cocheros discuten con tal violencia, que parece van a matarse; un minuto después, se han olvidado de su discusión. La afición al oropel tiene el mismo origen; las caballerías van empenachadas, los coches lucen adornos complicados de cobre, los coches fúnebres tienen unos filetes dorados; las mujeres no pueden pasarse sin cadenas de oro, las muchachas pobres se ponen sobre sus andrajos un chal rojo rameado o un pañuelo encarnado con flores estampadas; es la imaginación, que hace explosión al exterior.

Así hacen todas sus cosas de prisa, alegremente, sin timidez ni disgusto. Mi cochero de Castellamare era orador; la única dificultad consistía en

hacerlo callar. Una mujer del pueblo os hace discursos, os da consejos, corrige vuestra pronunciación. Su trato es familiar, y no se siente inferior. Algunas veces, demostraciones de acatamiento; pero no de respeto. No, esta clase de caracteres no lo soportan. El hombre es demasiado dispuesto: está muy seguro de su facilidad para sentirse embarazado o acobardado delante de alguien o de cualquier cosa.

Tienen muchas cualidades buenas. Dos extranjeros que viven aquí, uno de los cuales es jefe de una fábrica, los alaban, después de haber convivido con ellos diez años. Quieren apasionadamente a sus hijos. Cuando el padre vuelve de la pesca, la madre los lleva a recibirlo. Los cogen, los besan, los acarician y les hacen toda clase de mimos. Les gustan mucho los niños, y no solamente sus hijos. La gentileza, la belleza inocente de esta edad, les conmueve; es una poesía que ellos comprenden. Cuando M. B. está ausente, los obreros de la fábrica acarician a sus hijos, se enternecen y algunas veces asoman las lágrimas a sus ojos.

La mayoría de los matrimonios tienen una tropa de hijos: seis, ocho, y aun doce. No evitan tenerlos; al contrario, están orgullosos de ellos; los que mueren son angelitos que van al Paraíso. Un burrero de Salerno, que tenía doce y que siempre se estaba quejando, decía: «Espero todavía tener cuatro». Una naranja cuesta un céntimo, con una camisa van vestidos, y las tres cuartas partes del año duermen al aire libre. Se casan muy jóvenes.

A los veinte años, aun en las clases burguesas, el hombre toma estado. Abundan allí los matrimonios por amor, y jóvenes que no tienen capital encuentran marido. Es frecuente que hombres de mundo se casen con obreras. A una griseta italiana no le cuesta ningún trabajo convertirse en una señora.

La gente del pueblo es muy sobria: comen un pedazo de pan y una cebolla. Un viejo obrero que ha hecho de su hijo un medio señor no come más que un *grano* de pan por día (cuatro céntimos). Trabajan todo el día, muchas veces hasta media noche, salvo la siesta del mediodía, a las tres. Se ve a los zapateros al aire libre tirar de la lezna desde la mañana hasta la noche. Los caldereros, que detrás del puerto ocupan calles enteras, no cesan nunca de golpear. M. B. necesitaba cincuenta mujeres para desgranar el algodón, y se presentaron doscientas cincuenta. Sin embargo hacen menos trabajo que los obreros franceses o los italianos del Norte. Es necesario un vigilante que los haga trabajar.

Son niños revoltosos, locos, entusiastas, sin equilibrio, entregados a la Naturaleza. Ordinariamente, son amables y cariñosos; pero en los peligros o cuando se encolerizan, en tiempos de revolución o de fanatismo, llegan hasta el límite del furor y de la locura.

*En San Carlos.*

*Il Trovatore*

Hay seis filas de palcos, y la sala es magnífica y no está iluminada con exceso. Saben halagar los ojos y todos los sentidos. Los espectadores no están amontonados como nosotros en la Opera o en Los Italianos. Los pasillos son anchos, un circuito vacío permite pasear ante las plateas; los asientos son altos.

En cambio, en lo demás, parece un teatro de provincia, antiguo y medianamente decorado. No se ven apenas trajes lujosos, y cuando canta la Titiens doblan los precios. Las decoraciones, salvo una, son mezquinas; las del bailable son ridículas: el infierno, entre otras, con sus rocas amarillas parece un mobiliario de terciopelo de Utrecht de un hotel amueblado. El tenor es un tipo grotesco, engreído, una especie de Hércules Farnesio caricaturesco; lleva uno de esos cascos antiguos que no se ven más que en los museos. Los trajes son rancieros. Entienden la Edad Media como la entendíamos nosotros bajo el Imperio; ved en las posadas de provincia los trovadores sobre los relojes. La Titiens es la única que está pasablemente vestida. Han cantado desastrosamente, y la actitud del público es divertida: silba, cacarea, pía y promueve una gritería ensordecedora. Después, un instante después, si han cantado bien, rompe en aplausos estrepitosos. Algunos hombres de las

butacas cantan los motivos y aun las partes de orquesta a media voz, y muy entonados. A la puerta, al salir, la gente del pueblo hace lo mismo. Igualmente, los cantantes callejeros tienen la voz áspera, pero no dan notas falsas. Son verdaderamente músicos y comprenden los matices, los recitados, las faltas musicales, como en París apreciamos nosotros la diferencia entre lo finamente cómico y lo bufonesco.

La primera bailarina es la *signora* Legrain, una francesa, y el bailable es todavía más feo que en París; los mismos retorcimientos, la misma agilidad y los mismos movimientos de araña. Todo lo que en nuestro escenario sostiene el bailable falta aquí: ni gusto, ni elegancia, ni frescura. Por lo menos, nosotros tenemos decoraciones que valen lo que un cuadro, trajes que encantarían a un poeta y armaduras que seducirían a un anticuario. Ciertamente, nuestra centralización, que nos hace tanto daño, nos da cosas superiores: la ópera, la literatura, la conversación y la cocina.

### *En San Carlino*

Se representa esta noche *Menechmos*, traducido al napolitano. En toda Italia se traducen obras francesas, pero aquí el arreglo es una invención; los tipos, las costumbres, el diálogo, el lenguaje, son propios de Nápoles, y vulgares.

El teatro es una especie de cueva; la muchedum-

bre de grisetas, de obreros, de horteras, con trajes de terciopelo viejo, se aprietan y se amontonan.

El calor es excesivo, y el olor también, y las pulgas se suben por las piernas. Pero los actores representan bastante bien; esto no es extraño, porque hacen la obra dos veces al día, por la tarde y por la noche.

Muchas escenas son excelentes, entre otras la de un enamorado, que es despedido por su amada. Nada de amor propio, sino un verdadero dolor desesperado, que se manifiesta en movimientos de indignación, en súplicas apasionadas. Un francés expresaría aquí su dignidad ofendida. Casi todos son mimos admirables, especialmente el tabernero y su mujer. Sus rostros se contraen incesantemente; veinte expresiones se forman y desaparecen al minuto, todas justas y completas.

El espíritu es grosero, francamente rabelesiano. El padre dice que ha tenido dos mellizos el mismo día. «¡Vaya una noticia! — replica Polichinela —. La cerda del vecino ha tenido siete.» Esta comedia es una bufonada con rasgos de fantasía; otras recuerdan, por la alegría de sus invenciones, las grandes comedias de Aristófanes. Polichinela es cobarde, adulador, goloso, llorón, vicioso y gracioso; es un bromista, que no es malo en el fondo, pero que vive a costa del prójimo y se burla de sí mismo. Un filósofo moralista que he encontrado aquí dice que este retrato es el de los napolitanos, tal como los hicieron los Borbones; son griegos ma-

leados (1), de una inteligencia asombrosa, astutos, maliciosos en exceso, empleando todo en el mal; desmoralizados, por un gobierno que robaba, por jueces, que dejaban a las partes sobornar a los testigos, por la corrupción que se muestra en lo alto, por la convicción, sin cesar comprobada, de que la honradez no conduce a nada y aun puede ser perjudicial. Hoy mismo, si llegan a la honradez, será más por un cálculo de interés bien entendido que por un despertar de la conciencia. Lo que domina todavía en ellos es el espíritu obsequioso, la delicadeza, el arte de esquivar y rodear las dificultades, la aversión por los trabajos de fuerza, el talento de hablar, de chancear, de ser parásitos, entrometidos, caseros. Al lado de ellos, como en otra época al lado de los griegos, los italianos del Norte son torpes. Cuando los piemonteses, a su llegada, han querido poner orden en la administración, los napolitanos han sonreído y los han engañado sin dificultad. Como los griegos, tienen una aptitud desarrollada para la filosofía; esto se ve hasta en los seminarios, entre modestos aldeanos. Como los griegos, en fin, lo adivinan todo y se instruyen sin maestros. Mi guía, en Pompeya, había aprendido el inglés y el francés en dos años sólo por la conversación con los viajeros, preguntando y escribiendo sobre un viejo cuaderno de papel gris las palabras que no sabía. «Digo nuestros vicios — me explica el moralista —, pero el natural es

---

(1) Graculus.

bueno y la inteligencia, rica. El ingenio es lo que aquí vence al carácter. Para conducirlos, ¿dígame qué gobierno es mejor: uno, despótico, que encarcele a los sabios, o bien uno burgués, que funde escuelas?»



## DE NÁPOLES A ROMA

*6 de marzo de 1864.*

*De Nápoles a San Germano*

Hasta Capua, la campiña es un jardín. Una cosecha verde, fresca como en mayo, cubre la llanura; de quince en quince pies, un olmo podado sostiene una vid tortuosa, que envía sarmientos al tronco vecino; todo el campo parece así un inmenso emparrado. Por encima de este emparrado pardo de las vides, por encima de las ramas blanquecinas de los olmos, los pinos, como una raza extraña y superior, elevan majestuosamente su cúpula negra.

El Vulturno es un arroyuelo amarillento, y Capua una ciudad menos que mediana. Pero ¡esta campiña es tan rica! Los sembrados tienen a veces la altura de un hombre y el aire es tan grato que dejamos abiertas todas las ventanas del vagón. Recordamos a los antiguos samnitas mirando el recio cúmulo de montañas, que asoman por detrás de la ciudad. ¿Cómo estos lobos de las gargantas y de las alturas no habrán caído sobre la presa de la llanura? Una ciudad así era una presa. Al recuerdo acuden las palabras de Tito Livio, la gran escena de énfasis y de sinceridad meridional,

cuando los diputados, prosternados en el vestíbulo de la curia, suplicantes, con los ojos llenos de lágrimas, entregan verdaderamente al pueblo romano sus cuerpos y sus bienes, «la ciudad de Capua, el pueblo campaniano, los campos, los templos de los dioses, todas las cosas divinas y humanas». ¡Qué celo por el Estado, qué preocupaciones políticas en los más modestos artesanos, qué confusión en los intereses privados y los públicos, cuando de lo alto de los muros veían acercarse esas bandas de pastores ladrones parecidas a los bandoleros de hoy, cuando todas las semanas en el templo principal los ciudadanos deliberaban sobre los medios de no ser robados, muertos o esclavizados! Nosotros no comprenderemos nunca el cariño de un antiguo por su ciudad.

Estas montañas están casi desnudas, son ásperas, erizadas de pequeñas rocas que parecen las ruinas de un derrumbamiento, como si las cimas y las vertientes se hubiesen estremecido por un temblor de tierra y su corteza, hendida, se hubiera dispersado en trozos. La aguda arista corta el aire como una hoja de cuchillo. No hay árboles. Algunos matorrales, desmedrados o tenaces, musgo y nada más. La montaña alarga su triángulo, conmovido, como un montón de escorias; otras, quemadas como por el furor de un incendio, se levantan parecidas a una momia llena de cenizas en medio de sus compañeras, leonadas. Las más altas, en el horizonte, tienen un penacho de nieve. De allá salían los samnitas, los aventureros de las «pri-

maveras sagradas», con una piel de cabra, los pies envueltos en cuerdas, con la barba hirsuta, con los ojos negros y la mirada fija de los pastores que tenemos ante nuestros ojos. Sería preciso haber visitado California o Nueva Zelanda para representarse hoy día la situación de una ciudad antigua.

El cielo está tan hermoso como en junio, cálido y espléndido. Las montañas son de un azul simple y grave, y se sitúan las unas detrás de las otras, en anfiteatro, como para el recreo de los ojos. El aire, espesado por la distancia, pone un soberbio vestido, deslumbrante y diáfano, sobre estos grandes cuerpos, y, por encima de ellos, las nubes, apacibles, muestran sus volutas de nieve.

Ha llovido violentamente ayer, y los trabajadores de toda especie desescombran el camino, socavado por los torrentes. Por primera vez vemos aquí mujeres verdaderamente hermosas: están vestidas con andrajos, y no se las tocaría ni con guantes; pero a diez pasos recuerdan las estatuas. A fuerza de llevar el agua, el mortero, todos los fardos, sobre la cabeza, han tomado una actitud firme y derecha y el andar majestuoso de una canéfora. Un sucio lienzo blanco les cubre la cabeza y, cayendo por ambos lados, las protege del sol. En esta blancura, el cálido color de la piel, los ojos negros tienen una brillantez admirable. Hay muchas con rasgos perfectos: una de ellas, un poco pálida, es tan delicada como una figura de Vinci. La camisa se arruga alrededor del cuello, por encima del corsé,

y parece colocada a propósito para la pintura; la falda cae en airosos pliegues, naturalmente, porque el cuerpo permanece derecho.

A medida que la noche se acerca, las montañas situadas al Oriente parecen más bellas. No están demasiado cerca, ni son demasiado grandes y pesadas como los Pirineos ni tristes como los Cevennes. Entre ellas se extiende una larga campiña, fértil; son muy decorativas, y sirven de segundo término al cuadro. Su nobleza es perfecta, y también su dulzura. Insensiblemente, toman tintas violetas, lilas y malva. Algunas parecen un traje de muaré, con sus quebraduras. Las fuertes aristas, los salientes desnudos, semejan a esta distancia pliegues lustrosos. Las ciudades y las aldeas, sobre las alturas, forman grupos blancos, y el azul del cielo es tan puro, tan fuerte y, sin embargo, tan agradable, que no recuerdo haber visto un color más bello en mi vida.

### *El monte Cassino*

Conocía yo a uno de los superiores del monte Cassino y he subido al pasar. Seguramente has leído este nombre; es el de la principal y más antigua abadía de los benedictinos. Es del siglo XVI, fundada sobre el emplazamiento de un templo de Apolo; pero los temblores de tierra 'a han destruído numerosas veces, y en la actualidad el edificio corresponde al siglo XVII. Desde este centro la vida monástica se ha propagado a través de la Europa

bárbara, en los tiempos más negros de la Edad Media. Lo que quedaba de la civilización antigua reposaba en los rincones escondidos, bajo la costra monacal, como una crisálida en su estuche. Los monjes copiaban los manuscritos al runruneo de las letanías. Entretanto, los salvajes del Norte pasaban y repasaban en el valle, percibiendo sobre la cima rocosa las fuertes murallas que protegían el último asilo. Muchas veces las han forzado, y más tarde, convertidos, bajaban la cabeza con un terror supersticioso y venían a tocar las reliquias. Un rey, cuya historia está pintada sobre la muralla, ha dejado aquí su corona para tomar el hábito de monje.

Para subir al convento se parte de San Germano, que es un pueblecito sobre la falda de una montaña, pobre y feo, donde las callejas guijarrosas, trepadoras, se escalonan con niños astrosos y cerdos errabundos. Las puertas de las casas están abiertas; el pórtico, negro, corta la blancura cruda de las murallas, y los utensilios de la casa, vagamente entrevistos a través de la sombra, brillan en lo profundo con puntitos de luz que tiemblan. Hacia la derecha, encima de un amontonamiento extraordinario de bloques rojizos, la montaña ostenta las ruinas de un castillo feudal. Hacia la izquierda, durante hora y media, un camino en zigzag sube hasta la cima; el lentisco, mechones de gramíneas lucen entre los pedazos de las rocas; a cada paso los lagartos huyen por entre las piedras. Más arriba aparecen los robles, el boj, la retama, grandes

euforbiáceas y toda la vegetación invernal que ha podido subsistir entre los bloques hundidos, sobre la piedra estéril.

Del lado vacío se despliega la armada de las montañas. Únicamente montañas; aquí son los únicos habitantes, y ocupan todo el paisaje. Detrás de ellas otras montañas, y así numerosas filas. Una de ellas, con la cima desgarrada, avanza como un promontorio y su largo esqueleto parece un saurio monstruoso acurrucado a la entrada del valle. Tal espectáculo deja muy atrás los del Coliseo, San Pedro y todos los monumentos humanos. Cada una tiene su fisonomía, como un rostro animado; pero una fisonomía inexpresiva, porque ninguna forma viviente corresponde a esta forma mineral. Cada una tiene su color: una gris y calcinada como una catedral destruída por las llamas; otras pardas y rayadas por las aguas de largos surcos blancos; las más lejanas, azules y serenas; las últimas, blanquecinas, con un glorioso traje de luz vaporosa; todas manchadas magníficamente por la sombra de sus vecinas y por las negruras movibles de las nubes; todas, en su diversidad, ennoblecidas por la luz aterciopelada que las envuelve y por la gran cúpula celeste de cuya inmensidad son dignas. Ninguna cariátide vale lo que estos colosos.

En lo alto, sobre una explanada, se sitúa el gran convento cuadrado, con sus terrazas superpuestas, asentado en un recinto de jardines pedregosos, y el pueblo de picachos desnudos forma un coro del cual es el convento el centro.

Al final de un largo porche en cuesta se divisa un patio rodeado de columnas. De allí una ancha escalera eleva sus gradas hasta un patio más alto provisto también de pórticos; las estatuas de los abades, de los príncipes, de los bienhechores, forman alrededor de las murallas una asamblea silenciosa. En el fondo se abre la iglesia; del portón arrancan los órdenes de columnas, la curva de los arcos que cortan el azul; más allá, en la polvareda luminosa de la tarde, la majestuosa arquitectura de las montañas. Piedra y cielo; no hay allí otra cosa. Se sienten deseos de meterse a fraile.

Mi habitación está al final de uno de estos enormes corredores; las dos ventanas dan cada una sobre distinto horizonte de montañas. Escaso mobiliario; en el centro, a manera de hogar, arde un brasero bajo las cenizas blancas. De los muros cuelgan viejas estampas de Luca Signorelli, con soberbios cuerpos desnudos colocados como los luchadores a la manera de Miguel Angel. En la otra pieza hay viejos cuadritos ennegrecidos; *Tobías y el Angel* entre las columnatas. Los menores objetos llevan el sello de la antigua grandeza.

Los sabios de Roma vienen frecuentemente aquí a pasar dos o tres meses durante el calor del verano, a fin de trabajar a gusto en el frescor y en el silencio. La biblioteca tiene cuarenta mil volúmenes y gran cantidad de diplomas. La hospitalidad es completa, y no hay allí cepillo; apenas si se puede dar alguna gratificación al criado. La orden ha conservado sus antiguas tradiciones: su

amor por la ciencia y su espíritu liberal. Los monjes no están enclaustrados ni separados del mundo; pueden salir y viajar. Uno de ellos, el padre Tosti, es un historiador, un pensador, un reformador respetuoso, pero imbuido de espíritu moderno, persuadido de que es preciso en adelante conciliar la Iglesia y la ciencia. Trabajan como otras veces y se dedican a la enseñanza. De los trescientos habitantes del monasterio hay veinte frailes y alrededor de ciento cincuenta discípulos a los que se les enseña desde los rudimentos hasta la teología. Por la tarde, debajo de nosotros, en una hondonada llena de retama y de lentisco, los niños del seminario gritan y corren, y sus trajes negros y sus sombreros de anchas alas se destacan sobre el verde de los árboles.

Hemos comido solos en el inmenso refectorio, a la luz de una lámpara de cobre, parecida a las de Pompeya, sin vaso; la menuda llama arroja una claridad vacilante sobre las losas, sobre la gran bóveda de piedra. Todos los reflejos se amortiguan en la obscuridad invasora y difusa. En la derecha un fresco enorme de Bassano, *La multiplicación de los panes*, todo un lienzo de pared cubierto de figuras apretujadas, que flotan como una aparición de viejos fantasmas, y cuando el sirviente llega trayendo los platos, su forma negra, solitaria en medio de la penumbra amarillenta, parece también la de un fantasma...

La claridad de la mañana entra por la ventana, sin cortinas, y me despierta. Yo no creo que haya muchas cosas tan bellas en el mundo como esta

hora en este sitio. Nos sorprende a la primera mirada encontrar en el mismo sitio que la víspera esta asamblea de montañas. Están más oscuras que ayer; el sol no las ha tocado todavía y permanecen frías y graves. Pero en el gran círculo que se ensancha al pie del convento, en los valles vecinos se ven elevarse y cernirse infinidad de nubes, unas blancas como cisnes, otras diáfanas y fundentes, algunas enganchadas en las rocas, como una gasa, otras suspendidas, navegantes, parecidas al vapor que flota por encima de un río. El sol sube y de pronto sus rayos oblicuos pueblan las hondonadas. Las nubes iluminadas forman un enjambre de seres aéreos, delicados, de una gracia deliciosa. Las más lejanas lucen débilmente como un velo de desposada, y todas estas blancuras, todos estos esplendores movibles forman un coro angélico entre las negras paredes de los anfiteatros. La llanura ha desaparecido; no se perciben más que las montañas y las nubes, los viejos monstruos inmóviles y sombríos y los dioses jóvenes, vaporosos, ligeros, que vuelan y se funden caprichosamente los unos en los otros y toman para ellos solos toda la caricia del sol.

La iglesia es del siglo xvii, pintada por Luca Giordano y por Josepio. Como la Cartuja de Nápoles, está revestida de mármoles preciosos incrustados unos en otros, de modo que el suelo parece un hermoso tapiz y los muros un rico papel pintado. La antigua gravedad y la antigua energía del Renacimiento habían desaparecido; se notaban

ya las costumbres de la corte y de los salones. También la arquitectura es obra de un paganismo mundano y muestra un refinamiento de decorador: cúpulas, arcadas, columnas retorcidas, corintias, de todos los órdenes, figuras esculpidas, dorados. Se han amontonado allí todos los recursos del arte. Las sillas del coro están hechas con gran exquisitez, cubiertas de figuras y follaje. Las pinturas cubren la cúpula, se extienden por las naves y rebasan por las capillas; se apoderan de los rincones y se revuelven en composiciones enormes sobre las portadas y sobre las bóvedas. El colorido agrada a la vista como un traje de baile. Una encantadora *Verdad*, de Luca Giordano, está casi vestida con sus cabellos rubios; otra figura, la *Bondad*, es, según dicen, el retrato de su mujer. Las otras *Virtudes*, tan graciosas, son risueñas y encantadoras damas de un siglo que, asentado en la pereza y resignado con el despotismo, no pensaba más que en la galantería y en los sonetos. El pintor prodiga la seda, pliega las telas, cuelga perlas de las orejas bonitas, hace relucir los collares de oro sobre la frescura de las espaldas satinadas y persigue tanto la brillantez agradable, que su fresco de la entrada, *La consagración de la iglesia*, es una suntuosa y tumultuosa reunión en la ópera.

El altar dicen que es de Miguel Angel; dos niños lo sostienen. Un pesado báculo de oro es de Cellini. El órgano tiene los registros más complicados y las más brillantes voces. Dos monjes alemanes estudian en los archivos los tesoros ocultos de la

música antigua. Aquí hay de todo: arte, ciencia, soberbios espectáculos de la Naturaleza. He aquí lo que el viejo mundo feudal y religioso había creado para las almas pensativas y solitarias, para los espíritus que, amargados de la vida, se refugiaban en la especulación y en la ciencia. La raza subsiste todavía. Solo que ahora no tiene asilo; vive en París, en Berlín, en las buhardillas. Yo sé de muchos que han muerto, otros se entristecen y se tornan misántropos, otros se estragan por el trabajo. ¿Hará la ciencia un día por sus fieles lo que la religión ha hecho por los suyos? ¿Habrá, andando el tiempo, un monte Cassino laico?



## ROMA

*Roma, 10 de marzo.*

Preguntas si se divierte uno en Roma. Divertirse es una palabra francesa que no tiene sentido más que en París. Aquí, cuando no se es del país, es preciso estudiar; no hay otro recurso. Yo he pasado tres o cuatro horas diarias delante de los cuadros, he escrito mi impresión tal como la he tenido en el propio lugar y no he escrito cuando no la tenía. Por lo tanto, no busques aquí una descripción completa, ni un catálogo; compra más bien las obras de Murray, Forster o Valery, que te darán las noticias que necesites sobre arte o arqueología. Son, sin embargo, muy áridos y no es por su culpa. ¿Se puede acaso, con palabras alineadas sobre el papel, hacer ver los colores y las formas? Lo mejor que hay en ellos son las estampas, sobre todo las antiguas, por ejemplo, las de Piranese. Abre los cuadernos y contempla esas grandes plazas cuadradas, orladas de altas construcciones y de cúpulas polvorientas, atravesadas por rodadas de carruajes, por donde pasa una carroza Luis XIV cargada de lacayos, mientras los pilletes se acercan pidiendo una limosna o dormitan apo-

yados sobre una columna. Esto habla más claramente que todas las descripciones del mundo. Pero hay que rebajar algo: el artista ha elegido un momento pintoresco, un efecto de luz interesante, no ha podido refrenar al artista. Además, una estampa tiene la ventaja de no oler mal, y los pobres que se ven en ellas no inspiran ni compasión ni desagrado. Tú me envidias por estar en Roma; sinceramente me place el haber venido aquí, porque he aprendido muchas cosas; pero el verdadero placer, el placer poético y sin mezcla, lo encuentro más fácilmente cuando contigo, bajo la lámpara, hojeo a las once de la noche tus cuadernos.

En cuanto a la vida, no tiene aquí nada de interesante. He alquilado una habitación en casa de unas buenas gentes, medio burguesas, francamente romanos, que reservan la limpieza para sus huéspedes y la falta de aseo para ellos. Uno de los hijos es abogado y empleado el otro. La familia vive alquilando las habitaciones exteriores y se confina en las piezas del fondo. La escalera no se limpia nunca; la casa no tiene portero, y día y noche permanece abierto el portal; entra quien quiere. En cambio, la puerta de cada piso es maciza y capaz de resistir un ataque. No hay luz, los inquilinos llevan cerillas en los bolsillos. No hay medio de pasar sin ellas, salvo los días de luna. Uno de mis amigos había colocado a su costa un quinqué sobre el rellano de la escalera, y por la noche robaron el quinqué; colocó un segundo y un tercer quinqué,

que corrieron la misma suerte, y tuvo que volver a las cerillas. Por la mañana desayuno en el café Greco; es una habitación larga, baja, ahumada, ni elegante ni bonita, pero cómoda; parece que ésta es la costumbre en toda Italia. Este café, que es el mejor de Roma, sería de tercer orden en París. Es cierto que casi todo es bueno y barato; el café, que es excelente, cuesta tres perrillas la taza. Terminado el desayuno, voy a un museo o a una galería, casi siempre solo; sin esto es imposible tener impresiones propias y sobre todo seguirlas; la conversación y la discusión producen en las ideas y en las imágenes interiores el efecto de un balazo sobre las alas de una mariposa. Vagando por las calles entro en las iglesias; mi guía impresa me dice el orden arquitectónico y el siglo; esto las coloca para mí en su círculo histórico y me hace razonar involuntariamente sobre las costumbres en medio de las cuales han nacido. Vuelvo a mi casa y busco sobre la mesa libros de la época, sobre todo Memorias y poemas; leo una o dos horas y acabo de garrapatear mis notas. A mi juicio Roma no es más que una tienda de trastos viejos. ¿Qué hacer aquí sino seguir los estudios de arte, de arqueología y de historia? Por mí estoy seguro de que si no trabajase, el desorden y la suciedad de trapería, las telas de araña, el olor a moho, la vista de tantas cosas preciosas, en otra época vivas y completas pero hoy deslucidas, mutiladas, desemparejadas, me producirían las ideas más lúgubres. Por la tarde tomo un coche y hago visitas. Me he pro-

visto de cartas de presentación y visito a personas de diversas condiciones y opiniones, encontrando en ellas una acogida muy afectuosa. Mi patrón me habla del tiempo presente, de religión y de política. Intento recoger algunas ideas sobre la Italia actual. Es completamente igual que la de ayer y como una medalla que fuese la última de una serie de medallas en la que todas se comentan y se explican unas a otras. Las estudio y después de haber visto gran número de cosas he hallado que no hay más que una buena, o por lo menos soportable, que es trabajar.

*Roma. La llegada*

Esta Roma, ayer noche toda oscura, sin tiendas, con algunos mecheros de gas muy alejados unos de otros. ¡Qué espectáculo mortuorio presenta! La plaza de Barberini, donde está la casa en que me hospedo, es un catafalco de piedra donde arden algunas llamas oblicuas. Las lucecitas parecen deglutidas por las sombras, y la fuente, indistinta, cuchichea en el silencio con un zumbido espectral. Es indescriptible este aspecto de Roma por la noche. Por el día «esto huele a muerto» (1), pero por la noche tiene todo el horror y la grandeza del sepulcro.

---

(1) Frase de M. de Girardin.—(N. del A.)

*Primer domingo; misa  
en la capilla Sixtina*

Hay que hacer cola para entrar. Las mujeres sin sombrero, con velo negro; los hombres con traje negro de etiqueta. Es el uniforme, pero se ponen el traje más viejo; algunos llevan un pantalón pardo y un sombrero gris de grandes alas. La muchedumbre parece compuesta de horteras, ujieres y empresarios de pompas fúnebres. Van allí por curiosidad, como a una función de teatro; los mismos eclesiásticos hablan libremente y con algazara de cosas indiferentes.

Cerca de mí se entabla una conversación sobre los rosarios. En París cuestan 36 francos la docena; aquí los mejores y más baratos se encuentran detrás de la iglesia de Santa María sopra Minerva. «Me acordaré del nombre; ¿por dónde hay que ir? —Sabrá usted que hoy no tenemos al Papa, está enfermo. —Yo me hospedo en la calle del Babuino por cinco francos diarios, incluido el desayuno; pero el vino es muy flojo. —¿Qué singulares los suizos con sus trajes abigarrados! Parecen comediantes de la ópera. —Ese que acaba de llegar es el cardenal Panebianco, un monje gris; en la primer vacante será *papabile*. —A mí no me gusta el cordero y aquí no se puede comer el verdadero «gigot». —Vaya usted a oír a Mustapha, el soprano; es un hombre admirable. —¿Es turco? —Ni turco ni hombre. —Monseñor Landriani, una hermosa

cabeza, pero un asno de primera clase. —Los suizos son del siglo XVI; mirad su gorguera, su plumero blanco, su alabarda, las rayas rojas, amarillas y negras de la casaca; dicen que el uniforme ha sido dibujado por Miguel Angel. —¿Miguel Angel ha hecho aquí todo entonces? —Por lo menos todo lo que hay de bueno. —Entonces debió mejorar el «gigot». —Ya se acostumbrará usted a él. —Lo mismo que al vino, y las piernas comienzan a quedarse flacas.»

La misa es una hermosa ceremonia. Las capas pluviales damasquinadas relucen a cada movimiento. El obispo y sus acólitos son altos, están majestuosamente revestidos; hacen y deshacen sus filas con las más graves y mejor elegidas actitudes. Entretanto han avanzado, uno a uno, los cardenales, el rojo solideo sobre la cabeza; los caudatarios sostienen sus colas violeta. Se sientan, y al lado de cada uno de ellos, a sus pies, los caudatarios. Muchas cabezas están huecas, pero son profundamente expresivas, sobre todo entre los frailes. Pero ninguna lo es tanto como la del prelado oficiante: negro, delgado, con los ojos hundidos, la frente saliente y soberbia, se sienta como un dios egipcio, inmóvil bajo su alta mitra blanca, entre los pliegues tornasolados de su estola. Un general de los teatinos, con hábito pardo y cara blanca, ha pronunciado un sermón en latín, bien acentuado, acompañado de gestos expresivos, sin gritos ni monotonía. —Habría sido un tema de estampa para Sebastián Leclerc.

Música vocal: esto es un horrible vocerío. Dijérase que los intervalos raros, inauditos, han sido acumulados a placer. Se perciben algunas modulaciones tristes y originales, pero la armonía es brutal y hay vozarrones de chantre borracho. O yo no tengo oído o las notas desafinadas abundan; las voces altas no son más que aullidos y la del sochantre un berrido; se le ve en su jaula cómo suda y trabaja. Después del sermón hubo un hermoso canto de estilo elevado y severo; pero ¡qué voces tan desagradables, las de los tenores agrias y las de los bajos como ladridos!

La salida es curiosa. Se ve al final de la columnata a cada cardenal subir en su carroza; tres lacayos van agarrados detrás; el paraguas rojo colocado sobre la caja indica a los soldados que deben presentar armas. La procesión de los personajes lejanos, bajo las arcadas; los suizos pintarrajeados; las mujeres de negro, con los velos; los grupos que se forman y que se deshacen sobre las escaleras; las fuentes saltarinas que se perciben entre las columnas, forman un cuadro totalmente desconocido en París. La escena tiene un orden, un marco, un efecto que recuerdan los viejos grabados.

A fuerza de pasear por las calles, a pie o en coche, acaba por encontrarse lo que flota en medio de tantas impresiones: Roma es sucia y triste, pero no común. La grandiosidad y la belleza son aquí raras como en todas partes; pero casi todos los objetos son dignos de ser copiados y os apartan de la vida regular y burguesa.

Está emplazada sobre colinas, lo que da a las calles diversidad y carácter. Según la pendiente el cielo está cortado diversamente por las aristas de las casas.

Además, gran número de cosas indican la fuerza, aun con detrimento del gusto; iglesias, conventos, obeliscos, columnatas, fuentes, estatuas, todo ello revela o un gran prejuicio en la vida, o bien la grandiosidad de riquezas acumuladas por la conquista material o espiritual. Un fraile es un animal raro de una raza perdida. Una estatua no corresponde a las necesidades de un ciudadano. Una iglesia, aun de jesuitas, por enfática que sea, tiene una decoración que atestigua una corporación formidable. Lo que han hecho el monje, la estatua o la iglesia se ha señalado visiblemente sobre la trama vulgar de la historia, bien por el renunciamiento, bien por el poderío. Un convento como la *Trinita del Monte*, con su aire de fortaleza cerrada; una fuente como la de Trevi; un palacio macizo, monumental, como los del Corso y de la plaza de Venecia, anuncian vidas y gustos que no son vulgares.

En otro aspecto, los contrastes abundan. Al salir de una calle bulliciosa y viviente, seguís durante un cuarto de legua un muro enorme, que se rezuma, incrustado de musgo. Ni un viandante, ni un carruaje. De tiempo en tiempo, una puerta claveteada de hierro se cierra bajo una arcada baja: es la salida secreta de un gran jardín. Volvéis a la izquierda y os encontráis en una calle de tiendas y mechinales,

por donde pulula una canalla desarrapada y ladran los perros por entre los montones de basura. Conduce a un atrio esculpido de una iglesia suntuosamente ornada, especie de joya eclesiástica caída en un basurero. Más allá, las calles, negruzcas y desiertas, vuelven a desenvolver sus hileras. De pronto, por una puerta entreabierta se divisa un bosque de laurel, de grandes bojés podados, un pueblo de estatuas en medio de surtidores. Un mercado de berzas rodea a una columna antigua. Barracas protegidas por un paraguas rojo se apoyan contra la fachada de un templo ruinoso. Luego, súbitamente, al salir de un cúmulo de iglesias y de casas mezquinas, se ve el tapiz verde de los huertos, y más allá toda una perspectiva de campiña.

En fin, las tres cuartas partes de las cosas tienen un aspecto original, y cada una interesa por sí misma. No son un simple aglomerado de albañilería: una cosa cómoda, donde se habita, y que no dice nada. Muchas tienen una segunda casa más pequeña, y encima una terraza cubierta, un pequeño paseo aéreo. Las más feas, con sus verjas llenas de orín, sus corredores negros, sus escaleras grasientas, son desagradables; pero se las mira.

Comparo a Roma, una vez más, con el taller de un artista, no de un artista elegante que, como los nuestros, sueña con el éxito y hace gala de su estudio, sino de un artista viejo, desmelenado, que en su tiempo tuvo genio y que hoy se pelea con sus proveedores. Ha quebrado, y los acreedores han desmantelado el cuarto; pero no han podido lle-

vase las paredes y han olvidado muchos objetos bellos. En la actualidad, vive de sus restos, sirve de cicerone, guarda las propinas y desprecia un poco a los ricos, de los cuales recibe los escudos. Come mal, pero se consuela pensando en las gloriosas exposiciones en que ha figurado, y se promete por lo bajo, y algunas veces por lo alto, que el año próximo tomará su desquite. Hay que confesar que su estudio huele mal: los pisos no han sido fregados hace seis meses, el sofá está quemado por la ceniza de la pipa, las zapatillas forman un reguero hasta el rincón; se ven en un armario pellejos de salchichón y un trozo de queso. Pero este armario es del Renacimiento; esta tapicería linda que cubre un mal colchón proviene de un gran siglo; en el muro, por donde sube el tubo de la estufa, cuelgan armaduras y preciosos arcabuces damasquinados. Hay que venir a verlo, pero no permanecer en la estancia.

Hemos atravesado largas calles en cuesta, entre murallas enormes, lóbregas y con rejas, sobre un piso que reluce, y nos encaminamos, pasando por delante del palacio de Lucrecia Borgia, hasta San Pedro, para ver el Moisés de Miguel Angel. Al principio sorprende menos de lo que habíamos creído. Se le conoce por grabados o reproducciones, y, como siempre, la imaginación ha exagerado; además está pulido y acabado con una perfección suma. Se encuentra en una iglesia muy adornada y brillante, y ha sido colocado en una preciosa capilla. Sin embargo, a medida que se le mira, la mole

colosal produce su efecto: se siente la voluntad imperiosa, el ascendiente, la energía trágica del legislador y del exterminador. Por sus músculos recios, por su barba abundante, es un bárbaro primitivo, un domador de hombres; por su cabeza alargada, por sus temporales salientes, es un asceta. Si se levantara, ¡qué gesto, qué voz de león!

Lo que produce más encanto es lo que se encuentra uno en el camino sin esperarlo. Cerca de aquí, el palacio del Quirinal, sobre una colina, destacándose todo él en el aire grisáceo; enfrente los caballos y los colosos de mármol; un poco más lejos, el claro verdor de un jardín y un horizonte inmenso, donde se funden las nubes; un convento armenio, con sus aguas de riego, que corren por cauces de piedra, con sus palmeras, plantadas sin orden, con su enorme viña, con sus hermosos naranjos, tan magníficos y tranquilos bajo las pomas de oro. Las chumberas, que abren sus placas espinosas a lo largo de las rocas; las ramas finas de los árboles que comienzan a retoñar. No se oye más que el ruido, imperceptible casi, de una lluvia menuda y tibia. ¡Qué bien se estaría aquí ociosamente contemplando las propias sensaciones! Pero sería preciso tener el alma siempre alegre, o, al menos, siempre sana.



## LAS OBRAS DE LOS ANTIGUOS

### *Las estatuas*

¡Qué bien me ha venido traer en la maleta algunos libros griegos! Nada hay más útil, y además las frases clásicas vienen sin cesar a la imaginación en estas galerías: tal estatua hace sensible un verso de Homero o el principio de un diálogo de Platón. Te aseguro que aquí Homero y Platón son mejores guías que todos los arqueólogos, todos los artistas y todos los catálogos del mundo. Por lo menos, son más entretenidos, y para mí mucho más claros. Cuando Menelao es herido por una flecha, Homero compara su cuerpo blanco, manchado por la sangre roja, con el marfil que una mujer caria ha mojado en la púrpura para hacer un trozo de bocado. «Bastantes caballeros lo han pedido, pero es una pieza preciosa reservada para la casa del rey, y que será al mismo tiempo que un ornamento para el caballo un motivo de gloria para el cochero. Así estaban, Menelao, tus muslos bien formados, tus piernas manchadas por la sangre, que descendía hasta tus bellos talones.» Esto está visto, visto como por un pintor y por un escultor. Homero olvida el dolor, el peligro, el efecto dramático; tan impresionado está por el color y la forma. Al con-

trario, ¿qué hay más indiferente para el lector vulgar que la mancha roja manando y la hermosa línea de la pierna, sobre todo en semejante momento? Flaubert y Gautier, a los que se encuentra singulares e innovadores, hacen hoy descripciones muy parecidas. Falta a los antiguos ser comentados por los artistas; hasta el presente sólo lo han sido por eruditos de biblioteca. Los que conocen sus vasos no ven más que el dibujo, la bella composición regular, el mérito clásico. Falta encontrar el colorido, la emoción, la vida. Todo esto abundaba: no hay más que ver la petulancia, las burlas, la increíble imaginación de Aristófanes, su profusión de invenciones imprevistas, su fantasía, su desenfado, la incomparable frescura, las sublimidades súbitas de la poesía, que coloca en medio de lo grotesco. Todo el espíritu y todo el numen de los estudios de París, reunidos desde hace veinte años, no puede acercarse a esto. La cabeza humana estaba entonces organizada de una manera particular; las sensaciones entraban de otra manera; las imágenes, con otro relieve; las ideas, con otras consecuencias. Por algunos rasgos, los griegos se parecen a los napolitanos de hoy; por otros, a los franceses del siglo xvii; por otros, en fin, a los ingleses armados que se establecen actualmente en Nueva Zelanda. Pero sería precisa la vida de un hombre y el genio de un Goethe para reconstruir semejantes almas. Yo entreveo algo, pero no lo veo.

---

Hay aquí, además de las colecciones particulares, dos grandes museos de esculturas antiguas: el del Capitolio y el del Vaticano. Están bien dispuestos, sobre todo el segundo. Las estatuas más preciosas están en habitaciones distintas, pintadas de rojo obscuro, de manera que la vista no se distraiga y la estatua adquiera toda su importancia. La ornamentación es seria, y de una sobriedad antigua. Las tradiciones se han conservado y renovado aquí mejor que en ninguna otra parte. Los papas y sus arquitectos han tenido grandeza en sus gustos, hasta en los siglos XVII y XVIII.

Para ambos edificios te remito nuevamente a las estampas; las viejas son las mejores, porque arrancan de un sentimiento más verdadero, y son tristes y serias. Cuando un dibujo es limpio, cuidado, sobre todo cuando se acerca a las elegantes ilustraciones contemporáneas, representa a Roma erróneamente. Hay que tener en cuenta que un monumento aquí, aun moderno, está abandonado y sucio; el invierno lo ha agrietado, la lluvia lo ha llenado de manchas descoloridas, las losas del patio no juntan, y muchas están hundidas y rayadas por resquebrajaduras. Las estatuas antiguas tienen medio pie amputado y cicatrices en el cuerpo. Los pobres dioses de mármol están arañados por la navaja de un chicuelo, o reposan en la tierra húmeda. En todas las cosas, la imaginación advertida ha agrandado: faltan todavía dos o tres visitas para llegar a la impresión justa. ¿Quién no se ha maravillado pensando en el Capitolio? Este gran nom-

bre emociona por anticipado. Siéntese contradicción al hallarlo en una plaza de mediana extensión, entre tres palacios que no tienen nada de grandes. Es hermoso, sin embargo; una gran escalera de piedra le hace una entrada monumental. Dos leones de basalto guardan el pie de su rampa, y dos estatuas colosales guardan la cima. Dos balaustradas rayan el espacio con sus filas sólidas. Además, hacia la izquierda, una segunda escalera, de una longitud y de una anchura enormes, escalona sus gradas hasta la fachada rojiza de la iglesia de Ara-Coeli. Sobre los escalones se colocan por centenares los mendigos, tan harapientos como los de Callot, calentándose al sol majestuosamente, bajo sus sombreros abollados, en sus capas parduzcas. El espectáculo salta a la vista: convento y palacio, colosos y canalla. La colina, cargada de arquitectura, levanta de pronto al final de una calle su mole de piedra, manchada de insectos humanos que hormigúean. Esto es limpieza en Roma.

### *El Capitolio*

En el centro de la plaza hay una estatua ecuestre de Marco Aurelio, en bronce. La actitud es de una naturalidad acabada. Hace el emperador una seña con la mano derecha; es una actitud sencilla, pero que da vida a toda su persona. Va a hablar a sus soldados, y seguramente porque tiene alguna cosa importante que decirles. No posa, no es un jinete, como la mayoría de nuestras estatuas moder-

nas, ni un príncipe que representa su papel. No tiene estribos; esto es una invención moderna y ruin, un aparato que priva de libertad a los miembros; este mismo espíritu industrial ha producido los chalecos de franela. Su caballo es de una raza fuerte y sólida, casi pariente de los caballos del Partenón. Hoy, después de mil ochocientos años de cultura, las dos razas, el hombre y el caballo, se han afinado; llegan a tener un aire *distinguido*. A la derecha, en el palacio de los conservadores, hay un soberbio César de mármol, con coraza; su actitud no es menos viril y natural. Los antiguos no hacían ningún caso de esta delicadeza medio afeminada, de esta sensibilidad nerviosa, que nosotros llamamos la *distinción*, y que nos agrada tanto. Hoy un hombre distinguido necesita un salón, es refinado, habla con las mujeres; aunque capaz de entusiasmarse, se inclina al escepticismo; su corrección es exquisita: no le gustan las manos sucias ni los malos olores, y no quiere que le confundan con el vulgo. Alcibíades no tenía miedo de ser confundido con el vulgo.

Un coloso enorme desplomado ha dejado allí sus pies, sus dedos, su cabeza de mármol; los fragmentos yacen en el patio, entre las columnas. Pero lo que más impresiona son los reyes bárbaros de mármol negruzco, enérgicos y tristes en sus grandes ropajes. Estos son los cautivos de Roma, los vencidos del Norte, tal como aparecían detrás del carro triunfal, para acabar bajo el hacha al salir del Capitolio.

No se dará un paso sin percibir un rasgo nuevo de la vida antigua. De frente, en el patio del museo, se encuentra una gran estatua en un río por encima de una fuente; un poderoso cuerpo pagano, que dormita medio desnudo bajo su cabellera espesa, con su gran barba de dios viril, y que goza de la vida natural. Sobre ella, el restaurador del museo, Clemente XII, ha colocado su encantador busto: una fina cabeza hueca, meditativa, de político y de literato de gabinete. Es la segunda Roma, al lado de la primera.

¿Cómo describir una galería? Hay que caer necesariamente en la enumeración. Déjame solamente nombrar algunas estatuas, como punto de referencia, para dar un fundamento y un sostén a las ideas que sugieren.

Sala del *Gladiador moribundo*. — Esta es una estatua real, no ideal; pero la belleza del cuerpo es todavía mayor, porque esta clase de hombres pasaban su vida en los ejercicios desnudos.

Alrededor de él hay colocados un Antínoo, una Juno grande, vestida, el Fauno de Praxiteles, una amazona que levanta su arco. Aquellas gentes se representaban naturalmente al hombre desnudo, y nosotros, también naturalmente, nos representamos al hombre vestido. Ellos encontraban en su experiencia personal y propia la idea de un torso, de un amplio pecho, como este de Antínoo; de la hinchazón de los músculos costales, en un flanco que se inclina; de la continuidad fácil de la cadera y del muslo en un cuerpo joven, como el de este

Fauno inclinado. En resumen, tenían doscientas ideas sobre cada forma y sobre cada movimiento del cuerpo desnudo. Nosotros las tenemos sólo sobre el corte de una levita o sobre la expresión de un rostro. Es necesaria al arte la experiencia corriente, la observación diaria: de ella nace el gusto público y la preferencia decidida por tal o cual especie de tipo. Por eso, cuando los objetos ordinarios han cambiado, ha cambiado el arte. El espíritu es como esos insectos que toman el color de la planta sobre la cual viven. Nada más cierto que esta frase: el arte es el resumen de la vida.

*Un fauno en mármol rojo.* — Este, visiblemente, es posterior; pero la segunda época no hace más que continuar la primera. Roma, helenizada, es otra Grecia. Hasta bajo los emperadores, bajo Marco Aurelio, por ejemplo (1), la educación gimnástica no es sensiblemente alterada. Las dos civilizaciones no forman más que una, y son como los dos pisos de una misma casa. Tiene en cada mano un racimo de uvas y los muestra con un aire de buen humor encantador y nada vulgar. La alegría física no es envilecida en la antigüedad, ni relegada, como entre nosotros, a los obreros, los burgueses y los borrachos. En Aristófanes, Baco está en la taberna, cobarde, rijoso, glotón, atontado, como un borracho de Rubens, y, sin embargo, es un dios, y ¡qué derroche de imaginación riente!

Otros dos faunos, musculosos, que se vuelven a

---

(1) *Cartas a Frontón*, por Marco Aurelio.

medias, y un Hércules en bronce dorado, magnífico luchador. Todo el interés de la actitud está en la pequeña inclinación hacia atrás del cuerpo, lo que da otra posición al vientre y a los pectorales. Para comprender esto no nos quedan más que las escuelas de natación del Sena; y Arpino, el terrible saboyano. Y aun, ¿cuántos han visto a Arpino? Y qué desagradablemente raros son estos cuerpos desnudos que chapotean.

Un gran sarcófago representa la historia de Aquiles. A decir verdad, no tiene ningún interés dramático. Hay cinco o seis jóvenes desnudos, dos mujeres vestidas en el centro y dos viejos en los rincones. Cada cuerpo, hermoso y viviente, tiene bastante interés por sí mismo. La acción es secundaria: el grupo no está allí para representarla, y sólo ha servido para unir el grupo. Se pasa de una bella mujer vestida a un hermoso joven desnudo; después, a un respetable viejo, sentado; he aquí toda la intención del artista. Agrada ver un cuerpo inclinado, luego un brazo levantado, después un torso firmemente asentado sobre los dos muslos.

Es cierto que esto se encuentra a una distancia enorme de nuestras costumbres. Si estamos ahora preparados para algún arte, no es desde luego para la estatuaria, ni aun para la pintura amplia; todo lo más, para el paisaje y las costumbres, y definitivamente para la novela, la poesía y la música.

Ya que me he propuesto hablar sin rodeos y decir las cosas como las siento, mi criterio decidido es que el gran cambio de la historia llega con el ad-

venimiento del pantalón. Todos los bárbaros del Norte lo llevan ya en las estatuas, el pantalón marca el tránsito de la civilización griega y romana a la moderna. Esto no es una humorada, ni una paradoja; no hay nada más difícil de cambiar que una costumbre universal y diaria. Para desnudar y volver a vestir al hombre es preciso destruirlo y refundirlo. El carácter propio del Renacimiento es el abandono de la gran espada, que se manejaba con ambas manos, y de la armadura completa; el jubón acuchillado, la toca, el calzón ajustado, señalan el paso de la vida feudal a la vida de corte. Ha sido precisa la revolución francesa para hacernos abandonar la espada y los calzones abullonados. El plebeyo, hombre de negocios y sucio, con sus botas, su pantalón, su levita, ha reemplazado al cortesano de tacones rojos y bella casaca bordada. Pues así también el desnudo es una invención de los griegos. Los lacedemonios lo han hallado al mismo tiempo que su régimen y su táctica; los griegos restantes lo han adoptado hacia la XIV olimpiada. A los ejercicios que practicaban han debido su superioridad militar. En Platea, dice Herodoto, si los bravos medas fueron vencidos es porque sus armas eran inferiores; pero también porque se hallaban embarazados con sus largos trajes. Cada griego, aisladamente, se encontraba más ágil, más diestro, más fuerte, mejor preparado para el antiguo combate, que trababa de hombre a hombre y cuerpo a cuerpo. A este respecto, el desnudo era una parte importante en las instituciones y en

las costumbres, y el sello visible por el cual se reconocía la nación.

He llegado a la sala de los bustos. Fuera mejor hablar con frases graves y puntos admirativos; pero el carácter salta a la vista, y es imposible señalarlo de otro modo que con palabras claras. Después de todo, estos griegos y estos romanos eran hombres. ¿Por qué no tratarlos como a contemporáneos?

Escipión el africano: una gran cabeza sin cabellos y sin belleza; los temporales, aplastados, como los de las aves carniceras; pero el mentón, sólido. Los labios, enérgicamente cerrados, como los dominadores.

Pompeyo el grande, aquí, como en la historia, es de segundo orden.

Catón de Utica: un gesto agrio, grandes orejas, todo tenso, los carrillos estirados, gruñón y de espíritu estrecho.

Corbulón: un cuello torcido, con torticolis, de cómico y bribón.

Aristóteles: una cabeza amplia y completa, como la de Cuvier, un poco deformada en el carrillo derecho.

Teofrasto: una cara arrugada y llena de angustia; es el que ha dicho sobre la dicha la frase desesperada que comenta Leopardi.

Marco Aurelio: su busto es uno de los que se encuentran con más frecuencia, y se le reconoce en seguida por sus ojos saltones. Es triste y noble, y su cabeza es la de un hombre dominado por el cerebro: un soñador idealista.

Demóstenes: toda la energía y todo el empuje de un hombre de acción; la frente un poco hacia atrás; la mirada es como una espada; es el perfecto combatiente, siempre preparado.

Terencio: un meditativo incierto; la frente pequeña; poco cráneo; la expresión concisa y triste. Era protegido de los Scipiones, pobre protegido, antiguo esclavo, purista delicado, poeta sentimental; y eran preferidos los bailes a sus comedias.

Cómodo: figura fina y rara, peligrosamente voluntario; un joven bello, un elegante que podrá hacer cosas singulares.

Tiberio: figura innoble, pero por el carácter y la capacidad puede llevar en la cabeza los negocios de un imperio y la administración de cien millones de hombres.

Caracalla: cabeza violenta, vulgar y cuadrada, inquietante como la de una bestia fiera que se va a lanzar.

Nerón: hermoso cráneo, pero con una expresión de villana alegría. Parece un cómico, un primer cantante de ópera, presumido y vicioso, enfermo de imaginación y de cerebro. El rasgo principal es el mentón, en forma de zapato.

Mesalina: no es bella, y se ha adornado sabiamente. Tiene una vaga sonrisa dulzona que hace daño. Es el siglo de las grandes perversas; ésta tiene la sinrazón, la cólera, la sensibilidad y la ferocidad de la especie. Es la que, enternecida un día por la elocuencia de un acusado, se retira para

enjuagar sus lágrimas, y recomienda antes a su marido que no lo deje escapar.

Vespasiano: un hombre fuerte, con sus facultades completas, pronto a cualquier evento, listo, digno de ser papa en el Renacimiento.

En otra sala, un busto de Trajano, imperialmente grandioso y formidable; el énfasis y la fortaleza española destellan. Convendría leer aquí la *Historia Augusta*; estos bustos dicen más que los malos cronistas que nos quedan. Cada uno de ellos es el compendio de un carácter, y gracias al talento del escultor, que separa los accidentes, que suprime las particularidades indiferentes, se ve al instante este carácter.

A partir de los Antoninos, el arte se malea visiblemente. Muchas estatuas y bustos son cómicos sin quererlo, de una comicidad desagradable y hasta odiosa, como si hubieran copiado la mueca de una vieja tísica, el estremecimiento de un hombre caduco, las expresiones dolorosas de un sistema nervioso descompuesto. La escultura semeja la fotoescultura; es caricaturesca en tal estatua grande de mujer con el torso desnudo, la expresión ceñuda, con un peinado hueco, postizo...

Mientras seguimos el ensueño y conversamos con todos estos personajes de piedra, se oye el murmullo del agua que sale por las fauces de los leones, y a cada vuelta, en las galerías, se divisa un trozo de paisaje o un gran lienzo de muro negro, por encima del cual se ve brillar un naranjo, o una amplia escalera de la que penden hierbas trepadoras,

o la confusión de techos, torres, terrazas y el enorme Coliseo en el horizonte...

No quiero ver más hoy. Pero ¿es posible dejar de entrar en la galería vecina, sabiendo que hay un *Rapto de Europa* del Veronés? Hay otro en Venecia, pero este que hay aquí lleva la alegría al espíritu. Los grabados no dan idea, es preciso ver la sirvienta con su traje de un verde oscuro que se inclina para abrochar el brazalete de su dueña; el talle gentil, el gesto tranquilo de la hermosa joven, que tiende su brazo hacia la corona que le traen los amorcillos, y la alegría y la voluptuosidad deliciosas que se escapan de estos ojos risueños, de estas bellas formas desvanecidas, de este deslumbramiento y de este concierto de colores fundidos. Europa está sentada sobre una magnífica tela de seda amarilla y dorada, listada de negro; su falda, de un violeta pálido y rosa, deja asomar su pie de nieve; la camisa, fruncida, encuadra la tersa redondez de la garganta; sus ojos miran vagamente los niños, que juegan en el aire; en los brazos, en el cuello, en las orejas, irradian perlas blancas.

El Foro está a dos pasos. Bajo y descanso. El cielo es de una pureza perfecta; las líneas de los muros, las viejas arcadas en ruinas, apoyadas unas contra otras, se destacan sobre el azul como si estuviesen trazadas por un lápiz finísimo, y agrada recorrerlas con la vista. La forma, en este aire limpio, tiene su belleza propia, independiente de la expresión y del color, como un círculo, un óvalo,

una curva bien trazada sobre un fondo claro. Poco a poco el azul se ha vuelto verde; este verde imperceptible es parecido al de las piedras preciosas y al de las aguas de una fuente, pero más fino todavía. En esta larga avenida, no hay nada curioso o bello: los arcos de triunfo, medio enterrados, colocados de través; restos de columnas caídas, fustes enormes, capiteles sobre el borde del camino; hac a la izquierda, las bóvedas colosales de la basílica de Constantino, salpicadas de plantas verdes colgantes; del otro lado, las ruinas del palacio de los Césares, vasto emplazamiento de ladrillos rojizos, coronado por los árboles; San Cosme, con una portada de columnas; Santa Francisca, con su elegante campanario; en lo alto del horizonte, una hilera negruzca de finos cipreses; más lejos todavía, parecidas a una mole en ruinas, las arcadas hundidas del templo de Venus, y en la extremidad, para cerrar la calle, el gigantesco Coliseo, dorado con una luz risueña.

Sobre todas estas cosas, la vida moderna se ha alojado como un hongo sobre un roble muerto. Vallas de maderos medio desgastados rodean la fosa en donde se alzan las columnas desenterradas de Júpiter Stator. Las hierbas reverdecen sobre las pendientes, que se desmoronan. Dos pilluelos desarrapados juegan con piedras. Unas viejas, con niños sucios, se calientan al sol en medio de la inmundicia. Los frailes, blancos y pardos, pasan constantemente; después, escolares con sombrero negro, conducidos por un eclesiástico rojo. Una

fábrica de camas de hierro rumorea detrás de la basílica. A la entrada del Coliseo se lee una oración a la Virgen, por la que se obtienen cien días de indulgencias; esta oración la trata como a una diosa independiente. Se descubren todavía grandes restos de la antigua raza y del antiguo genio. Muchas de estas viejas parecen sibilas del Renacimiento. Un aldeano, con polainas de cuero, con la capa manchada de tierra, la nariz curvada, el mentón griego, los ojos negros y expresivos, chispeantes, en los que brilla el genio natural. Bajo las bóvedas de Constantino, oigo, después de una media hora, una voz que parece salmodiar letanías. Me acerco, y encuentro a un hombre joven, sentado en la tierra, leyendo en voz alta, con un tono recitativo, delante de cinco o seis bigardos, tumbados, el *Orlando furioso*, el combate de Rolando y de Marsila. Regresáis a comer en la primer posada que se encuentra en el camino, la de Lepri: un hombre sucio, un peluquero dado de cosmético, con un tupé que le cae hasta los carrillos, se instala en la sala vecina provisto de una mandolina y de un pequeño piano portátil, de pedales; maneja las manos y los pies, y hace el canto y el contracanto interpretando arias de Verdi, un final de la *Sonámbula*. La delicadeza, la elegancia, la variedad la expresión, son admirables. Este pobre diablo tiene un alma de artista, y se olvida uno de comer escuchándolo.

Aquí está, probablemente, el tesoro más grande de escultura antigua que hay en el mundo. He aquí una página de griego que hay que tener presente al recorrerlo:

«Yo les preguntaba —dice Sócrates— a propósito de los jóvenes, para saber si había algunos entre ellos eminentes en sabiduría o en belleza o en ambas cosas. —Entonces Critias, habiendo mirado hacia la puerta, vió a varios jóvenes que entraban y discutían entre ellos y detrás una multitud que les seguía. Me dijo: «Pues que hablas de belleza, Sócrates, vas muy pronto a juzgar por ti mismo, porque éstos que entran son los que van delante y están enamorados del joven más hermoso que hay hoy día; y me parece que este mismo está cerca de aquí y va a venir. —¿Quién es —dije— y de quién es hijo? —Tú le conoces —respondió—, pero era muy pequeño cuando tu marcha: es Charmides, hijo de Glauco, nuestro tío, y mi primo. —¿Por Júpiter! —dije—; sí, le conozco; era hermoso cuando niño y debe serlo al presente, que es un hombre joven. —Vas a ver en seguida —me dice— cómo se ha hecho un hombre y qué hermoso está.» Y al mismo tiempo que dice esto entra Charmides.

«Me pareció admirable por el talle y la belleza, y todos los demás que estaban allí me parecieron enamorados de él, pues tanto se emocionaron y se

alteraron cuando entró; muchos otros, entusiastas de él, había todavía detrás de éstos, que le seguían. Que causara esta impresión entre los hombres no era extraño; pero yo me fijé que entre los niños también causaba el mismo efecto; nadie miraba a otra parte, hasta los pequeños, y todos lo contemplaban como a una estatua.

«Entonces Cherephon, llamándome, me dice: «—¿Qué te parece el joven, Sócrates? ¿No tiene un rostro hermoso? —Maravillosamente bello —respondí yo—. Si quisiera desnudarse —dijo—, su rostro no te parecería nada comparado con lo perfectamente bello de su forma.» Los otros que estaban allí dijeron lo mismo que Cherephon.

«Charmides —dije—, es natural que te coloques sobre todos los demás, porque nadie aquí me imagino podría mostrar en Atenas dos casas cuya alianza pudiera producir algo más bello y mejor que éstas de las que procedes. En efecto, tu familia paterna, la de Critias, hijo de Drópides, ha sido celebrada por Anacreonte, Solon y muchos otros poetas como excelente en belleza, en virtud y en todos los bienes que proporcionan la felicidad. Y lo mismo la de tu madre; pues nadie pareció más bello ni más grande que tu tío Pýrilampo todas las veces que se le enviaba en embajada cerca del gran rey o de otro del continente. Nacido de tales padres es natural que seas en todo el primero.»

Con esta escena en el espíritu se puede vagar por las grandes salas y ver actuar y pensar las estatuas, el Discóbolo, por ejemplo, y el joven atleta, copiado, dicen, de Lisipo. Este acaba de correr y tiene en la mano un número, por el cual se ve que ha llegado el quinto, y se frota con el estrigilo. La cabeza es pequeña, la inteligencia no va más allá del ejercicio que acaba de hacer; esta gloria y esta ocupación le bastan. En efecto, en los mejores tiempos de Grecia los triunfos gimnásticos parecían tan importantes que muchos jóvenes se preparaban durante muchos años, en casas de maestros y con un régimen particular, como hoy día se entrenan los caballos de carreras. Tiene el aspecto un poco cansado y raspa con su estrigilo el sudor y el polvo pegado sobre su piel. Que me perdonen esta palabra, se bruza; la palabra es desagradable en francés, pero no para los griegos, que no separaban, como nosotros, la vida humana de la vida animal. Homero, enumerando los guerreros que están delante de Troya, coloca, sin reparo, en la misma categoría los caballos y los hombres. «Están aquí —dice— los jefes y los reyes de los griegos. ¿Dime, musa, cuáles son los mejores entre los hombres y los mejores entre los caballos?»

Pero, por otra parte, considerad qué carnes debía producir semejante vida, ¡qué solidez de tejidos y de color el aceite, el polvo, el sol, el movimiento, el sudor, el estrigilo, debían dar a los músculos! En *Los Rivales*, de Platón, un joven dedicado a la gimnástica ridiculiza amargamente a su adver-

sario, que se ha hecho letrado y lector. «No hay más que el ejercicio, que conserva el cuerpo. Mira, Sócrates, ese pobre hombre, que no duerme, que no come, que tiene el cuello tieso y delgado a fuerza de atormentarse el espíritu.» Y todo el mundo se echa a reír.

El cuerpo de éste es perfectamente bello, casi real, porque no es un dios ni un héroe. Por eso el dedo pequeño del pie está deformado, el antebrazo es bastante delgado, la huella de los riñones está muy marcada; pero las piernas, sobre todo la derecha, vista por detrás, parece la de un galgo. Ante semejante estatua se nota la diferencia que separa la civilización antigua de la nuestra. Una ciudad entera elegía para la lucha y la carrera los mejores jóvenes de las mejores familias; asistía a los juegos; hombres y mujeres estaban allí; se comparaban las espaldas, las piernas, los pechos, todos los músculos en movimiento en los cien mil aspectos del esfuerzo. Cualquier espectador ordinario era un conocedor, como hoy el aficionado juzga los caballos en un *Derby* o en un concurso hípico. A la vuelta la ciudad acogía al vencedor con una ceremonia pública; muchas veces se le elegía para general; su nombre figuraba entre los fastos de la ciudad; su estatua tomaba sitio entre las de los héroes protectores; el vencedor de la carrera daba su nombre a la olimpiada. Cuando los diez mil llegaron a la vista del mar Negro y se encontraron salvados, su primera idea fué celebrar los juegos; habiendo escapado de los bárbaros, he aquí, en fin,

la verdadera vida griega que recomienza. «Esta colina —dice Dracontios— es un terreno excelente para correr lo que se quiera. —Pero ¿cómo podrán correr sobre un suelo tan escabroso? —¡Tanto peor para el que se caiga! —Para la carrera del gran estadio hubo más de sesenta cretenses; los otros se presentaron para la lucha, el pugilato y el cuerpo a cuerpo. Y el espectáculo fué hermoso, porque hubo muchos atletas, y como sus compañeros miraban hicieron grandes esfuerzos.»

Un siglo más tarde, en tiempos de Aristóteles, Menandro y Demóstenes, cuando el cultivo del espíritu es completo, cuando la filosofía y la comedia tocan a su acabamiento y a su decadencia, Alejandro, desembarcando en la Troade, se pone desnudo con sus compañeros para honrar con unas carreras la tumba de Aquiles. Figuraos a Napoleón haciendo lo mismo en su primera campaña de Italia. La acción correspondiente fué para él, supongo, colocarse las condecoraciones sobre el uniforme y asistir grave y rígido a un *Te Deum* en Milán.

Se puede ver la perfección de esta educación corporal en el joven atleta, que lanza el disco, en la curva de su cuerpo inclinado hacia un lado, en el cálculo de todos sus miembros que se tienden o se pliegan para reunir toda la fuerza posible y aplicarla sobre un mismo punto. Una frase de Platón es bien expresiva en este tema: divide la educación en dos ramas iguales, la gimnástica y la música. Por gimnástica entiende todo lo que concierne a la formación y al ejercicio del cuerpo

desnudo; por música, todo lo que está comprendido en el canto, es decir, además de la música las palabras y las ideas de los himnos y de los poemas que enseñan la religión, la justicia y la historia de los héroes. ¡Qué revelación de lo que era la juventud antigua! ¡Qué contraste si se compara con nuestra educación de sabihondos y de horteras!

Una gran estatua yacente, *El Nilo*; en las Tullerías hay una reproducción. Nada más gracioso, más ágil que los niños chiquitines que juegan sobre el largo cuerpo; no se puede expresar mejor la amplitud, la calma, la vida vaga y casi divina de un río. Un cuerpo divino; estas dos palabras, en el lenguaje moderno, huyen de ser unidas. Son la idea matriz de la civilización antigua. Detrás hay unos encantadores jóvenes atletas que tienen en la mano un frasquito de aceite; uno de ellos, que cuenta apenas trece años, es el Lysis o el Menexenes de Platón.

De tarde en tarde se descubren inscripciones que arrojan luz sobre esas cuestiones y esos sentimientos tan alejados de nosotros. Aquí hay una publicada este año mismo sobre un joven atleta de Thera y encontrada en el pedestal de su estatua. Los cuatro versos tienen la belleza, la sencillez y la fuerza de una escultura: «La victoria para el púgil es a precio de sangre; pero este niño, con la respiración todavía agitada por la ruda batalla del pugilato, permaneció firme para la pesada labor del paneracio y la misma aurora ha visto a DoroCleides dos veces coronado.»

Mas es preciso pensar en el mal al mismo tiempo que en el bien. El amor que sugería la vida de los gimnasios es una perversión de la naturaleza humana; sobre estas desviaciones los relatos de Platón son exorbitantes. Estas costumbres antiguas que en el hombre respetan al animal, desenvuelven por reciprocidad el animal en el hombre; sobre esto Aristófanes es escandaloso. Nosotros nos creemos maleados porque tenemos novelas descarnadas. ¿Qué diríamos si se representara su *Lysistrata* en uno de nuestros teatros? Por fortuna, lo que la escultura muestra de este mundo singular es la belleza solamente. Una canéfora de pie, a la entrada del Braccio Nuovo, es parecida a la del Partenón, aunque de una labor secundaria. Cuando una hija de las primeras familias no tenía por vestido, como ésta, más que una camisa; cuando tenía costumbre de llevar sobre la cabeza las ánforas y consiguiente, sabía tenerse derecha; cuando por todo adorno recogía artísticamente sus cabellos o los dejaba caer en bucles; cuando el rostro no estaba fruncido por las monerías o las mil preocupaciones menudas de la vida burguesa, una mujer podía tener la tranquila actitud de esta estatua. Hoy queda un resto en las aldeanas de los alrededores, que llevan sus cestas sobre la cabeza; pero están estropeadas por el trabajo y las privaciones. El pecho aparece bajo la camisa, la túnica cuelga y visiblemente no es más que un lienzo; se ve la forma de la pierna que estira la tela en la rodilla; los pies aparecen desnudos en las sandalias. Nada

puede reproducir la seriedad natural del rostro. Ciertamente, si se pudiera ver el personaje real con sus brazos blancos, sus cabellos negros, bajo la dulce luz del sol, las rodillas se nos doblarían, como ante una diosa, de respeto y de placer.

Mirad una estatua toda cubierta de un velo, por ejemplo, esta del Pudor, es evidente que el vestido antiguo no altera la forma del cuerpo, que los pliegues colgantes o revueltos reciben del cuerpo sus formas y sus cambios, que se sigue sin trabajo a través de los pliegues el equilibrio de todo el armazón, la redondez de la espalda o de la cadera, los hoyos de los lomos. La idea del hombre no es entonces, como entre nosotros, la de un espíritu puro o impuro, con una levita de Dusautoy o un vestido de Alejandrina; es la de un pecho, una espalda, una masa muscular, un talle con sus vértebras salientes, los tendones del cuello, una pierna rígida desde el talón hasta los riñones. Se ha dicho que Homero sabía anatomía porque describe exactamente las heridas, la clavícula, el hueso ilíaco. Conocía sencillamente al hombre: su vientre, su tórax, lo que entonces sabía todo el mundo. Lo poco que aprendí en la Escuela práctica me aclara las tres cuartas partes de las cosas; imposible es hoy comprender el pensamiento de estos artistas si no se ha visto prácticamente la articulación del cuello y de los miembros; si no se ha adquirido una idea previa de las dos principales partes del cuerpo, el busto movable sobre la pelvis; si no se conoce el mecanismo que rige todos los músculos,

de la planta del pie a la pantorrilla, a la cadera, a los huesos de los lomos, para enderezar a un hombre y tenerlo de pie.

Nada de esto es posible sin el vestido antiguo. Ved *Diana mirando a Endimión*. Su traje cae hasta los pies; tiene otro vestido, una especie de segundo traje; pero el pie está desnudo. Desde que el pie va calzado, como el de las lindas señoritas que se pasean aquí con un libro en la mano, no se ve el cuerpo natural, sino una máquina artificial. Lo que aparece no es el sér humano, sino una coraza articulada, excelente, contra las intemperies y agradablemente adobada para brillar en una habitación. La mujer, con la cultura y el vestido moderno, se ha convertido en una especie de escarabajo, con una cincha en el talle, tiesa en su corsé, sobre dos patas secas, cargada de aditamentos y envolturas brillantes; las cintas, los sombreros, las crinolinas tienen la agitación, el brillo de las antenas y de las alas de los insectos. Muy frecuentemente, como un insecto, la figura se reduce a los ojos, a la expresión; y el cuerpo entero tiene la actividad atolondrada del zángano; la mayor parte de nuestra belleza está en la vivacidad nerviosa, sobre todo en la disposición coquetona de la envoltura brillante, en el aparato complicado y diamantino que le sirve de marco. Por el contrario aquí el pie desnudo muestra en seguida que la larga túnica no es más que un velo sin importancia. La cintura es una simple cuerda anudada por debajo del seno; los pechos levantan la tela; la túnica, abrochada sobre la es-

palda, no es más ancha de dos dedos en este sitio, de suerte que se nota la espalda continuar en el brazo, que es robusto y fuerte y no se parece a estas patas filamentosas que cuelgan hoy a los dos lados del corsé. Desde que hay corsé se acabó el cuerpo natural. En cambio esta vestidura puede ponerse y quitarse en un momento; no es más que un lienzo con el cual se envuelve el cuerpo.

Todo esto está en el Braccio Nuovo y además gran número de estatuas, como la de Augusto, la de Tiberio; al lado de cada gran figura hay un busto del emperador. No se puede anotar todo; me fijo solamente en una Julia, hija de Tito. El cuerpo es todavía hermoso, pero la cabeza lleva los ridículos bucles modernos. Este solo adorno basta para destruir el efecto de la escultura y toda la idea antigua.

De allí se sigue un largo corredor, poblado también de restos griegos y romanos, y se llega al museo de Pío Clemente, donde las obras de arte están separadas y agrupadas cada una alrededor de alguna pieza principal, en habitaciones de mediana extensión. No se me ocurre nada sobre estos objetos simplemente curiosos, sobre esta tumba de los Escipiones, tan apreciada por los arqueólogos, tan sencilla de forma y en la que la piedra parece ceniza cocida. Los hombres sepultados aquí pertenecen a la generación de los grandes romanos que, por la conquista del Samnium y por la organización de las colonias, establecieron el poderío de Roma sobre Italia y, por consecuencia, sobre el

mundo. Son los fundadores; son los vencedores de Cartago, de Macedonia, y en lo demás no hicieron más que continuar sus monumentos. Este bloque de toba es una de las primeras piedras del edificio en el cual vivimos todavía hoy, y la inscripción parece la voz grave del muerto que se ha acostado aquí hace veintiún siglos:

CORNELIUS LUCIUS SCIPIO EL BARBUDO,  
 NACIÓ DE SU PADRE GNAEVUS, HOMBRE SABIO  
 Y VALIENTE,  
 EN QUIEN LA BELLEZA IGUALÓ A LA VIRTUD.  
 FUÉ CENSOR, CÓNSUL, EDIL EN VUESTRA CIUDAD,  
 TOMÓ TAURASIA, CISAUNA EN EL SAMNIUM,  
 SOMETIÓ TODA LA LUCANIA Y TRAJÓ REHENES

Aquí están las obras maestras. Primeramente el Torso, tan alabado por Miguel Angel. En efecto, por la vida, el esfuerzo grandioso, la poderosa unión de las piernas, la seguridad del movimiento, la mezcla de pasión humana y de nobleza ideal, es conforme al estilo de Miguel Angel. Un poco más lejos está *El Meleagro*, del cual hay una reproducción en las Tullerías. No es más que un cuerpo, pero uno de los más hermosos que yo he visto. La cabeza, casi cuadrada, tallada en planos sólidos como la de Napoleón, tiene una frente pequeña, y la expresión parece la de un hombre un poco terco; nada en él indica la gran capacidad y la gran flexibilidad de espíritu, que nosotros no dejamos de dar a nuestras estatuas y que sugiere al

espectador la idea de ofrecer al pobre hombre, tan poco vestido, un pantalón y un paletot. La belleza de éste está en el cuello potente, en el busto tan bien continuado por las piernas; es un cazador y un guerrero, nada más; es tan admirable por los músculos de las piernas como por la cabeza. Estas gentes habían ideado para la especie humana el sistema de las yeguas; de aquí su rango en la historia. Los espartanos, que en los tiempos antiguos de Grecia dieron el tono a las otras ciudades, se prestaban las mujeres para tener retoños escogidos. Sobre esto, Platón, su admirador, aconseja a los magistrados arreglar los matrimonios anuales, de tal manera que los mejores hombres tengan las mejores mujeres. Jenofonte, por su parte, censura a Atenas, que no tiene nada parecido; alaba la educación de las mujeres espartanas, preparadas para tener hijos en la edad precisa e hijos hermosos. «Las jóvenes —dice— se ejercitan en la carrera y en la lucha, y esto está sabiamente ordenado; porque las mujeres educadas, como se ve ordinariamente, en las labores de lana y que permanecen quietas, ¿engendrarán algo grande?» Señala que en sus matrimonios todo está regulado desde este punto de vista; un viejo no puede guardar para sí a su mujer joven; debe elegir «entre los jóvenes cuyos cuerpos y cuyas almas admire más, uno que traerá a su casa y que le dará hijos.» Se ve que este pueblo, que ha extendido muy lejos el espíritu gimnástico y militar de la institución nacional, se preocupa ante todo de hacer la raza.

Una pequeña rotonda, a este lado, encierra las obras maestras de Canova, que tanto elogia, no sé por qué, Stendhal. Un *Perseo*, que es un elegante afeminado; dos *Luchadores*, que parecen dos boxeadores rencorosos, dos carreteros desnudos ocupados en darse de puñetazos. Nada hay entre la insipidez y la grosería, entre el hombre de salones y el descargador. Esta impotencia muestra al instante la diferencia entre lo antiguo y lo moderno.

Más allá se encuentra el *Mercurio* del Belvedere; es un hombre joven, de pie, como *El Meleagro*, pero todavía más bello; el torso es más fuerte y la cabeza más fina; en el rostro rebrinca una expresión sonriente, una gracia y un pudor (1) de joven bien nacido, que sabe hablar porque es de raza inteligente y escogida, pero que vacila al hablar porque es todavía muy joven. El efebo griego, ante el cual Aristófanes hace hablar al Justo y al Injusto, había corrido, luchado y nadado lo bastante para tener este soberbio pecho y estos músculos elásticos. Permanece próximo a la sencillez primitiva, libre de curiosidades, de las discusiones y de los refinamientos que comienzan a introducirse en él, para tener este rostro tranquilo. Esta calma es tan grande que a la primera mirada se la tomaría por una expresión mohína y un poco triste.

El *Apolo del Belvedere* es de una época más re-

---

(1) *Infans pudor.*

ciente y menos sencilla. Por hermoso que sea tiene el defecto de ser un poco elegante; debía agradar a Winckelmann y a los críticos del siglo XVIII. Sus cabellos rizados caen por detrás de las orejas con una distinción encantadora y se levantan sobre la frente como una especie de diadema de mujer; su actitud da vagamente la idea de un bello joven lord que despide a un importuno. Ciertamente este Apolo ha debido saber vivir y, además, tiene la conciencia de su rango; estoy seguro de que tiene criados.

El *Laocoonte* no es de una época muy antigua; yo creo que si estas dos estatuas han sido admiradas más que las otras es porque están más cerca que las otras del gusto moderno. Esta es una síntesis de dos estilos y dos épocas, parecida a una tragedia de Eurípides. La gravedad y la elevación del primer estilo subsiste todavía en la actitud simétrica de los niños, en la noble cabeza del padre, que ha perdido la fuerza y el coraje y que frunce el entrecejo sin gritar; pero el arte nuevo, sentimental y expresivo, se manifiesta en el carácter terrible y persuasivo del tema, en el realismo atroz de los cuerpos ondulantes de las serpientes, en la delicadeza tierna del pobre pequeño que muere en seguida, en la finura de los músculos, del torso y del pie, en la hinchazón dolorosa de las venas, en la minuciosa anatomía del sufrimiento. Aristófanes hubiera dicho de este grupo, como del Hipólito o de la Ifigenia de Eurípides, que hace llorar, pero que no fortalece, y que en

lugar de cambiar las mujeres en hombres, cambia los hombres en mujeres.

Si el paso de los visitantes no alterara la paz de las salas se pasaría aquí el día sin sentir. Cada dios, cada héroe, reposa en su oratorio, rodeado de estatuas menores. Los cuatro oratorios forman los rincones de un patio de ocho paredes, alrededor del cual hay un pórtico. Recipientes de basalto y de granito, sarcófagos cargados de figuras están colocados aquí y allá sobre el suelo de mármol; sólo una fuente se agita y murmura en este santuario de piedras inmóviles y de formas ideales. Un gran balcón se abre sobre la ciudad y la campiña; desde esta altura se ve la inmensidad del espacio, los jardines, las quintas, las cúpulas, los hermosos, pinos destacados uno a uno en el aire límpido, las filas de cipreses negros sobre las blancuras y las claridades de la arquitectura y, en el horizonte, una larga cadena de montañas almenadas cuyos picos nevados suben hasta el azul.

He vuelto a pie por detrás del castillo del Santo Angel; después a lo largo del Tíber por la orilla derecha. No se puede imaginar mayor contraste. La orilla es una ancha faja de arena movediza bordeada de setos espinosos abandonados. De frente, en la otra orilla, se extiende una hilera de casas viejas y sucias, desconchadas y amarillentas, todas manchadas por la infiltración del agua y el contacto de la miseria humana. Algunas surgen en el río sus cimientos desgastados; otras están separadas de él por un patio lleno de inmu-

dicias; nadie se imagina en lo que puede convertirse un muro, que ha sufrido durante cien años el rigor de la intemperie y el mal trato de los hombres. Toda esta orilla semeja la falda destrozada de una bruja, un pingajo de rodilla infecta y agujereada. El Tíber rueda, amarillo, fangoso, entre este desierto y esta podredumbre.

Lo interesante y lo pintoresco no faltan empero nunca. Aquí y allá, restos de una vieja torre sumergida en el río, una plaza ante una iglesia que extiende sus escaleras hasta dentro del agua y los barcos atracan allí. Parece esas viejas estampas que se encuentran en los muelles de París, medio borradas por la lluvia, desgarradas, grasientas, pero donde se percibe un trozo grandioso de edificio o de paisaje, al lado de un agujero, entre dos salpicaduras de barro.

*El Panteón.*

*Las termas de Caracalla*

En tres o cuatro años que se estuviese aquí, quedaría siempre algo que aprender. Este es el museo más grande del mundo: todos los siglos han dejado aquí algo. ¿Qué es lo que puedo ver en un mes? Un hombre que tuviera tiempo de estudiar y supiese rebuscar encontraría aquí en una columna, en una tumba, en un arco de triunfo, en un acueducto, sobre todo en este palacio de los Césares que ha sido desenterrado, los medios de recomponer y de volver a levantar ante los ojos la Roma

imperial. Yo he visitado tres o cuatro ruinas, y procuro adivinar algo sobre estos fragmentos.

El panteón de Agripa está en una plaza sucia y barroca, donde unos miserables coches de alquiler se estacionan aguardando a los extranjeros; los puestos de legumbres arrojan sus desperdicios sobre el suelo negruzco, y grupos de aldeanos con grandes polainas, con una piel de carnero sobre las espaldas, aguardan y miran, inmóviles, con los ojos brillantes. El mismo templo ha sufrido todo lo que puede sufrir un edificio; construcciones modernas se han adosado a su espalda y a sus dos lados; se le han colocado dos campanarios ridículos; se le han arrancado sus vigas y sus clavos de bronce para hacer las columnas del baldaquín de San Pedro; hace tiempo, casuchas incrustadas entre las columnas han obstruido su pórtico; la tierra lo había ido sepultando de tal manera, que, para llegar al interior, en lugar de subir, se descendía. Todavía hoy, aunque ha sido reparado, bajo sus tintas negruzcas, con sus grietas, sus mutilaciones y la inscripción medio borrada de su arquitrave, tiene la apariencia de un lisiado y de un enfermo. A pesar de todo esto, la entrada es pomposamente grandiosa: las ocho enormes columnas corintias del pórtico, las pilastras macizas, imponentes, las vigas del entablamento, las puertas de bronce, anuncian una magnificencia de conquistadores y de dominadores. Nuestro panteón, comparado con este, parece pequeño, y, cuando transcurrido un cuarto de hora, se llega a hacer abstracción de las

degradaciones y de los enmohecimientos, cuando se ha aislado el templo de sus alrededores modernos y viejos, cuando se imagina el edificio blanco, reluciente, con sus mármoles nuevos, con el centelleo leonado de sus tejas de bronce, de sus vigas de bronce, de los bajorelieves de bronce, que adornan su frontón, tal como estaba, en fin, en tiempo de Agripa, cuando, después de establecida la paz universal es dedicado a todos los dioses, se imagina con admiración el triunfo de Augusto que terminaba con esta fiesta la reconciliación del universo sometido, el esplendor del imperio acabado, y se escucha la melopea solemne de los versos donde Virgilio celebra la gloria de este día. «Llevado por un triple triunfo, en los muros de Roma, Augusto consagraba a los dioses italianos un voto inmortal: trescientos grandes templos por toda la ciudad. Las calles se estremecían de alegría con los juegos, los aplausos de todo un pueblo. En los templos, los coros de mujeres; por todas partes, altares; delante de los altares, toros inmolados llenaban la tierra. El mismo, sentado en el umbral de mármol del reluciente Febo, pasa revista a las ofrendas de los pueblos, y las cuelga de las soberbias columnas; las naciones vencidas avanzan en orden, tan diversas en las armas como en el espíritu y en la lengua: nómadas, africanos de colgantes vestiduras, leleges, carios, los gelones armados de flechas, los morinos, los más alejados de los hombres, los dahes salvajes. El Eufrates se desliza dócil, y Arabia tiembla bajo el vencedor.»

Se penetra en el templo bajo la alta cúpula, que se ensancha en todos los sentidos como un cielo interior; la luz cae magníficamente como una gran cascada por la única abertura que hay en la cima; y al lado de esta claridad viva las sombras frías, el polvillo transparente, sube lentamente a lo largo de las curvas. En torno, las capillas de los antiguos dioses, cada una entre estas columnas, se colocan en círculo, siguiendo el muro; la inmensidad de la rotonda las empequeñece todavía; viven así reunidos y achicados bajo la hospitalidad y la majestad del pueblo romano, única divinidad que subsiste en el universo conquistado. Tal es la impresión que deja esta arquitectura. No es sencilla como la de un templo griego, no corresponde a un sentimiento primitivo como la religión griega; indica una civilización avanzada, un arte calculado, una reflexión sabia. Aspira a lo grandioso; quiere excitar al asombro y la admiración; forma parte de un Gobierno, completa un espectáculo y es una decoración en una fiesta; pero esta fiesta es la del imperio romano.

Se cruza el Foro, sus tres arcos de triunfo, las grandes bóvedas de sus basílicas ruinosas, el enorme Coliseo. Había otros tres o cuatro coliseos; uno de ellos, el *Circus maximus*, era capaz para cuatrocientos mil espectadores. En un combate naval en tiempos de Claudio, diecinueve mil gladiadores combatieron allí; un tritón de plata salió del lago para dar la señal con su clarín. Otro teatro contenía veinte mil personas. Con estas ideas

se llega a las termas de Caracalla, la cosa más grande que se puede ver en Roma, después del Coliseo.

En el fondo, todos estos colosos son señales de los tiempos. La Roma imperial explotaba todo el Mediterráneo, España, Galia y dos tercios de Inglaterra, en provecho de cien mil ociosos. Se les divertía en el Coliseo con matanzas de bestias y de hombres; en el Gran Circo, con luchas de atletas y carreras de carros; en el teatro de Marcelo, con pantomimas, decoraciones, desfiles de armas y trajes. A las termas venían a bañarse, a hablar, a mirar las estatuas, a escuchar a un declamador, a pasar al fresco las horas calurosas. Todo lo que se había inventado hasta allí de cómodo, de agradable o de bello, todo lo que se podía recoger en el mundo de curioso o de magnífico, era para ellos; los Césares los alimentaban, los divertían, buscaban ocasiones de complacerlos y procuraban obtener sus aplausos. Un romano de la clase media podía, en rigor, considerar a los emperadores como administradores (*procuratores*) encargados de manejar sus bienes, de evitarles las molestias de los negocios, de suministrarles a buen precio, o gratis, el trigo, el vino, el aceite, de darle suntuosas comidas, fiestas agradables, cuadros, estatuas, actores, gladiadores y leones, de estimular todas las mañanas su gusto estragado mediante una novedad sorprendente, y hasta algunas veces hacerse histriones, cocheros, cantores y gladiadores para agradarles. A fin de instalar a este pue-

blo de refinados de una manera digna de su condición real, la arquitectura inventa formas grandiosas y nuevas. Las grandes construcciones indican siempre algún exceso parecido, una concentración y una acumulación desmesuradas del trabajo humano. Ved las catedrales góticas y las pirámides de Egipto, el París contemporáneo y los docks de Londres.

Al final de una larga hilera de callejas, de murellas blancas, de jardines desiertos, aparece la gran ruina. Su forma no puede compararse con nada, y la línea que destaca en el cielo es única. Ni las montañas, ni las columnas, ni los edificios, ni las obras de la Naturaleza, ni las obras de los hombres, dan idea; resume todo esto; es una obra humana que el tiempo y los accidentes han deformado y transformado hasta convertirla en una obra de la Naturaleza. En medio del espacio, su cima de abolladuras desconchadas, su cresta labrada de anchos huecos, su mole rojiza, sombría y muerta, se envuelve silenciosamente en un sudario de grandes nubes.

Al entrar, me parece que no he visto en el mundo otra cosa tan grande; el Coliseo mismo, no se le aproxima. La multiplicidad e irregularidad de las ruinas añaden todavía grandiosidad al enorme recinto. Delante de este cúmulo de ladrillos rojizos y roídos, delante de estas bóvedas redondas, amplias como los arcos de un gran puente, delante de estas moles dormidas, se pregunta uno si no ha habido aquí una ciudad entera. Frecuen-

temente se ve una bóveda caída y el macizo monstruoso que la sostenía se alza en el espacio, con un resto de gradería, con un fragmento de arco, espeso como una casa, ventrudo y deforme. Muchas veces la bóveda está hundida por el medio, y parece que una pared va a desplomarse y rodar como una roca. Las paredes de los muros, los trozos de bóvedas, los salientes amenazadores, se desplazan en el aire. Los patios están llenos de restos y los montones de ladrillos, bajo la acción del tiempo, se han unido tan íntimamente como los bloques de guijarros amontonados por el mar. Por otra parte, las arcadas, intactas, se muestran unas encima de otras; el cielo, cortado por su curva, luce detrás de ellas, y en lo alto, sobre el rojo de los ladrillos, las cabelleras verdes de las plantas se agitan en medio del azul.

Hay allí subterráneos sospechosos, donde la sombra se prolonga en negruras extrañas. La hiedra descende allí; los hinojos, las anémonas, las malvas, abundan sobre los bordes; medio ocultos bajo los montones de piedras caídas, los fustes de las columnas se hunden bajo un revoltijo de hierbas trepadoras; el trébol, de hojas espesas tapiza las pendientes. Los robles verdes, los arbustos verdes, los millares de girasoles, se agarran a los huecos y extienden el penacho de sus flores amarillas. Todo esto susurra al soplo del viento y los pájaros cantan en el silencio augusto.

Se distinguen todavía los arcos de la Pinacoteca, altos como una cúpula de iglesia; la gran sala re-

donda, destinada a los baños de vapor; los enormes hemisferios, donde se daban los espectáculos. Figuraos un club como el Ateneo de Londres, es decir, un palacio para el uso de todo el mundo, pues éste era para el uso de un mundo que, además de las necesidades del espíritu, tenía las del cuerpo, que venía no solamente para leer los libros y los periódicos, para contemplar las obras de arte, para escuchar a los poetas y a los filósofos, para conversar y discutir, sino además para nadar, darse masaje, transpirar, y aun luchar y correr, o para ver a los luchadores y a los corredores. Porque Roma, en este aspecto, no es más que una Atenas agrandada: el mismo género de vida, los mismos instintos, las mismas costumbres, los mismos placeres. La única diferencia está en la proporción y en el momento. La ciudad se ha agrandado hasta contar los maestros por cientos de miles y los esclavos por millones; pero, de Jenofonte a Marco Aurelio, la educación gimnástica y oratoria no ha cambiado nada. Los romanos han tenido siempre gustos de atletas y de oradores, y en este sentido había que trabajar para agradarles. A los cuerpos desnudos, a los amantes del estilo, a los aficionados a la decoración y a la conversación había que dirigirse. Nosotros no tenemos idea de esta vida corporal y pagana, ociosa y especulativa; el clima es el mismo, pero el hombre se ha transformado vistiéndose y haciéndose cristiano.

Se suben no sé cuántos pisos, y, al final, se encuentra el pavimento de las cámaras superiores:

un mosaico de menudos trozos de mármol. La retama, los arbustos, han crecido en las junturas. Algunas veces, por debajo de la corteza de tierra, se ve aparecer un trozo de mosaico intacto, casi fresco. En las termas de Diocleciano había sitio para tres mil doscientos bañistas. Cuando, desde esta altura, se mira en derredor, se ve la llanura, rayada hasta perderse de vista por los viejos acueductos, y del lado del monte Albano, otras tres grandes ruinas, montones de arcos negruzcos o rojizos, hendidos, desgarrados ladrillo a ladrillo, desmenuzados por los siglos.

Al bajar, se contempla todavía la sala de la piscina, de ciento veinte pasos de larga; esta otra, donde se desnudaban, de ochenta pies de altura, toda revestida de mármol; y este mármol es tan hermoso, que con sus restos se fabrican figuritas de chimenea. Se han reproducido con él en el siglo XVI el Hércules Farnesio, el Toro, la Venus Calipigia y no sé cuántas obras maestras, y, en el siglo XVII, centenares de estatuas. Es probable que ningún pueblo vuelva a encontrar las comodidades, las diversiones y, sobre todo, las bellezas que los romanos hallaban en Roma.

Es preciso venir aquí para comprender esta palabra: una civilización distinta de la nuestra, distinta y diferente, pero, en su género, tan completa y tan fina. Es otro animal, pero igualmente perfecto: como el mastodonte, antes del elefante moderno.

En un rincón, al abrigo, florece un almendro

delicioso, como una joven vestida para una fiesta, todo florido, risueño, atravesado por una lluvia de rayos de sol, caído por azar entre estos muros colosales, en el esqueleto carcomido del monstruo fósil.

# INDICE DEL TOMO I

---

	<u>Páginas</u>
EL CAMINO Y LA LLEGADA.....	7
<i>La Provenza:</i> El mar.— <i>Civita-Vecchia:</i> De Civita-Vecchia a Roma. Roma. El Coliseo. San Pedro. Paseo por la noche. El Foro.— <i>De Roma a Nápoles:</i> Los tipos.	
NÁPOLES.....	37
<i>El clima y el paisaje:</i> Villa Real. Las calles. Los tipos.— <i>Las iglesias:</i> El convento de San Martín.— <i>Pouzzoles y Baia:</i> Castellamare y Jorren-to. La vida homérica.— <i>Herculano y Pompeya:</i> La ciudad y la vida antiguas.— <i>El museo de Nápoles:</i> Las pinturas, las estatuas, las costumbres y la religión antiguas.— <i>Los cuadros:</i> El siglo XVI.— <i>Costumbres contemporáneas:</i> Política, ciencia y religión. San-Carlo y San-Carlino. Los caracteres y los espíritus.	
DE NÁPOLES A ROMA.....	117
<i>Cápua:</i> Paisajes. El monte Casino.	
ROMA.....	129
<i>Roma:</i> Aspecto general. Misa en la Sixtina. Las calles de Roma.	
LAS OBRAS DE LOS ANTIGUOS.....	141
<i>El Capitolio:</i> El desnudo griego y la educación gimnástica. Diferencias morales señaladas y producidas por el cambio de ropas. Los bustos. Los cuadros. El Foro.— <i>El Vaticano:</i> El hombre ideal en los antiguos El Meleagro, el Apolo, el Laocoon, el Mercurio. Las orillas del Tíber.— <i>El Panteón:</i> Las termas de Caracalla. La Roma imperial.	



OBRA MONUMENTAL  
MODERNA - CIENTIFICA

# NUEVA GEOGRAFIA UNIVERSAL

DE

Ernesto Granger - J. Dantín Cereceda

J. Izquierdo Croselles

La *Nueva Geografía Universal* comprende varios millares de páginas de tipografía notablemente nítida, que facilita la busca de asuntos

Varios millares de ilustraciones fotográficas, pintorescas a la vez que demostrativas, de los países, los monumentos, los habitantes y las costumbres

Varios centenares de mapas en color y en negro (comerciales, industriales, agrícolas, económicos, políticos, físicos, etc.), y de cuadros estadísticos (productos, cultivos, riquezas del suelo y del subsuelo, medios de comunicación, etc.).

La obra completa consta de tres tomos, formato grande (tamaño 23 x 31 centímetros), cuyo precio es de pesetas 45 en rústica y 50 en tela, cada uno; en total, pesetas 135 y 150, respectivamente

PIDA FOLLETOS A SU LIBRERO O A  
ESPASA-CALPE, S. A.

# COLECCION UNIVERSAL

La biblioteca selecta al alcance de todos  
La biblioteca que usted necesita

Contiene lo mejor de las literaturas griega, latina, española, francesa, inglesa, alemana, italiana, húngara, rusa, etc.

No falta en ella un solo género literario: Novela, teatro, cuentos, historia, ensayos, etcétera

Contiene una espléndida colección de clásicos de todos los países. Obras de Andreiev, Balzac, Cervantes, Cicerón, Chejov, Dante, Dickens, Dostoievski, Goethe, Heine, Víctor Hugo, Kuprin, Lope de Vega, Molière, Plutarco, Quevedo, Walter Scott, Shakespeare, Vélez de Guevara, Voltaire, Oscar Wilde, etcétera

*Nombres de ilustres escritores que figuran entre los traductores:*

Rafael Marquina, Ortega y Gasset, Félix Lorenzo, Luis Bello, Américo Castro, Fernández Ardavín, Azcárate, etc.

**Más de 1.000 números publicados**

Puede adquirirse completa al contado y a plazos

**SUSCRÍBASE**

Un trimestre (15 números), 6 pesetas

*A. Richnejs -*

H. Taine

VIAJE POR ITALIA

TOMO II

NÁPOLES Y ROMA

MCMXXX



H. TAINE

---

# Viaje por Italia

TOMO II

NAPOLES Y ROMA

La traducción del francés ha sido hecha  
por A. MARTIN BECERRA



MADRID, 1930

---

ES PROPIEDAD  
Madrid, 1930  
Published in Spain

---

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

---

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

## LA PINTURA

*Roma, 15 de marzo.  
Rafael*

Hablemos de tu Rafael; ya que te gustan las impresiones francas, te contaré la sucesión y la diversidad de las mías.

¡Cuántas veces hemos hablado de él, juntos, ante los dibujos originales y las estampas! Sus mejores obras están aquí. Cuando, en medio de las sensaciones, la idea empieza a despuntar, se toma la lista de los rincones donde hay aquí alguna pintura suya. Se pasa de un fresco a un cuadro, de una galería a una iglesia; se vuelve, se lee su vida, la de sus contemporáneos y la de sus maestros. Es un trabajo; hace falta trabajar también para comprender a Petrarca y a Sófocles: todas las grandes cosas un poco lejanas corresponden a sentimientos que ya no tenemos.

El primer aspecto es singular. Al entrar en el patio del Vaticano, hemos visto un amontonamiento de edificios, y encima una galería de vi-

drieras que da al edificio el aspecto de un gran invernadero. Impresionados por esta hermosa idea, hemos subido una infinidad de escalones; en el rellano, un suizo amable y discreto ha guardado los dos paules con una sonrisa de agradecimiento. Nos encontramos en una amplia sala llena de cuadros. ¿A cuál mirar? He aquí la *Batalla de Constantino*, dibujada por Rafael y pintada por Julio Romano, con ladrillo machacado, supongo; probablemente también ha llovido encima y el color remojado se ha desprendido por algunos sitios. Se sigue un largo pórtico, acristalado, donde deben estar los arabescos de Rafael; ya no están allí: hay trazos borrosos que dejan adivinar que han estado; pero seguramente los golfillos, con su navaja, han raspado asiduamente sobre el muro. Al mirar hacia arriba se ven en el techo las cincuenta y dos escenas bíblicas, que se llaman las *loggia*, de Rafael; quedan cinco o seis enteras; las otras han sido frotadas con una escoba puesta al extremo de un palo. Por otra parte, ¿vale la pena realizar obras maestras para hacerlas tan pequeñas, colocarlas tan alto, reducir las al estado de cajones bajo una bóveda? Evidentemente no son más que un accesorio en el pensamiento del arquitecto, un final decorativo en un paseo; cuando el Papa, después de comer, venía aquí a tomar el fresco, percibía de trecho en trecho un grupo, un torso, si por casualidad levantaba la vista. Cuando vuelvo, hago una primera visita a las cuatro célebres cámaras de Rafael. Estas son las habitaciones de Julio II; el Papa

llenaba aquí las obligaciones de su cargo: en una firmaba los breves. El pintor aquí es secundario: la sala no ha sido hecha para él, sino que él ha trabajado para la sala. Los días son cortos, una mitad de los frescos quedan en la sombra. El plafón está recargado de asuntos comprimidos. El colorido está empañado, las grietas cortan por la mitad los cuerpos y las cabezas. La humedad ha jaspeado de tintas pálidas los rostros, los vestidos y la arquitectura. Los techos no tienen brillo: el moho ha puesto en ellos sus placas de lepra. Las diosas de la bóveda se descascarillan. Mientras tanto, los extranjeros, con un libro en la mano, hacen sus observaciones en voz alta; los copistas remueven sus escalas. Figúrate en medio de todo esto al infeliz visitante obligado a torcer el cuello para manejar su anteojo.

Seguramente, de veinte visitantes, diecinueve están decepcionados y permanecen mirando, con la boca entreabierta, murmurando: «¿No hay más que esto?» Ocurre en estos frescos lo que con los textos mutilados de Sófocles o de Homero. Dad un manuscrito del siglo XIII a un lector corriente, y suponed que pueda descifrarlo. Si es de buena fe, no comprenderá vuestra admiración, y pedirá, en cambio, una novela de Dickens o un *lied* de Heine. A mí me ocurre lo mismo: comprendo que no comprendo nada. Necesitaré dos o tres visitas para hacer las abstracciones y las restauraciones necesarias. Entretanto, voy a decir lo que me parece: que todos estos personajes *posan*.

Acabo de subir al piso superior y de ver esta célebre *Transfiguración*, que dicen es la obra maestra más grande del arte. ¿Hay en el mundo un asunto de cuadro más místico? El cielo abierto, los personajes bienaventurados, los cuerpos que, separados de las groseras leyes de la tierra, suben a la gloria y a la luz, todo el delirio y la sublimidad del éxtasis, un verdadero milagro, una visión como la del Dante, cuando se eleva al Paraíso, los ojos fijos en los ojos radiantes de Beatriz. Pienso en la aparición de los ángeles de Rembrandt, en esa rosa de figuras misteriosas, que de pronto relumbran en la noche negra, espantando los rebaños, anunciando a los pastores que un Salvador acaba de nacer. El holandés, en su bruma, ha sentido los terrores y los arrebatos evangélicos; ha visto y ha sido agitado hasta la medula por el punzante sentimiento de la vida y de la verdad; y, en efecto, las cosas han ocurrido tal como nos las muestra: delante de su cuadro, se cree en ello porque se asiste a ello. ¿Cree Rafael en su milagro? Cree ante todo que es preciso elegir y ordenar las actitudes. Esta hermosa mujer arrodillada piensa en colocar bien sus dos brazos; los músculos de su brazo izquierdo forman una línea agradable; los hoyos de la región lumbar, la tensión de toda la máquina, desde la espalda al dedo gordo del pie, son justamente la actitud que tomaría en un estudio de pintor. El hombre del libro piensa en enseñar su pie tan bien dibujado. Este que levanta un brazo, el vecino que tiene un niño poseso hacen gestos de

cómicos. ¿Por qué los apóstoles se dejan caer de tal manera que forman un grupo? Moisés y Elías, en la gloria, a los dos lados de Cristo, son nadadores que estiran sus piernas. Este Cristo mismo, con sus pies, tan rectamente marcados, sus dedos gordos del pie, separados, no es más que un cuerpo bien hecho; sus clavículas y sus canillas le han preocupado tanto como su divinidad.

Esto no es impotencia, sino sistema, o, mejor, instinto, porque entonces no había sistema. Tengo todavía delante de los ojos una estampa célebre: su *Degollación de los inocentes*. Yo aseguro que ninguno de los inocentes corre peligro. El hombre gallardo de la izquierda, que muestra sus pectorales; el otro del centro, que hace ver las mollas de su lomo, no mataron nunca a los niños que tienen agarrados. Amigos, estáis bien saludables, y sabéis estirar vuestros músculos; pero no sabéis vuestro oficio. ¡Qué malos verdugos hacéis para un rey Herodes! En cuanto a las madres, no quieren a sus hijos, se escapan tranquilamente; si gritan, es con moderación: tienen demasiado miedo de descomponer la armonía de sus actitudes. Madres y verdugos son una reunión de comediantes tranquilos, encuadrados ante un puente. He hallado lo mismo en Hampton-Court, en los famosos cartones: los apóstoles que fulminan contra Ananías, avanzan hasta el borde del estrado, como un coro de ópera en el quinto acto.

Desciendo, y de nuevo me detengo ante los frescos de las cámaras, por ejemplo, ante *El incendio*

*del Borgo.* ¡Pobre incendio, y cuán poco terrible! Hay catorce personas de rodillas sobre las escaleras; he aquí una muchedumbre. Desde luego que esta gente no se aplasta; además, se mueven sin estrujarse. En efecto, este fuego no quema. ¿Cómo va a quemar, no teniendo madera que le sirva de pasto, rodeado como está de construcciones de piedra? Aquí no hay incendio, sino únicamente dos filas de columnas, una larga escalera, un palacio en el fondo y grupos repartidos aquí y allá, poco más o menos como los aldeanos que en este momento se sientan o se tumban en la plaza de San Pedro. El personaje es un hombre joven, bien nutrido, suspendido por los dos brazos, y que aprovecha la ocasión para hacer gimnasia. Un padre, apoyado en la punta de los pies, recibe a su hijo, que la madre le tiende desde lo alto de una muralla; muestran la misma inquietud, casi, que si se tratara de una banasta de legumbres. Un hombre conduce a su padre sobre sus espaldas; su hijo, desnudo, está a su lado, y le sigue su mujer. Escultura antigua; es Eneas con Anquises, Ascanio y Creusa. Dos mujeres llevan jarros y gritan; las cariátides del templo griego tendrían el mismo movimiento. No veo aquí más que bajorrelieves pintados: un complemento de la arquitectura.

Se vuelve sobre esta idea, se la medita o, más bien, se desarrolla sola en el cerebro y produce sus frutos. ¿Por qué, en efecto, los frescos no serían un complemento de la arquitectura? ¿No es una equivocación considerarlos aisladamente? Es pre-

ciso colocarse en el mismo punto de vista del pintor para penetrar en sus ideas. Y, ciertamente, este punto de vista era el de Rafael. *El incendio del Borgo* está comprendido en un arco ornamentado y tiene por objeto llenarlo. *El Parnaso* y *El rescate de San Pedro* están encima de una puerta y de una ventana y el sitio les impone la forma. Estas pinturas no están colocadas sobre el edificio, sino que forman parte de él y lo revisten como la piel reviste al cuerpo. ¿Por qué perteneciendo a la arquitectura no habían de ser arquitecturales? Hay una lógica interior en estas grandes obras y soy yo quien debo olvidar mi educación moderna para buscarla.

Hoy vemos los cuadros en la exposición; cada uno existe por sí mismo. El pensamiento del artista se halla completo en él. Después será colocado el cuadro en no importa qué sitio, eso es lo de menos. El pintor ha tomado de la naturaleza o de la historia un paisaje o una escena; que el cuadro sea interesante es su primer objetivo; se comporta lo mismo que un novelista o un autor teatral; es un diálogo que mantiene con nosotros. Debe ser verídico y dramático: si nos muestra una batalla, que sea *La barricada*, de Delacroix; si nos muestra un Cristo consolando a los enfermos, que sea ese pobre y divino Cristo de los miserables, el de Rembrandt, con su aureola de luz amarilla en medio de las claridades que mueren dolorosamente en la sombra húmeda. Pero en la pintura decorativa el objeto es otro y el cuadro cambia al mismo tiempo

que su objeto. He aquí el arco de una ventana que se curva grave y sencillamente; la línea es majestuosa y una guarnición de ornamentos acompaña su bella redondez. Pero los dos lados y lo alto quedan vacíos y hay necesidad de llenarlos, y esto no puede hacerse nada más que con figuras tan serias y tan sencillas como la misma arquitectura; los personajes abandonados al embate de las pasiones discreparían del conjunto; no se puede reproducir aquí el desorden de los grupos naturales. Es necesario que los personajes se coloquen según la altura de la pared: los unos encorvados o reducidos en el trozo superior del arco; los otros de pie, en los costados. La composición no es aislada, forma el complemento de la ventana y deriva, como todo el palacio, de una idea única. Un vasto edificio regio es, por naturaleza, grandioso y sereno, e impone a su ornamentación, es decir, a la pintura, su serenidad y su grandeza.

Pero, sobre todo, es preciso decir y repetir que el espíritu del espectador no era entonces el mismo que hoy. En el transcurso de trescientos años nos hemos llenado la cabeza de razonamientos y de distinguos morales; nos hemos hecho críticos, observadores de las cosas internas. Encerrados en nuestros gabinetes, aprisionados en nuestro traje negro, bien guardados por las fuerzas de seguridad pública, hemos abandonado la vida corporal y el ejercicio de los miembros; nos hemos entregado a las costumbres de los salones; hemos buscado nuestro placer en la conversación y en el cultivo

del espíritu; hemos señalado los matices de las buenas maneras, las particularidades de los caracteres; hemos leído y comentado los historiadores y los novelistas por centenares; nos hemos cargado de literatura. El espíritu humano se ha vaciado de imágenes y se ha colmado de ideas; lo que comprende y lo que le emociona al presente, en la pintura, es la tragedia humana o la vida natural, de la que percibe un jirón: tal escena costumbrista; tal aspecto de la campiña; *El lacrimoso*, de Ary Scheffer; *Un mar bajo el sol*, de Decamps; *El asesinato del obispo de Lieja*, de Delacroix. Encontramos allí, como en un poema, la confidencia de un alma apasionada, una especie de juicio sobre la vida; lo que venimos a buscar en los colores y en las formas son los sentimientos. En aquel tiempo no se buscaba nada parecido; el conjunto de costumbres, que nos interesa por su pensamiento interno, por la forma expresiva, interesaba por el personaje desnudo, por el cuerpo animal en movimiento. No hay más que leer a Cellini, las cartas del Aretino, los historiadores de la época, para ver cómo la vida era entonces corporal y peligrosa, cómo un hombre se hacía justicia a sí mismo, cómo paseaba, cómo viajaba, cómo estaba obligado a tener al alcance de la mano su espada y su arcabuz y a no salir sin un *giacco* y un puñal. Los grandes personajes son asesinados sin dificultad, y hasta en sus palacios tienen las rudas maneras de la gente del pueblo. El papa Julio, irritado contra Miguel Angel, apaleó un día con su bastón a un

prelado que quiso interponerse. Hoy día ¿quién comprende el efecto de un músculo aparte de un cirujano y de un pintor? Entonces lo comprendía todo el mundo, carreteros y señores, el gran personaje lo mismo que el último aldeano. La costumbre de dar puñetazos y sablazos, de saltar, de jugar a la pelota, de luchar, la necesidad de ser fuerte y ágil, llenaba la imaginación de formas y de actitudes. Tal amorcillo desnudo lanzado en el aire con su caduceo, tal joven membrudo que se dobla sobre sus caderas, despertaban ideas familiares, como ahora tal intrigante, tal mujer de mundo, tal financiero de Balzac. Viéndolos, el espectador copiaba, simpático, su gesto, porque es la simpatía, la casi imitación involuntaria, la que hace posible la obra de arte; sin esto no sería comprendida y no nacería. Es menester que el público imagine el objeto sin esfuerzo, que se figure al instante los precedentes, los acompañamientos y las consecuencias. Siempre, cuando un arte impera, el espíritu de los contemporáneos contiene los elementos propios, tanto de las ideas y de los sentimientos, si este arte es la poesía o la música, como de las formas y de los colores, si este arte es la escultura o la pintura. En todo, el arte y el espíritu se reconcentran; por esto el primero expresa el segundo y el segundo produce el primero. Por eso si vemos entonces en Italia un renacimiento de las artes paganas, es porque hay un renacimiento de las costumbres paganas. César Borgia, habiendo tomado no recuerdo qué ciudad del reino de Nápoles,

se reserva cuarenta mujeres de las más hermosas. Las representaciones de priapismo que describe Burchard, el camarero del Papa, son fiestas muy semejantes a las que se veían en tiempos de Catón en los teatros de Roma. Con el sentimiento del desnudo, con el ejercicio de los músculos, con el desplazamiento de la vida corporal, el sentimiento y el culto de la forma humana aparecen por segunda vez.

Toda la pintura italiana gira sobre esta idea: ha vuelto a encontrar el cuerpo desnudo. Lo demás sólo es preparación, desenvolvimiento, variedad, alteración o decadencia. Unos, como los venecianos, toman el movimiento libre, la magnificencia y la voluptuosidad; otros, como Correggio, sienten la gracia deliciosa y sonriente; otros, como los boloñeses, el interés dramático, y, finalmente, otros, como Caravaggio, la verdad desnuda y emocionante; en suma, no tratan nunca más que la verdad, la gracia, el movimiento, la voluptuosidad, la magnificencia de un cuerpo hermoso, desnudo o vestido, que levanta una pierna o un brazo. Si hay grupos, es para completar la misma idea, oponer un cuerpo a otro cuerpo, equilibrar una sensación con otra sensación parecida. Cuando vinieron los paisajes sólo fueron fondos y acompañamientos; están subordinados, como la expresión moral del rostro, a la verdad histórica del cuadro. ¿Os interesa la hinchazón de los músculos que levantan una espalda y por reacción arquean el tronco sobre el muslo contrario? En este círculo cerrado y limi-

tado es donde han pensado los grandes artistas de ese tiempo, y Rafael ocupa el centro.

Esto salta a la vista cuando se leen sus vidas en Vasari. Son obreros que tienen aprendices y se dedican a la fabricación. El discípulo no pasa por el colegio, no adquiere ideas generales ni literarias, va desde un principio al taller y trabaja. El personaje, vestido o desnudo; esta es la forma a que se ajustan todos sus sentimientos. Rafael tiene la misma educación que los demás. Lo que Vasari cita de él durante toda su juventud son madonas, y después, más madonas. El Perugino, su maestro, es un simple fabricante de santos; ha podido poner ese título en su muestra. Todavía los suyos son santos de altar, sometidos a la actitud consagrada; no se mueven apenas; cuando pone cuatro o cinco en un cuadro cada uno aparece como si estuviese solo. Son un objeto de devoción tanto como una obra de arte. Las gentes se arrodillarán delante de ellos y les pedirán ayuda. No han sido pintados únicamente para agradar a los ojos. Rafael pasará algunos años en esta escuela estudiando las formas anatómicas de un brazo, el pliegue de una tela de oro, la forma de una figura pacífica y recogida. Después de esto irá a Florencia a ver cuerpos más amplios y movimientos más libres. Esta cultura tan concentrada atraerá todas sus facultades sobre un solo punto; todas las aspiraciones vagas, todos los ensueños interesantes o sublimes que ocupan las horas ociosas de un hombre de genio terminarán en los contornos, en los

gestos; él pensará por formas como nosotros pensamos por frases.

Fué muy dichoso, felizmente afortunado. Y este género de dicha tan rara se nota en todas sus obras. No ha conocido los tormentos ordinarios de los artistas, sus largas esperas, los sufrimientos del orgullo herido. No ha sufrido pobreza, ni humillación, ni indiferencia. A los veinticinco años, sin esfuerzos, se ha encontrado el primero entre los pintores de su época; su tío Bramante le evitó las sollicitudes y la intriga. A la vista de su primer fresco el Papa hizo borrar los otros y quiso que toda la decoración de los *Stanze* la hiciera él. No se oponía más que un rival, Miguel Angel, y lejos de causarle envidia, Rafael se inclinaba delante de él con tanta admiración como respeto. Sus cartas indican la modestia y la tranquilidad de su alma. Era extremadamente amable y fué extraordinariamente amado; los más grandes le acogían y le protegían; sus discípulos eran un cortejo de admiradores y de camaradas. No tuvo que luchar ni contra los hombres ni contra su propio corazón. No parece que el amor alteró su vida; amó sin desgarramientos y sin angustias. No estuvo obligado, como tantos pintores, a gestar dolorosamente sus concepciones; las ha producido como un buen árbol da sus frutos. La savia era abundante y el cultivo había sido perfecto; el espíritu paría naturalmente y la mano ejecutaba sin dolor. En fin, las imágenes que le ocupaban parecían elegidas expresamente para entretener la serenidad de su alma. Había

pasado su primera juventud entre las vírgenes de Perugino, piadosas y apacibles jóvenes, de una quietud virginal, de una dulzura infantil, pero sanas, sin que la fiebre mística de la Edad Media las hubiera tocado. Había contemplado los majestuosos cuerpos antiguos y comprendió el desnudo, la felicidad sencilla de ese mundo destruído del que acababan de desenterrarse los fragmentos. Entre los dos modelos había encontrado su forma ideal y vagaba en un mundo floreciente de fuerza, de alegría y de juventud, como la ciudad antigua; pero donde la pureza, el candor, la bondad de una inspiración nueva extendían un encanto desconocido, especie de jardín en el cual las plantas tenían el vigor y la savia paganas, pero donde las flores, medio cristianas, se abrían con una sonrisa más tímida y más dulce.

Puedo ir ahora a ver sus obras, en primer lugar la *Madona de Foligno*, en el Vaticano. Lo que sorprende desde un principio es la dulzura y el candor de la virgen, es la actitud tímida con que coge la cintura azul de su niño, es el efecto encantador de la orla dorada de su túnica roja. En todas sus obras primeras y en casi todas sus vírgenes guarda Rafael el recuerdo de lo que ha sentido en Perugia, cerca de Asís, en el centro de las tradiciones de la piedad feliz y del amor puro. Las jóvenes que pinta son comulgantes; sus almas no se han abierto; con un cuerpo de mujer tienen pensamientos infantiles. Para encontrar hoy expresiones parecidas hay que ver el rostro inmóvil, inocente, de las religiosas

que, educadas desde la infancia en el convento, no han sentido jamás el contacto del mundo. Evidentemente estudia con amor, con la observación, con la delicadeza de un corazón juvenil, la fina curva de la nariz, la pequeñez de la boca y de la oreja, un reflejo de luz sobre los finos cabellos rubios. La sonrisa franca de un niño le encanta. ¡Este muslo infantil que viene a tocar el vientre se pliega con tanta suavidad! Solamente una madre puede decir el agrado cariñoso con que los ojos se detienen sobre parecido placer. El pintor es otro Petrarca, un contemplativo, que sigue su sueño y no deja de expresarlo. Soneto sobre soneto hará cincuenta a propósito del mismo rostro y pasará semanas enteras depurando los versos donde ha depositado su dicha silenciosa. No tiene necesidad de movimiento ni de estruendo; no busca el efecto ni siente la reacción de los sucesos que le rodean. No es un combatiente como Miguel Angel, un voluptuoso como sus contemporáneos; es un soñador que ha encontrado el momento en que sabían hacerse los cuerpos.

En ninguna parte esta delicadeza es más visible que en el *Descendimiento de la Cruz*, del palacio Borghese. No tenía más que veintitrés años cuando hizo el cuadro, y se acercaba el momento en que había de pintar sus frescos. Ha superado ya las reglas frías del Perugino, y da movimiento a sus personajes, aunque con alguna timidez y un resto de tiesura. A ambos lados del cuerpo hay grupos que se equilibran; tres hombres a la izquierda,

a la derecha cuatro mujeres; las actitudes son diversas y perfectamente bellas. Toda la juventud de la invención le hace como una aureola. No es que el cuadro sea conmovedor, como quiere Vasari; en Delacroix es donde hay que ver una madre desesperada al lado del cadáver, una verdadera mortaja; en el gran duelo de la naturaleza, las tintas lúgubres de los fondos violáceos donde destaca trágicamente el rojo de un manto arrugado. Lo que brilla aquí es la risueña y soberbia adolescencia. Nada tan bello como el bello joven que se coloca detrás para sostener el cuerpo, especie de efebo griego, con sus cnémides rojas realzadas por un bordado de oro. Nada más delicioso que la joven mujer con los cabellos trenzados que, medio acurrucada, levanta los brazos hacia la pobre madre a fin de sostenerla. Estos cuerpos son vírgenes, adornados como para una fiesta, y la bondad más amable reluce en sus miradas. Florecillas suaves levantan aquí y allá sus cálices; el horizonte está rayado por árboles finos y escasos. El alma, noble y graciosa, como la de Mozart, es todavía una yema y rompe su envoltura.

De aquí hay que pasar a sus obras paganas, y se entra en ellas por completo, tan pronto se miran sus esbozos. Yo los he visto en París, en Oxford y en Londres; el sentimiento interior de la pintura se imprime en ellos al vuelo; se encuentra en ellos la primitiva idea, intacta, tal como estaba en su alma antes de ser arreglada para el público. Esta idea es francamente pagana; siente el cuerpo an -

mal como un antiguo; no es solamente una anatomía lo que ha tomado, una forma muerta en la que penetra el plegado de la tela, que ha tenido que conocer para dar los movimientos justos. Ama el desnudo por sí mismo, la unión vigorosa de un muslo, la espléndida vitalidad de una espalda musculosa, todo lo que forma en el hombre el corredor y el atleta. No conozco en el mundo nada tan bello como su boceto de las *Nupcias de Alejandro y de Roxana*; tengo la fotografía ante los ojos y la prefiero al fresco mismo que acabo de ver en el palacio Borghese. Los personajes están desnudos y se creería estar ante una fiesta griega, tan natural es la desnudez, a mil leguas de toda idea de indecencia o hasta de voluptuosidad, y tan sencilla es la alegría, el risueño alborozo de la juventud, la salud, la belleza de los cuerpos desarrollados en la palestra, que brillan como en los mejores días de la más floreciente antigüedad. Un amorcillo arrastra la gran coraza, demasiado pesada para sus miembros infantiles; otros dos llevan la lanza; otros han colocado sobre el escudo a uno de sus camaradas, que se enfada un poco y lo llevan bailando con loca alegría y dando gritos de júbilo. El héroe se adelanta, tan noble como el Apolo del Belvedere, pero más viril, y no hay frases que puedan expresar el arrojó, la radiante sonrisa de los dos jóvenes, sus compañeros, que le muestran a la dulce Roxana sentada para recibirle. Un soplo de bondad graciosa y de encantadora dicha corre por todos los rostros, los cuerpos se mueven y

se esponjan como si estuviesen dichosos de vivir. La bella joven es una novia de los primeros días; no tiene necesidad de vestidos, como tampoco los otros; pueden permanecer así sin impudor; como los dioses y los héroes de los antiguos escultores, son puros, y la libre expansión de la vida corporal es tan conforme con el orden de la naturaleza en ellos como en las flores. Las diosas del mundo adolescente, la inmortal Hebe; los dioses tranquilos sentados sobre los tronos luminosos, libres de los rigores de las estaciones y de las angustias de la condición humana, se reconocerían aquí por segunda vez. Están presentes también en el *Juicio de París*, tal como lo ha grabado Marco Antonio. Se pasan las horas contemplando el torso sereno de este río acostado en los rosales; las diosas, serias, alrededor del pastor; las ninfas tan confiadamente tendidas al pie de la roca; la admirable espalda de la náyade inclinada, los caballeros heroicos que en lo más alto del espacio retienen el empuje de sus caballos. Parece que diez y ocho siglos han sido borrados de la historia de un golpe, que la Edad Media no ha sido más que una pesadilla y que después de tantos años de leyendas mezquinas o dolorosas, el hombre se despierta sobresaltado y se encuentra al día siguiente de Sófocles y de Fidias.

He ido a Santa María della Pace: ruin fachada redonda, que forma barriga, pero se entra por un hermoso claustro de Bramante, donde dos pisos de arcadas elegantes se resuelven en paseos. La igle-

sia está demasiado adornada, como todas las iglesias de Roma; hacia la izquierda un cardenal del siglo XVI está acostado sobre su tumba, la cabeza apoyada sobre la mano, delgado, con toda la grandeza trágica de la muerte. Tumbas y dorados, los dos extremos que pueden conmover mejor la imaginación, son aquí los trazos dominantes del culto. El contraste es sorprendente cuando en la última capilla de la izquierda, por encima de un arco, se perciben las cuatro Sibilas, de Rafael. Están de pie, inclinadas o sentadas para acomodarse a la curvatura del arco, y los angelitos les presentan el pergamino para escribir, procurando formar el grupo. Silenciosas, pacíficas, son seres sobrenaturales que están, como las diosas antiguas, por encima de la acción; un gesto tranquilo les basta para aparecer enteramente; su ser no es dispersado ni transitorio; subsisten, inmutables, en un *presente* eterno. No es preciso buscar aquí la ilusión, el relieve; semejante aparición es un sueño, y con los ojos cerrados, en los grandes momentos de emoción muda, se las puede encontrar. Un hombre como éste ha puesto toda la nobleza de su corazón, todas sus concepciones solitarias de felicidad encantadora y sublime, en estas formas y en estas actitudes, en el enlace fraternal de los hermosos brazos, apaciblemente extendidos, que buscándose forman una guirnalda. Si un día, borrando de nuestro espíritu todos los recuerdos tristes y desagradables de la vida, pudiéramos entrever tal grupo de adolescentes, de niños y de mujeres, se-

ríamos felices y no concebiríamos nada más allá. Una, sobre todo, de pie, inclinada hacia atrás y que vuelve lentamente la cabeza, tiene la mirada dura y salvaje, la extraña grandeza medio animal, medio divina, de los seres primitivos. Detrás de ella una vieja arrugada, con un capuchón, está transfigurada hasta parecer bella, como los viejos de los Campos Elíseos en Virgilio. Del otro lado, una deliciosa mujer joven, en la flor de la edad, se sienta, y el contorno redondeado de su rostro expresa la más perfecta y tranquila bondad.

Heme aquí otra vez en el Vaticano, y todas mis impresiones cambian. Me he colocado en el punto de vista; lo que parecía frío es, rebuscando, lo que justamente causa placer. Hay aquí un germen, y todo lo restante no es más que su desarrollo, es el cuerpo hermoso, sólida y sencillamente pintado en una actitud que revela la fuerza y la perfección de su estructura; esto es lo que únicamente hay que buscar; las otras partes del arte son secundarias. El cuadro es como una frase musical, bien construída, donde cada sonido es puro y que la pasión dramática no altera jamás introduciendo una disonancia o un grito. En este sentido un gesto que parece falso, es hermoso como un acorde amplio y justo; no tengo más que tomarlo en sí mismo, haciendo abstracción del asunto y de la verosimilitud, y mis ojos lo gozan como mi oído goza un canto llano y dulce.

Todo este pueblo de figuras habla, sin embargo, y habla demasiado alto. Hay demasiadas y no

pueden describirse. Te diré únicamente lo que ha quedado más grabado en mi cerebro: primeramente, las habitaciones del Vaticano y en ellas el cuadro de ese gran luchador que se llama Dios Padre y que de un salto franquea las tinieblas; la espalda arqueada de Eva cogiendo la manzana, su cabeza encantadora, los vigorosos músculos de este cuerpo joven, torcido sobre sus caderas, todos estos personajes de una fuerte estructura y un movimiento libre. Después las cariátides blancas de la sala de Heliodoro, sencillas figuras en gris pálido, verdaderas diosas de una grandeza y de una sencillez sublimes, parientes de las antiguas, con una expresión de dulzura y de bondad que no tienen las Junos y las Minervas, libres de ideas como sus hermanas griegas, ocupadas en su serenidad inalterable en volver la cabeza o en levantar un brazo. En esta clase de personajes ideales y alegóricos es donde triunfa. En el plafón, la Filosofía, tan rígida y tan seria; la Justicia, virgen austera que, con los ojos bajos, levanta una espada, y sobre todo la Poesía, las tres diosas sentadas frente al Parnaso y que, medio vueltas, forman con tres niños un grupo digno del viejo Olimpo, son figuras incomparables, por encima de lo humano. Como los antiguos, suprime lo accidental, la expresión fugitiva de la fisonomía humana, todas las particularidades que denotan un ser agitado y macerado por los azares y los combates de la vida. Sus personajes escapan a las leyes naturales: no han sufrido nunca, y no pueden, por tanto, inquie-

tarse; sus actitudes, serenas, son las de una estatua. No se osaría hablarlas: se siente ante ellas respeto; y, sin embargo, este respeto está mezclado de afecto, porque se percibe bajo su gravedad un fondo de bondad y de sensibilidad femeninas. Rafael les da su alma, y algunas veces, por ejemplo en las *Musas del Parnaso*, muchas mujeres, entre otras las que se ven con la espalda desnuda, tienen una suavidad penetrante, una dulzura casi moderna. El las ha amado.

Todo esto se destaca más claramente todavía en *La Escuela de Atenas*. Estos grupos, sobre esta escalera, más bajos y alrededor de dos filósofos, no han existido jamás, ni han podido existir, y justamente por esto son tan hermosos. La escena se desarrolla en un mundo superior, que los ojos de los hombres no han visto nunca, que ha salido enteramente del espíritu del artista. Todos estos personajes son de la misma familia que las diosas del plafón. Es preciso estar delante de ellos una tarde, y una vez que se les ve marchar se comprende que semejante escena está por encima de todo. El joven vestido con amplia túnica blanca, con cara de ángel se muestra como una aparición meditativa. El otro, con los cabellos rizados, que se inclina sobre la figura geométrica, y sus tres compañeros al lado de él, son seres divinos. Es un sueño en el azul del cielo. Pueden permanecer indefinidamente en la misma actitud, como figuras entrevistadas en un éxtasis o en un sueño. El viejo, con manto rojo, de pie; su vecino, que mira; el joven, que escribe,

pueden permanecer así siempre. Son perfectos, y su ser está realizado; se hallan en uno de esos momentos de que habla el Fausto de Goethe, y del que se diría: «Detente, eres perfecto». Su reposo es la dicha eterna: cuando se ha llegado a cierto estado, no es necesario moverse.

La vida humana, la del cuerpo y la del alma, es infinita y enormemente múltiple; pero no tiene más que ciertas porciones, ciertos instantes, que, como una rosa entre cien mil rosas, merecen perdurar; y tal ocurre con estas actitudes. La plenitud de la fuerza y la armonía de toda la estructura humana se manifiestan allí sin discordancia ni esfuerzo. Esto basta, y no se desea otra cosa. Dos hombres se inclinan delante de una adolescente que está de pie, formando un hermoso grupo. La expresión de los rostros no se contradice: demasiado real, extraordinariamente bien pintada, denotan la pasión o el arrojó; en esta serenidad, bajo esta tinta oscura, se conciertan con la apacible arquitectura de las actitudes.

De todos los artistas que conozco, no hay ninguno que se le parezca tanto como Spenser. A la primera lectura, mucha gente encuentra a Spenser compasivo o delicado; nada en él parece real; después, se sube con él hasta la luz, y sus personajes, que no pueden existir, son divinos.

Se atraviesan, en coche, gran número de calles tortuosas y tristes; se pasa sobre el puente de San Sixto; se ve a los dos lados del río un revoltijo de castillitos y no sé qué amplia cloaca de arcadas rezumantes; más allá, un montón de casucas; todo esto conserva todavía la apariencia de la Edad Media. Al cabo de un rato, nos encontramos en un palacio del Renacimiento, delante de las Psiquis de Rafael.

Forman el decorado de un gran comedor, artesonado de mármoles, cuyo techo se curva encuadrado en una guirnalda de flores y de frutos. Encima de cada ventana, la guirnalda se ensancha para recibir los vigorosos cuerpos de Júpiter, de Venus, de Psiquis, de Mercurio y la asamblea de los dioses cubre la bóveda. Al levantar los ojos por encima de la mesa, cargada de vajilla de oro y de pescados monstruosos, los convidados contemplaban estos grandes cuerpos desnudos en el azul obscuro del Olimpo, entre las guirnaldas voluptuosas, donde las calabazas hembras y los rábanos machos hacen pensar en la inagotable alegría de Aristófanes. La cortesana Imperia podía venir aquí: los huéspedes, los parásitos como Tamisio, los artistas licenciosos como Julio Romano y el Aretino, los señores y los prelados curtidos en los peligros y en la franca sensualidad del siglo, debían contemplar con simpatía esta pintura alegre, gran-

de y recia, estas figuras hechas rudamente, indicadas más bien que acabadas, estos tonos de ladrillo. Frecuentemente, unas pinceladas de blanco, con un punto, eran los ojos: las tres gracias, desnudas en el banquete, son musculosas como luchadoras; numerosos dioses, Hércules, Pan, Plutón, el Río, no son más que robustos herreros, trazados a grandes rasgos y por gruesos planos de color, como para un tapiz; los amores que traen a Psiquis tienen la carne maciza de los niños bien alimentados. Hay en toda la pintura una exuberancia de vigor, y yo diría casi de grosera savia pagana. En Roma, el tipo es más bien fuerte que elegante; las mujeres apenas tienen movimiento: se vuelven pesadas y gordas; se encuentran estos rasgos en muchas de las mujeres de Rafael: en sus *Gracias* carnosas; en su *Eva* maciza; en la anchura del torso de su *Venus*. El paganismo, hacia el cual se inclina, no es ático, y sus discípulos, que han ejecutado las pinturas de esta sala, han exagerado o desatendido a medias sus indicaciones, como un grabador que reproduce un cuadro, olvidando los detalles delicados. Para convencerse, no hay más que comparar el fresco con el dibujo original de *Venus recibiendo el vaso*. La figura dibujada es una virgen de los tiempos primitivos, de una dulzura y de una inocencia indecibles, y su cabeza de niño, que no piensa todavía, colocada sobre un tronco hercúleo, produce una emoción tal, que el espíritu se transporta involuntariamente hasta el origen de la familia humana, en aquellos tiempos en que la hija se

llamaba *la lechera*, donde las razas atléticas y sencillas, con la espada corta y los perros que derribaban a los leones, descendían de sus montañas para colonizar el universo. Pero, a través de la obra de los discípulos, la figura, así como todo el fresco, es todavía única; hay allí un tipo nuevo que no ha sido copiado del griego, sino que ha salido del cerebro del pintor y de la observación del modelo desnudo, de una energía y de una plenitud raras, donde el músculo es acusado no por una imitación obligada de la naturaleza, sino porque tiene vida y el artista juzga su tensión. *Psiquis lanzada al espacio y sostenida por amorcillos*, *Venus implorando a Júpiter*, son de una frescura y de una juventud encantadoras. ¿Y qué decir de los dos ramilletes con alas de mariposa, de la deliciosa gracia bailando, que llega a rozar el sol? Todo ríe y coge a manos llenas las más preciosas flores de la vida. En el espacio, al lado de las grandes diosas, vuelan niños; un amorcillo que somete a un león y a un caballo marino; otro se precipita como un nadador en el agua, donde va a recrearse; además, palomas blancas, pajarillos, hipógrifos, una esfinge con cuerpo de dragón, todas las alegrías de la imaginación ideal. Por entre estas fantasías serpentea la guirnalda, entremezclando las magnificencias de la primavera y del verano: las granadas y las hojas de roble, las margaritas y el oro pálido de los limones, los cálices satinados del blanco narciso con las redondeces opulentas de calabazas. ¡Qué lejos está de sus primeras timideces cristianas! Entre

*El descendimiento de la Cruz* y la Villa Farnesio, el soplo del Renacimiento pagano ha pasado sobre su cabeza y ha desenvuelto todo su genio hacia la alegría y el vigor.

Su pobre *Galatea*, que está en la sala próxima, ha sufrido bastante por el tiempo. Tiene huellas de incesantes mojaduras: una parte del modelo ha desaparecido; el mar y el cielo están deslucidos y sucios a trozos; pero la obra está hecha por la mano de Rafael: se nota en la gracia y en la dulzura de *Galatea*, en el gesto del amorcillo, que estira tan armoniosamente sus miembros; en la invención, tan original, de los dioses y de las diosas marinos. La ninfa desnuda se deja enlazar por el talle con una expresión de coquetería encantadora; el tritón, barbudo, de nariz encorvada, que la abraza y la acapara soberbiamente entre sus brazos nervudos, tiene todo el regocijo y el entusiasmo de un dios animal que respira a pleno pulmón en el aire salino del mar, el contento y la fuerza. Detrás, una mujer de flotantes cabellos rubios se sienta sobre la grupa del dios que la conduce, y su espalda se arquea con la más sabia elegancia. El pintor no se deja llevar del asunto, y permanece sobrio y moderado: evita ir hasta el límite del movimiento o de la expresión, depura los tipos y ordena las actitudes. Este gusto natural de la medida; estos instintos afectuosos que le llevan, como a Mozart, a pintar la bondad nativa; esta delicadeza de alma y de sentidos, que le hacen buscar por todas partes los seres dulces y nobles,

todo lo que es feliz, generoso y digno de ternura; esta fortuna singular de haber encontrado el arte en la cima extrema que separa el acabamiento de la preparación y de la decadencia; esta fortuna única de una educación doble, que, después de haberle mostrado la inocencia y la pureza cristianas, le ha hecho sentir la fuerza y la alegría paganas, han sido necesarias para llevarle a la realización de los hechos. Vasari dice muy acertadamente: «Si se quiere ver claramente cómo algunas veces el cielo puede mostrarse liberal y espléndido, acumulando sobre una sola persona las infinitas riquezas de sus tesoros y todas las gracias y dones particularmente raros, que en un largo espacio de tiempo dispersa entre muchos individuos, es preciso contemplar a Rafael Sanzio de Urbino».

*Museos, 15 de abril*

Hay días en que nos tortura una idea que se extiende derecha, como una carretera, y otros, como los que yo acabo de pasar, en que se divaga a derecha y a izquierda enmedio de las revueltas. Me encuentro cerca del Vaticano, y subo una vez más a este museo, pequeño y precioso. ¡Qué de cosas en un cuadro! La propiedad de la pintura y de las otras artes del dibujo es recoger en un solo efecto simultáneo y concentrado todas las ideas de un artista. Las otras artes, la música y la poesía, dispersan la impresión.

Veo nuevamente el encantador *Cristo* de Corregio, medio desnudo, sonriente, sentado en una nube entre los ángeles: es el hombre más encantador, más amable y más sonrosado que ha existido; un *Dux* del Tiziano, con casaca amarilla, tan real, de una personalidad tan marcada y, sin embargo, tan admirablemente pintado, que el menor pliegue de su ropa es motivo de asombro; una *Misa en las Catacumbas*, de Caravagio, llena de figuras y de gestos copiados del natural, vigoroso cargador con las piernas surcadas de varices, mujeres jóvenes, inclinadas, que se enjugan los ojos y lloran con la sinceridad de la juventud. Pero hoy he sentido la mayor emoción delante de una *Santa Catalina*, de Murillo, de un atractivo inquietante y raro. Su belleza es peligrosa; en su mirada oblicua, en sus ojos, negros, bajados, brilla un ardor oculto. ¡Qué contraste entre este color de flor meridional y esta llama! ¡Qué enamorada y qué devota! En las pinturas de Rafael, la inmovilidad del color marchito y de la actitud escultural, quita a la vista una porción de su vida. Por el contrario el colorido español es vibrante: los sensualismos desconocidos del alma ardiente, las palpitaciones bruscas de las emociones fugitivas y vehementes, el estremecimiento de los nervios llevado hasta la voluptuosidad y el éxtasis, la intensidad y los relampagueos del incendio interior, cubren esta carne, iluminada por la intensidad de su propia vida, en estos tonos rosa amortiguados por vagas negruras.

¡Qué dolorosamente suplicante es el *Hijo pródigo*

que está al lado! El español es de otra raza que el italiano: menos equilibrado, menos encerrado en el recinto regular de la belleza, llega hasta la expresión de la idea cruda o de la palpitación interior a través del sacrificio de la forma.

He vuelto a ver la *Madona de Foligno*, de Rafael, y me he confirmado en la idea de que esta pintura es de otra época; hace falta una preparación especial para comprenderla. ¿A qué sentimientos habituales y no preparados interesan los músculos de estos dos angelitos desnudos, el pliegue del vientre que dibuja la pelvis, la torsión que levanta la cadera elástica del niño Jesús y pega contra su vientre la carne infantil de su muslo? Esto hablaba al hombre de aquel tiempo, pero no dice nada a un hombre actual. Lo que nuestros ojos ven aquí sin esfuerzo es la alegría de los dos niños, la dulzura y el pudor de la Virgen, el gesto tímido con que toca el ceñidor azul de su niño Jesús y todo lo más, si la vista está habituada, el efecto encantador de la orla dorada de su traje rojo.

Sin duda, la célebre *Comunión de San Jerónimo*, del Dominiquino, que se ve de frente, es muy floja en comparación; no está tan seguro de su mano, sólo consigue engañar a medias: se desquita con las arquitecturas, con las chapas recamadas y relucientes y una rica disposición adaptada de los venecianos. La razón comprende que el estilo de Rafael es mejor. Paralelamente reconoce también que Port Royal, Racine, Lysias y Platón escribían

mejor que nosotros. Pero nuestros sentimientos no entrarían en sus moldes, y nosotros no podemos despojarnos de nuestros sentimientos.

En el museo del Capitolio. La primera vez pasé demasiado de prisa, y estaba demasiado cansado. No te he descrito más que un cuadro, creo, el *Rapto de Europa*, por Veronés.

El principal es un enorme cuadro de Guerchino, *Santa Petronila*. Desentierran el cuerpo, mientras el alma es recibida en el cielo. Es un cuadro de composición. El artista, según el uso de las escuelas que no son primitivas, ha reunido tres o cuatro efectos. Habla a los ojos por los poderosos contrastes de luz y de sombra, por la riqueza de color de las ropas. Copia el natural, procurando idealizarlo: el niño que tiene el cirio es de un realismo sorprendente, se le ha visto por las calles; los dos cargadores que levantan el cuerpo tienen la vulgaridad y la fuerza de su oficio. Es dramático: la actitud humilde de la santa en el cielo es encantadora y hace contraste, por su cabeza coronada de rosas, con la pesadez trágica del cadáver, envuelto en su sudario descolorido. Jesucristo mismo es tierno y persuasivo, no es un simple cuerpo como los otros. El asunto, la muerte lúgubre y fría puesta enfrente de la resurrección bienaventurada y triunfante, basta para hacer detenerse y turbarse a los que pasan. La pintura, así comprendida, sale de sus límites naturales y se acerca a la literatura.

Su *Sibila pérsica*, bajo su raro y poético peinado, es totalmente moderna. Tiene una de esas expresiones complicadas, indefinibles, que nos agradan tanto, la de un alma delicada estremecida de sensibilidad nerviosa y en la que la misteriosa seducción no acabará nunca...

*La Presentación de Cristo al templo*, de fray Bartolomé. El contraste es sorprendente. El arte, y aun me atrevo a decir la civilización entera, han sido transformados entre estos dos maestros. Nada más noble, más sencillo, más reposado, más sano que esta pintura; es lo que más sorprende cuando acaban de verse las combinaciones y las novedades de Guerchino. Hay dos épocas en Italia: la de Ariosto y el Renacimiento, y la del Tasso y la Restauración católica.

Una *Magdalena* de Tintoretto, sobre una estera de paja, seca, negruzca, profundamente penitente, despeinada. Llora y reza. Por el agujero de la caverna se divisa, lúgubre, la luna en creciente; este fondo del desierto y de los terrores de la noche que envuelven a la miserable mujer, agitada por los sollozos, es desolador. Cuanto más se mira a Tintoretto, más se ve en él, agrandado, el temperamento de Delacroix: el sentimiento que tiene de lo trágico en lo real, la impetuosa simpatía conmovida al contacto de las cosas vivientes, el talento de expresar la crudeza, la desnudez, el arrebató de la verdad y de la pasión.

Uno de estos días me paseaba por las proximidades del Capitolio y entré en la Academia de San Luca. Hay pocas galerías en Roma tan bellas como esta.

Dos grandes cuadros de Guido: uno representa *La Fortuna*, una diosa desnuda, que vuela sobre la tierra con una diadema en la mano. El otro es, me parece, el *Rapto de Ariadna*: el mar, todo azul, se extiende hasta el infinito; sobre una peña se alza una figura de mujer, de blanco; otra se acerca a ella, conduciendo a un hermoso joven envuelto en una túnica; cerca de ellos, una mujer, acostada, juega con un niño. Es un cuadro fácil y elegante; los pintores de esta época dominan todos los tipos, y éste se complace en las reminiscencias dulcificadas y agradables de la belleza griega. Pero su pintura no tiene médula: es demasiado fría; se nota en ella un tinte de simpleza y de convencionalismo, como en las tragedias del siglo XVIII.

Un fresco un poco estropeado, de Rafael, pone de manifiesto esa debilidad. No es sino un niño desnudo, pero con vida, fuerte, sencillo como un antiguo de Pompeya; los ojos, sonrientes. En este cuerpo tan joven y tan sólido, es el despertar, la primera curiosidad del alma.

Un cuadrito, abocetado apenas, de Rubens, es una obra maestra. Dos mujeres desnudas coronan a una de sus compañeras, mientras encima de ellas unos amorceillos blancos hacen una guirnalda. No son demasiado gruesas, y ¡qué natural y qué elegante es su movimiento! Esta palabra parece rara

tratándose de Rubens. Pero nadie ha sentido tanto como él la ondulación de la forma humana y ha trabajado tan directamente bajo el dictado de su impresión. La vida parece coagulada en los otros cuando se comparan con él; sólo él ha conocido la blandura flúida, lo instantáneo. En efecto, así es la naturaleza de la vida: es el chorro que se desliza de una fuente inagotable, que nunca es el mismo; en la carne palpitante, la sangre afluye y refluye con la velocidad de un río; y esta palpitación de la substancia, que incesantemente viene y se va, es visible en la frescura de sus tonos y en la fluidez de sus formas. Pero hablaría sin tasa de Rubens: ningún pintor tiene un tesoro tan vario y tan inagotable para un observador del hombre.

En este terreno, sólo los venecianos se acercan a él: reducen su exuberancia, pero la ennoblecen. Hay aquí obras de Palma el Viejo, del Ticiano, cuya voluptuosa riqueza, las soberbias encarnaduras revelan más allá del arte romano todo un mundo. Palma se halla a la entrada; su fuerte y espléndido colorido, rojo como una puesta de sol, su recio modelado, las magníficas torsiones de sus cuerpos robustos, denotan un gusto primitivo: el de la *fuerza*. En toda la escuela se descubre desde un principio el tipo serio y sencillo, que más tarde se hace seductor y delicioso. Ticiano se halla en el centro, igualmente provisto de sensualidad y de energía. En una campiña italiana, que se pierde en lejanías azuladas, cerca de una fuente en la que un amorcillo vierte el agua, su Calixto cae violen-

tamente derribado por las ninfas. No hay nada de mojigatería ni de epicureísmo en esta audaz pintura. Las ninfas realizan brutalmente su oficio, como mujeres del pueblo que tienen brazos fuertes. Una, sobre todo, de pie, con un soberbio torso, casi masculino, dobla al infeliz culpable para ver más pronto las señales de su desgracia. Pero en su otro cuadro, *La Vanidad*, desnuda sobre un lecho blanco, con un cetro y una corona, ondulosa y fina, de una elasticidad enervante, es la querida más atrayente que un patricio puede adornar con su púrpura y contemplar con sus miradas por la noche en una fiesta a la sensualidad. Veronés viene el último; es un decorador, libre de las rudezas viriles y grandiosas del Ticiano, el más sabio de todos en el arte de depurar y combinar los placeres, que el color puro, por sus contrastes, por sus graduaciones, por sus mezclas, puede proporcionar a los ojos. Su cuadro representa a una mujer ocupada en peinarse, ante un espejo sostenido por un amorcillo. Una cortina violeta aviva con sus tintas la hermosa carne encuadrada en un lienzo. Un reborde plegado descansa sobre la tersura ambarina del pecho. Los cabellos, rojizos, se recogen en ricitos sobre la frente, al lado de las sienes. Se ve salir de la camisa los senos y el muslo. En este vago color vinoso, sobre estos fondos de hoja muerta, apagados, desvanecidos, la carne, penetrada de una luz interior, levanta sus redondeces y su pulpa con un estremecimiento que parece una caricia.

El cuadro más contemplado es *Lucrecia con*

*Sexto*, de Cagnacci, pintor de no sé qué época, pero ciertamente tardío. Se adivina por el asunto dramático, tratado desde el punto de vista del efecto dramático. Desnuda sobre las ropas blancas y las colgaduras rojas, boca arriba, la cabeza más baja que los senos, se defiende del miserable con la mano puesta en su pecho, rechazándole. Este cuerpecito de mujer delicada y encantadora, anonadado bajo la violencia física, causa lástima. Los menores detalles son conmovedores: en sus cabellos, ondulados, hay perlas blancas, que se han desanudado. El, sin embargo, en casaca azul listada de oro, parece un rufián, algún Osio, asesino y gran señor, como el que en el proceso de Virginia de Leiva nos ha mostrado su gallardía, su urbanidad y sus asesinatos. Bajo un gran pórtico blanco espera el esclavo, teniendo la espada de su dueño. Se hacían expediciones parecidas en el convento de Monza, cerca de Milán, en los comienzos del siglo XVII.

*La Sixtina. El siglo XVI*

¿Te acuerdas de la visita que hicimos el año pasado a la Escuela de Bellas Artes con Luis B..., hombre de ingenio, culto, literato, si los hay, para ver la copia del *Juicio final* de Miguel Angel? Ha bostezado, ha protestado, se ha burlado de nosotros y ha declarado que prefería el *Juicio final* del inglés Martin. Por lo menos, decía, el escenario es aquél: todo el cielo y toda la tierra, el

cielo hendido por el rayo, la confusión de los innumerables muertos que, hasta perderse de vista, por legiones, salen de sus sepulcros, bajo la luz sobrenatural de la última noche y del último día. Aquí no hay ni cielo, ni tierra, ni abismo, ni aire, sino doscientos o trescientos cuerpos en diversas posturas. A lo cual tú has respondido que Miguel Angel no pintaba ni el cielo, ni la tierra, ni el aire, ni los abismos; que no utilizaba el infinito, ni la luz sobrenatural; que era escultor, y el único medio de expresión que tenía era el cuerpo humano; que hay que considerar su fresco como una especie de bajo relieve, en el cual la grandiosidad y la fortaleza de las actitudes suplen lo demás, y que si hoy en esta tragedia suprema concedemos nosotros el primer lugar al espacio, a los relámpagos, al hormigueo indistinto de las figuras humanas, entonces se lo daban a estos colosos trágicamente vestidos y retorcidos.

¿De dónde procede este cambio? Y ¿por qué concedían entonces tanta importancia a los músculos? Ellos lo sabrán. Yo he releído en los escritores de aquel tiempo los detalles de la educación y las violencias de las costumbres en el siglo XVI. Cuando se quiere comprender un arte, hay que conocer el alma del público a que iba dirigido.

«Yo quiero — dice Castiglione, trazando el retrato del hombre perfecto — que nuestro cortesano sea un jinete acabado, y como es un mérito particular de los italianos gobernar bien el caballo con la brida, manejar sobre todo los caballos difí-

ciles, correr las lanzas y justas, que sea en esto uno de los mejores entre los italianos... Para los torneos, los pasos de armas, las carreras en palenques, que sea uno de los buenos entre los mejores franceses... Para esgrimir las picas, correr los toros, arrojar los dardos y las lanzas, que sea excelente entre los españoles. Conviene, además, que sepa saltar y correr... Otro ejercicio noble es el juego de la pelota. Y no le concedo menos mérito al saber voltear a caballo.» Esto no eran allí simples preceptos relegados a las conversaciones y a los libros: los actos y las costumbres estaban conformes con ellos. Julio de Médicis, que fué asesinado por los Pazzi, es elogiado por su biógrafo no solamente por su talento de poeta y su don de gentes, sino además por su habilidad en manejar el caballo, en luchar y en arrojar la lanza. César Borgia, el gran político, es tan experto en el golpe de mano como en la intriga. «Tiene veintisiete años — dice un contemporáneo —, es alto y de hermoso cuerpo, y el Papa, su padre, le tiene gran miedo. Ha matado seis toros salvajes, combatiendo a caballo con la pica, y a uno de esos toros le ha abierto la cabeza al primer golpe.» Italia, en esta época, proveía a Europa de sabios maestros de armas, y en las estampas de este tiempo se ve al discípulo desnudo, con un puñal en una mano y una espada en la otra, que, desde la corva a la nuca, prepara y ejercita sus músculos como un atleta y como un luchador.

Hace bien, porque la seguridad pública está

muy mal atendida. «El 20 de septiembre — dice un cronista — hubo un gran tumulto en la ciudad de Roma, y todos los comerciantes cerraron sus tiendas. Los que estaban en el campo, o en sus viñas, volvieron a toda prisa, y todos, tanto ciudadanos como extranjeros, tomaron las armas, porque se afirmaba como cosa cierta que el papa Inocencio VIII había muerto.» El lazo, tan endeble, de la sociedad, se rompía, y se entraba en el estado salvaje, donde cada uno aprovechaba la ocasión para deshacerse de sus enemigos. Y no creais que en tiempos normales se abstendrían de tocarles. Las guerras particulares de los Colonna con los Orsinis se desarrollaban en los alrededores de Roma con tanta libertad como en los siglos más negros de la Edad Media. «En la misma ciudad se realizaban numerosas muertes y robos, lo mismo de día que de noche; no se pasaba un día apenas sin que matasen a alguien... El día 3 de septiembre, un cierto Salvador acomete a su enemigo, el señor Beneaccaduto, con el que estaba en paz bajo una fianza de quinientos ducados; le da dos golpes y lo hiere mortalmente; a poco murió. El día 4, el papa envía a su vicecamarero, con las fuerzas y todo el pueblo, a destruir la casa de Salvador. La destruyeron, y el mismo día 4 de septiembre, Jerónimo, hermano del dicho Salvador, fué ahorcado.» Podrían citarse cincuenta ejemplos parecidos. En esta época, el hombre es demasiado fuerte, acostumbrado a tomarse la justicia por su mano y rápido en sus resoluciones. «Un día —dice Gui-

chardino— Trivulcio mata con su propia mano, en el mercado, a varios carniceros que, con la insolencia ordinaria en gentes de esta clase, se oponían al pago de los derechos de los cuales no habían sido exceptuados.» Hasta en 1537 permanece abierto en Ferrara un campo cercado donde se permitía el duelo a muerte, hasta para los extranjeros, y donde los muchachos venían a batirse a cuchilladas. La princesa de Faenza lanza a cuatro asesinos contra su marido, y viendo que resiste salta de la cama y lo apuñala ella misma; sobre lo cual su padre ruega a Lorenzo de Médicis que solicite del Papa levante las censuras eclesiásticas, alegando que tenía el pensamiento de «darle otro marido». El príncipe de Imola es asesinado y arrojado por una ventana, y se amenaza a su viuda, encerrada en la fortaleza, con matar a sus hijos si no abre. Sube a las almenas y responde con un gesto muy expresivo «que le queda el molde para hacer otros». Figuraos, por esto, los espectáculos que habría a diario en Roma. «El segundo domingo un hombre enmascarado dijo en el arrabal palabras ofensivas contra el duque de Valentinois. El duque, al saberlo, lo mandó coger: le cortó la mano y la punta de la lengua, que fué atada al dedo meñique de la mano cortada.» «Las gentes del mismo duque suspendieron por los brazos a dos viejos y ocho viejas, después de haber encendido fuego bajo sus pies, para hacerles declarar dónde estaba guardado el dinero, y éstos, no sabiéndolo o no queriéndolo decir, murieron en dicha tortura.» Otro día el du-

que hace llevar al patio del palacio a los condenados (*gladiandi*), y él mismo, revestido con sus más bellas ropas, delante de una concurrencia numerosa y escogida, los taladra con sus flechas. «... Mata también a Perotto, que era favorito del Papa, ante la presencia de éste, de tal manera que la sangre salpica el rostro del Papa.» Se asesinaban en la misma familia. Hizo atacar con espadas a su cuñado, y el Papa guardó el herido; «pero el duque dijo: Lo que no se ha hecho al comer se hará al cenar...»; y un día, el 17 de agosto, entró en la habitación; el joven se levantaba ya; hace salir a su mujer y a su hermana y, habiendo llamado a tres asesinos, lo hizo estrangular... Mata además a su hermano el duque de Gandía y lo hace arrojar al Tíber. Y como se preguntara al pescador que había visto la cosa que por qué no había dicho nada al gobernador de la ciudad, el hombre respondió «que había visto en diferentes noches arrojar más de cien cuerpos por el mismo sitio sin que nadie se hubiera preocupado».

Todo esto se destaca como en relieve cuando se leen las Memorias de Cellini. Hoy estamos bien seguros, en manos del Estado y contamos con el juez y con la policía, de manera que no podemos comprender el derecho natural de la guerra, por el cual, antes del establecimiento de las sociedades regulares, cada uno se defendía, se vengaba y se satisfacía. En Francia, en España, en Inglaterra, las bestias fieras del feudalismo hallaban en el honor feudal, si no una brida, al menos un límite;

el duelo reemplazaba a las guerras particulares; se mataban ordinariamente, según las reglas, delante de testigos y en un lugar elegido. Así, el instinto homicida se quedaba en las calles. No se pueden enumerar todas las violencias contadas por Cellini, no solamente las suyas, sino las de los otros. Un obispo, al que no quería entregar un jarrón de orfebrería, envía a sus gentes para saquear su casa; él se atrinchera con el arcabuz en la mano. «Durante su estancia en Roma, el Rosso censuró las obras de Rafael y los discípulos de éste querían a todo trance matarlo.» Vasari, durmiendo con el aprendiz Manno, «le desgarró una pierna con las manos, creyendo rascarse él mismo, porque jamás se cortaba las uñas», por lo que «Manno estaba decidido a matarlo». El hermano de Cellini, al enterarse de que acababan de matar a su discípulo Bertino Aldobrandi, «lanza un grito de rabia tan grande que pudo oírse a diez millas de allí; después dijo a Juan: ¿Podías tú indicarme al que me lo ha matado? Juan le responde que sí y que era uno de esos que van armados con un espadón y que llevaba una pluma azul en su birrete. Mi pobre hermano, habiendo reconocido al asesino por esta seña, se lanza en medio de la guardia con su prontitud y su intrepidez maravillosas; después, sin que puedan detenerle, tira una estocada al vientre de su hombre, lo atraviesa de parte a parte y lo derriba con la guarda de su espada». Casi al instante, él mismo es tumbado en tierra por un tiro de arcabuz. Se ve entonces des-

encadenarse toda la furia de las venganzas. Cellini no puede ni comer ni dormir, y la tempestad interior es tan fuerte que cree que va a fallecer si no cede... «Me dispuse una tarde a salir de este tormento sin tener en cuenta que semejante empresa tenía poco de loable... Me acerco derechamente al homicida con un gran puñal parecido a un cuchillo de caza. Pensaba cortarle la cabeza de un tajo; pero se vuelve tan rápidamente que mi arma le alcanza solamente al extremo del hombro izquierdo y le rompe el hueso. Se levanta, deja caer su espada y, acobardado por el dolor, echa a correr. Le perseguí, le alcancé en cuatro pasos y levanté mi puñal encima de su cabeza, que él agachaba mucho, de manera que mi arma se engancha entre el hueso del cuello y la nuca tan fuertemente que, a pesar de todos mis esfuerzos, no pude sacarla.» Un poco más tarde, y siempre en la vía pública, Cellini mata a Benedetto y después a Pompeyo, que lo habían ofendido. El cardenal Médicis y el cardenal Cornaro encuentran esto muy bien. En cuanto al Papa —dice Cellini después de uno de sus homicidios— «me lanzó una mirada amenazadora que me hizo temblar; pero de que hubo examinado mi obra su semblante comenzó a serenarse.» Y como nuevamente acusaran a Cellini: «Tened en cuenta, replica el Papa, que los hombres únicos en su profesión, como Benvenuto, no deben estar sometidos a las leyes, y él menos que otro, porque sé toda la razón que tiene.» He aquí la moral pública. Y, sin embargo, los motivos de estas asechan-

zas son nimios. Luis, su amigo, había tomado por querida a Pentesilea, una cortesana que había rechazado a Cellini, por lo cual rogó a su amigo que no la tomase. Furioso, los acecha, cae sobre ellos, los hiere con su espada y cuenta con satisfacción su muerte. En cuanto a moral privada, Cellini tiene visiones cuando está en la prisión y su ángel de la guarda se le aparece; tiene conversaciones con un espíritu invisible y se entrega a transportes de devoción: es el efecto de la soledad y de la reclusión en semejantes cabezas. En libertad, es buen cristiano, a la moda del tiempo. Su *Perseo* gustó extraordinariamente y «salí —dice— cantando himnos y salmos a la gloria de Dios, lo que continué haciendo durante todo el viaje.» Parecidos sentimientos se encuentran en el duque de Ferrara: «Estando aquejado de una grave enfermedad que le impide orinar durante cuarenta y ocho horas, recurre a Dios y manda pagar todos los vencimientos.» Tal es también el criterio de uno de sus predecesores, Hércules de Este, que al salir de una orgía marcha a cantar la misa con su tropa de músicos franceses, que hacían cortar la mano o reventar un ojo a 280 prisioneros antes de venderlos y el Jueves Santo iba a lavar los pies a los pobres. Esta es, asimismo, la piedad del papa Alejandro VI, que habiéndose enterado del asesinato de su hijo, el duque de Gandía, se golpea el pecho y confiesa sus crímenes sollozando delante de los cardenales reunidos. La imaginación, en estos tiempos, se impresiona en un sentido o en otro, tanto por la vo-

luptuosidad como por la cólera o por el miedo. De tarde en tarde, ante la idea del infierno, tienen un estremecimiento y creen librarse de él con los cirios, las cruces y los padrenuestros; pero en el fondo son paganos, verdaderos bárbaros, y la única voz que habla en ellos es la de la carne conmovida, la de los nervios que vibran, la de los miembros que se estiran y del cerebro demasiado lleno, donde bulle un enjambre de formas y de colores.

Nadie pensará, creo yo, encontrarlos delicados en sus maneras. El cardenal Hipólito de Este, que hizo saltar los ojos a su hermano, recibe a bastonazos a un enviado del Papa encargado de llevarle un breve de desagrado. Se sabe cómo el papa Julio II, en una disputa con Miguel Angel, apaleó a un obispo que trató de interponerse. En una ocasión Cellini es recibido en audiencia por el papa Paulo II. «Estaba —dice Cellini— del mejor humor del mundo; pues ello ocurría el día en que tenía costumbre de celebrar una orgía, después de la cual vomitaba.» Imposible referir con el maestro de ceremonias Burchard las fiestas dadas en el Vaticano ante Alejandro VI, César Borgia y la duquesa Lucrecia, ni tal cual diversión improvisada que estos tres personajes miraban desde una ventana «con grandes risas y una gran satisfacción»; haría enrojecer a una ramera. No se tenía todavía educación; la crudeza no asustaba a nadie; los poetas como Berni, los cuentistas como el obispo Banello, explicaban con detalles minuciosos los sucesos más escabrosos. Lo que nosotros llamamos el

buen gusto es obra de los salones y no nace hasta Luis XIV. Lo que llamamos decencia eclesiástica es una reacción de la reforma y se establece en tiempos de San Carlos Borromeo. Los instintos corporales muestran todavía toda su desnudez a plena luz, y ni el refinamiento del mundo ni las conveniencias del hábito vienen a atemperar o a disfrazar el ímpetu de los sentidos desencadenados. «A veces —dice Cellini— ocurría que penetrando de improviso en las habitaciones secretas he sorprendido a la duquesa en una ocupación que no tenía nada de regio...» «Entonces se dirigía contra mí con tal coraje que me quedaba espantado.» Un día, a la mesa del duque, se pone a discutir éste con el escultor Bandinelli, que le dice unas groseras injurias. Por milagro el duque se contiene; pero un instante después le dice: «Yo te declaro expresamente que si no me envías el mármol a mi casa, puedes buscar otro mundo, porque, cueste lo que cueste, te abriré el vientre en éste.» Las frases gruesas ruedan como en Rabelais, y las procacidades de taberna, las desagradables bromas de borracho vienen a resonar hasta en un palacio. «¡Ah! ¡Cochino, gritaba yo; villano, borrico, este es el ruido que tu talento puede hacer! Al mismo tiempo saltaba sobre un palo.» Cellini pregonaba en cuatro versos esta aventura y el duque y la duquesa se echan a reír. Hoy los criados de las buenas casas pondrían en la puerta a semejantes bromistas; pero los que se sirven de sus puños como un carretero y de su espada como un solda-

do, es natural que tengan gustos de carretero y de soldado (1).

Es natural también que sus placeres sean de una especie particular. Lo que prefiere un hombre del pueblo, es decir, un hombre habituado a los ejercicios corporales y cuyos sentidos son rudos, son los espectáculos que hablan a los ojos, sobre todo aquellos en que es actor; le gustan las mascaradas y se une a ellas satisfecho. Deja para las gentes de los salones, para los refinados, para los afeminados, las curiosidades de la observación, de la conversación y del análisis. Le gusta ver a los luchadores, a los bufones, a los saltimbanquis que hacen gestos, las brujerías, las procesiones, la entrada de las tropas, los desfiles de cabalgatas, de uniformes brillantes, pintarrajeados, extraordinarios. Hoy, que el pueblo en París va al teatro, emplean esos medios los teatros populares para atraer a los espectadores. En ese estado de espíritu un hombre es convencido por los ojos. Lo que desea mirar no es una inteligencia pura, sino un cuerpo vigoroso, bien vestido, bien sentado sobre una silla. Y cuando en lugar de uno hay ciento; cuando los bordados, los dorados, los penachos, la seda y el brocado de los trajes brillan en pleno sol entre las charangas; cuando el triunfo y el tumulto de la fiesta entran por todos los sentidos, la simpatía involuntaria

---

(1) Cellini cuenta de la siguiente manera sus altercados con la querida: «La agarré por los cabellos y la arrastré por la habitación dándole puntapiés y puñetazos hasta que la fatiga me obligó a pararme.

conmueve todo su ser, y si le queda algún deseo es el de montar él mismo a caballo para mostrarse con un traje parecido en medio del cortejo y ante los circunstantes. Tal es en esta época el gusto que domina en Italia: cabalgatas principescas, fiestas pomposas y públicas y mascaradas. Galeazzo Sforza, duque de Milán, viniendo a visitar a Lorenzo de Médicis, lleva consigo, además de una guardia de 500 infantes, 100 hombres de armas, 50 lacayos a pie vestidos de seda y plata, 2.000 gentileshombres y domésticos, 500 parejas de perros, un número infinito de halcones, y su viaje le cuesta 200.000 ducados de oro. Por su parte la ciudad le ofrece tres espectáculos públicos: uno, que es «La anunciación de la Virgen»; otro, que es «La ascensión de Cristo», y el último, que es «La venida del Espíritu Santo». El cardenal de San-Sixto se gasta 20.000 ducados en una sola fiesta en honor de la duquesa de Ferrara, y hace después una excursión por Italia con un cortejo tan numeroso y tan magnífico, que toda la pompa del Papa, su hermano, sólo podía igualarle. La duquesa Lucrecia Borgia entra en Roma con 200 damas, todas magníficamente vestidas, todas a caballo, y cada una acompañada de un caballero. En Florencia se prepara una gran fiesta mitológica, el *Triunfo de Camila*, con gran cantidad de carros, de estandartes, de escudos, de arcos de triunfo. Lorenzo de Médicis, a fin de dar mayor esplendor al espectáculo, pide al Papa un elefante; el Papa envía solamente dos leopardos y una pantera; hubiera querido asis-

tir, pero su dignidad se lo impide; gran número de cardenales, más afortunados, llegan para el día de la fiesta. Un pintor, Piero di Cosimo, con sus amigos, ha preparado otra más lúgubre, el *Triunfo de la muerte*; un carro tirado por dos bueyes negros, sobre los cuales han pintado calaveras, huesos y cruces blancas, y sobre el carro una figura de la Muerte con su guadaña; dentro del carro sepulcros de los que salen gentes vestidas de esqueletos y que en los descansos entonan himnos fúnebres. Entre cincuenta fiestas parecidas, leed la que describe Vasari y que señala el comienzo del siglo; juzgad por su esplendor, tanto como por sus detalles, los gustos pintorescos que llenaban entonces todos los corazones. Se trata de celebrar el advenimiento del papa León X, y Lorenzo de Médicis, queriendo que la compañía del Broncone, de la que era jefe, sobrepasara en magnificencia a la del Diamante, había encargado a Jacobo Nardi, «noble y sabio gentilhombre», que le compusiera seis carros. El Pontormo los había pintado; Baccio Bandinelli los había decorado con esculturas; todo el arte y toda la riqueza de la ciudad, todas las invenciones y todos los refinamientos del lujo y de la erudición reciente, todas las imágenes y todos los recuerdos de la historia y de la poesía antiguas habían contribuído a embellecerlos. Los caballos, enjaezados con pieles de leones y de tigres, con gualdrapas tejidas de oro, con baticolas y cordones de oro, con las bridas trenzadas de plata, avanzaban en largo cortejo; detrás seguían los

novillos, las mulas soberbiamente enjaezadas, las formas fantásticas o monstruosas de los búfalos disfrazados de elefantes y de los caballos convertidos en grifos alados. Los pastores, vestidos con pieles de marta y de armiño y coronados de follaje; los sacerdotes, con túnicas antiguas, llevando los candelabros y los vasos de oro; los senadores, los lictores, los caballeros, cubiertos de armaduras relucientes, mostrando los trofeos, los jurisconsultos, a caballo, vestidos con largas túnicas, rodeaban los carros donde los grandes personajes de Roma aparecían entre las insignias de su dignidad y los monumentos de sus hazañas. Por sus atrevidos desnudos, sus gallardas actitudes y sus majestuosas vestiduras flotantes, las figuras pintadas y esculpidas imprimían un carácter todavía más pagano a esta procesión pagana y enseñaban la energía y el regocijo a sus compañeros vivientes que, a los sonidos de las trompetas, a las aclamaciones de la muchedumbre, se mostraban a caballo o en los carros. Este sol generoso, que lucía por encima de sus cabezas, revistaba, en fin, un mundo parecido a aquel que había alumbrado hacía tiempo en el mismo sitio, es decir, el mismo sentimiento profundo de alegría natural y poética, el mismo desbordamiento de fuerza sana y completa, el mismo soplo de eterna juventud, el mismo triunfo y el mismo culto de la belleza. Y cuando después de haber contemplado esta gran ostentación de esplendores y de armaduras, entre la irisación de las telas ondulantes, entre los centelleos de las

bandas plateadas, entre los reflejos leonados del oro trenzado en flores y desarrollado en arabescos, los espectadores vieron sobre el último carro, en medio de una pirámide de figuras humanas vivientes, al lado de un laurel verde, alzarse un niño desnudo que representaba el renacimiento de la Edad de Oro, pudieron creer un momento que se había reanimado la noble antigüedad desaparecida y que, después de un invierno de quince siglos, la planta humana iba a florecer pujante por segunda vez.

He aquí los espectáculos que había a diario en una ciudad de Italia. Era el lujo de los príncipes, de las ciudades, de las corporaciones. Con sus manos, sus ojos y su corazón, el menor artesano tomaba parte en ellos. El sentido de las bellas formas, de las grandes disposiciones, de los ornamentos pintorescos, era popular. Un carpintero hablaba de ello por la tarde con su mujer; se discutía en la taberna y ante la puerta; cada uno pretendía que la decoración en que había trabajado era la más bonita; cada uno tenía sus preferencias, sus gustos, su artista, como hoy los discípulos de un taller. Sucedió con esto que el pintor y el escultor hablaban no solamente con algunos críticos, sino con todo el mundo. ¿Qué nos queda hoy de las antiguas pompas poéticas? La bajada de la Courtille, donde ahullan los borrachos sucios, y el cortejo del buey gordo, donde tiritan de frío seis pobres diablos en malla rosa, en medio de los encogimientos de hombros y de los retruécanos. Las costumbres pintorescas se han reducido a dos festejos en la

calle, y las costumbres atléticas a las luchas de feria, donde los héroes, pagados a dos reales la hora, hacen mojigangas ante los hombres con blusa y los soldados. Aquellas costumbres eran la temperatura vivificante que en todas partes hacía germinar y florecer la gran pintura. Han desaparecido y nosotros no podemos rehacerlas. Todo lo más un pintor, encerrándose en su estudio con vasos antiguos, atiborrándose de arqueología, viviendo entre los modelos más puros de Grecia y del Renacimiento, apartándose de todas las ideas modernas, puede llegar, a fuerza de estudio y de artificio, a formar alrededor de su espíritu una temperatura parecida. Nosotros hemos visto prodigios de este género: un Overbeck, que comulgando, ayudando, enclaustrándose en Roma, cree encontrar las figuras místicas de Angélico de Fiesole; un Goethe, que haciéndose pagano, habiendo copiado los torsos antiguos, provisto de todos los resortes que la erudición, la filosofía, la observación y el genio pueden acumular, llega por la delicadeza y la universalidad de la imaginación más cultivada que ha habido, a levantar sobre un pedestal alemán una Ifigenia casi griega. Con un invernadero convenientemente construído y caloríferos bien manejados se pueden hacer madurar las naranjas hasta en Normandía; pero el invernadero costará un millón; de diez naranjas nueve no serán más que abortos ácidos, y el campesino normando al que ofrezcáis el décimo fruto preferirá en el fondo de su corazón su aguardiente y su sidra.

Reconozcamos que hubo entonces una concurrencia de circunstancias única. No se ha vuelto a ver nunca esta mezcla de rudeza y de cultura, estas maneras de hombres de armas y estos gustos de anticuarios, estas costumbres de bandidos y estas conversaciones de literatos. El hombre está entonces en un período de transición y sale de la Edad Media para entrar en la Edad Moderna, donde, sobre todo, las dos edades confluyen y penetran una en otra de la manera más rara y con los contrastes más sorprendentes. Como el gobierno central y la fidelidad monárquica no han podido establecerse en Italia, la Edad Media se ha prolongado allí más tiempo que en otras partes, por las violencias particulares y el imperio de la fuerza. Como en Italia la raza es precoz y la corteza de la invasión germánica no la ha recubierto más que a medias, la Edad Moderna se desenvuelve allí con más lentitud que en otros sitios, por la adquisición de la riqueza, la fecundidad de la invención y la libertad del espíritu. Están, a la vez, más adelantados y más atrasados que los otros pueblos: más atrasados en el sentimiento de lo justo, más adelantados en el sentimiento de lo bello, y su gusto es conforme a su estado. Siempre una sociedad quiere encontrar en los espectáculos que se da, los objetos que le interesan más. Siempre en una sociedad reina un personaje que se reproduce y se contempla en las artes. Hoy es el plebeyo ambicioso, que quiere gustar los placeres de París, y de su buhardilla se muda al primer piso; en suma,

el arrivista, el trabajador, el intrigante, el oficialista, el hombre de bolsa y de gabinete que representan las novelas de Balzac. En el siglo xvii el hombre de corte está educado en las buenas costumbres, habla bien, es elegante, cortés, más habil que nunca, tal como lo muestra Racine y tal como quieren mostrarlo las novelas de la señorita Scudery. En el siglo xvi, en Italia, el hombre es arrogante, membrudo, vestido ricamente, enérgico y capaz de bellas actitudes, tal como los pintores las reproducen. Sin duda, un duque de Urbino, un César Borgia, un Alfonso de Este, un León X, oyen a los poetas y a los filósofos; es una distracción por la noche, después de cenar, en una quinta, bajo las columnatas y los techos ornamentados. Sin embargo, lo que les divierte son las ocupaciones de los ojos y del cuerpo, las mascaradas, las cabalgatas, las grandes formas arquitectónicas, la gallarda prestancia de las estatuas y de las figuras pintadas, la soberbia decoración de que se rodean. Cualquiera otra diversión les resulta insípida; no son analistas, filósofos, hombres de salón; necesitan cosas palpables y tangibles. Si lo dudais, mirad sobre todo sus placeres: los de Paulo II, que hace correr ante él los caballos, los asnos, los bueyes, los niños, los viejos, los judíos, a quienes ha «atracado» primero para que estén más pesados, y que ríe apretándose los costados; los de Alejandro VI, que no pueden describirse; los de León X, que con botas de montar y espuelas pasa temporadas cazando ciervos y jabalíes, que mantiene a

un monje capaz «de tragarse una paloma de un bocado y de engullir cuarenta huevos seguidos», que hace servir a su mesa los platos bajo formas de monos y de cuervos para gozar de la sorpresa de los convidados, se rodea de bufones, hace representar ante él *la Calandra* y *la Mandrágora*, se divierte con los cuentos sucios y sostiene a los parásitos. La delicadeza natural de semejantes espíritus se emplea en discernir los matices, no de los sentimientos o de las ideas, sino de los colores o de las formas, y para satisfacerlos se ve formarse un pueblo de artistas, de los cuales Miguel Angel es el primero.

Hay cuatro hombres que en las artes y en las letras se han elevado por encima de todos los demás, tan alto, que parecen de una raza aparte: Dante, Shakespeare, Beethoven y Miguel Angel. Ni la ciencia profunda, ni la posesión completa de todos los recursos del arte, ni la fecundidad de la imaginación, ni la originalidad del espíritu han bastado a colocarlos en ese rango; han tenido todo esto, pero todo esto es secundario. Lo que les ha llevado a esa preeminencia es su alma, un alma de dios caído, que se ha levantado, por un esfuerzo irresistible, hacia un mundo distinto del nuestro, siempre combatiendo y sufriendo, siempre en trabajos y en tempestades, y que, incapaces de hartarse como de abatirse, se dedican, solitarios, a levantar ante los hombres esos colosos tan desenfrenados, tan fuertes, tan dolorosamente sublimes como su impotente e incansable deseo.

Por esto Miguel Angel es moderno, y puede ser que por esto lo comprendamos hoy sin esfuerzo. ¿Ha sido más desgraciado que los otros hombres? Cuando se miran los acontecimientos externos, parece que no. Si ha sido atormentado por una familia ávida; si dos o tres veces el capricho o la muerte de un protector ha venido a detener una gran obra, que había comenzado o que había concebido; si su patria cayó en servidumbre; si alrededor de él las almas se han apoltronado o degradado, son estos contratiempos infortunios que no tienen nada de inusitado. ¡Cuántos artistas contemporáneos suyos los han sufrido mayores! Pero el sufrimiento se mide según conmocione el ser interior, no por el choque de las cosas exteriores; y si ha habido un alma sensible a los transportes, a los estremecimientos y a la indignación, era ésta. Fué excesivamente sensible, y, por tanto, «tímido», solitario, a disgusto con las pequeñas acciones de la sociedad: tal, por ejemplo, el hecho de no poder invitar a comer en su casa. Los hombres muy agitados por emociones continuas se detienen para no servir de espectáculo, y se retraen faltos de espacio para desbordarse. Desde su juventud, huyó de las compañías y se encerró en el estudio y en el silencio, hasta el punto de parecer orgulloso o loco. Más tarde, en la cumbre de la gloria, se esconde más todavía, se pasea solo, servido por un solo criado, pasa solo semanas enteras sobre sus andamios, entregado por completo a la conversación que sostenía constantemente consigo mismo. Es que no encontraba

nadie que pudiera responderle. No solamente sus sentimientos eran muy sólidos, sino que, además, eran muy altos. Desde su primera juventud le habían gustado sin medida todas las cosas nobles: primeramente, su arte, al que se entregó a pesar de las brutalidades de su padre, y en que había profundizado hasta sus menores detalles, el compás y el escalpelo en la mano, con una tenacidad extraordinaria, hasta caer enfermo; después, su dignidad, que había mantenido con peligro de su vida ante los papas más imperiosos, hasta hacerse respetar como un igual y menospreciarlos «más que hubiera hecho un rey de Francia». Había menospreciado los placeres ordinarios: «aunque rico, había vivido como un hombre pobre»; frugal, comía con frecuencia sólo un trozo de pan; laborioso, duro físicamente, dormía poco, y algunas veces vestido; sin lujos, sin esplendor en su casa, sin ambición de dinero, regalando sus estatuas y sus cuadros a los amigos, veinte mil francos a su criado, treinta o cuarenta mil francos, en una ocasión, a su sobrino, y grandes sumas a su familia. Además, había vivido como un monje, sin queridas ni mujer, casto, con un corazón voluptuoso, no habiendo conocido más que un amor, amor austero y platónico, por una mujer, tan soberbia y tan noble como él. Por la noche, después de haber trabajado, escribía un soneto en su elogio, y se arrodillaba, en espíritu, ante ella, como Dante a los pies de Beatriz, rogándole le sostuviera en sus desfallecimientos y le conservara en el «camino derecho».

Prosternaba su alma delante de ella como ante una virtud celestial, y encontraba para servirla la exaltación de los místicos y de los caballeros. Sentía en su belleza una revelación de la esencia divina: la veía «todavía cubierta con sus vestidos de carne volar radiante hasta el seno de Dios». «Aquel que la ama — decía —, se eleva al cielo con la fe, y la muerte le sería agradable.» Subía, por ella, hasta el amor supremo; es en esta fuente donde se hallan las cosas que amó primero; conducido por sus ojos, se reúne con ella (1). Ella murió antes que él, y él permanece mucho tiempo «abrumado y como un insensato»; algunos años después le quedaba en el corazón una gran pena, el pesar de no haber besado, en lugar de su mano, en el lecho de muerte, la frente o la mejilla. El resto de su vida corresponde a parecidos sentimientos: se muestra «complacido con las razonamientos de los hombres doctos» y también con la lectura de los poetas, de Petracca, de Dante sobre todo, que se sabía casi entero. «¡Ojalá — escribía un día — que yo hubiera sido como él, aun al precio de una suerte parecida! Por su duro destierro y su virtud, yo daría los más felices estados del mundo.» Los libros que prefería eran los que llevan un sello de grandeza: el Antiguo y el Nuevo Testamento, los terribles y dolorosos discursos de Savonarola, su maestro y amigo, a quien había visto atar a la

---

(1) Todas estas expresiones están tomadas de los sonetos de Miguel Angel.—(N. del A.)

picota, estrangular, quemar, y del cual «la palabra viviente había morado siempre en su alma». Un hombre que siente y vive así, no sabe acomodarse a la vida; es demasiado *distinto*. Si excita la admiración de los demás, no se contentará con ello. «Despreciaba sus obras: no creía nunca que su mano hubiera llegado a expresar la idea que él formaba dentro de su cerebro.» Un día, viejo y decrépito, uno lo encuentra cerca del Coliseo, a pie y en la nieve, y le pregunta: «—¿Dónde va usted? —A la escuela, para procurar aprender alguna cosa.» Más de una vez le acometió la desesperación. Habiéndose herido una pierna, se encierra en su casa y quiere dejarse morir. A la postre llega hasta separarse de sí mismo, «de este arte que fué su rey y su ídolo; pintura o escultura, que nada ahora venga a distraer mi alma, vuelta hacia el divino Amor, que, sobre la cruz, abre los brazos para recibirnos». Último suspiro de un alma grande en un siglo maleado, en un pueblo esclavizado; para ella, el renunciamiento es el único refugio. Durante sesenta años, sus obras hicieron visible el combate heroico que hasta el fin se libró en su corazón.

Los personajes sobrehumanos, tan desgraciados como nosotros; los cuerpos de dioses, rígidos por las pasiones terrestres; un Olimpo, donde se entrecocan las tragedias humanas, he aquí el pensamiento que descende de todas las bóvedas de la capilla Sixtina. ¡Qué injusticia compararla con las *Sibilas* y el *Isaías* de Rafael! Son fuertes y hermo-

sos, sin duda; atestiguan un arte tan profundo (yo no lo sé), pero lo que se ve a primera vista es que no tienen la misma alma; que no han sido levantados, como éstos, por la voluntad impetuosa e irresistible; que no han experimentado nunca, como éstos, el estremecimiento y la rigidez del ser nervioso que se lanza y se estira a riesgo de quebrarse. Hay almas donde las impresiones rebotan en rayos, y donde todas las acciones son truenos o relámpagos. Tales son los personajes de Miguel Angel. Su colosal *Jeremías*, que medita, apoyando su cabeza enorme sobre su enorme mano, ¿en qué piensa, con los ojos bajos? Su barba, trenzada y flotante, que desciende hasta el pecho; sus manos de trabajador, surcadas por venas salientes; su frente, fruncida; su cara, gruesa; el gruñido sordo que va a salir de su pecho, dan la idea de uno de esos reyes bárbaros, sombríos cazadores de toros salvajes, que venían a descargar su cólera inútil contra las puertas del imperio romano. Ezequiel se vuelve con una interrogación impetuosa, y su movimiento es tan brusco, que el aire sacudido levanta sobre su espalda un trozo de su manto. La vieja Persica, bajo los largos pliegues de su capa, lee infatigablemente un libro que, con sus dos manos nudosas, tiene cogido ante sus ojos taladrantes. Jonás se abate, vuelta la cabeza hacia atrás, bajo la aparición fulminante, mientras que sus dedos cuentan involuntariamente los cuarenta días que restan a Nínive. La Líbica desciende violentamente, llevando el enorme libro que ha cogido. La Eritrea

es una Palas más guerrera y más altiva que su hermana la ateniense antigua. Alrededor de ellas, en la curva de las bóvedas, los jóvenes, desnudos, tienden su lomo o estiran sus miembros, tan altivamente extendidos o replegados, o bien finos, y luchando; algunos gritan, y con su pierna rígida, con su pie crispado, empujan furiosamente el muro. Debajo, un viejo peregrino, encorvado, se sienta; una mujer besa a un niño, envuelto en pañales; un hombre desesperado, con la mirada oblicua, desafía agriamente al destino; una joven con una hermosa cara sonriente, duerme tranquila, y otras veinte, las más grandes figuras de la vida humana, hablan en todos los detalles de su actitud y en los menores pliegues de sus vestiduras.

Estos no son más que los contornos de la bóveda; en la bóveda misma, de doscientos pies de larga, se desarrollan las historias del Génesis y las redenciones de Israel, la creación del mundo, del hombre y de la mujer, el destierro de la primera pareja, el diluvio, la serpiente de bronce, la muerte de Holofernes, el suplicio de Amán, una población de figuras trágicas. Tienen cien pies de alto, están ahumadas, desconchadas, ahogadas unas por otras, situadas más allá de todas las costumbres de nuestra pintura, de nuestro siglo y de nuestro espíritu: se las comprende desde el principio. Este hombre es tan grande, que las distancias de tiempo y de nación no existen ante él.

La dificultad no es recibir su ascendiente, sino explicarse su poderío. Cuando, después de haber

oído esta voz tonante, se ha retirado uno, reposado, puesto a distancia de modo que no se sienta más que el susurro; cuando se ha dejado a la reflexión ocupar el puesto de las sensaciones y se busca el secreto por el cual da un acento tan vibrante a su palabra, se llega a la conclusión de que tenía el alma del Dante y ha pasado su vida dedicado a estudiar el cuerpo humano. Estos son sus dos modelos. El cuerpo, como él lo hace, es expresivo por entero, esqueleto, músculos, ropas, actitud y proporciones, de manera que el espectador se conmueve a la vez por todas las partes del espectáculo. Y este cuerpo expresa el arrebató, la altivez, la audacia, la desesperación, la rudeza de la pasión desenfrenada o de la voluntad heroica, de modo que el espectador es sacudido por las más fuertes impresiones. La energía moral transpira por todos los detalles físicos, y, corporalmente, de un sólo golpe, sentimos el contragolpe.

Mirad a Adán, dormido cerca de Eva, que Jehová acaba de sacar de él. Ninguna criatura ha estado jamás sumida en un sueño tan profundo, tan de muerte. Su cuerpo, enorme, está desplomado, y su enormidad hace más conmovedor su derrumbamiento. Despierto, esos brazos que cuelgan, esos muslos inertes, aplastarían a un león entre ellos. En la *Serpiente de bronce*, el hombre que, apretado a medio cuerpo por una serpiente, la arranca con su brazo retorcido y se vuelve, separando los muslos, hace pensar en las luchas de los primeros hombres contra los monstruos, cuyas grupas limosas

han labrado el suelo antediluviano. Los cuerpos, amontonados, mezclados unos con otros y con los pies para arriba; los brazos, enarcados; las espaldas, convulsas, se estremecen al contacto con los reptiles: las fauces horrorosas rompen los cráneos, vienen a pegarse contra los labios que aullan; los cabellos erizados, la boca abierta, los desgraciados tiemblan, por tierra, mientras que sus pies golpean furiosamente al azar en el barullo humano. Un hombre que maneja así el esqueleto y los músculos, pone la cólera, la voluntad, el terror en un pliegue de la cadera, en la espina de un omoplato, en el saliente de una vértebra. Entre sus manos todo el animal humano se apasiona, trabaja y combate. ¡Qué despreciables maniqués son, en comparación, los frescos graves, las procesiones inmóviles que han dejado debajo de él! Subsisten comolas señales antiguas impresas en el malecón de un río, por las cuales se puede ver las avenidas que ha sufrido. Después de los griegos, él sólo ha sabido lo que valen los miembros. Para él, como para ellos, el cuerpo vive por sí mismo y no está subordinado a la cabeza. Por la fuerza del genio y el estudio solitario, ha vuelto a encontrar el sentimiento del desnudo, que la vida gimnástica había imbuído en aquéllos. Delante de su Eva, sentada, que se vuelve a medias, con los pies replegados bajo los muslos, se imagina involuntaria la fuerza de la pierna que levantará este gran cuerpo, tan altivo. Delante de su Eva y de su Adán arrojados del Paraíso, nadie piensa en buscar el dolor de los

rostros: es el torso entero, son los miembros diligentes, es la armadura humana, con la solidez de sus vigas interiores, con la fortaleza de los soportes hercúleos, con el rozamiento y el castañeteo de sus articulaciones, es el conjunto lo que sorprende. La cabeza no figura allí más que como una porción, y lo demás permanece inmóvil, absorbido por la vida de las piernas, que sostienen semejantes troncos, de los brazos indómitos que someterán la tierra hostil.

Pero lo que, a mi juicio, sobrepasa a todo, son los veinte jóvenes sentados sobre las cornisas, en los cuatro ángulos de cada pintura, verdaderas esculturas pintadas, que dan la idea de un mundo superior y desconocido. Todos son héroes adolescentes del tiempo de Aquiles y de Ayax, de raza tan fina, pero más ardientes y de una energía más recia. Allí están los grandes desnudos, los soberbios miembros, los movimientos tomados de las batallas de Homero; pero con más brío, con más coraje, con voluntad más viril. No se concibe que el cuerpo humano, caído o levantado, pueda impresionar al espíritu por tal diversidad de emociones. Los muslos sostienen, el pecho respira, todo el revestimiento de carne se estira y vibra, el tronco se dobla por encima de las caderas, la espalda, surcada de músculos, va a levantar impetuosamente el brazo. Uno de éstos se vuelve, replegando sus vestiduras sobre los muslos; otro, con el brazo sobre la frente, para un golpe. Algunos, pensativos, meditan sentados, dejando caer lacios los cuatro miembros. Muchos

corren, sobre una cornisa, o se detienen lanzando un grito. Tres de ellos, colocados por encima de Ezequiel, de la Pérsica y de Jeremías, son incomparables, sobre todo uno, el más arrogante de todos, sereno e inteligente como un dios, y que mira, acodado sobre las frutas y con una mano sobre la rodilla. Parece que van a moverse, a trabajar. La naturaleza no ha producido nada igual, es así como ha debido hacernos; aquí encontraría todos los tipos: al lado de los gigantes y de los héroes, las vírgenes, los jóvenes púdicos, los niños que juegan, esta encantadora Eva, tan joven y tan altiva, esta hermosa Déléfica parecida a una ninfa primitiva, que vuelve sus ojos llenos de una sorpresa ingenua, todos hijos o hijas de la raza colosal y militante y a quienes su edad ha conservado la sonrisa, la serenidad, la alegría sencilla, la gracia de las Oceánides de Esquilo y de la Nausicaa de Homero. Un alma de artista lleva en sí todo un mundo, y el de Miguel Angel está aquí todo entero.

Lo hizo y no tenía que rechazarlo. Su *Juicio final*, que está al lado, no deja la misma impresión. El pintor tenía entonces sesenta y siete años, y su inspiración no era tan jugosa. Cuando se han manejado durante mucho tiempo las ideas, se las posee mejor; pero son menos emotivas: se va más allá de la sensación primitiva, la única verdadera, y se exagera o se copia. Aquí, intencionadamente, agranda los cuerpos, abulta los músculos, prodiga los recursos y las actitudes violentas, y hace de todos sus personajes atletas bien nutridos y luchadores dedicados

a mostrar su fuerza. Los ángeles que llevan la cruz, se agarran, se derriban, cierran los puños, estiran las piernas, retuercen los pies como en un gimnasio. Los santos marchan con los instrumentos de su suplicio, como si cada uno de ellos quisiera llamar la atención sobre sus formas y su vigor. Las almas del purgatorio, salvadas por un rosario o por un hábito, son modelos exagerados que podían utilizarse en una cátedra de anatomía. El artista acaba de llegar a ese momento en que el sentimiento desaparece bajo la ciencia y en que el espíritu se satisface, sobre todo, con el placer de la dificultad vencida. De todos modos, la obra es siempre única, parecida a una fanfarria declamatoria lanzada vigorosamente por el pecho y el aliento de un viejo guerrero. Las figuras, los grupos enteros, son dignos de los más grandes que ha hecho. La poderosa Eva, que maternalmente estrecha a una de sus hijas, aterrorizadas; el viejo y formidable Adán, coloso antediluviano, tronco del árbol inmenso de la humanidad; las cabezas de bestias carniceras de los demonios, él condenado que pega su brazo sobre el rostro para no ver el abismo que ha de tragarse; este que, enlazado por una serpiente, permanece inmóvil, con una risa amarga, rígido de horror, parecido a una estatua de piedra; y sobre todo, este Cristo fulminante, como el Júpiter, que en Homero derriba en la llanura a los troyanos y sus carros; a su lado, casi bajo el brazo, replegada, medrosa, la Virgen, con un gesto de jovencilla, tan fina y tan noble; he aquí concep-

ciones iguales a las de la bóveda. Estas concepciones dan vida al conjunto: se deja de sentir el abuso del arte, la rebusca del efecto, el dominio del oficio; no se ve más que al discípulo de Dante, al amigo de Savonarola, al solitario desarrollándose entre las amenazas del Antiguo Testamento, al patriota, al estoico, al justiciero que lleva en el corazón el duelo de su ciudad, que asiste a los funerales de la libertad y de Italia, que en medio de los caracteres envilecidos y de las almas degeneradas, único superviviente y cada día más sombrío, pasa nueve años sobre esta obra inmensa, el alma llena con el pensamiento del juicio supremo, escuchando anticipadamente los truenos del último día.



## VILLAS Y PALACIOS

### *Las villas*

Nada me ha interesado tanto en las villas romanas como sus antiguos dueños. Los naturalistas lo saben: se comprende mejor a un animal después de conocer su albergue.

El recinto donde comienzo a comprenderle es la villa Albani, construída en el siglo XVIII por orden del cardenal Alejandro Albani, y según su propio plano. Lo que se adivina en seguida en ella es *al gran señor, hombre de corte* a la manera de los nobles de nuestro siglo XIX. Hay algunas diferencias, pero los dos gustos son muy parecidos. Aman el arte y el orden por encima de todo; ninguna libertad se ha dejado a la naturaleza, todo es ficción. El agua no brota más que en chorros y en penachos, y sólo tiene por lecho tazas y jarrones. El césped está encerrado en enormes setos de boj, más altos que un hombre, éspesos como murallas y formando triángulos simétricos, cuyos vértices se dirigen todos a un centro. Por delante se extiende

una empalizada, en la que se alinean pequeños cipreses. Se sube de un jardín a otro por anchas escaleras de piedra, parecidas a las de Versalles. Las platabandas de flores están encerradas en pequeños cuadros de boj, formando dibujos, que semejan tapices bordados, en los que se mezclan armónicamente los colores y los matices. Esta quinta es una ruina, como el esqueleto fósil de una vida, que ha durado dos siglos y en la que el placer principal estaba en la conversación y en las costumbres de salón y de antecámara. El hombre no se interesa por los objetos inanimados, y no les reconoce un alma y una belleza propias: es un simple aprendiz de su propia vida, y no sirve más que de fondo al cuadro, un fondo vago y de una importancia muy escasa. Toda la atención se hallaba solicitada por el cuadro mismo, es decir, por la intriga y el drama humano. Para llevar un poco de esta atención a los árboles, las aguas, el paisaje, era preciso humanizarlos, quitarles su forma y su disposición natural, su aire «salvaje», la apariencia del desorden y de la soledad, darles, todo lo más posible, la apariencia de un salón, de una galería con columnatas, de un gran patio de palacio. Los paisajes de Poussin y de Claude Lorrain llevan todos este sello: son arquitecturas; la campiña está pintada para gente de corte, que quiere encontrar la corte en sus tierras. Es curioso, a este propósito, comparar la isla de Calipso en Homero y en Fenelón. En Homero es una isla verdadera, salvaje y rocosa, donde anidan y gritan

los pájaros del mar. En Fenelón es una especie de Marly «arreglada para el placer de los ojos». También los jardines ingleses, tal como nos los importan al presente, indican el advenimiento de otra raza, el imperio de otro gusto, el reinado de otra literatura, el ascendiente de otro espíritu más comprensivo, más solitario, más agradablemente fatigado, más vuelto hacia las cosas interiores.

La segunda observación es que nuestro gran señor es *anticuario*. Además de dos galerías y un pórtico circular, llenos de estatuas antiguas, hay aquí trozos de esculturas de toda clase, repartidos por todo el jardín: cariátides, torsos, bustos colosales, dioses, columnas coronadas por bustos, urnas, leones, grandes ánforas, zócalos, restos innumerables frecuentemente rotos o mutilados. Hasta, con el fin de aprovecharlo todo, se han incrustado en un muro gran cantidad de restos informes. Algunas de estas esculturas, una cariátide, una cabeza de Antinoo, estatuas de emperadores, son muy hermosas. El resto es un revoltijo singular. Muchas pertenecen, seguramente, a pequeños municipios, a casas particulares. Ya los antiguos hacían también obras de pacotilla, lo que subsiste entre nosotros, sobre todo cuando se encuentran esas estatuas de escalera y esos bustos de ayuntamientos. Estos son documentos de museo más bien que obras de arte. Decoran así la casa sólo por pedantería; los trastos viejos son un gusto de viejo y ha sido el último gusto que ha subsistido en Italia. La literatura muerta hace todavía diserta-

ciones sobre un ánfora o sobre unas monedas; entre los sonetos galantes y las frases académicas, cuando todo el esfuerzo del espíritu estaba prohibido y amortiguado, en la alta sociedad del último siglo se guardaba, como en los tiempos de Poliziano y de Lorenzo de Médicis, y el gusto a lo antiguo y la curiosidad arqueológica. Esta afición desvía el espíritu de los grandes problemas; un príncipe absoluto, un cardenal, pueden ocupar así sus horas de ocio, darse un aire de inteligentes y de Mecenas, obtener las cartas de dedicatoria, los frontispicios mitológicos y los grandes superlativos italianos y latinos.

Un tercer punto, no menos visible, es que nuestro señor anticuario es *italiano*, hombre del mediodía. El clima invita a esta arquitectura. Muchas de las construcciones, imitadas por nosotros durante nuestros siglos clásicos y absurdas bajo nuestro cielo, son lógicas aquí y, por tanto, bellas. A la entrada los grandes pórticos, de arcadas abiertas; no hay necesidad de ventanas, y es mejor que no haya necesidad de ellas; se pasea allí, sobre todo, para tomar el fresco. Conviene, además, que todo sea de mármol; en el Norte daría frío sólo pensar en él; vendrían a la imaginación las cortinas, las mantas, los caloríferos, los tapices, todo el aparato indispensable. Por el contrario, un duque, un prelado con traje violeta, de gran gala, rodeado de sus gentilhombres, es justamente éste el marco que necesita para hablar de los negocios de Estado o escuchar un soneto. De tiempo en

tiempo, en su paseo majestuoso, puede echar una mirada sobre las estatuas, sobre los bustos de los emperadores, representar su papel de latinista o de político ante ellos, interesarse sinceramente por su vida y por sus estatuas, con una especie de parentesco, a título de sucesor. Además, está muy bien esto para recibir a los artistas, proteger a los noveles y ordenar o examinar los planos del edificio. Si entra en las avenidas, son lo bastante anchas para que su traje no se enganche y para que su cortejo pueda seguirle. El jardín y el edificio son excelentes para tener una corte a cielo abierto.

Los panoramas, los trozos de paisaje que se perciben al final de las galerías, encuadrados entre las columnas, son del mismo estilo. Soberbios robles verdes alcanzan sobre un terraplén sus pilastras monstruosas y la cúpula, siempre verde, de su monumental hojarasca. Las alamedas de plátanos se prolongan y se cubren como un pórtico. Los altos cipreses, silenciosos, unen sus brazos nudosos en la corteza gris y suben con un aire grave, monótono, en pirámides. Los áloes alcanzan contra la pared blanca de los muros su tronco raro, parecido a una serpiente con convulsiones, manchada por la lepra. Más allá del recinto, sobre los ribazos vecinos, una mezcla de edificios y de pinos sube y baja según los accidentes del terreno. En el horizonte ondula la línea áspera y quebrada de las montañas; una de ellas, azulenta como una nube cargada de lluvia, levanta su triángulo, que tapa un trozo de cielo. De allí los ojos vuelven sobre la

sucesión de arcadas redondas, que forman los pórticos, sobre las balaustradas y las estatuas, sobre las columnas arrojadas aquí y allá, sobre los macizos y los cuadrados de los viveros y de los setos. En este marco de montañas forma esto exactamente un paisaje como los de Perelle, y corresponde a un estado de espíritu, del cual un hombre moderno, sobre todo un hombre del Norte, no tiene la menor idea. Los hombres de hoy son más delicados, menos capaces de gustar la pintura, menos capaces de gustar la música; aquéllos tenían todavía los nervios rudos y los sentidos vueltos al exterior; no sentían el alma de los objetos exteriores y no apreciaban más que su forma. Los paisajes, sabiamente elegidos y dispuestos, les producían la misma sensación que una habitación alta y amplia, sólidamente construída y perfectamente decorada; esto les bastaba, no conversaban con los árboles.

En el primer piso, desde la altura del gran balcón de mármol, la montaña que hace frente parece un edificio, una verdadera pieza arquitectónica. Por abajo se ve a las damas y a los visitantes pasearse en los compartimentos de las alamedas, con sus faldas de seda brochada, sus trajes de terciopelo, sus bolsas arrugadas, sus maneras más agradables y más corteses. Era la corte, que desfilaba y vivía ociosa bajo las miradas y a expensas de un grande, que tenía necesidad de ellos para demostrar al prójimo su importancia y para librarse del tedio; no era como hoy, en que un hombre

sabe vivir solo o en familia. Este gran salón adornado de mármoles, orlado de columnas, de bajo-relieves, de grandes ánforas, dorado, pintado al fresco, es el recinto más hermoso para una recepción. Sin gran esfuerzo se puede reconstruir imaginativamente la escena entera con sus personajes. Aquí y allá, escuchando al dueño que habla de los cuadros, los aficionados, los abates, miran y discuten. Recaen las miradas sobre el *Parnaso* de Mengs, que se compara con el de Rafael; así se da prueba de educación y de buen gusto, se han evitado las conversaciones peligrosas y puede uno marcharse sin haberse comprometido. Al lado de esto, en los saloncillos se contempla el soberbio bajo-relieve de Antinoo, con su pecho fuerte, su gesto viril, su apariencia de luchador fuerte; más lejos un admirable cardenal pálido, del Dominiquino, y dos pequeñas bacanales, llenas de vida, de Julio Romano. Entonces se les comprende; la tradición se ha conservado; un espíritu nuevo, una cultura oratoria y filosófica no la ha borrado, como en Francia; continúan todas las costumbres y todas las ideas del siglo xvi; continúan asesinándose por las noches; las calles no ofrecen ninguna seguridad. Mientras que en Francia triunfan los pintores de salón, aquí se imita al Renacimiento, y Winckelmann vuelve a lo antiguo. Agradan sus obras y las de los grandes maestros. Las esperas largas de antesala, la vacuidad de las conversaciones prudentes, el peligro de una alegría desbordada, la desconfianza recíproca, han aumentado la sen-

sibilidad, impidiéndola desahogarse. Todavía hay allí sitio en el hombre para las impresiones fuertes.

¡Qué lejos están de nosotros estas costumbres y estos sentimientos! ¡Cómo han trabajado entre nosotros la cultura refinada, la división de la riqueza y una policía bien entendida, para no dejar más hombres aislados que los gitanos y los ambiciosos, el hombre de Musset y de Heine!

He recorrido a pie dos millas; hay gran número de quintas adornadas con ruinas ridículas, fabricadas expresamente, muchas modernizadas; los estilos opuestos se mezclan, no vale la pena de entrar. Otras casas más burguesas dejan entrever los macizos de palmeras, de cactus, de juntos blancos empenachados entre las fuentes que corren. Nada más original y más grato. Las posadas más pobres tienen en su patio algún árbol grande de amplia copa, una frondosa parra que forma un techo de verdura. Se bebe en ellas un vino malo, azucarado y amarillo. Pero se contemplan de frente los paisajes de tintas suaves limitados por la montaña azulada, los verdores nacientes, las blancas cabezas de los almendros, el dibujo elegante de los árboles pardos o grises y el cielo todo salpicado de nubecillas ligeras.

### *Villa Borghese*

Poco puedo decirte sobre las demás villas; sugieren ideas parecidas; la misma vida producía los mismos gustos. Algunas son más grandes, más

rústicas, trazadas más libremente, entre otras la Villa Borghese. Se va a ella por la plaza del Pueblo; esta plaza, con sus iglesias, sus obeliscos y sus fuentes, con la monumental escalera del Pincio, es singular y hermosa. Yo comparo siempre mentalmente estos monumentos con los de París, a los cuales estoy acostumbrado. Se encuentra aquí menos grandeza material, menos espacio, menos sillares que en la plaza de la Concordia y en el Arco del Triunfo; pero es más original y más interesante.

La Villa Borghese es un extenso parque de cuatro millas de contorno, sembrado de edificios de todas clases. A la entrada hay un pórtico egipcio de un gusto deplorable; seguramente es una importación moderna. El interior es más armonioso y todo clásico: aquí un peristilo, allá un pequeño templo, más lejos una columnata en ruinas, un pórtico, balaustradas, grandes jarrones redondos, una especie de circo. El terreno, ondulante, curva y eleva hermosas praderas, enrojecidas de anémonas delicadas y temblorosas. Los pinos, separados a capricho, perfilan en el espacio claro su tronco elegante y su copa serena. En las proximidades de las alamedas las fuentes susurran, y en los valles los corpulentos robles, todavía desnudos, elevan sus valientes cuerpos de héroes antiguos. Yo he sido educado y criado en el Norte. Ya puedes figurarte que a su vista olvido todas las bellezas de Roma, que los edificios y las iglesias no sean nada al lado de esas viejas hayas nudosas, de esos grandes lucha-

dores de mis queridos bosques, que van a revivir y a los cuales el viento húmedo hace salir los brotes. Los monumentos y las piedras se asientan deliciosamente. Todo lo que es humano es ordenado y, por tanto, fatigoso; las líneas de los edificios son siempre rígidas; una estatua, un cuadro, no son más que un espectro del pasado. Las únicas cosas que proporcionan un placer completo son los seres naturales, en su labor de hacerse y de transformarse, que viven, y cuya substancia, por decirlo así, circula. Se pasan aquí las tardes enteras mirando los robles verdes, la vaga tinta azulada de su verdor, su redondez, tan amplia como la de los árboles de Inglaterra. Hay aquí una aristocracia como allá abajo; sólo la propiedad hereditaria puede salvar del hacha los hermosos árboles inútiles. Al lado de ellos los pinos, derechos como columnas, alzan su cúpula en el sereno azul; no dejan de mirarse estas redondeces que se suceden y se mezclan, el pequeño estremecimiento que los agita, la curva graciosa de tantas nobles cabezas esparcidas en el aire transparente. De trecho en trecho un álamo rojo alarga en medio de ellos su pirámide vacilante. Poco a poco el sol descende; su claridad ilumina los troncos medio blanquecinos, las pendientes de césped llenas de margaritas. El sol descende más aún y los cristales del palacio relampaguean; raros tonos rojizos se detienen sobre las cabezas de las estatuas. Óyense a lo lejos melodías de Bellini, una música vaga que trae a intervalos la brisa.

*Villa Ludovisi*

Todas estas villas tienen su colección antigua. La de la Villa Ludovisi es una de las más bellas; se ha construído un pabellón expresamente para colocarla. Después de Lorenzo de Médicis, la posesión de antigüedades es aquí un lujo obligado, un complemento de la gran vida aristocrática. Bien mirado, se percibe en toda la historia de la Roma moderna el recuerdo y como la continuación de la Roma antigua. El papa es una especie de César espiritual, y sobre muchos puntos los pueblos que viven más allá de los Alpes les parecen siempre bárbaros. Nosotros no hemos podido sino reanudar la cadena de la tradición; pero para ellos esta cadena no se ha roto. He recogido notas de toda esta galería, pero no quiero abrumarte con tanta nota...

Hay una cabeza de *Juno reina* de una grandiosidad y una seriedad sublimes. No creo que haya nada superior en Roma.

Anoto aquí, además, un *Marte* sentado, con las manos cruzadas sobre las rodillas; un *Mercurio* desnudo. Pero no haría más que repetir lo que ya te he dicho sobre esta escultura; lo que se siente, por vigésima vez, es la serenidad de una hermosa vida completa, equilibrada, donde el cerebro, con sus agitaciones y sus lecturas, no entorpece el resto. Hay motivo para admirar a Miguel Angel y amarlo con todas las simpatías; como una tragedia heroica y colosal se dice que esta calma extraordina-

ria es todavía más bella, porque es más sana. El torso del *Mercurio* no tiene casi ondulación; se ve solamente la línea de la pelvis; en lugar de los músculos en movimiento, el escultor sólo representa la forma humana y esto es suficiente para el espectador.

Un grupo moderno de Bernini hace contraste: es *Plutón raptando a Proserpina*. La cabeza de Plutón es bajamente jocosa; su corona y su barba le dan un aire ridículo; los músculos están acusados vigorosamente y el cuerpo adopta una actitud; no es un verdadero dios, es un dios decorativo como los de Versalles, un cómico mitológico dedicado a conseguir una mirada de los conocidos y del maestro. El cuerpo de Proserpina es muy redondeado, muy bonito; pero tiene demasiada expresión y ternura en los ojos, en las lágrimas, en la boquita...

El tiempo está soberbio, el cielo de un azul puro, sin nubes, que parece más hermoso al recordar el de hace ocho días, que estuvimos aquí bajo la lluvia y sobre el barro. Pero necesito hacer un esfuerzo para mirar, llevo siempre sobre el corazón la muerte de nuestro pobre amigo Woepke.

La villa es muy alegre. Las praderas, intactas y refrescadas por las lluvias, rebrillan; los setos de laureles floridos, los robles, las alamedas de cipreses centenarios, reaniman y levantan el espíritu con su gracia y su grandeza. Esta clase de paisaje es único. Las vegetaciones de climas opuestos se mezclan y se agrupan aquí. Los ramos de las pal-

meras, los grandes juncos empenachados que salen como un cirio de su nido de lanas relucientes. Allá abajo un álamo, un enorme castaño gris y desnudo que retoña. Y lo que es más raro todavía, son estas viejas murallas de Roma una verdadera ruina natural que sirve de cinturón. Los invernaderos se apoyan contra las arcadas rojizas; los limoneros, en hileras pálidas, se pegan contra los ladrillos separados; alrededor la hierba nueva se extiende y abunda; de vez en cuando, desde un alto, se percibe el último cinturón del horizonte, las montañas azuladas, coronadas por la nieve. Todo esto se halla en el recinto de Roma; nadie viene y no sé si vive alguien aquí. Esta Roma es un museo y un sepulcro donde subsisten en el silencio las formas pasadas de la vida.

Se llega a un pabellón central en una sala adornada de mosaicos, donde los grandes bustos miran colocados gravemente, desde lo alto de sus nichos. El nombre del fundador, el cardenal Ludovisi, está escrito encima de cada puerta. Por las ventanas se divisan el jardín y sus verdes. *La Aurora* de Guercino cubre el techo y sus curvas. Este es un comedor, desnudo y amplio, de gran señor; hoy nosotros los tenemos lujosos y cómodos; pero ¿los tenemos hermosos? *La Aurora*, sobre un carro, huye del viejo Titón, medio envuelta en un manto que un Cupido levanta, mientras que un niño desnudo, con un aire de terquedad infantil, coge flores de una cesta. Es una mujer joven y vigorosa y en su fortaleza hay algo rudo. Delante de ella tres mu-

jeros están sobre una nube, mucho más originales y naturales que las de *La Aurora* de Guido. Más delante todavía juguetean tres jóvenes risueñas que apagan las estrellas. Un rayo de luz nueva ilumina a medias sus rostros, y el contraste de las porciones iluminadas con las oscuras es encantador. Entre las nubes rojizas y la niebla matinal que se evapora se divisa el azul profundo del mar.

Sobre una curva de la bóveda duerme una mujer sentada, vestida de gris, con la cabeza apoyada en una mano. Cerca de ella, un niño desnudo está acostado sobre un lienzo y duerme también. Este sueño es de un realismo admirable; la intensidad del entorpecimiento en que el sueño sume a los niños se marca en la mueca de los labios, en el ligero fruncimiento del entrecejo. Guerchino no copiaba a los antiguos como Guido; estudiaba el modelo vivo como Caravaggio, observaba las particularidades de la vida real, los gestos, las alegrías, los mohines, todo lo que hay de caprichoso en la pasión y en la expresión del rostro. Sus personajes son muchas veces bajos y gordos, pero viven, y la mezcla de luz y de clarooscuro sobre el cuerpo de los dos durmientes es la poesía misma del ensueño.

### *Los palacios*

Estas villas, estos jardines, los palacios que llenan el Corso, son los restos de la gran vida aristocrática. No hay nada parecido en París ni en Lon-

dres. Los parques particulares se han convertido en jardines públicos; no le queda a las grandes familias más que los hoteles y, más frecuentemente, las casas provistas de un trozo de terreno, donde el dueño se pasea ante las miradas de las casas vecinas. Mientras que en los países del Norte se establece la igualdad, aquí la aristocracia se aferra y se renueva por el nepotismo. Durante tres siglos los papas han utilizado la mejor parte de las rentas públicas para fundar familias. Eran buenos parientes y proveían a los hijos de sus hermanas y de sus hermanos. Sixto V da a uno de sus sobrinos el cardenalato y cien mil escudos de beneficios eclesiásticos. Clemente VIII en trece años distribuye entre sus sobrinos, los Aldobrandini, en dinero contante solamente, un millón de escudos. Paulo V da al cardenal Borghese ciento cincuenta mil escudos de beneficios; a Marco Antonio Borgheese, un principado, numerosos palacios en Roma, las más hermosas villas de los contornos, y a todos diamantes, plata, carrozas, mobiliarios enteros y un millón de escudos de plata en dinero. Con estas donaciones los Borghese compran ochenta dominios sólo en la campiña de Roma y otros en diversos sitios. En efecto, el Papa no es más que un gran funcionario viejo, cuyo puesto es transitorio; su familia está obligada a explotarlo rápidamente. A cada reinado las prodigalidades son mayores. Bajo Gregorio XV el cardenal Ludovisio recibe doscientos mil escudos de beneficios; su tío, padre del Papa, es igualmente bien tratado. El Papa

funda los *luoghi di monte* por ochocientos mil escudos que les da. «Lo que poseen las casas Peretti, Aldobrandini, Borghese y Ludovisio, dice un contemporáneo, con sus principados, sus enormes rentas, tantos edificios magníficos, mobiliarios soberbios, ornamentos y atractivos extraordinarios, sobrepasa no sólo la condición de los señores y de los príncipes no soberanos, sino que se acerca a la de los mismos reyes.» Bajo Urbano VIII, los Barberini reciben hasta ciento cinco millones de escudos. Las cosas van tan lejos que el Papa siente escrúpulos y nombra una comisión a este efecto. Ciertamente, para subvenir a estas liberalidades era preciso hacer empréstitos y el erario se encontraba en una situación lamentable; al final del siglo XVI los intereses de la deuda absorbían las tres cuartas partes de la renta; seis años más tarde lo absorbían toda, excepto setenta mil escudos; algunos años después las numerosas rentas no bastaban a pagar las asignaciones con que se las había gravado. Sin embargo, la comisión declara que el Papa, siendo príncipe, puede dar a quien le parezca sus ahorros y sus excedentes. Nadie consideraba entonces al soberano como un magistrado administrador del dinero público; tal idea no se estableció en Europa hasta Locke; el Estado era una propiedad de la que se podía usar y abusar. La comisión declara que el Papa puede en conciencia fundar para su familia un mayorazgo de ochenta mil escudos. Cuando, un poco más tarde, Alejandro VII quiso cerrar la llaga, se le prueba con

buenos y valiosos argumentos que hacía mal. Había prohibido a sus sobrinos la entrada en Roma, y el rector del colegio de jesuitas, Oliva, determina que debía llamarlos «bajo pena de pecado mortal». Se ve por los contemporáneos (1) cómo rueda el dinero, cómo se desborda, y se encauza a cada Papa en un nuevo depósito y se muestra magníficamente en ondas doradas, en láminas relucientes, donde los escudos, los ducados hacen brillar sus preciosas efigies. Al momento, como en los alrededores de un canal reabastecido, el lector ve crecer las más hermosas flores aristocráticas, todas las suntuosidades que reproducen los cuadros y las estampas: gentilhombres en traje de terciopelo y de raso, suizos y lacayos, mayordomos ventrudos, oficiales de boca, de mesa y de cuadra, un pueblo de hombres de armas, criados nobles escogidos para el esplendor y la defensa, que dan cortejo al amo durante sus visitas, guardan sus antecámaras durante sus recepciones, suben en sus carrozas, habitan en sus buhardillas, comen en sus cocinas, asisten a su despertar y viven espléndidamente, teniendo por todo oficio el cuidado de hacer que dure su traje bordado el mayor tiempo posible y de defender en todo momento el honor de la casa.

¿Cómo sostener a toda esta gente? Notad que es preciso alimentarlos; hay necesidad de ellos para hacerse respetar; Roma no es segura. A la muerte de Urbano VIII, durante el cónclave, la sociedad

---

(1) Citados por Ranke. *Geschichte der Päpste*.

parecía disuelta. «Hay tanta gente armada en la ciudad que yo no recuerdo haber visto nunca tanta. No hay ninguna casa un poco rica que no se provea de una numerosa guarnición de soldados. Si se les reuniese a todos se formaría un gran ejército. Las vías de hecho tienen en la ciudad toda impunidad y toda licencia; hay hombres muertos en todos los rincones. La frase que se oye con más frecuencia es esta: acaban de matar a Fulano o a Mengano.» Una vez que el Papa ha sido nombrado, los sobrinos del precedente tienen que aprestarse a la defensa; se les quiere obligar a que devuelvan lo que tienen; sus enemigos les promueven procesos; frecuentemente se ven obligados a huir. Entre tantos peligros es necesario tener una partida, unos adeptos, una clientela, un cortejo de espadas fieles y siempre dispuestas. Roma no ha dado el paso que separa la Edad Media de los tiempos modernos. La seguridad y la justicia faltan allí; no es un Estado y todavía menos una patria; cada uno procura protegerse a sí mismo por la fuerza o por la astucia; cada uno tiene sus privilegios, es decir, el poder y el derecho de estar en ciertos casos por encima de la ley. Cien años más tarde De Brosses escribe todavía que «la impunidad está asegurada a cualquiera que desee alterar la sociedad, siempre que sea amigo de un grande y vecino de un asilo». «Todo es asilo aquí, las iglesias, el recinto del domicilio de un embajador, la casa de un cardenal, hasta el punto de que los pobres esbirros (los arqueros) de la policía están obli-

gados a llevar una guía particular de las calles de Roma y de los sitios por donde pueden pasar persiguiendo a un malhechor.»

Un grande vive en su palacio como un señor feudal en su castillo. Sus ventanas están enrejadas con barrotes entrecruzados, aseguradas con pernos que resisten a la palanca y al hacha. Los morrillos de la fachada son grandes como medio hombre, y ni las balas, ni la piqueta harían mella en su masa. Las murallas de sus jardines tienen treinta pies de altura, y nadie se atrevería fácilmente a atacar los bloques del revestimiento o de los esquinzos. El parque es bastante grande para contener un pequeño ejército; en las antecámaras y en las galerías se ven fácilmente doscientos o trescientos trajes galoneados; a éstos se les aloja sin dificultad en las buhardillas. En cuanto a los soldados, no les faltará. Así es que, en la Edad Media, los débiles, para subsistir se ven obligados a ponerse bajo la protección de los fuertes: «Monseñor — dice el pobre hombre —: como mi padre y mi abuelo, yo soy servidor de vuestra familia». De tal modo, el fuerte, en la Edad Media, para sostenerse, ha de agrupar en torno suyo a los débiles. «Aquí tienes un uniforme y tantos escudos al mes — dice el poderoso —; marcha al lado de mi carroza en los viajes y en las ceremonias.» Hay, por tanto, en Roma cien pequeñas ligas, y es tanto más poderoso un hombre cuanto más hombres tiene bajo su mano y a su servicio.

Con este régimen se arruinan y se ven obligados

a levantar empréstitos. Los grandes señores hacen como el Estado: para tener dinero contante, empeñan sus rentas. Durante siete años, los acreedores de los Farnesio no reciben ni un escudo; como entre los acreedores hay hospitales y establecimientos de caridad, el Papa se ve obligado a enviar los soldados a ocupar las tierras de los Farnesio en Castro. Además, en este tiempo, las disputas de la corte provocan verdaderas guerras, y calculad los gastos que esto acarrea. Los Barberini, no habiendo recibido la visita de Odoardo Farnesio, le quitan el privilegio de exportar su trigo; a causa de esto invade los estados de la Iglesia con tres mil caballos, diciendo que no ataca al Papa, sino a sus sobrinos. Los sobrinos, a su vez, levantan un ejército, y de ambas partes los soldados son mercenarios, alemanes o franceses; el territorio es saqueado por estas soldadescas, y cuando se concierta la paz, cada uno de los dos partidos se encuentra con los bolsillos vacíos. Naturalmente, para llenarlos se estruja al pueblo. Olimpia, cuñada de Inocencio X, vende los empleos públicos. El hermano de Alejandro VII, jefe de la justicia en el Borgo, vende la justicia. Los impuestos llegan a ser insoportables. Un contemporáneo escribe «que los pueblos, no teniendo dinero, ni ropas, ni colchones, ni utensilios de cocina, para satisfacer las exigencias de los comisarios no tienen más que un recurso para pagar los impuestos, que es el de venderse como esclavos». Cesan los trabajos, y las aldeas se despueblan. En el siglo siguiente, De

Brosses escribe: «El gobierno es tan malo, que es imposible representarse otro parecido. Imagináos un pueblo en el cual un tercio son sacerdotes; otro tercio es gente que no trabaja; donde no hay ni agricultura, ni comercio, ni fábricas, en medio de una campiña fértil y sobre un río navegable; donde, a cada mudanza, se ven llegar ladrones que ocupan el sitio de los que ya no tienen necesidad de robar».

Trabajar en semejante país es una tontería: ¿por qué voy a tomarme la molestia de trabajar, sabiendo que el fisco, o cualquier noble, o cualquier pícaro protegido, se llevarán el fruto de mi trabajo? Es mejor colocarse de criado de cualquier personaje, que me guardará algún pedazo del pastel. «Cuando una muchacha del pueblo tiene la protección del bastardo del boticario de un cardenal, se hace asegurar cinco o seis dotes en cinco o seis iglesias y no quiere aprender a coser ni a hilar; otro villano se casa con ella por el incentivo de este dinero contante», y viven sobre el común; más tarde, entremetidos, mendigantes, pescarán la sopa donde pudieren. La vida noble comienza, tal como la describen las novelas picarescas, no solamente en Roma, sino en toda Italia. Se tiene a deshonra el trabajar; hay gentes que se olvidan de pagar sus deudas; hay quien come sólo un nabo y luce un traje precioso; se compra al fiado en los comercios, y viven a fuerza de súplicas y de mentiras. Las comedias de Goldoni están llenas de estos personajes bien nacidos, de espíritu cultivado, medio estafadores, que viven a costa de

otros: se hacen invitar, están siempre alegres, animados, dicharacheros, conocen perfectamente todos los juegos, componen versos en honor del dueño, le aconsejan sobre sus obras y, sobre todo, le piden dinero prestado y comen a dos carrillos; se les llama «caballeros de los dientes», bufones, aduladores, glotones, que se dejarían dar un puntapie por un escudo. Las memorias de la época dan cien ejemplos de esta decadencia: Carlo Gozzi, al regresar de un viaje con un amigo, se detiene un instante a contemplar la soberbia fachada del palacio de su familia. Suben una magnífica escalera de mármol y se quedan estupefactos: parece que la casa ha sido saqueada. «El suelo de la sala de recepciones estaba enteramente destruído; por todas partes había huecos profundos; los cristales, rotos, dejaban pasar el aire; las tapicerías, sucias y en jirones, colgaban de los muros. No quedaban ni vestigios de una magnífica galería de cuadros antiguos. No encontré más que dos retratos de mis antepasados: uno, del Ticiano, y otro, del Tintoretto.» Las mujeres empeñan, alquilan o venden lo que pueden y de la forma que pueden; cuando la necesidad aprieta a la gente, no razonan. Un día, la cuñada de Gozzi vende al carnicero, al peso, un rollo de contratos, de fideicomisos y de títulos de propiedad. Por todas partes, los expedientes, los embrollos, las picardías de la *Novela Cómica*. Hay que leer al truhán de Casanova para saber hasta qué punto puede descender la miseria dorada. Sin duda, como todos los bribones, éstos que presenta son de su

cuerda; pero la vida picaresca de los franceses es distinta y tiene otros actores que la italiana. Un día saluda a un conde, oficial de la república de Venecia, gentilhombre, cuya esposa y cuya hija tienen las más corteses maneras y una educación esmeradísima; al día siguiente, va a devolverle la visita: encuentra los postigos casi cerrados, los abre un poco y ve a las dos damas cubiertas de andrajos y sin ropa blanca; el domingo lucen sus bellos trajes para ir a misa, sin lo cual no tendrían parte en las limosnas eclesiásticas, de las cuales viven. Algunos años más tarde, va a Milán. Dos maridos, dos hermanos, también gentilhombres, bien educados, altivos, lo introducen cerca de algunas personas de su familia: un conde, en cuya casa se hospeda, y que no tiene leña para encender las chimeneas, se ofrece, enrojeciendo, a negociar los favores de su mujer; otro, el conde Rinaldi, al enterarse de que dan cien escudos por su hija, llora de alegría, pues creía que sólo ofrecerían cincuenta. Encantadoras damas, que, faltas de dinero, no han podido visitar nunca Milán, no pueden resistir a una comida y a un traje. El hijo de un noble veneciano tiene un garito, donde se hace trampa, y lo confiesa. Una joven noble confiesa que «su padre le ha enseñado a tallar un faraón de tal manera que no puede perder». Hombres y mujeres se arrodillan delante de un cequí. Bastan las propias palabras de los charlatanes y de los vividores para hacer sentir el contraste extraordinario de las maneras y de las costumbres: de un lado, los trajes admirables, las

frases corteses, el estilo elegante, los agasajos y el buen gusto del mejor de los mundos; de otro, la desvergüenza, las acciones, los gestos y las inmundicias de los peores lugares. A este bajo fondo desciende la vida señorial del siglo XVI. Cuando el pueblo no trabaja y roban los poderosos, se ve pulular a los caballeros de industria y a las damas de aventura; el honor es una mercancía como lo demás, y se la vende cuando no hay otra cosa.

A esta sociedad de vagos, sin embargo, se deben las grandes obras de arte por las cuales se visita hoy Roma. En ausencia de todo otro cuidado, se ocupaban de sus colecciones y de la arquitectura. El placer de edificar y los gustos de anticuario son los únicos que quedan a un gran señor fatigado de las ceremonias en un país donde la caza y los ejercicios corporales no están de moda, donde la política se halla estrangulada, donde el espíritu público y las ideas humanitarias no existen, donde la literatura elevada se ha marchitado para dejar su sitio a la más crasa ignorancia y a los versos malos. ¿Qué queréis que haga cuando ha abastecido su casa, ha devuelto las visitas y ha hecho el amor? Construye y compra. Hasta el siglo XVIII, y en plena decadencia, esta tradición noble subsiste. Prefiere la belleza a la comodidad. «Las casas — dice el presidente De Brosses — están cubiertas de bajorrelieves antiguos desde el suelo hasta el tejado; pero no tienen alcobas.» El italiano no cifra su lujo, como los franceses, en las recepciones y en la gula: a sus ojos, una hermosa columna

acanalada vale más que cincuenta comidas. «Su manera de proceder, después de haber amasado por una vida frugal una gran suma, es despilfarrarla en la construcción de algún grandioso edificio público... que haga pasar a la posteridad de un modo duradero su nombre, su munificencia y su gusto.»

Las características de esta vida rara son visibles a cada paso en los ciento o ciento cincuenta palacios que pueblan Roma. Se ven patios inmensos, altas murallas como las de una cárcel, fachadas monumentales. En el patio no hay un alma, es un desierto; muchas veces, a la entrada, una docena de holgazanes, sentados en el suelo, hacen como que arrancan la hierba; se diría que el palacio está abandonado. Algunas veces, lo está: el dueño, arruinado, vive en un cuarto piso, y procura alquilar el resto. Los edificios son demasiado grandes, muy desproporcionados para la vida moderna: no puede hacerse de ellos más que museos o ministerios. Al llamar, veis que llegan lentamente un suizo y algunos lacayos, con cara triste; tienen el aspecto de pájaros melancólicos de un jardín zoológico, empenachados, dorados, bordados y tristes, pero metidos en una jaula suntuosa. No suele venir nadie con frecuencia, aunque se haya elegido el día y la hora indicadas; es que la guardia hace un servicio para la princesa. El visitante jura contra este maldito país, donde todos viven del extranjero y donde nadie es exacto. Subís un gran número de escalones, de una anchura y de una altura sor-

prendentes, y os encontráis en una crujía de habitaciones todavía más anchas y más altas; avanzáis, pero esto no se acaba nunca: hay que andar cinco minutos antes de llegar al comedor, donde cabrían cuatro regimientos con los zapadores y la música. La embajada de Austria se ha perdido en el palacio de Venecia como un agujero de ratones en un molino viejo. Supongamos que hacéis una visita: la familia vive en el palacio, aunque parezca vacío. Se ven algunos pocos criados en las antesalas; más allá comienza la soledad: cinco o seis salones enormes, llenos de muebles viejos, la mayor parte estilo Imperio. Miráis, al pasar, por una ventana, y veis los grandes muros sombríos; los suelos, llenos de musgo; las cornisas de los techos, mutiladas o leprosas. Por fin, aparecen figuras humanas, uno o dos ujieres: os anuncia, y os encontráis ante un hombre sencillo, de levita, en una butaca moderna, en una habitación más pequeña que las otras, y colocado de la manera más conveniente para estar cómodo y calentito. Si hay en el mundo una habitación triste y que esté en desacuerdo con las costumbres modernas, es la suya. Mirad, para comprobarlo, al salir de aquí, un hotel modernizado, como se encuentran algunos de la pequeña nobleza, o la casa de un artista, como algunas que hay en los alrededores de la plaza de España, con sus tapices, sus jardinillos con flores, sus elegancias multiplicadas y nuevas, las encantadoras e innumerables invenciones de su comodidad. Todo lo que encierra es bonito, brillante,

confortable y agradable. Por el contrario, serían preciso en el palacio sesenta lacayos con librea y ochenta gentilhombres a sueldo: estos son los muebles naturales de semejantes salones. Los patios están pidiendo los cien caballos y las veinte carrozas de los antiguos dueños; las vajillas, los tapices, los millones en dinero contante debían venir aquí, como bajo los papas del penúltimo siglo, para restaurar o renovar el mobiliario. Los cuadros mismos, todas estas grandes figuras, tantas soberbias desnudeces, colgadas de las paredes, no son más que monumentos de una vida extinguida, demasiado voluptuosa y demasiado corporal para la época presente. La aristocracia romana se parece a un lagarto enterrado en el caparazón de un cocodrilo antediluviano, su abuelo; el cocodrilo era hermoso, pero el lagarto es sólo un cadáver.

### *Palacio de Farnesio*

De todos estos fósiles, el más grande, el más imponente, el más majestuoso, el más severamente magnífico, es, a mi juicio, el palacio de Farnesio. Está en un mezquino barrio: se cruza, para llegar a él, por los alrededores del palacio de Cenci, tan destrozado y tan sombrío. Cinco minutos antes he atravesado el barrio de los judíos, verdadera cloaca donde las callejas tortuosas se entrecruzan entre riachuelos fétidos, entre casas de fachada ventruda, dislocada, parecida al vientre de un hidró-

pico, entre negros patios chorreosos, entre las escaleras de piedra que parecen intestinos que se enroscan alrededor del muro, manchado por la suciedad secular. Figuras deformes, pequeñas, miserables, hormiguean allí como hongos sobre ruinas.

Con la retina llena de estas imágenes, se llega al palacio. Sólo, en medio de una plaza sombría, se alza el enorme palacio, macizo y alto como una fortaleza, capaz de recibir y resistir a la fusilería. Corresponde a la gran época; sus arquitectos, Sangallo, Miguel Angel y Vignole, sobre todo el primero, le han dado el verdadero carácter del Renacimiento, el del vigor viril. Verdaderamente, tiene parentesco con los torsos de Miguel Angel, y se siente en él la inspiración de una edad pagana, de una edad de pasiones trágicas y de energía intacta que la dominación extranjera y la restauración católica iban a debilitar y a degradar. Por fuera, es un cuadrado colosal, casi desprovisto de adornos, con fuertes ventanas enrejadas: era preciso que pudiera resistir a un ataque, durar siglos, alojar a un príncipe y a todo un pequeño ejército; esta es la primera idea del dueño y del arquitecto; la de las diversiones viene después. La palabra diversión está mal elegida; entre estas costumbres peligrosas y atrevidas no se comprende la diversión, la gracia amable tal como nosotros la entendemos; lo que le agrada a ellos es la belleza varonil y seria y la expresan con líneas y construcciones como con los frescos y las estatuas. En lo alto de esta gran fachada, casi desnuda, la cornisa que remata el

techo es a la vez rica y severa, y su encuadramiento continúa tan bien apropiado y tan majestuoso, dando armonía a toda la mole, de manera que forma un sólo cuerpo. Los enormes relieves de sus aristas, la variedad de las largas hileras de ventanas, el espesor de los muros, mezclan sin cesar las ideas de fuerza y de belleza. Se entra por un vestíbulo sombrío, poblado de arabescos, sólido como una poterna, sostenido por doce columnas dóricas, rechonchas, de granito rojizo. Allí se abre el admirable patio interior, que es la obra maestra del edificio: lo exterior es para la defensa; dentro es donde se pasea, donde se descansa, donde se toma el fresco. Cada piso tiene su paseo interior, su pórtico de columnas, y cada columna está embutida en un fuerte arco que aumenta el sólido aspecto; pero los adornos, la diversidad de los pisos, uno dórico, otro jónico, la hermosa guirnalda de flores y de frutos que los separa, los lises esculpidos en forma de arabesco, extienden en esta severidad una belleza encantadora y como una luz clara en medio de una sombra profunda.

#### *Palacios de Sciarra y Doria*

El antiguo rey de Nápoles habita el palacio de Farnesio, de manera que es difícil ver las pinturas que hay en él. Los otros, tienen días marcados para visitarlos. Sus propietarios tienen el buen gusto y el buen sentido de hacer de sus galerías particula-

res museos públicos. Avisos, en forma de folletos, han sido colocados sobre las mesas y puestos a disposición de los visitantes; los porteros y los ordenanzas reciben gravemente las propinas: en efecto, son funcionarios que sirven al público y que deben ser pagados por el público. He aquí la transición de la vida aristocrática al régimen democrático. Las obras maestras, los palacios, entre nosotros han dejado de ser propiedades particulares para pasar al usufructo de todo el mundo.

*Palacio Sciarra.* Dos cuadros preciosos, bajo cristal: el primero, el mejor, es el *Tocador de violín*, de Rafael. Es un joven con gorra negra y capa verde, con cuello de piel, y grandes cabellos castaños, en melena. Han tenido razón para declarar a Rafael el príncipe de los pintores; es imposible ser más sobrio, más sencillo, comprender la grandeza más naturalmente y con menos esfuerzo. Sus frescos, deslucidos; sus techos, desconchados, no pueden mostrárnolos enteramente; es preciso ver trozos donde, como aquí, el colorido no ha sufrido y el relieve está intacto. El joven vuelve lentamente la cabeza, y mira al espectador: la nobleza y la serenidad de esta cabeza son incomparables, como asimismo su dulzura y su carácter; no se puede imaginar una figura más bella, más fina, más digna de ser amada. Su semblante es tan serio, que se creería ver en él una sombra de tristeza; la verdad es, solamente, que está en reposo y que tiene un alma noble. Cuanto más se mira a Rafael, más se comprende que tenía un alma delicada y

generosa, parecida a la de Mozart, la de un hombre de genio que ha desplegado su genio sin trabajo y que ha vivido siempre en medio de formas ideales; ha permanecido bueno, como una criatura superior, que atravesara sin sentir las miserias y las bajezas de la vida.

El otro cuadro es el retrato de una querida del Ticiano, noble y tranquila también, como una estatua griega; tiene colocada una mano sobre un cofrecillo, y con la otra se alisa sus magníficos cabellos, que se desbordan sobre su garganta. La camisa, blanca y plisada, flota; un gran manto rojo se extiende sobre sus espladas. ¡Qué tontería más grande comparar los dos cuadros y los dos pintores! ¿No es lo mejor gozar por ellos todos los aspectos de la vida?

Dos *Magdalenas*, de Guido. Aquí se compara sin querer; se abandona a escape esta pintura, fofa, blanca, que parece hecha sin idea y mecánicamente.

Tengo la creencia de que una de las obras maestras de esta galería, acaso la más grande, es *La Modestia y la Vanidad*, de Leonardo de Vinci (1). No son más que dos figuras de mujer en un fondo obscuro. Aquí, y como por contraste, cuanto hay de ideológico es increíble. Este hombre es el más profundo y el más pensador de todos los pintores,

---

(1) Algunos la atribuyen a Luini, el mejor discípulo y el imitador más exacto de Leonardo. Puede ser que Leonardo haya hecho el boceto o añadido algunos retoques; pero la fuerza de la expresión y de las sombras son dignas de él, y yo creo que el cuadro es suyo. — (N. del A.)

un pensador refinado, que tiene curiosidades, caprichos, delicadezas, exigencias, sublimidades y acaso tristezas, mucho más allá de todos sus contemporáneos. Ha sido enciclopédico, pintor, escultor, arquitecto, ingeniero, mecánico; ha adivinado las ciencias modernas, ha practicado y señalado su método antes que Bacon; ha inventado en todas las cosas, hasta el punto de parecer extravagante a los hombres de su siglo; ha escudriñado y avanzado a través de los siglos y de las ideas futuras, sin encerrarse en un arte ni en una actividad, sin contentarse nunca con lo que sabía y podía hacer; al contrario, rechazando al instante lo que hubiera satisfecho el amor propio del genio más ambicioso, preocupado siempre en superarse, en enriquecer sus descubrimientos, como un navegante que, despreciando los sucesos, olvidando las contingencias, se lanza irremisiblemente en lo desconocido y en lo infinito. La expresión de la figura que representa la Vanidad es sorprendente. No se sabrán nunca todas las investigaciones, las combinaciones, las sensaciones, todo el trabajo interno, espontáneo y reflexivo, todo el camino recorrido por el alma y el espíritu para llegar a encontrar tal cabeza. Es más esbelta, tiene una elegancia más noble que la de Monna Lisa y su maravilloso peinado es extraordinario. Las soberbias trenzas de sus cabellos muestran en lo alto sus reflejos de jacinto, y otros cabellos rizados descienden hasta sus espaldas. El rostro es fino; los rasgos, asiento de la expresión, lo llenan totalmente. Sonríe de

una manera extraña, tristemente, con esta sonrisa característica de Vinci, singularmente melancólica y burlona; una reina, una mujer amada, una diosa, que tuviera todo esto y lo encontrara poco, tendría tal sonrisa.

La sala de los paisajes es una de las más ricas; guarda numerosos Claudio Lorrain, Locatelli, un gran paisaje de Poussin, representando a San Mateo que escribe cerca de un gran río en una campiña soberbia; siempre el paisaje italiano, tal como lo entienden en este país, es decir, las masas agrandadas, como los jardines ingleses y la campiña empequeñecida. Las dos razas, la germánica y la latina, muestran aquí su oposición: una, que ama la naturaleza libre por ella misma; la otra, que no la acepta más que como una decoración para apropiarla y subordinarla al hombre. El más hermoso de estos cuadros es el paisaje grande de Poussin: un río que culebrea, a la izquierda un bosque, en primer término una columnata en ruinas, de frente una torre, en la lejanía montañas azuladas. Los planos se muestran dentro de un orden arquitectónico, y las manchas de color son, como las formas, sencillas, sólidas, sobrias y bien contrapuestas. Esta gravedad, esta regularidad agradan al espíritu, ya que no a los ojos; pero para ser verdaderamente sensible es preciso amar la tragedia, los versos clásicos, la suntuosidad de la etiqueta y la fastuosidad señorial o monárquica. Hay una distancia infinita entre estos sentimientos y los sentimientos modernos. ¿Quién reconocerá aquí la

vida natural, tal como nosotros la comprendemos, tal como la describen nuestros poetas, vacía, sujeta a lo accidental, a las veces delicada, extraña y poderosa, expresiva por ella misma y tan cambiante como el rostro humano?

El palacio de Doria es tan magnífico como destrozado el de Sciarra. Entre las familias romanas, la familia de los Doria es una de las más ricas; hay ochocientos cuadros en las habitaciones. Se cruza a la entrada un gran número de cuartos que se hallan cubiertos; después se entra en la galería, soberbio paseo cuadrado alrededor de un patio lleno de plantas verdes, pintado al fresco y adornado con grandes espejos. Tres de sus lados están llenos de cuadros y el cuarto de estatuas. Aquí y allá, repartidos, retratos y bustos de familia: el del almirante Andrés Doria, el primer ciudadano y el libertador de Génova; el de Olimpia, que gobierna la Iglesia bajo Inocencio X. Esta galería en un día de recepción, bajo las luces, poblada de trajes ricos de oficiales, de cardenales, de embajadores, debía ofrecer un espectáculo único. Yo he visto en otros palacios dos o tres de estas grandes reuniones. Los laureles, los naranjos, mezclados con los bustos y las estatuas, adornan las escaleras y los vestíbulos; las carnes de las pinturas lucen magníficamente en sus fondos oscuros y en sus marcos dorados; las extensas galerías, los salones de treinta pies de altura, permiten formarse y deshacerse los grupos con facilidad; la luz de las antorchas y las arañas extienden su claridad en

este vasto espacio sin molestar los ojos por su profusión; las penumbras y los tonos desvaídos no desaparecen, como en nuestros salones, bajo la uniformidad y la crudeza de una luz blanca. Cada grupo tiene su color propio y vive en su ambiente; entre el brillo de las sedas, entre los mármoles mate de las estatuas, bajo los reflejos oscuros de los broncees, los personajes se agitan en una especie de flúido del que sienten los ojos la delicadeza y el espesor.

Los paisajes de Poussin y de su discípulo Guaspre Poussin llenan casi por entero una sala. Son los cuadros más grandes que he visto; uno de ellos tiene veinte pies de largo. A fuerza de mirar estos accidentes de terreno sabiamente dispuestos, estos primeros términos oscuros, poblados de árboles grandes que contrastan con el color desvaído de las montañas lejanas, este amplio celaje, se acaba por alejarse de esta época y situarse en el mismo punto de vista del pintor. Si no siente la vida de la naturaleza, siente su grandiosidad, su gravedad solemne, hasta su tristeza. Ha vivido en solitario, en contemplativo en una época de decadencia. Es posible que el paisaje sea el último momento de la pintura, lo que cierra una gran época y lo que conviene a las almas cansadas; cuando el hombre está sano de corazón, es él mismo lo que le interesa; la naturaleza no es para él más que un acompañamiento. Por lo menos así ocurre en Italia; si el arte del paisaje se desarrolla allí es al final, en el tiempo de los arcádicos y de los academismos pas-

toriles; ocupa ya gran parte de las telas del Albano, llena todas las de Canaletti y las últimas de los Venecianos. Zucarelli, Tempesta, Salvator, son paisajistas. Por el contrario, en los tiempos de Miguel Angel y aun del mismo Vasari se desdeñan los árboles, las construcciones; todo lo que no sea el cuerpo humano parece accesorio.

Hay numerosos cuadros de Ticiano: una *Sagrada Familia*, de su primera época; el soberbio tipo corporal, que va a mostrar en sus amantes, comienza a destacarse. Dos retratos las representan; sólo son hermosas criaturas, sanas y frescas; una, adornada con un collar, es la más apetecible de las criadas bien nutridas. Una Magdalena esbelta, con el pecho desnudo, no es más que un animal hermoso. Una Santa Ana no es más que una buena jovencita algo enfadada, buena chica, completamente libre de toda idea mística. En su *Sacrificio de Abraham* el pobre Isaac chilla como un chico que acaba de cortarse un dedo. Ticiano pretende, casi tanto como Rubens, mostrar en el hombre el temperamento, las pasiones de la carne y de la sangre, los instintos libres y bajos, toda la vida brutal del cuerpo; pero no la pervierte, y mantiene la carne desbordante en los contornos de una forma armoniosa; en él la voluptuosidad no camina sin nobleza. Su alegría no es la simple hartura de los sentidos; es, además, la satisfacción de los instintos poéticos; no se reduce a fiestas sencillas, no le agradan los festejos chocarreros, sino las fiestas de epicúreos y de grandes señores. El instinto

en tales personas puede ser tan fuerte, tan impetuoso como en el pueblo, pero va acompañado de otras manifestaciones y no se satisface a tan poca costa; lo que desea no son nabos en una escudilla sino naranjas sobre un plato de oro. No se puede imaginar un color más franco y más sano que este de sus *Tres edades del hombre*, un cuerpo más floreciente y más fresco que el de su soberbia mujer rubia; su traje es rojo, y las tonalidades de su blanca camisa remangada dejan ver la blancura firme de sus admirables brazos; tiene la mirada seria y tranquila. Nosotros ya no sabemos hacer una belleza que pueda provocar y no provoque nada.

Numerosos cuadros de la escuela bolonesa son todos del mismo carácter. Uno es de Guerchino, muy obscuro, y representa a Herminia que encuentra a Tancredo herido y desmayado; el jinete es una cabeza académica; el hombre está copiado del natural con intenciones melodramáticas. El segundo cuadro, que es de Guido, representa una virgen adorando al niño Jesús; la virgen es una bella colegiala, y el cuadro presiente ya la devoción insubstancial y la proximidad del Sagrado Corazón. El tercero es una *Piedad*, de Aníbal Carrache. Su Cristo, un joven hermoso, de cabeza distinguida, emocionante, que puede agrandar a una gran señora; los angelitos, conmovidos, se muestran con enternecimiento los agujeros de los pies e intentan levantar la pesada mano. Son efectos buscados, gentilezas sentimentales necesarias en el nuevo

pietismo del siglo XVII, en una religión de mujeres mundanas y místicas.

Pero los trozos más sorprendentes son, yo creo, los retratos. Uno, de Veronés, representa a Lucrecia Borgia en terciopelo negro, el pecho un poco descubierto, con bullones de encaje en el corsé y en las mangas, gruesa, ya madura, con los cabellos recogidos, una frente estrecha, con el aire afectado y la mirada singular; así era cuando Bembo le dirigía los párrafos y las protestas de sus cartas ceremoniosas. *El almirante Andrés Doria*, de Sebastián del Piombo, es un magnífico hombre de Estado y un guerrero, con el gesto imperioso, la mirada tranquila, y su gran cabeza está prolongada por una barba gris. Otra cabeza, por Bronzino, la de Maquiavelo, alegre, con una expresión de actor bufo; parece un tunantuelo que olfatea en torno con intenciones chuscas. En Maquiavelo hay un cómico bajo el historiador, el filósofo y el político, y este cómico es descarnado, licencioso, amargo frecuentemente y al final desesperado. Se conocen sus bromas al salir del tormento, sus chistes fúnebres durante la peste; cuando se está muy triste hay que reír para no llorar; en el siglo XVII, y en Francia, hubiera sido Molière. Dos retratos son atribuidos a Rafael o pertenecientes a su escuela, los de *Bartolo* y de *Baldus*, rudos y gallardos; las figuras están admirablemente encuadradas; al lado de Rafael los otros pintores parecen desequilibrados, excéntricos. La obra maestra entre todos los retratos es el del papa Inocencio X,

obra de Velázquez; en un sillón rojo, delante de una *cortina* roja, bajo un solideo rojo, envuelto en un manto rojo, una figura roja, la figura de un pobre tonto, de un fámulo gastado. ¡Haced con esto un cuadro inmortal! Uno de mis amigos que volvía de Madrid me decía que al lado de los grandes cuadros de Velázquez que hay allí, todos los demás, los más sinceros, los más espléndidos, parecen muertos o académicos.

*Palacio Borghese*

Cuando al salir de un claro del bosque veis una cierva avanzar la cabeza y escuchar, el movimiento de su cuello os parece gracioso y sentís el estremecimiento delicado que al primer ruido va a correr por su lomo y a lanzarla a través de la espesura. Cuando ante un caballo, que quiere saltar un obstáculo, veis cómo se hinchan los músculos de sus ancas, os interesais por simpatía por esta actitud y este esfuerzo. No deseais otra cosa, no pedís, además, una idea moral, una intención psicológica, como quiere Landseer. Bajo este aspecto hay que considerar los cuadros del gran siglo en Italia; la expresión comienza más tarde, con los Carraches; lo que interesa a los hombres en las proximidades del año 1500 es el animal humano, y su complemento el vestido poco complicado. Añadid a esto la pomposa superposición de las edades, la necesidad de los santos para las iglesias y los decorados para los palacios. De estos dos sentimientos ha

salido todo lo demás; el segundo no ha dado más que el motivo; lo substancial de la pintura arranca del primero. Han tenido razón; el dolor, la alegría, la piedad, la cólera, todos los matices de las pasiones son sólo visibles a la mirada interna; si yo les subordino el cuerpo, si los músculos y los vestidos están sólo para expresarlos, hay que tratar las formas y los colores como simples medios, y hago lo que podía hacer mejor con otro arte, la poesía, por ejemplo. Cometo la misma falta que la música cuando, con el clarinete, pretende expresar la astucia triunfante del joven Horacio; la misma falta que la literatura cuando, con veinticinco líneas negras sobre el papel blanco intenta mostrarnos la curva de una nariz o de un mentón. Suprimo los efectos pintorescos y no atiendo más que a medias los efectos literarios; no soy más que un medio pintor y un medio literato.

Esta idea viene sin cesar, por ejemplo, ante las vírgenes y las venus de Andrea del Sarto, hermosas jóvenes que denotan el parentesco; ante la *Visitación*, de Sebastián del Piombo; es la Visitación, sin duda, pero el verdadero título sería: una joven de pie al lado de una vieja curvada. Hay dos hombres en el espectador contemporáneo: el devoto, que pagando los cuadros para una iglesia cree ganar cien años de indulgencias, y el hombre de acción, que con la cabeza llena de imágenes corporales se deleita en la contemplación de los cuerpos sanos, activos, en los mantos bien colocados.

*El amor sagrado y el amor profano*, del Ticiano,

es una obra maestra, pero del mismo espíritu: una hermosa mujer vestida, al lado de una hermosa mujer desnuda, nada más, y es bastante. Una seria, con una seriedad noble; la otra blanca, con una blancura ambarina, de carne palpitante, envuelta en un lienzo blanco y en un vestido rojo, los pechos poco marcados, la cabeza limpia de toda baja licencia, da la idea del más delicioso amor. Al lado de ellas hay una fuente esculpida, detrás un gran paisaje azulado, terrenos rojizos manchados por las tintas oscuras de los bosques sombríos y en la lejanía el mar; a alguna distancia hay dos caballeros; se divisa un campanario y una aldea. Les gustan los paisajes reales que ven a diario y los colocan en sus cuadros sin preocuparles la verosimilitud; todo está hecho para agrandar a los ojos y no hay nada que excite la facultad de razonar. La mirada pasará de los tonos simples de esta carne sana a las ricas tintas amortiguadas del paisaje, como el oído pasa de la melodía al acompañamiento. Ambos son iguales, es un placer del mismo orden. En su otro cuadro, *Las tres Gracias*, cuando se mira la primera, su hermoso rostro agradable, la diadema de oro que avanza, sembrada de perlas, hasta en medio de sus cabellos rizados y estos rubios cabellos, cuyas ondas de seda caen sobre el pecho hasta el vestido, empujan la mirada hacia el magnífico paisaje de rocas peladas, azuladas por el aire y la distancia, y la poesía de la naturaleza no hace más que completar la del cuerpo.

Hay en esta galería mil setecientos cuadros. ¿Cómo hablar de ellos? Contad todos los museos de Italia, los que hay más allá de los montes, lo que se ha perdido; añadid que no hay casa particular de mediana fortuna que no tenga cuadros antiguos, y encontraréis que esta pintura italiana es como la escultura griega, que en tiempos pasados acumulaba en Roma sesenta mil estatuas. Cada una de estas artes corresponde a un momento único del espíritu humano; entonces se pensaba a través de los colores y de la forma.

Uno de estos cuadros perdura en la imaginación: *Diana la Cazadora*, del Dominiquino. Son todas muchachas jóvenes, desnudas o medio desnudas, alegres y un poco vulgares, que se bañan, que estiran el arco y que juegan. Una, acostada sobre la espalda, tiene un gesto encantador de niño dichoso y travieso. Otra, que tiene tirante el arco, sonríe con gracia campesina. Una niña de quince años, con el torso macizo y elástico, deshace la única sandalia. Todas estas jóvenes son gentiles, despiertas, regordetas, un poco grisetas y, por tanto, muy poco diosas; pero ¡hay tanta juventud y tanta naturalidad en los rostros y en las actitudes! Dominiquino es un pintor original, sincero, todo lo contrario de Guido. Entre las exigencias de la moda, los convencionalismos y los procedimientos, tiene sentimiento propio, que sigue valientemente, vuelve a la naturaleza y la interpreta a su manera. Los hombres de su época lo han combatido y ha vivido desgraciado y desconocido.

*Palacios Barberini y Rospigliosi*

Es agradable seguir una idea. He ido a ver sus otros cuadros; hay uno en el palacio Barberini que representa a Adán y a Eva delante de Dios después de su pecado. El pintor se muestra aquí tan concienzudo como torpe; Adán, con el aire de un criado, se excusa y señala piadosamente a Eva, quien a su vez muestra a la serpiente con un cuidado no menos exagerado. «No es culpa mía, es de ella.» «No es culpa mía, es de él.» Se ve que el artista persigue la expresión moral, que insiste con la intención escrupulosa de una escuela de la decadencia; Rafael no descendía nunca hasta esto. Otra señal de los tiempos es la decencia eclesiástica: Adán y Eva tienen cinturones de hojas. Pero el cuerpo y la cabeza de la mujer, los angelitos que sostienen al Señor son perfectamente hermosos y toda la pintura es sólida. Dominiquino era hijo de un zapatero, lento y laborioso, de espíritu dulce y modesto, muy feo, desgraciado en amor, pobre, criticado y oprimido, replegado en sí mismo, buscándose y no hallándose siempre, como una planta que en un aire vitando, bajo frecuentes tormentas, se desarrolla incompletamente y, en medio de yemas abortadas, muestra aquí y allá hermosas flores.

En el palacio Rospigliosi hay otro de él, *Eva*, esta vez cogiendo la manzana. Eva es hermosa y no hay un trozo del cuadro que no denote un estu-

dio atento; pero ¡qué idea más barroca la de esta colección de animales amontonados alrededor de ellos, la de este papagayo rojo sobre el árbol de la vida! El árbol tiene una giba, una especie de estribo sobre el que está subido Adán. En cambio, en su *Triunfo de David*, que está al lado, el genio y la naturalidad han sido prodigados a manos llenas. Es imposible ver nada más encantador, con más vida, que el grupo de mujeres que tocan instrumentos; una sobre todo, medio inclinada, extendiendo los brazos, con un sistro en las manos, una túnica azul, la pierna desnuda, se adelanta con un gesto de una gracia indefinible; la carne está como impregnada de luz; es imposible hallar una actitud que muestre tan perfectamente la estructura humana, el hermoso animal que estira sus miembros en un magnífico día. Todas estas cabezas son jóvenes, de una gracia y una sinceridad virginales *inventadas*. Se adivina a un hombre que tiene verdadero corazón de pintor, que ha sentido únicamente la belleza por ella misma, que ha buscado, que ha creado, que pondera su idea, que trabaja con todo su ahinco para realizarla, que no es un simple fabricante de figuras, como el Guido. «No cesaba nunca, dicen sus biógrafos, de frecuentar los rincones donde se reunían algunos grupos de gente, a fin de observar las actitudes y las expresiones por las cuales los sentimientos internos se manifiestan.» Se encuentra en toda su obra este esfuerzo, frecuentemente muy grande, hacia la expresión: tal ocurre con el gesto irritado de

Saúl, que arroja violentamente su túnica. El pintor ha querido mostrar un celoso que se descubre a medias y que se contiene a medias; pero la pintura expresa mal las complicaciones y los matices de los sentimientos; la psicología no es de su campo.

En este palacio se encuentra el célebre techo de Guido, que se designa con el nombre de *La Aurora*; el dios del día está sobre su carro, rodeado por el coro de las horas, que danzan a través del aire; la primera hora matinal arroja flores. El azul profundo del mar, todavía en semiobscuridad, es encantador; hay una alegría, una grandiosidad francamente pagana en las florecientes diosas, que se cogen de la mano, formando pasos como para una fiesta antigua. En efecto, copiaba lo antiguo, por ejemplo, las nióbides, y de esta manera se creó un estilo; una vez hallado el tipo lo repetía siempre, consultando, no a la naturaleza, sino al consentimiento del espectador. Así, la mayoría de sus figuras se parecen a los grabados de figurines, por ejemplo, la *Andrómeda* de la sala próxima; ésta no tiene ni cuerpo ni alma; no existe, no es más que un agradable conjunto de contornos. El Guido es un artista afortunado, admirado, mundano, que se acomoda al gusto del día, que agrada a las damas. Solía decir: «Poseo doscientas maneras diferentes de hacer mirar el cielo por hermosos ojos.» Lo que aporta en esta sociedad ligera, galante, ya estragada, donde florecen los pisaverdes, son las delicadezas de expresión femeninas, desconocidas de los antiguos maestros; son las fisonomías y las

sonrisas de sociedad. La verdadera energía, la fuerza interior de la pasión franca, han desaparecido de Italia; no gustan ya las verdaderas vírgenes, las almas primitivas, los sencillos aldeanos de Rafael, sino las emocionantes figuras de los salones o de los conventos, las señoritas bien educadas; la antigua rudeza ha desaparecido y no hay vestigios de la familiaridad republicana; las personas se hablan ceremoniosamente, según la etiqueta, con títulos rimbombantes y frases obsequiosas; después de la conquista española no se vuelven a llamar hermano o compadre, se dan el título de señor, estirando el rostro. El gusto ha cambiado con el estado de espíritu; a las personas refinadas y delicadas no pueden gustarles las figuras sencillas y fuertes; necesitan redondeces amañadas, sonrisas dulzonas, tintas cuidadosamente fundidas, rostros sentimentales, el placer y el rebuscamiento en todas las cosas, algunas veces, por contraste, las rudezas de Caravaggio, la trivialidad y la crudeza de la imitación literaria, como una copa de aguardiente después de veinte vasos de horchata azucarada. Se nota este contraste comparando en la galería Barberini dos retratos célebres, dos figuras que a ciento cincuenta años de distancia han sido objetos de amor y modelos de belleza: la *Fornarina* de Rafael es un cuerpo sencillo, la cabeza morena, la mirada dura, la expresión vulgarmente alegre, las ojeras muy marcadas, el antebrazo muy grueso, las espaldas caídas, una vigorosa mujer de pueblo, parecida a esta panadera

amante de lord Byron que le tuteaba y le llamaba perrito de la virgen; Rafael no encontró, ciertamente, más que un animal humano bien proporcionado, arrogante, que le proveía de motivos de líneas. Por el contrario, la *Cenci* de Guido es una delicada y hermosa joven pálida; su pequeño mentón, su boca linda, todas las curvas de su cara son graciosas; vestida de blanco, la cabeza envuelta en blancos lienzos, está colocada en una actitud de modelo como una figura de estudio. Es interesante y enfermiza; quitadle la palidez que le viene de su triste estado y quedará una encantadora señorita, como la virgen de la *Anunciación*, del Louvre, delante del ángel, que es un agradable paje; he aquí lo que agradaba a los artífices de sonetos y a las bellas damas.



## LAS IGLESIAS

*16 de marzo de 1864.*

Parece que tus amigos me acusan de irreverencia; cuando se está en Roma es para admirar y no para señalar que los mendigos son sucios y que en los rincones de las calles hay tronchos de coles. Como queráis, mis buenos amigos; pero voy a molestaros todavía más. Podéis decir que he venido aquí en el mal tiempo, que anoto las impresiones del momento, que hablo en profano, en simple curioso, en aficionado a la historia, que no he manejado el cincel, ni los pinceles, ni el tiralíneas: todo esto es verdad; pero dejad a cada instrumento el son que le es propio; no exijais un aire convenido, aprobado, transmitido de organillo en organillo para mayor gloria de la tradición.

Así, por ejemplo, yo no podré jamás admitir que las iglesias de Roma sean cristianas, y esto me tiene muy disgustado porque me hará culpable. Si hay un rincón en el mundo que parezca apropiado para experimentar el enternecimiento, la compunción, la

veneración, el sentimiento grandioso y doloroso del infinito, del más allá, es este. Y por desgracia, se experimentan los sentimientos contrarios. ¡Cuántas veces, por contraste, he pensado en nuestras iglesias góticas: Reims, Chartres, París, Estrasburgo sobre todo! He vuelto a visitar Estrasburgo hace tres meses y he pasado una tarde sólo, en su enorme nave sumergida en las sombras. Una luz rara; una especie de púrpura tenebrosa moría en la negrura insondable. Al fondo el coro y el ábside con su círculo macizo de columnas redondas; la fuerte iglesia, primitiva y medio romana, desaparecía en la noche, tronco antiguo empotrado en la tierra, tronco robusto e indestructible alrededor del cual ha venido a ensancharse y a florecer toda la vegetación gótica. Muy pocas sillas en la gran nave, y apenas cinco o seis fieles de rodillas o vagando como sombras. El miserable ajuar, la mezquindad del culto ordinario, la agitación de los fieles, no alteraban casi la santidad de su soledad. El amplio espacio entre los pilares se mostraba negro bajo la bóveda, poblada de luces dudosas y de tinieblas palpables. Encima del coro, todo negro, una sola ventana se destacaba, llena de figuras radiantes, como un agujero al Paraíso.

El coro está lleno de sacerdotes, pero, al entrar, no se distingue nada; tan espesa es la sombra y tan grande la distancia. No hay apenas adornos ni imágenes pequeñas. Sólo en la obscuridad, entre las grandes formas que se adivinan, dos candeleros, encendidos, lucen, a los dos extremos del

altar, parecidos a dos almas temblorosas. Los cánticos suben y bajan por intervalos iguales, como los incensarios que se balancean. Algunas veces, las voces claras y lejanas de los niños del coro hacen pensar en una melodía de angelitos, y de vez en vez una sonora modulación del órgano apaga todos los ruidos con su majestuosa armonía.

Al avanzar, las ideas cristianas envuelven el espíritu con nuevas impresiones, a medida que aparecen nuevos aspectos. Al llegar al ábside, cuando en la cripta desierta y fría se ha visto al gran arzobispo de piedra, con un libro en la mano, durmiendo el sueño eterno como un faraón sobre su sepulcro, y se sale de la bóveda mortuoria, la roseta occidental deslumbra por encima de la enorme oscuridad de las primeras arcadas, en su orla negra y azul, con sus innumerables pétalos de amatista y de esmeralda, con el doloroso y ardiente esplendor de sus pedrerías místicas, con los centelleos de su sangrante magnificencia. Es el cielo entrevisto por la noche, en sueños, por un alma que ama y que sufre. Abajo, como un mudo bosque septentrional, los pilares extienden sus colosales hileras. La profundidad de las sombras y la violenta oposición del día radiante son una imagen de la vida cristiana sumida en este triste mundo con aspiraciones al otro. A ambos lados, hasta perderse de vista, sobre los vitrales, las procesiones violetas y rojizas, toda la historia sagrada refulge en revelaciones apropiadas a la pobre naturaleza humana.

¡Cómo han sentido estos bárbaros de la Edad Media el contraste de las claridades y de las sombras! ¡Cuántos Rembrandts ha habido entre los albañiles que han preparado estos contrastes misteriosos entre las tinieblas y las luces! ¡Qué razón hay para decir que el arte no es más que la expresión, que un templo no es un montón de piedras o una combinación de formas, sino principal y únicamente una religión que habla! Esta catedral habla toda a los ojos, desde la primera mirada, al primero que llega, a un pobre leñador de los Vosgos o de la Selva Negra, casi un bruto, torpe y maquinal, en el que ni el menor razonamiento ha podido romper la espesa envoltura, pero que su miserable vida entre las nieves, su soledad en su choza, sus sueños bajo los abetos batidos por el cierzo, lo han colmado de sensaciones y de instintos que cada forma y cada color despiertan aquí. El símbolo hiere al primer golpe, y hace sentir: va derecho al corazón por los ojos, sin necesidad de atravesar la razón fría. Un hombre no tiene necesidad de cultura para impresionarse ante esta enorme nave, con sus pilares, regularmente colocados, que no se cansan de soportar esta sublime bóveda; le basta con haber vagado en los meses de invierno por las enormes montañas sombrías. Hay aquí un mundo, un compendio del mundo tal como lo concibe el cristianismo: humillarse, tocar con las dos manos las paredes húmedas en esta vida tenebrosa, entre las oscilaciones de inciertas claridades, entre los zumbidos y susurros del hor-

miguero humano, y, por consuelo, percibir aquí y allá figuras radiantes, el manto azul, los divinos ojos de una Virgen y del Niño, Cristo tendiendo sus manos bienhechoras, mientras un concierto de notas argentinas y de aclamaciones triunfantes transporta el alma en sus ondas y en sus acordes.

*15 de marzo.*

*Jesús*

Estos recuerdos y otros parecidos me complacen o me explican las iglesias de Roma. Son casi todas del siglo xvii o de fines del xvi, siempre modernizadas, y llevan el sello de la restauración católica que siguió al concilio de Trento. A partir de esta época, el sentimiento religioso se transforma: el ascendiente es de los jesuítas, que tienen un gusto especial, como tienen una teología y una política; siempre una nueva concepción de las cosas divinas y humanas produce una manera nueva de entender la belleza: el hombre habla en estos decorados, en estos capiteles, en estas cúpulas, más claramente y siempre con más sinceridad que en sus actos y en sus escritos.

Para ver este estilo en todo su esplendor, hay que ir a la plaza de Venecia, a Jesús, monumento central de la sociedad, construido por Vignola y Jacobo della Porta en el último cuarto del siglo xvi. Se continúa aquí el gran renacimiento pagano, pero alterado. Las bóvedas, de amplia cimbra, la

cúpula, las pilastras, los frontones, todas las principales partes de la arquitectura, son como en el Renacimiento; pero lo restante es escenografía, que cae en el lujo y en los papelitos rizados. Con la solidez de sus cimientos y las redondeces de sus formas, con la pomposa majestad de sus pilares cargados de capiteles dorados, con sus techos pintados, donde ruedan grandes figuras envueltas en ropas o medio desnudas, con sus pinturas encuadradas en orlas de oro labrado, con sus ángeles en relieve, que se lanzan desde el borde de los modillones, esta iglesia parece un magnífico comedor de algún palacio real que prepara su vajilla de plata, toda su cristalería, sus damascos, sus cortinas guarnecidas de encajes, para recibir a un monarca y hacer honor a la visita. La catedral de la Edad Media sugería ensueños grandiosos y tristes, la sensación de la miseria humana, el presentimiento vago de un reino ideal, donde el corazón apasionado encontrará el consuelo y el arrobamiento. El templo de la restauración católica inspira sentimientos de sumisión, de admiración o, por lo menos, de deferencia para este personaje tan poderoso, establecido hace tanto tiempo y sobre todo tan bien instalado y tan acreditado, que se llama la Iglesia.

De toda esta decoración imponente y deslumbrante brota una idea parecida a una proclama. «La antigua Roma había reunido el universo en un imperio único; yo la renuevo y le sucedo. Lo que ha hecho ella por los cuerpos, yo lo haré para

las almas. Por mis misiones, mis seminarios, mi jerarquía, estableceré universalmente, eternamente y magníficamente la Iglesia. Esta Iglesia no es como la que quieren vuestros protestantes, una reunión de almas inquietas e independientes, cada una activa y razonadora ante su Biblia y su conciencia; ni como la querían los primeros cristianos, una reunión de almas delicadas y tristes, místicamente unidas por la comunidad del éxtasis y la espera del reino de Dios; es un cuerpo de potencias ordenadas, una institución santa subsistente por ella misma y soberana de las almas. No reside en ellas, no depende de ellas; tiene en sí propia su fuente. Es una especie de Dios intermediario, que substituye al otro, y provisto de todos sus derechos.»

Semejante ambición tiene su grandeza y provoca sentimientos de dominio. Sin duda, no tiene nada de común con la vida espiritual interna, con el diálogo continuo de la conciencia cristiana ante el Dios justo, ocupada en examinarse; es simplemente humana, y recuerda el celo que tiene un monje por su orden o un ciudadano francés del siglo xvii por la monarquía. Pero, por ella, el hombre se cree comprendido en un gran establecimiento perdurable, que prefiere a sí mismo, en el cual se olvida y por el cual trabaja y se sacrifica. Es la pasión de un romano por su Roma; en efecto, la Roma antigua es a la Roma moderna como el panteón de Agripa es a estas iglesias de cúpulas: una copia alterada, recargada, la misma en el fondo, con la diferencia de que la gobernación de la segunda

Roma, siendo espiritual, no temporal, va del alma al cuerpo, no del cuerpo al alma. En una como en otra, se trata de regular la vida humana según un plan preconcebido, bajo una autoridad absoluta, fuera de la cual todo parece desorden y barbarie. Allí donde uno empleaba la fuerza, emplea el otro la habilidad, los manejos, la paciencia, los cálculos de la diplomacia y de la política. Pero el fondo del corazón no ha cambiado, y para las costumbres del espíritu nada hay tan parecido a un senador romano como un prelado católico.

Hay que colocarse en este punto de vista para comprender los edificios eclesiásticos de este país. Glorifican no al cristianismo, sino a la Iglesia. Este nuevo catolicismo se apoya sobre soportes numerosos y sólidos:

Sobre las costumbres. El hombre tiene inteligencia borreguil: de cien personas, no hay apenas tres que tengan el capricho o el deseo de formarse por sí mismas una opinión en materia religiosa. El carril está hecho, y lo siguen noventa y siete; de los tres restantes, dos y medio han tanteado infructuosamente, y vuelven al sendero.

Sobre el hermoso orden regular y el exterior imponente de la institución. Después del concilio de Trento, la disciplina eclesiástica se ha estrechado bajo la reacción de la reforma: se ha atendido a la instrucción y a la dignificación del clero.

Sobre la pompa y el prestigio del culto y de los edificios; sobre las grandes obras realizadas, misiones, conversiones, sobre la antigüedad de la ins-

titución y todo lo que M. de Chateaubriand ha desarrollado con su hermoso estilo.

Sobre la imaginación supersticiosa, más o menos grande según los climas, muy fuerte en los países del Mediodía, terrible en el momento de la muerte. Un hombre de sangre ardiente tiene concepciones coloreadas y apasionadas, y se deja conquistar por la vista. Yo he visto a algunos que se creen razonadores y volterianos y a quienes un entierro, la vista de una Virgen en su urna deslumbrante, entre las luces de los cirios y las nubes de perfumes, los pone fuera de sí y los hace caer a tierra, de rodillas. En estas cabezas, la idea no puede resistir a la visión.

Sobre la utilidad represiva. Los gobiernos, las gentes establecidas, propietarios y conservadores, encuentran en ella una policía de refuerzo sobre las costumbres morales.

Sobre la parte de virtud que en ella se desenvuelve. Ciertas almas nacen en ella nobles y encuentran allí, por delicadeza natural, la poesía de la tradición mística. Ejemplo: Eugenia de Guerin.

Estas son las líneas generales; hay otros trazos más particulares, añadidos por los jesuitas, y que son propios de la orden: a veinte pasos que se den en esta iglesia, se descubren. En estas manos, ingeniosas y delicadas, la religión se ha mundanizado: quiere agradar, adorna su templo como un salón, hasta lo adorna excesivamente; se diría que quiere mostrar su riqueza; procura distraer la vista, deslumbrar los ojos, excitar la atención distraída, parecer amable y rozagante. Las pequeñas roton-

das, a los dos lados de la gran nave, son encantadores gabinetes de mármol, agradables, en penumbra, como los gabinetes o los cuartos de baño de las damas elegantes. Las columnas, de mármoles preciosos, alcanzan por todas partes sus fustes pulidos o rayados de tintas naranjas, rosadas o verdosas. Resvestimientos de mármoles extienden por los muros abigarradas luminosidades; en las cornisas, hermosos angelitos de mármol blanco estiran sus piernas elegantes. Los dorados corren por los capiteles, brillando entre las pinturas, se desvanecen en glorias por encima de los altares, gatean a lo largo de las balaustradas en filetes luminosos, se amontonan en los santuarios en ramos complicados, en pródigas eflorescencias, con una apariencia de fiesta, que hace pensar en una galería principesca, adornada para un baile. En estos reflejos leonados del oro, entre estas incrustaciones de mármoles coloreados, a través del aire todavía cargado de tenues perfumes de incienso, se ven grandes grupos de mármol blanco, que proclaman el nuevo espíritu, el de la ortodoxia y el de la obediencia: *la Religión que derriba a la herejía, la Iglesia que castiga a los falsos doctores*. Hacia la izquierda se eleva el trono del patrón del lugar, el gran altar de San Ignacio. Detrás, una balaustrada de bronce, toda poblada de angelitos dorados, que juegan; encuadrada de bolas de ágata, tan engalanado y enriquecido que no hay nada comparable, salvo la ostentación de las figuras, de los cirios, de las hojas, de los dorados que suben por encima,

amontonados y mezclados como una guarnición de chimenea real. Allí, en la mano del Padre eterno, está el célebre globo, el mayor trozo de lápislázuli que se conoce. Allí está la estatua de plata de San Ignacio, de una altura de nueve pies. Un clérigo que limpia el altar, levanta el tapiz para enseñarme las incrustaciones de mármol, pasa su mano con complacencia sobre las ágatas relucientes, me habla con tristeza de los candelabros de oro, que robaron durante las guerras de la Revolución, es feliz por cuidar de un altar tan bello, y lo prefiere al del coro, que encuentra demasiado sencillo. Me persuade a que vuelva mañana para ver con mis propios ojos la estatua de plata de nueve pies de altura, pues hoy está cubierta: «¡Toda de plata, señor, y de nueve pies de altura; no hay nada parecido en el mundo!» El aldeano, el obrero del siglo XVII, se descubriría con miedo en la casa de un personaje tan rico. El gentilhomme, el elegante, se hallaría allí en su mundo entre muebles tan lujosos y tan fastuosos como los suyos. Además, encuentra allí mujeres elegantes y oye buena música.

Todo esto forma parte de un sistema. Cuando se han recorrido los países del Mediodía se nota esto. Yo lo he visto ya en Bélgica, en el bello país, tranquilo y dócil, reconquistado por el duque de Parma, en la iglesia de los jesuitas de Amberes, en la decoración interior de casi todas las viejas catedrales, en esta célebre capilla de Santa Gúdula, verdadero jardín, donde han puesto emparrado follajes, un pavo real, un águila, toda clase

bichos, todos los animales del Paraíso, Adán y Eva, decentemente vestidos, y el ángel que quiere parecer encolerizado y que tiene un aire sonriente. Todas las cosas jesuíticas llevan una apariencia amable y de dominio, despiertan ideas de comodidad y de atractivo; por ejemplo, encima de la cabeza del Predicador un baldaquino recuerda una alcoba; más alto todavía, una Virgen parece una joven señorita, esbelta y graciosa, adornada para el baile, con bonitos brazos delgados. El comentario de estas decoraciones es el *Imago primi saeculi*, soberbio libro, ilustrado, que es como el manifiesto del jesuitismo. Se contempla al jesuíta novicio arrullando al divino angelote, o bien al jesuíta pescador cogiendo almas con la red; más abajo, versos latinos y versos franceses en estilo escolar. Esto no son más que gentilezas, preciosos juegos de palabras, placeres del espíritu, dulcedumbres empalagosas; en una palabra, todos los bombones de la confitería devota.

Pero si han fabricado bombones, ha sido con talento; la prueba es que han reconquistado de esta manera la mitad de Europa, y si han llegado a esto es porque han encontrado una de las ideas principales de su tiempo. En este momento, el catolicismo, para subsistir, debía dar un cambio completo. Después del glorioso y universal renacimiento, en medio de sus industrias, de sus artes, de sus ciencias nuevas, que protegen, embellecen y dan libertad a la vida humana, la religión ascética de la Edad Media no podía perdurar. No se

puede considerar al mundo como un calabozo, ni al hombre como un vaso de arcilla, ni la naturaleza como un velo frágil y temporal interpuesto entre Dios y el alma, para dejar entrever aquí y allá por sus desgarraduras el mundo sobrenatural, sólido y eterno. Se confiaba en la fuerza y en la razón humana, se comenzaba a sentir la estabilidad de las leyes naturales, se gozaba de la semiprotección establecida por las monarquías regulares, se disfrutaba ávidamente el bienestar que todas las fuentes vertían a chorros. La salud y el vigor habían vuelto, y los músculos fuertes, el cerebro equilibrado, la caliente y roja oleada de vida, que corría abundante por las venas, rechazaba la fiebre mística, las visiones dolorosas, las angustias y arrebatos extáticos que la flacura de la juventud y la alteración de los nervios sobreexcitados habían producido. Era necesario que la religión se acomodara a la nueva condición de los hombres. Se vió obligada a atemperarse, a retirar o suavizar la maldición que había lanzado sobre la tierra, a autorizar o tolerar los instintos naturales, a aceptar abiertamente o por un rodeo la importancia de la vida temporal, y no condenar el deseo y el disfrute de bienestar. Se amolda a los tiempos, y en el Norte como en el Mediodía, en los pueblos germánicos como en los pueblos latinos, se ve al cristianismo aproximarse insensiblemente al mundo. El protestante dignifica el libre examen, el trabajo útil, la vida de familia, la adquisición honrada de riqueza, el goce moderado de los placeres domés-

ticos y de la comodidad corporal. «Nuestro objeto — decía Addison — es llegar aquí abajo a la vida cómoda, y allá arriba a la vida feliz.» El jesuíta atenúa la formidable doctrina de la gracia, interpreta las prescripciones rígidas de los concilios y de los santos padres, inventa la dirección indulgente, la moral tibia, la casuística acomodaticia, la devoción fácil y para el más cómodo manejo, las distinciones, las restricciones, las interpretaciones, las probabilidades; y todas las marañas teológicas salen de sus manos convenientemente acondicionadas para facilitar al hombre la libertad del placer. «Divertíos, sed jóvenes: únicamente, venid de vez en cuando a contarme vuestros asuntos. Tened la seguridad de que os proporcionaré, además, algunos buenos servicios».

Pero para aflojar una rienda, era preciso apretar otra. Contra el desarreglo de los instintos, medio desencadenados, el protestante había encontrado un dique en el despertar de la conciencia, en el llamamiento de la razón, en el desenvolvimiento de la acción ordenada y laboriosa. El jesuíta lo busca en la dirección metódica y mecánica de la imaginación. Allí está su acierto: ha descubierto en la naturaleza humana una capa desconocida y profunda, que sirve de sostén a todas las demás, y, que, una vez inclinada, comunica su inclinación al resto, de manera que, en adelante, todo rueda por la pendiente preparada. Nuestro fondo íntimo no es la razón, ni el razonamiento, sino las imágenes. Las figuras sensibles de las cosas, una vez trans-

portadas a nuestro cerebro, se ordenan allí, se repiten, se clavan, con afinidades y adherencias involuntarias. Cuando nos movemos, es en el sentido y por el impulso de las fuerzas así producidas, y nuestra voluntad se manifiesta enteramente como una vegetación frondosa, por las simientes invisibles que la fermentación interior ha hecho germinar sin nuestro concurso. Cuando se es dueño de la cueva oscura donde la operación se realiza, se es dueño del hombre; no hay más que dejar caer la semilla y cuidar de la germinación. La planta será como se quiera. Es preciso leer sus *Exercitia spiritualia* para saber cómo sin poesía, sin filosofía, sin el empleo de ninguna de las fuerzas nobles de la religión, se puede dominar al hombre. Tienen una receta para hacer devotas a las gentes, y la aplican desde su retiro; el efecto es seguro.

«El primer punto — dicen estos sabios psicólogos (1) — es componer el lugar en la imaginación, es decir, figurarse que se ven las sinagogas, las granjas, las aldeas, que Cristo recorría en sus predicaciones... Es preciso representarse, por una especie de visión de la imaginación, un paraje material, por ejemplo, un templo o una montaña, sobre la cual encontramos a Jesucristo o a la Virgen María y las demás cosas que se relacionan con la meditación... El segundo punto es entender, por medio del oído interior, lo que dicen todos los personajes, por ejemplo, las personas divinas conversando jun-

---

(1) Edición 1644, p. 62, 96, 120, 106, 80, 104.

tas en el cielo, sobre el rescate del género humano, o bien la Virgen y el Angel en un pequeño aposento hablando del Misterio de la Encarnación... Si nuestra meditación es sobre una cosa incorporeal, como, por ejemplo, la consideración de los pecados, se podrá componer el sitio por la imaginación de tal manera que veamos nuestra alma encadenada como en una prisión en este cuerpo deleznable y al hombre mismo desterrado en este valle de lágrimas entre las bestias.» Asimismo, para sentir la condición de cristiano, es conveniente imaginarse dos ejércitos, el de Cristo con los santos y los ángeles, en un vasto campo cerca de Jerusalén, y Lucifer, «jefe de los impíos» en otro campo cerca de Babilonia, sentado sobre una silla llena de fuego y de humo, horrible en el aspecto y con rostro terrible. Seguidamente, es preciso imaginarse a este mismo Lucifer convocando a los innumerables demonios y enviándoles para hacer el mal por todo el universo, sin que ninguna ciudad, ningún lugar, ninguna clase de personas, sea exceptuada de sus ataques». Todas las vueltas de la rueda están contadas. Si se trata del infierno «el primer punto es contemplar por la imaginación los grandes incendios de los infiernos y las almas abrasándose en ciertos fuegos corporales, encerradas en ellos como en calabozos. El segundo es oír por la imaginación las quejas, los sollozos, los aullidos que se lanzan allí contra Cristo y los santos. El tercero es respirar con la imaginación la humareda, el olor a azufre y la hediondez de una especie de sentina de cieno

y de podredumbre. El cuarto es gustar, también con la imaginación, las cosas más amargas, como las lágrimas, el acíbar, el gusano de la conciencia. El quinto es tocar estos fuegos, cuyo contacto consume las almas». Cada diente de la rueda muerde a su vez: primero, las imágenes de la vista; después, las del oído; luego, las del olfato, del gusto y del tacto; la repetición y la persistencia del choque profundiza la impresión. Se trabajará en esto cinco horas diarias. En los intervalos de descanso no se podrá distraer; no verá a nadie de afuera, evitará hablar con los religiosos de la casa, se guardará de leer o de escribir cualquier cosa, que no esté relacionada con la meditación del día y aguardará así a la noche. Por datos experimentales, el tratamiento produce su efecto en cuatro semanas. A mi juicio, es bastante; conozco gran número de personas que con este régimen, al cabo de quince días, tuvieron alucinaciones; no serían necesarios ni diez para el cerebro exaltado de una mujer, de un niño o para un cerebro débil y triste. Así clavada y remachada, la impresión es indestructible. Podéis atravesar el torrente de las pasiones y de la vida mundana, en veinte, en treinta años; a las proximidades de la muerte, en las grandes angustias, se verá reaparecer la marca profunda, sobre la cual el tiempo ha pasado vanamente.

18 de marzo.

*Santa María del Popolo.*

*Santa María della Vittoria.*

*Los conventos. El Quirinal*

Hemos visitado hoy cinco o seis iglesias; la arquitectura es casi siempre enfática, afectada, casi extravagante, pero nunca vulgar.

Primeramente, Santa María del Popolo, que es del siglo xv, modernizada por Bernin; pero todavía sería. Largas arcadas se extienden en filas, separando la gran nave de las pequeñas, y el efecto de todas estas curvas gallardas es grande y grave. Gran número de sepulcros llevan la impresión hasta casi la emoción trágica. La iglesia está poblada de ellos: veinte cardenales tienen allí sus monumentos; sus estatuas duermen sobre la piedra; otras efigies están medio acostadas y otras en actitud orante. Con frecuencia no hay más que un busto; algunas veces una calavera por encima de una inscripción y de un historial. Muchos sepulcros están en el suelo, y las pisadas de los fieles han desgastado el relieve de las figuras. Por todos lados, la muerte presente y palpable: bajo la losa funeraria se siente que hay osamentas, los restos miserables de un hombre; estas formas frías, de mármol inmóvil, que reposan eternamente en un rincón de la capilla, levantan su dedo seco: son todo lo que queda de una vida ardiente y estremecida, que se ha quemado con llamas y resplandores a los ojos

del mundo, para no dejar más que un pequeño montón de cenizas. Nuestras iglesias de Francia no tienen esta pompa mortuoria. En este cementerio de mármol, en medio de estas magnificencias y estas amenazas, ante estas capillas tan brillantes como el ágata y adornadas con huesos en aspa, ante estas estatuas de santos imponentes y estas calaveras de cobre, que relucen incrustadas en la piedra, se siente uno deslumbrado y se tiene miedo. Con aparatosa decoración y con desenlaces fúnebres, nuestros teatros atraen al pueblo.

El procedimiento es más visible todavía en los Capuchinos de la plaza de Barberini. Nos hemos encontrado, cuando llegamos, un entierro que pasaba; detrás marchaban procesionalmente unos frailes con hábito blanco y cirios en la mano; sus ojos negros relucían, como única cosa viviente; seguía una segunda hilera de capuchinos, algunos con la barba blanca, repasando en sus manos las cuentas del rosario y cantando no sé qué salmos fúnebres. Los hemos visto muy parecidos a éstos en la Opera, donde causan risa. Aquí la seriedad de la muerte os atenaza la garganta.

Hemos entrado en su convento, que es muy mediano. La extensa arcada interior está cubierta de malos retratos de frailes, con inscripciones en verso, acerca de la muerte, muy edificantes, es decir, terroríficas. Estos infelices, casi todos de edad madura, inútiles, sin parientes, sin amigos, habiendo empleado su vida estérilmente, causan pena, al verlos. Sobre los muros hay impresos indicando las

oraciones y las estaciones de la Semana Santa, que conceden indulgencia plenaria; luego las prácticas de menor eficacia por las cuales se ganan diez años de indulgencias, aplicables a otro y, por tanto, transferibles. ¿En qué puede pensar aquí un fraile ordinario sino en atiborrarse de indulgencias? Es un buen capital; si tiene amigos, un sobrino, un ahijado, les podrá hacer un regalo. Todo su cuidado debe ser emplear bien el tiempo, elegir las capillas más fructuosas, hacer el mayor número de genuflexiones y de rezos posible. Si es asiduo, rescatará cinco o seis almas además de la suya. El gran santo Ligorio, el teólogo más acreditado del último siglo, había sido príncipe; un cristiano celoso está casi seguro de no ir al infierno; pero como nadie está libre de pecado, no está muy cierto de evitar el Purgatorio, por lo cual, si es sensato, aumentará todos los días su capital de indulgencias. Pongamos que gana cien días solamente hoy —y puede ganarlos con una sola oración—, pues saldrá del Purgatorio tres meses y diez días más pronto.

Faltos de salida y por pobreza los aldeanos suministran los reclutas y, una vez frailes, atesoran indulgencias como un campesino atesora escudos; la ocupación es apropiada a su condición, a su educación y a su inteligencia. Además, salen del convento y por un real acompañan a los entierros. Como la orden ha conservado algo de su antiguo espíritu popular, van a visitar a las beatas, indicándoles remedios, enseñándoles oraciones y rega-

lándoles amuletos; además, ofrecen un polvo de tabaco y enseñan la receta de una ensalada. En Roma hay alrededor de cuatro mil frailes (1).

Hemos recorrido la iglesia y hemos visto numerosos cuadros de Guido: un encantador *San Miguel*, con las piernas desnudas, calzado con botas, agradable y brillante paje militar, con una cabeza de seductor; a su lado, formando contraste, un *San Francisco*, del Dominiquino, lívido y consumido. En otro edificio está la celda de un monje célebre; se ha colocado un altar y el Papa viene a decir misa. Todos estos rasgos de la Edad Media ascética, esta devoción de niños o de bárbaros, esta manera de exaltar o de empequeñecer al hombre, son desoladores. El hermano que nos acompaña está medio loco, es un idiota triste; da grandes suspiros y repite siempre las mismas palabras con una voz descompuesta y la mirada huraña. *Intende poco*, dice el hermano que le substituye.

Este nos conduce a la capilla subterránea, horrible y sorprendente montón de momias. Cinco años bastan a la tierra del cementerio para desecar un cuerpo; está preparado todo para instalarlos en cuanto mueren. Cuatro habitaciones están llenas de esqueletos y han sido colocados a manera de adorno. Los fémures, las escápulas, los húmeros, las pelvis, forman racimos como guirnaldas. Una elegante tapicería. Un espíritu curioso y refinado

---

(1) *Stato delle Anime dell' alma città di Roma*, 1763; en total, 6.494 eclesiásticos.

ha dispuesto toda esta decoración; algunas veces una calavera, al final de una cadena de vértebras, descende del techo, formando una lámpara suspendida. Dos brazos, con sus articulaciones y las manos nudosas extendidas, se corresponden como adornos de chimenea. Los huesos huecos de la cadera se amontonan unos encima de otros como bayonetas en una formación. Por todo el muro y toda la bóveda se ven los radios en hermosos y caprichosos arabescos; aquí y allá, en un rincón, un matorral de cajas torácicas erizan sus clavículas y sus costillas amarillentas. El suelo está lleno de hileras de fosas, unas llenas y otras vacías, que aguardan. Los muertos recientes están con su hábito. El monje nos muestra uno, amigo suyo, muerto en 1858; era robusto y alto; pero el cementerio lo ha atenuado, reducido al extremo, y su pellejo amarillo se pega a los brazos rígidos, a la cara, donde la carne parece haberse derretido. El fraile añade que dos hermanos están muy enfermos, que uno de ellos morirá probablemente esta noche, y nos enseña su fosa ya preparada. Este pobre hombre, con su barba gris y los ojos hundidos, nos da la explicación alegremente, riéndose; es imposible describir el efecto de esta alegría en semejante sitio y en semejante sujeto. ¡Pensad que cada fraile viene a rezar todos los días en esta capilla y notad con qué ligaduras corporales la máquina así manejada debe atar y doblegar al hombre!

Sentíamos necesidad de cambiar de aire y nos encaminamos a buen paso a Santa María degli

Angeli. Era la biblioteca de las termas de Diocleciano. Los romanos venían aquí después del baño para hablar y pasar las horas calurosas del día. Miguel Angel hizo de ella una iglesia, y bajo Benito XIV Vanitelli ha retocado todo el edificio. Para una sala de lectura o de paseo no se puede imaginar nada mejor entendido, mejor aireado y más severo; es a propósito para pensar, y las magníficas y gigantescas columnas que subsisten todavía son dignas de soportar la noble curva, la magna redondez de la enorme bóveda. Siempre produce Roma la misma impresión: la de un cristianismo mal colocado sobre el viejo paganismo.

Un honorable cartujo, todo gris, alsaciano y buena persona, nos ha conducido hasta el fresco de Dominiquino que está en el coro. Esta enorme pintura, que representa el martirio de San Sebastián, es de una gran belleza, pero busca el efecto. La intención visible es la de reunir un gran número de actitudes; se ve un hombre a caballo, muchos verdugos inclinados hacia atrás o hacia adelante, otro de rodillas, que elige las flechas, una mujer sosteniéndose en una pierna como si fuera a correr, otra arrodillada casi a los pies del caballo; todos los personajes parece que quieren empujarse. En lo alto los ángeles, que llevan una corona, se ciernen y parecen nadar, como si tuviesen necesidad de estirar sus miembros. Las carnes son naturales, y hay trozos de cuerpos que recuerdan la manera de hacer de los venecianos; además, muchas de las mujeres tienen fisonomías expresivas;

en todo una especie de alegría, de resplandor difundido en la agitación y en el amontonamiento de los cuerpos retorcidos, de los trajes ondulantes, de las hermosas carnes luminosas. El efecto total es el de un grandioso y rico alarde intentado y resuelto. Esta pintura tan mundana es el complemento de la restauración jesuítica.

El claustro de los cartujos, que está detrás, ha sido trazado por Miguel Angel. Yo creo que hay pocas cosas en el mundo tan grandiosas y tan sencillas como ésta; la sencillez, tan rara en los edificios de Roma, produce una impresión única que no se olvida nunca. Un patio enorme, cuadrado, solitario, se descubre de pronto, encuadrado por columnas blancas que sostienen pequeños arcos. Encima luce agradablemente el rojo pálido de las tejas. Nada más; de cada lado, en una extensión de ciento treinta pasos, se ve subir y bajar la curva elegante de los arcos por encima de los fustes ligeros que repiten su esbelta columna. En el centro salta una fuente entre cuatro cipreses que susurran eternamente con un murmullo sonoro y encantador que hace subir a los labios los versos de Teócrito:

Los cipreses que charlan se cuentan tu himeneo.

Su zumbido es un verdadero canto, y bajo ellos, tan dulcemente como ellos, el agua canta en su taza de piedra. No se deja de mirar estos enormes troncos grisáceos donde la savia excesiva, de siglo

en siglo, ha grieteado la corteza, que sube en un haz de ramas y que, cerrando sus brazos, los mantiene todos unidos contra su cuerpo. La pirámide negruzca, de fuerte y sano color, agitada incesantemente, sube hasta la luz y corta el claro azul del cielo. El patio, sembrado de lechugas, de alcachofas, de fresas, ríe con sus verdores nuevos; y de tarde en tarde, bajo las arcadas, se ven pasar los cartujos, silenciosos, en sus trajes blancos.

Nuestro monje, para completar nuestro placer, ha querido a todo trance enseñarnos el tesoro del convento, es decir, la capilla de las reliquias. Es una especie de cripta donde lucen algunos cirios. Al primer golpe de vista parece un museo: todas las piezas están con etiquetas y hay allí ejemplares de todas las partes del cuerpo. Algunos esqueletos están completos y se ven en ellos los cartílagos y porciones de piel. En una vitrina, por encima del altar, hay una momia, la de San Liberio; de frente hay un niño encontrado con su padre y con su madre en las catacumbas. Nada se pierde en Roma; he ahí, viva todavía, la más obscura devoción de la Edad Media, que imperaba en el siglo XI, cuando el rey Knut vino a Italia y compró por cien talentos de oro un brazo de San Agustín. Esta devoción había comenzado con la invasión de los bárbaros y duró hasta Lutero. A partir de este momento, con Pío V, Paulo IV, Sixto V, se establece otra religión depurada y sabia, la que mediante los seminarios, la disciplina, la restauración de los cánones, ha formado el sacer-

dote tal como lo conocemos, tal como el catolicismo noble y literario de la Francia del siglo XVII nos lo ha mostrado, es decir, regular en su conducta, de costumbres correctas y decentes, vigilado, vigilándose él mismo, especie de prefecto o de subprefecto moral, funcionario de un gran organismo intelectual, que ayuda a los gobiernos laicos y mantiene el orden en los espíritus. La diferencia es enorme entre los papas guerreros, epicúreos, paganos, del comienzo del siglo XVI y los papas devotos, piadosos, eclesiásticos, de fines del mismo siglo; entre León X, que vivía bien, gran cazador, amante de las farsas libres, rodeado de bufones, apasionado por las fábulas antiguas, y Sixto V, antiguo fraile franciscano, que demolió el *septonium* de Septimio Severo, que transportó el obelisco ante San Pedro para hacerlo cristiano (1) y quiso purgar a Roma de todas las señales del antiguo paganismo.

Hemos vuelto por Santa Maria della Vittoria para ver la Santa Teresa de Bernin. Es adorable; desvanecida de amor, con las manos y los pies desnudos colgando, los ojos entornados, desfallece en un éxtasis de felicidad. Su rostro es delgado, pero ¡qué noble! Es la verdadera gran señora que se ha consumido «en los fuegos, en las lágrimas», esperando al que ama. Hasta las telas retorcidas, hasta el afilamiento de sus manos desfallecientes,

---

(1) Ved la inscripción en la que se gloria de esta victoria sobre los falsos dioses. — (N. del A.)

hasta el suspiro que muere en sus labios entreabiertos; no hay nada en ella ni en redor de ella que no exprese la angustia voluptuosa y el divino arrebató de su transporte. No se puede describir con palabras una actitud tan embriagadora y tan tierna. Vuelta sobre la espalda, desfallece, y todo su ser parece disolverse. Llega el momento agudo y gime; es su último gemido, la sensación es demasiado fuerte. El ángel, en cambio, un paje de catorce años, con una túnica ligera, el pecho descubierto hasta por debajo de las tetillas, llega graciosamente, amable; es el paje más hermoso de un gran señor que viene a hacer la felicidad de una vasalla amable. Una sonrisa entre complaciente y maligna hace dos hoyitos en sus frescas mejillas; su flecha de oro en la mano indica el estremecimiento delicioso y terrible con que va a sacudir los nervios de este cuerpo encantador, ardiente, que se muestra ante su mano. No se ha escrito nunca una novela tan seductora y tan tierna. Este Bernin, que me parecía tan ridículo en San Pedro, ha encontrado aquí la escultura moderna, fundada toda en la expresión, y, para acabar, ha dispuesto la luz de tal modo sobre este delicado rostro pálido, que parece la de una llama interior, de manera que a través del mármol transfigurado, que palpita, se ve lucir como una lámpara, el alma inundada de felicidad y de arrobamiento.

El comentario acerca de este grupo está en los tratados místicos contemporáneos, en esta célebre *Guta* de Molinos, reimpressa veinte veces en doce

años y que de palacio en palacio, en esta Roma desocupada, conducía las almas por los senderos enmarañados de una espiritualidad nueva, hasta el amor sin amante y aun más lejos (1). En tanto España, exaltada, se consumía en su catolicismo como una vela en su llama, y por sus pintores, por sus poetas, extendía el entusiasmo febril en que San Ignacio y Santa Teresa habían ardido, la sensual Italia, quitándose las espinas de la devoción, la aspiraba como una rosa marchita, y en las hermosas santas de su Guido, en las seductoras Magdalenas de su Guerchino, en las graciosas morbideces y las carnes deliciosas de sus últimos maestros, acomodaba la religión a las dulzuras voluptuosas de sus costumbres y de sus sonetos. «Hay seis grados en la contemplación, decía Molinos; éstos son: el fuego, la unción, la elevación, la iluminación, el gusto y el reposo... La unción es un licor suave y espiritual, que se reparte en toda el alma, la instruye y la fortifica... El gusto es un gusto sabroso de la divina presencia... El reposo es una suave y maravillosa tranquilidad, donde la abundancia de la felicidad y la paz es tan grande que el alma se cree en un sueño suave, como si se abandonara y reposara sobre el divino pecho amoroso... Hay otros grados más de la contemplación, como el éxtasis, los transportes, la liquefacción, la admiración, el triunfo, el beso, los abrazos, la

---

(1) Véanse los artículos 41 y 42 de su interrogatorio. «En este caso y en otros, que sin esto serían condenables, no hay pecado porque no hay consentimiento».—(N. del A.)

exaltación, la unión, la transformación, las promesas, el matrimonio» (1). Profesaba todo esto y lo llevaba a la práctica. En este mundo caído y corrompido, donde el espíritu, vacío de grandes problemas, se llenaba de intrigas y de festejos, la parte apasionada e imaginativa del alma no encontraba otro escape que la conversación sentimental y galante. Del amor terrenal, cuando llegaban los remordimientos, se pasaba al amor celestial, y al cabo del tiempo, bajo semejante doctrina, se probaba que del amante al director no había ninguna diferencia.

He leído hace poco el *Adonis*, de Marini, y en este poema, el más popular de su siglo, es donde puede verse más claramente que en otros la gran transformación de los sentimientos, de las costumbres y de las artes. Aparece ya en la Armida y en la Aminta de Tasso. ¡Qué contraste si se mira la trágica *Leda* de Miguel Angel! ¡Cómo ha girado todo hacia la gracia y hacia la blandura! ¡Qué rápidamente se ha descendido hasta lo feo y lo mezquino! ¡Cómo se ven llegar las costumbres de los pisaverdes! Este poema de veinte cantos parece compuesto para ser suspirado por un adolescente a los pies de una dama ociosa, bajo las columnatas de una villa de mármol, en las tardes tibias del verano, entre los susurros de los chorros de agua que murmuran, bajo los perfumes de las flores que languidecen con el calor del día. Hablan de

---

(1) *Guida Spirituale*, 1675, lib. II, pág. 183.

amor y en diez mil versos no hablarían de otra cosa. El magnífico marco de las fiestas galantes y de los jardines alegóricos, la persuasiva e inagotable novela de aventuras amorosas se mezcla en sus espíritus como los olores muy intensos de las rosas innumerables, amontonadas alrededor de ellos en ramos y en matorrales. En esta voluptuosidad universal nada su corazón. ¿Qué pueden hacer mejor y qué les queda que hacer? La energía viril ha desaparecido; bajo la minuciosa tiranía, que impide todo vuelo al pensamiento y a la acción, el hombre se ha afeminado; no sabe querer y no piensa más que en gozar. A los pies de una mujer lo olvida todo; un vestido vaporoso basta para sus sueños. En cambio, su alma derrumbada ha perdido todo acento noble y varonil; porque no quiere más que amar, no sabe amar; es a la vez dulce y grosero, no es capaz de descripciones licenciosas o de adoraciones platónicas; no es más que un galanteador de salón o un criado intruso. Con su sentimiento, su palabra se ha estropeado. Diluye la idea y la carga de afectación, abunda en exageraciones y en *concetti* y se ha hecho una jerga en la que habla. Para colmo es hipócrita; pone a la cabeza de sus poesías más atrevidas una explicación sabia con el fin de probar que sus indecencias son morales y para desarmar a la censura eclesiástica, a la que tiene miedo. Amor profano, amor sagrado, todo se pone al mismo nivel con el siglo XVII, y en Bernin como en Marini la gracia amanerada y abandonada deja percibir el descenso del hombre,

excluído de la vida viril y reducido al culto de los sentidos.

Hemos acabado la jornada en los jardines del Quirinal, que han sido construídos por un papa de la época, Urbano VIII. Están sobre una colina y se escalonan desde la cima hasta la parte baja de la pendiente; nos parece pasear en un paisaje de Pérelle: altos vallados, cipreses tallados en forma de vaso, platabandas rodeadas de boj que hace dibujos, columnatas y estatuas. El jardín tiene la corrección fría y la regularidad grave del siglo, lo que con el establecimiento de las monarquías bien asentadas y de una administración decente, se difunde sobre todas las artes en Europa. La Iglesia en esta época es como la realeza: un poder incontrastable que representa a los ojos de sus individuos la dignidad, la seriedad y la conveniencia.

Pero estos jardines son más adecuados para Italia que para nosotros. Los setos son de laurel y de boj, que duran todo el invierno y en el verano preservan del sol. Los robles, que no pierden nunca su verdor, hacen en toda época una sombra espesa. Las murallas de arbustos vivaces detienen el viento. Las aguas, que brotan de todos los lados, distraen la vista con sus saltos y mantienen la frescura de los paseos. Desde las balaustradas se abarca toda la ciudad, San Pedro y el Janículo, desde donde la línea sinuosa ondula en la púrpura de la tarde.

Para un papa y sus dignatarios eclesiásticos, que son viejos, graves, estas avenidas regulares y

esta decoración monumental son justamente lo que conviene. En primavera es agradable pasar aquí una hora bajo los rayos tibios del sol, ante el gran dombo de cristal que el cielo abre por encima de las avenidas. Se descende por amplias escalinatas o pendientes suaves hasta la fuente central, donde cincuenta surtidores que parten de los bordes vienen a reunir sus aguas azuladas. Al lado una rotonda llena de mosaicos ofrece bajo su bóveda la sombra y la frescura. Estos ruidos, esta agitación del agua, estas estatuas, este gran horizonte de frente y esta sala de verano, sirven de distracción y reposo para el espíritu fatigado por el trabajo. Un día añaden un grupo, otro día quitan o ponen un macizo; el placer de construir es el único que quedará a un príncipe, sobre todo a un príncipe viejo, aburrido por las ceremonias.

*20 Marzo.*

*Santa María la Mayor,  
San Juan de Letrán*

Mis amigos me dicen que es preciso entregarse primeramente, gustar las cosas por sí mismas, no pensar en su origen, dejar quieta la historia. Tienen razón hoy, pero es porque hace un día espléndido.

En tales días el azar nos acompaña por las calles y se contempla en lo alto el admirable azul. No hay ni una nube en el cielo. El sol luce triunfal,

y la cúpula azul, inmaculada, radiante de luz matinal, parece devolver a la antigua ciudad sus días de fiesta y de fausto. Los muros y los techos se yerguen con una fuerza extraordinaria en el aire transparente. Hasta perderse de vista el cielo forma un arco encerrado entre las dos filas de casas. Se camina sin pensar y se descubren a cada vuelta nuevas y encantadoras decoraciones de ópera: un hermoso palacio macizo asentado sobre una colina, una calle en cuesta que baja y vuelve a subir hasta un obelisco lejano que, cortado por el sol, envuelve a sus personajes, como en un cuadro, en un contraste de sombra y de luz; un viejo palacio desmantelado convertido en un almacén, donde los dragones rojos duermen apoyados contra un muro gris, donde florecen los almendros blancos al lado de un pino sobre un cerro verde; una plaza donde susurra una fuente; a la izquierda, las iglesias pomposas y adornadas como ricas novias; de frente, un paseo en donde los árboles comienzan a verdear; finalmente, una interminable calle solitaria, entre los muros de un convento y de una villa invisible; sobre los muros cuelgan ramas floridas, y aquí y allá escudos agrietados por la invasión del musgo; toda la calle dividida en dos por la sombra negra y la luz cegadora; a lo lejos, en el aire transparente, una puerta monumental: es la Puerta Pía; desde allí se ve la campiña gris y en el horizonte la nieve sobre los picos de las montañas.

Al regresar hemos seguido esta calle, que sube y baja, bordeada de palacios y de viejos setos de

espinos, hasta Santa María la Mayor. Sobre un extenso altozano la basílica, coronada de sus cúpulas, se alza majestuosamente, a la vez sencilla y completa, y al entrar en ella la impresión es más viva todavía. Es del siglo v, y al reconstruirla más tarde se ha conservado la disposición general, todo el plan antiguo. Hay una amplia nave de techo horizontal sostenido por dos filas de columnas jónicas. Es agradable este efecto obtenido por tan sencillo procedimiento; se imagina uno casi estar en un templo griego; estas columnas han sido quitadas, dicen, de un templo a Juno. Desnudas y lisas, sin otro adorno que las delicadas curvas de su capitel, son de una belleza sana y encantadora. Aquí se comprende el buen sentido y toda la gracia de la verdadera construcción natural, la hilera de troncos de árboles que sostienen las vigas colocadas de plano y que forman un paseo. Todo lo que se ha construido después es bárbaro y, desde luego, las dos capillas de Sixto V y de Paulo V, con sus pinturas de Guido, de Josepino, de Cigoli, con sus esculturas de Bernin y su arquitectura de Fontana y de Flaminio. He aquí unos nombres célebres. Aquí se ha prodigado el dinero. Pero mientras que con escasos medios los antiguos obtenían un gran efecto, los modernos consiguen un efecto pequeño con grandes medios. Cuando se han deslumbrado los ojos por las pomposas curvas de estas bóvedas, por los esplendores de estos mármoles policromos, de estos frisos y de estos pedestales de ágata, de estas columnas de jaspe oriental,

de estos ángeles sostenidos por el pie, de estos relieves en bronce y en oro, se tiene la impresión de que se sale de una tienda o de una confitería. Parece que esta gran bóveda resplandeciente, dorada, labrada desde el atrio hasta el altar, se ha desgarrado como un encaje de papel y el esbelto perfil de la más insignificante columna os conmueve más que esta instalación de tapicería de realce. Lo mismo la fachada, recargada de adornos, de frontones curvos y agudos, de estatuas: es una fachada de ayuntamiento. Solamente el campanario, del siglo XIV, es agradable: en aquel tiempo era una de las torres de la ciudad, el signo distintivo que la señalaba en los viejos planos, tan negros y tan ásperos, sin la más remota idea del compañero viajero y del fraile. Hay rasgos de todas las edades en estas viejas basílicas: se ven en ellas los diversos cambios del cristianismo, en un principio influido en las formas paganas; después, atravesando la Edad Media y el Renacimiento, para enmascararse, en fin, y adornarse en los tiempos modernos. El período bizantino mismo ha dejado su huella en los mosaicos de la gran nave y del ábside, en sus Cristos y sus Vírgenes sin sangre y sin vida, espectros con los grandes ojos fijos, inmóviles sobre los fondos dorados y las paredes rojas, fantasmas de un arte agotado y de un mundo desvanecido.

Muy cerca de aquí está San Juan de Letrán, todavía más adulterado. El plafón ha permanecido horizontal, pero las columnas antiguas han des-

aparecido para ceder el sitio a pilastras con arca-  
das. Bernin ha colocado doce estatuas colosales  
de los apóstoles, arrogantes figuras de mármol  
blanco, cada una en un nicho de mármol verde,  
con actitudes de matamoros y de modelos. La  
agitación de sus ropas, sus gestos imperiosos,  
parecen decir al público: «¡Mirad qué notables  
somos!» Aquí domina el desdichado gusto del  
siglo XVII, ni pagano ni cristiano, y, sin embargo,  
de uno y otro, y cada uno perjudicándose mutua-  
mente. Añadid los dorados del techo, los festones  
y las rosetas del atrio, las agradables capillas; una,  
la de Torlonia, toda nueva, es un encantador gabi-  
nete de mármol blanco para tomar el fresco, ador-  
nada con elegantes estatuas sentimentales, insípi-  
das, parecidas a las muñecas de las casas de moda.  
Al lado se abre la capilla de Clemente XII, más  
grande y más suntuosa: aquí, por lo menos, las  
figuras de mujer tienen alma, reflexión, finura;  
son damas del siglo XVIII, capaces de guardar su  
distinción y no burguesas de *keep sake* que quieren  
tener espíritu. Pero ambas capillas son salones:  
uno, para los abalorios, y otro, para las crinolinas.  
A manera de contraste y de complemento, se nos  
muestra el gran altar donde están las cabezas de  
San Pedro y de San Pablo. «Sobre este mismo altar  
— nos dice un joven sacerdote — decía misa San  
Pedro». Después, al paso, he entrado en Santa  
Pudenciana y he visto el brocal del pozo donde  
la santa recogió la sangre de más de tres mil  
mártires.

Al lado de San Juan de Letrán hay una capilla con tres escaleras. Una de ellas procede del palacio de Pilatos: se la ha recubierto de madera, y los devotos la suben de rodillas; acabo de verlos, tropezando, saltando y gateando. Tardan lo menos media hora en llegar a lo alto, y se agarran con las manos a las paredes para impregnarse mejor de la santidad del lugar. Hay que ver su seriedad y sus grandes ojos fijos. Un aldeano, sobre todo, con blusa y pantalón azules, desgarrados, con grandes zapatos claveteados, tan inculto y torpe como sus bestias, clavaba sus rodillas en las maderas, que retumbaban, y, cuando llegaba al mármol, besaba y rebesaba la placa. Arriba hay una imagen bajo un enrejado, entre cirios, y todos besan incesantemente la reja. En un cartel clavado hay una oración de veinte palabras, o poco más: todo el que recite la oración ganará cien días de indulgencia. El cartel invita a los fieles a que se aprendan la oración, a fin de rezarla con la mayor frecuencia posible y aumentar así su provisión de indulgencias. Se creería uno en un país budista: los dorados, para la gente de mundo, y las reliquias para la gente del pueblo; así entienden el culto en Italia después de doscientos años.

Todas estas ideas desaparecen cuando, al entrar, se contempla el majestuoso golpe de vista de la amplia nave, toda blanca bajo el oro de su bóveda. El sol, que baja, atraviesa las ventanas y viene a pintarse en el suelo en grandes manchas de luz. El ábside, surcado de viejos mosaicos, extiende

sus curvas de oro y de púrpura entre las blancuras deslumbrantes de los rayos luminosos como puñados de dardos. Al avanzar, de pronto, desde el peristilo se ve extenderse la admirable plaza. No hay nada igual en Roma; y no se puede imaginar un espectáculo más sencillo, más grave y más hermoso. La plaza, en cuesta, enorme, está desierta; más allá, una explanada donde crece la hierba; después, una larga avenida verde, donde se prolongan las hileras de árboles sin hojas; al final, destacándose sobre el cielo, una gran basílica, Santa Cruz, con su campanario pardo y sus techos de tejas. No hay idea de una extensión de espacio tan bien ocupada, de una soledad tan severa y tan noble. Los paisajes, encuadrados por los dos flancos, lo ennoblecen más todavía. Hacia la izquierda se alza un amontonamiento rojizo de arcadas ruinosas, de macizos desmantelados, la antigua cintura dislocada de la muralla de Belisario. Hacia la derecha se desarrolla la amplia campiña, en medio un acueducto; en la lejanía las montañas azuladas, manchadas de grandes sombras, y a quí y allá tachonados de aldeas blancas. El aire luminoso envuelve todas estas formas; el azul del cielo es de una delicadeza y de un brillo divinos; las nubes navegan pacíficamente, como cisnes, y de todas partes, entre los ladrillos rojizos, bajo las almenas separadas, en medio de los sembrados, se ven grupos de robles, de cipreses, de pinos, iluminados por el sol.

He permanecido una hora en la escalinata del *triclínium*, especie de ábside aislado que rodea la

plaza. La hierba crece y borra las pisadas; los lagartos salen de sus agujeros y vienen a calentarse al sol, sobre el mármol. Ningún ruido. De tarde en tarde, una carreta, algunos burros, atraviesan el suelo abandonado. Si hay en el mundo un rincón propio para el reposo de las almas cansadas, para adormecerlas insensiblemente, para acariciarlas con ensueños melancólicos y sublimes, es éste. Ha llegado la primavera: la luz se posa con un tono dulce sobre las piedras; el nuevo sol luce con una gracia inenarrable, y su bondad se reparte en el aire tibio. Los brotes nuevos rompen sus cubiertas, y estos grandes edificios de piedra, relegados en un rincón olvidado de Roma, parecen, como desterrados, haber adquirido en su soledad una serenidad armoniosa, que atenúa sus defectos y aumenta su dignidad. Al primer golpe de vista, la fachada es extraña: sus arcos, cortados en el medio; sus columnas, apiladas; su balaustre, cargado de estatuas de santos que se muestran como cómicos en una apoteosis; la decoración toda parece enfática. Al cabo de una hora, los ojos se han habituado y se siente una impresión de bienestar y de belleza que surge de todas las cosas: se encuentra sólida y rica la iglesia, se piensa en las procesiones pontificales que en días señalados se desplegaban bajo su bóveda y se compara al arco de triunfo, erigido para recibir dignamente al César espiritual, sucesor de los Césares romanos.

*Las calles. San Andrea della Valle, Santa María in Transtevere*

Hay trescientas cuarenta iglesias en Roma; no querrás que las visite todas.

Lo mejor, me parece, es entrar en la iglesia que se encuentre al paso cuando se sienta deseo de ello — en Santa María sopra Minerva, para oír un canto que rueda en la soledad de las naves y ver un largo festón de luz que cae de los vitrales violetas; en Santa Trinita del Monte, para mirar el *Descendimiento de la Cruz*, tan destrozado, de Daniel de Volterre y, sobre todo, para echar una mirada al paisaje sobre los patios de este convento de monjas, parecido a una fortaleza cerrada, amurallada, muda, sobre el tumulto de la plaza de España. Se sale con una cantidad de ideas embrionarias que se desenvuelven calladamente ellas mismas; todo este pequeño mundo interior trabaja como un nido de gusanos de seda que tejen; la tela, incesantemente agrandada, acaba de completarse y coge en sus mallas los sucesos corrientes, los encuentros vulgares, un detalle que al principio pasó desapercibido y que, sin embargo, prendió en el interior y luego adquiere importancia. Desde este momento, todos los objetos se corresponden, se unen y forman un conjunto; no hay nada que no encuentre su sitio: por ejemplo, hoy, bajo esta banda de azul y de rica luz sedosa tendida sobre

las calles como un palio, el barro gris que mancha las fachadas de las casas; estos guardacantones mutilados, estas verjas llenas de orín, donde generaciones de arañas tejen sus telas; estos negros corredores, donde únicamente el viento sacude el polvo; estos picaportes, que han acabado por desgastar la bola de hierro sobre que golpean; estas frituras, que hierven en una grasa negra al pie de una columna leprosa; estos burreros, que llegan a la plaza Barberini con sus bestias cargadas de leña; sobre todo, estos campesinos vestidos de lana azul y calzados con gruesas polainas de cuero, que se sitúan silenciosamente ante el Panteón, parecidos a animales salvajes, ligeramente espantados por la novedad de la ciudad. Tienen el aire atontado, como nuestros aldeanos; parecen lobos o tejones cogidos con cepo. Muchos de ellos tienen cabezas fuertes y regulares, y destacarían entre los soldados franceses más delicados y gráciles. Uno de estos aldeanos, con sus largos cabellos negros y su rostro noble y pálido, tiene el aspecto del *Suonatore* de Rafael: sus sandalias, atadas a los pies con correas de cuero, son las mismas que las de las estatuas antiguas. Ha adornado con una pluma de pavo real su viejo sombrero, abollado, y se sitúa con un aire de emperador al lado de un guardacantón, que es un depósito de inmundicias.

En las mujeres que curiosean y se muestran en las ventanas, se ven dos tipos distintos: uno tiene la cabeza enérgica y el mentón cuadrado, los ojos

negros y brillantes, y la mirada fija, la nariz corva, la frente abombada, el cuello corto y las espaldas anchas. El otro tiene la cabeza pequeña, fina; el contorno de los ojos, finamente dibujado; los rasgos espirituales, netamente marcados, dan una expresión afectada y dulce.

Las loterías están llenas, y se leen los números colocados en el escaparate. He aquí la gran preocupación de estas gentes: calculan los ambos y los ternos, sueñan con los números, combinan las cifras de sus años, el día del mes, razonan sobre la forma de los números, tienen presentimientos y hacen novenas a los santos y a la Virgen. El cerebro imaginativo trabaja, se llena de ensueños, se desborda de pronto hacia el temor o hacia la esperanza. Ahí están de rodillas; estos accesos de esperanza y de terror son su religión.

Esta manera de sentir es antigua. Acabamos de entrar en San Andrea della Valle para ver las pinturas de Lanfranc y, sobre todo, los cuatro evangelistas del Dominiquino. Son muy hermosos, pero completamente paganos, y no hablan más que a la imaginación pintoresca. San Andrés es un viejo Hércules. Alrededor de los evangelistas se muestran soberbias mujeres alegóricas: una con el pecho y las piernas desnudas, levanta los brazos, también desnudos, hacia el cielo; otra, adornada con un casco, se muestra con la más altanera arrogancia. Al lado de San Marcos, unos niños juegan sobre el león, enorme, y abajo, entre el ropaje levantado, se ven las caderas desnudas de los ange-

litos. El visitante no viene a buscar aquí, ciertamente, más que los grandes atrevimientos, los cuerpos potentes, capaces de recordar a un atleta. Su santo le era representado lo más fuerte y lo más bravamente posible, tal como él se lo figuraba. Si tuvieseis por rey un personaje de un país desconocido que nunca hubieseis visto, pero que por cualquier medio sobrenatural pudiera a su capricho mataros o haceros rico, os lo imaginariais con rasgos parecidos a los de estos santos.

Poco puedo decirte de Santa María in Transtevere ni de las otras iglesias; las impresiones ya recibidas se repiten. Una doble fila de columnas procedentes de un templo antiguo, un techo plano recargado de molduras doradas, una *Asunción*, de Guido, colocada muy alta, medio borrada por este amontonamiento de dorados; un ábside redondo, donde algunas figuras antiguas, rígidas, se destacan sobre un fondo dorado; estatuas mortuorias yacentes, graves y durmiendo para siempre sobre su tumba; esto es Santa María in Transtevere. Cada iglesia tiene su carácter propio o algún rasgo particular. En San Pietro in Montorio, es una *Flagelación*, de Sebastián del Piombo: las actitudes esculturales, los cuerpos vigorosos, los músculos estirados y retorcidos de la víctima y de los verdugos recuerdan que Miguel Angel fué el consejero del pintor, y muchas veces su maestro. San Clemente es una iglesia escondida, desenterrada recientemente, donde, entre las columnas antiguas,

bajo la claridad de una antorcha, se ven pinturas que pasan por ser las más viejas de Roma: rígidas y piadosas figuras bizantinas, una virgen cuyo pecho cae como el de un animal que amamanta. En San Francisco de Ripa existe un decorado interior de dorados y de mármoles, que es el más fastuoso y exagerado que puede verse, construído el siglo último por las corporaciones de oficios, fruteros, molineros; cada trozo llevaba el nombre del gremio que lo ha costeado. Hay así, casi en cada calle, un curioso fragmento de historia. No es menos sorprendente el contraste de la iglesia y sus alrededores. Al salir de San Francisco de Ripa hay que taparse la nariz, de fuerte que es el olor a bacalao; el Tíber, amarillo, corre entre los restos de pilares, cerca de los grandes edificios deslucidos, ante las calles sombrías y muertas. Al regresar de San Pietro in Montorio he encontrado un barrio indescriptible: calles horribles, y callejas infectas; cuevas empinadas, bordeadas de casuchas; corredores grasientos, llenos de miseria humana; mujercas, amarillas o plomizas, que fijan sobre los que pasan sus ojos de bruja; niños que se acurrucan como perros, y los imitan en el suelo sin vergüenza; foragidos envueltos en sus andrajos, que fuman apoyados en la pared, multitud sucia y gárrula que se estruja en las freidurías. De una punta a otra de la calle corren los regueros de inmundicia, arrastrando los desperdicios de las cocinas y surcando con su fango negruzco el suelo. Más abajo está el puente de San Sixto; el Tíber no

tiene muelles, y las casucas pringosas mojan en él sus escaleras como tronchos terrosos lavándose en el fango. Dorados y pocilgas, costumbres y fisonomías, gobierno y creencias, presente y pasado, todo se une, y al cabo se comprenden todos estos consiguientes.



## LA SOCIEDAD

*22 de marzo.*

*La burguesía*

Te he descrito casi todo lo que puedo observar por mí mismo: lo externo. En cuanto a lo interno, quiero describirte las costumbres y los caracteres. Ya comprenderás que, al cabo de un mes, no puedo decir grandes cosas de mi cosecha; pero tengo amigos de distintas clases sociales y de diversas opiniones, todos muy complacientes y muchos bastante juiciosos. He aquí, pues, el resumen de cincuenta o sesenta conversaciones y discusiones llevadas a fondo y sin reticencias.

Hay muy pocos artistas en esta ciudad, poblada de obras de arte. Hace treinta años estaba M. Camuccini y los imitadores fríos de David; hoy se vuelve a la bobada graciosa. Los escultores dan al mármol un pulimento perfecto para agradar a los ricos ultramontanos; este es su fuerte, y no quieren nada más allá. La mayor parte son obreros que hacen reproducciones. El gran público ha caído

demasiado bajo: los romanos no sienten sus obras maestras sino por la admiración de los extranjeros. Es que la verdadera cultura les está prohibida. Es imposible viajar sin un pasaporte del Papa, y este pasaporte muchas veces es negado. Un artista italiano, cuyo nombre me dicen, no ha podido conseguir permiso para ir a París: «Vaya usted, si quiere; pero no volverá». Se teme que traigan máximas liberales.

Los médicos, según los extranjeros, son proveedores de lavativas; y los abogados, prácticos del embrollo. Todos están confinados en su especialidad. La policía, que deja hacer todo lo que se quiera, no permite ocuparse de ninguna de las ciencias que lindan con la religión o con la política. Un hombre que estudie y lea mucho, aunque sea en su casa y con la puerta cerrada, cae bajo su vigilancia. Se le envuelve, se le abrumba con visitas domiciliarias para atrapar los libros prohibidos y se le acusa de tener grabados obscenos. Queda sometido al *precetto*, es decir, a la obligación de volver a su casa al *Ave María* y no salir después que se ha puesto el sol; si falta una vez, se le encierra. Un diplomático extranjero me cita a uno de sus amigos a quien le ha ocurrido esto. Se conocen en Roma un astrónomo y uno o dos arqueólogos, pero, en resumen, los sabios son despreciados o perseguidos. Si hay alguno erudito, lo oculta o pide excusa para su ciencia, presentándola como una manía. La ignorancia es bien recibida, pues los hace dóciles.

En cuanto a los profesores, los primeros, los de la Universidad, tienen trescientos o cuatrocientos escudos por año, y dan cinco lecciones por semana: esto muestra la gran estimación que hacen de la ciencia. Para vivir, unos se hacen médicos, arquitectos; otros, empleados, bibliotecarios; muchos, que son sacerdotes, tienen el dinero de sus misas, y todos viven bien. He contado en el almanaque cuarenta y siete cátedras, y hay quinientos discípulos en la Universidad: alrededor de diez discípulos por cátedra. El Papa acaba de autorizar un curso de geología, que tiene cuatro oyentes; no hay curso de historia profana. En cambio, los cursos de teología son muy numerosos. Esto da idea del espíritu de la institución: las ciencias de la Edad Media florecen allí, y se quedan a la puerta las ciencias modernas. Sólo hay dos escuelas públicas en Roma: el seminario romano, que está bajo las órdenes del cardenal vicario, y forma los curas; y el colegio romano, que está en manos de los jesuitas. No se estudia más que el latín y el griego. Nada de italiano, nada de francés, ninguna lengua viva, nada de historia, salvo la historia romana hasta Constantino. Los estudios son tan flojos, que, cuando un alumno quiere entrar en su congregación, debe recomenzar sus estudios desde el principio. En la Facultad de Medicina no hay clínica de partos: por toda enseñanza hay algunos cuadros representando los órganos, y estos cuadros están cubiertos con una cortina; un tonto, célebre por su ignorancia, acaba de ser nombrado profesor, a

consecuencia de una intriga de mujeres. Los profesores — me dice un médico alemán — son barberos de aldea: algunos solamente, que han pasado una o dos semanas en París, practican en los hospitales tratamientos de hace un siglo. En el hospicio de enfermedades de la piel se hace a los tiñosos incisiones en la cabeza; una vez cicatrizada la llaga, se los coloca en fila y se les pasa por la cabeza un pincel mojado en cierta tintura; el mismo pincel sirve para todos, y seguramente el mismo ha servido varios años. Por todo esto se puede juzgar de la dignidad y de la importancia de las profesiones liberales.

¿Hay aquí algún resorte moral? La mayoría de mis amigos responden que no. El gobierno ha empuqueñecido al hombre. Los individuos son extraordinariamente inteligentes, calculadores, astutos; pero no menos egoístas: nadie, o casi nadie, arriesgará por Italia su vida o su dinero. Gritarán mucho, dejarán que los demás marchen primero; pero no harán el más ligero sacrificio. Creen que sacrificarse es hacer el tonto, y sonríen imperceptiblemente al ver a un francés que se entusiasma y que, por la patria y la gloria, va a hacerse romper los huesos.

No se entregan nunca, se moldean con facilidad, son infinitamente corteses y pacientes, no dejan escapar la más leve sonrisa ante los barbarismos y las faltas de pronunciación grotescas que comete siempre un extranjero. Permanecen dueños de sí, no quieren comprometerse, no piensan más que

en aprovecharse, en engañar a otros o en engañarse los unos a los otros. Lo que nosotros llamamos delicadeza, les es desconocido. Un arqueólogo ilustre cobra comisión de los anticuarios por las ventas de objetos que les proporciona, y hay numerosos usureros entre los personajes más ricos y más nobles.

Aquí, cada uno tiene su protector; es imposible subsistir de otra manera: hace falta un protector para obtener la menor cosa, para que le hagan justicia, para cobrar las rentas, para guardar el capital. El favor impera. Si tenéis a vuestro servicio, o en vuestra familia, una mujer bonita y complaciente, saldréis de todo lo más malo blanco como la nieve. Un amigo mío compara este país con el Oriente, por donde ha viajado, con la diferencia de que aquí no es la fuerza, sino la habilidad, la que guía las cosas: el hombre hábil y con buen apoyo, puede obtenerlo todo. La vida es una liga y un combate, pero subterráneo. Bajo un gobierno de curas, se tiene miedo al escándalo; nada de fuerza bruta, se mina y se contramina con maniobras sabias y trampas preparadas diez años antes.

Como la iniciativa y la acción son dañinos y mal vistos, la pereza es un honor. Un gran número de gente vive en Roma sin saberse cómo, sin rentas ni oficio. Otros ganan diez escudos al mes, y gastan treinta; además del empleo visible, tienen toda clase de recursos y artimañas. El gobierno da dos o trescientos mil escudos de limosnas, y cada prín-

cipe o noble se cree obligado a la caridad por rango y tradición: hay quien da seis mil escudos por año. Añadid todavía que hay *buona mancia* para todos. Algunas personas hacen al día quince peticiones, y de las quince logran una o dos; el peticionario puede comer por la tarde, y asunto listo. Este oficio tiene sus agentes: a este objeto, se ven escribientes públicos al aire libre, con el sombrero encasquetado, al lado suyo el paraguas, los papeles sujetos con pequeñas losetas, escribiendo peticiones. En fin, en esta miseria universal todo el mundo se ayuda: el mendigo no es un hombre arrojado de la sociedad, un galeote, ni mucho menos; son gente honrada, tan honrada como la demás; solamente que han tenido desgracia. Así entretienen la holgazanería. En la montaña, del lado de Frascati, en cada cerca he encontrado un hombre o un niño para abrir la puerta; en los atrios de las iglesias un pobre diablo se apresura a levantaros la cortina de cuero. Así cogen cinco perras, seis perras por día, con lo que viven.

Yo conozco a un custodio que tiene seis escudos al mes: de tarde en tarde, remienda un viejo uniforme mediante tres o cuatro bayocos (1); la familia muere de hambre, y muchas veces pide prestados dos paules (dos pesetas) a un vecino, para terminar la semana. Sin embargo, el hijo y la hija van al paseo el domingo muy bien vestidos. Esta joven es prudente, porque todavía no se ha casado:

---

(1) Moneda italiana equivalente a cinco céntimos.

una vez atrapado el marido, será otra cosa; se encontrará muy natural que se procure vestidos y ayude a su esposo. Muchos matrimonios viven así, de la belleza de la mujer. El marido, cierra los ojos, y muchas veces los abre; en este caso es para llenar mejor los bolsillos. La honra no les preocupa; tanta pobreza hay en el *mezzo ceto*. Cuando vienen los hijos el marido tolera sin abochornarse un protector rico. «¡Mi mujer quiere trajes, pues que se gane los trajes!» El efecto general del gobierno es deprimente; el hombre se doblega a las bajezas, está acostumbrado a temblar, a besar la mano a los eclesiásticos, a humillarse; de generación en generación la bravura, la fuerza y la resistencia viriles han sido extirpadas como mala hierba; el que las conserva es oprimido y acaba por perderse la simiente. Un tipo de este estado de espíritu es el *Cassandrino* de las antiguas marionetas; es el laico oprimido, hundido, cuyo resorte interior está roto, que ha tomado el partido de reirse de todo, hasta de sí mismo; que cogido por los bandidos se deja despojar diciendo en son de broma: «¡Sois cazadores!» Amarga burla, bufonada voluntaria, que ayuda a olvidar los males de la vida. Este carácter es frecuente; el marido, resignado, envilecido, soporta la alegría de su mujer. Hecho su papel, se pasea, va al café a tomar su taza, mira el tiempo que hace y se da el gusto de pasear por las calles con su levita nueva. El romano, la romana, se echan sobre sí todo el dinero que ganan o que les dan. Comen poco y mal: pasteles,

queso, coles, hinojos. En el invierno no suelen hacer lumbre; sus muebles son miserables; sólo viven de las apariencias. Se ve en las calles, en Pincio, un gran número de mujeres con soberbios trajes de terciopelo, una multitud de jóvenes repeinadas, con guantes nuevos; lo exterior es pimpante, reluciente, nuevo; pero no lleguéis a la ropa interior.

Al lado de la pereza florece la ignorancia como un cardo al lado de una ortiga. Uno de nuestros amigos ha vivido algún tiempo en los alrededores del lago de Nemi; era imposible por la tarde recibir alguna carta, pues el médico, el cura y el boticario elegían estas horas para su paseo y no había más que ellos en la aldea que supieran leer. Poco más ocurre en la misma Roma. Se me cita una familia de nobles que viven en dos habitaciones y alquilan las otras cinco; esta es toda su renta. De las cuatro hijas sólo una es capaz de escribir una carta, y la llaman la sabia (*la dotta*). El padre y los hijos van al café, beben un vaso de agua clara y leen los periódicos; esta es toda su vida. No hay porvenir para los jóvenes; se dan por muy contentos si obtienen un destino de seis escudos al mes; ni comercio, ni industria, ni ejército; muchos se hacen frailes, sacerdotes, y viven de las misas; no se atreven a buscar fortuna fuera del país; la policía cierra las puertas con cerrojos para los que salen.

Por tanto, las casas son miserables. Las señoritas en cuestión están dentro de casa con trajes rotos, manchados, hasta las cuatro de la tarde.

Conozco una casa donde he tomado durante mucho tiempo a las mujeres por zurcidoras; algunas veces las encontraba limpiando los zapatos; todo era desorden, ropa sucia, platos rotos en la mesa y en los suelos; toda la familia comía en la cocina. Un domingo las veo con sombrero, con apariencia de grandes damas, y me entero de que el hermano es abogado; este hermano parece un *gentleman*.

Pregunto en qué emplean el tiempo estos jóvenes. En nada; el asunto en este país es trabajar lo menos posible. Se puede comparar al joven romano con un hombre que duerme la siesta; es inactivo, odia el esfuerzo y se molestaría mucho si le obligaran a realizar cualquier trabajo. Cuando ha salido de su oficina se viste lo mejor que puede y va a pasearse bajo una ventana; esta ocupación dura toda la tarde. De vez en cuando la mujer o la jovencita levanta una punta del visillo para darle a entender que sabe que está allí. No piensan en otra cosa; esto no tiene nada de extraño, pues la siesta predispone al amor. Se pasean infatigablemente por el Corso, siguen a las mujeres, conocen sus nombres, su amante, todo el pasado y el presente de su vida; así viven con la cabeza llena de chismorreos. Por lo demás, con este oficio el ingenio se aguza y se hace perspicaz. Entre ellos son corteses, sonrientes, cumplidos; pero disimulados, siempre en guardia, ocupados en suplantarse y en jugarse malas pasadas.

La clase media da reuniones, pero singularísimas. Los novios se miran de un extremo al otro

del salón; es imposible hablar con una joven soltera; su novio se lo ha prohibido. Se beben vasos de agua sin azúcar y cada uno se ocupa en seguir su pensamiento o en observar a otro. Por unos momentos se sale de esta reflexión silenciosa para escuchar trozos de música. En la pequeña burguesía no se toma nada absolutamente, ni el vaso de agua. Hay un piano, y lo más corriente es que cante alguien. No hacen fuego en invierno. Las mujeres forman círculo, guardando sus manguitos. Las más favorecidas colocan un braserillo para calentarse las manos. Esto les parece bastante.

A las jóvenes solteras se las tiene encerradas, y, por consiguiente, ellas procuran salir. Ultimamente, según cuentan, una que se escapó una noche para acudir a una cita, cogió frío y se murió; sus amigos hicieron una especie de manifestación y vinieron a besar su cuerpo; a sus ojos era una mártir, muerta por la causa del ideal. Su vida se reduce a confesarse por lo bajo que tienen un novio, es decir, un joven que piensa en ella, le hace el amor, pasea ante su ventana, etc. Esto ocupa su imaginación y les entretiene como una novela; las hacen en lugar de leerlas. De esta manera tienen cinco o seis pasiones antes de su matrimonio. En lo que respecta a la virtud, tienen una táctica especial: evitar la aproximación, guardar la fortaleza y cazar hábilmente, continuamente, resueltamente, al marido.

Notad que este galanteo no es muy decente, sino, al contrario; es singularmente ingenuo o sin-

gularmente descarnado. Estos mismos jóvenes, que pasean durante diez y ocho meses ante una ventana y viven de sueños, abordan con palabras de Rabelais a una mujer que marche sola por la calle. Hasta con la mujer que aman usan palabras de doble sentido y gentilezas indecentes. Uno de mis amigos se encuentra un día, en una jira campestre, con una pareja que parece muy enamorada y que a cada instante olvida que está en público. Se dirige a uno de los invitados y le dice: «Sin duda es un matrimonio nuevo, pero se creen en su alcoba.» El interpelado no responde, está azorado. ¡Era el marido! Nuestro amigo pretende que la gran pasión italiana, tan alabada por Stendhal, la adoración perseverante, el culto absoluto, el amor capaz de durar toda una vida, es aquí tan raro como en Francia. Por lo menos falta la espiritualidad; algunas mujeres se apasionan, pero desde fuera; lo que ellas admiran es un guapo mozo, bien portado y bien vestido, que tenga camisa blanca y cadena de oro. No hay nada dulce ni femenino en su carácter. Serán buenas compañeras en las ocasiones peligrosas, cuando sea necesario desplegar energía; pero en las circunstancias ordinarias son tiránicas, y en cuanto a la fortuna, muy positivas. Los conocedores de la materia declaran que es entrar en esclavitud el convertirse en el amante de una romana; exige cuidados infinitos, acapara todo vuestro tiempo, tiene que estar uno siempre en su puesto, ofrecerla el brazo, llevarle ramos de flores, regalos, estar siempre pen-

diente de ella o en éxtasis; sin motivo dice que tenéis otra amante, os recuerda vuestro deber y pide pruebas palpables. En este país el tiempo del hombre, no estando reclamado por la política, ni por la industria, ni por la literatura, ni por la ciencia, es una mercancía sin compradores; según la regla económica de la oferta y la demanda, su valor disminuye tanto que acaba por ser nulo; en esta situación una mujer puede emplearlo en genuflexiones y en frases.

Se han acostumbrado a esta vida que nos parece tan estrecha a nosotros. Faltos de lecturas y de viajes, ni se comparan ni se estudian ellos mismos; las cosas han sido siempre así y serán siempre así: una vez aceptada esta necesidad, no parece más extraña que la *malaria*. Además, numerosas circunstancias contribuyen a hacerla soportable. Aquí se vive con extraordinaria baratura; una familia que tenga dos niños y una criada gasta 2.500 francos; 3.000 francos equivalen a 6.000 en París. Se puede salir con sombrero y con el traje roto. Nadie se fija en los demás; cada uno piensa en divertirse; las calaveradas están permitidas; tened el certificado de confesión, huid de los liberales, dad pruebas de docilidad y de apatía y encontraréis al gobierno paciente, complaciente y de una indulgencia paternal. En fin, aquí las gentes no exigen mucho en cuanto a bienestar: un paseo el domingo a la villa Borghese con un traje bonito, una comida en una *trattoria* en el campo, he aquí una perspectiva que alienta sus sueños durante una semana.

Saben gandulear, charlar, contentarse con lo poco que tienen, saborear una buena ensalada, saborear un vaso de agua clara ante un hermoso efecto de luz. Además, tienen un fondo de buen humor; creen que hay que pasar el tiempo agradablemente, que indignarse inútilmente es una tontería y que la tristeza es una enfermedad; su temperamento busca la alegría como una planta busca el sol. Por su buen humor podéis juzgar de su bondad. Un príncipe habla familiarmente con sus criados y bromea con ellos; un aldeano de los alrededores, para el que sois una especie de señor, os tutea sin dificultad; un joven mundano describe a una joven de la buena sociedad como si fuese su querida. La despreocupación es completa; no conocen las obligaciones de nuestra sociedad, la reserva y la cortesía.

¿Desean sinceramente ser italianos? Sí y no. Mis amigos opinan que detestarían a los piamonteses al cabo de un mes. Están acostumbrados al libertinaje, a la impunidad, a la pereza, al régimen de favor, y se incomodarían si se les suprimiera esto. En resumen, aquí cualquiera que esté bien apoyado, bien emparentado, puede hacer lo que quiera, con tal de que no se ocupe de la política. Los nuevos tribunales establecidos en Bolonia, por ejemplo, han disuelto y castigado las cuadrillas de ladrones, que tenían encubridores en la mejor gente. Un aldeano que ha matado a su enemigo, pero que tiene un primo criado de un cardenal, es librado de dos años de galeras; se le condena a veinte

años de prisión, pero se le indulta gradualmente y vuelve a su pueblo, donde se le considera como antes. Están salvajes, no se someten fácilmente a los límites de la ley. El sentido moral les falta, y si no lo tienen no es toda la culpa de sus jefes. Considerad los malos gobiernos alemanes del pasado siglo, tan absolutos y arbitrarios como éste, y, sin embargo, las costumbres allí eran honestas y los principios severos; el temperamento de los individuos atenuaba los vicios de la constitución; en Roma los agrava. El hombre aquí no tiene idea de la justicia; es muy fuerte, muy violento, muy imaginativo para aceptar o imponerse un freno. Cuando se cree en guerra, no limita su derecho de guerra. Hace seis días una bomba hizo explosión en la librería principal papal; el partido avanzado quería probar así su energía ante Europa y cree asustar a sus enemigos, admitiendo, como Orsini, la soberanía del fin. Se sabe cómo han asesinado a Rossi. Los pueblos de más allá de los montes están por encima de los sentimientos que faltan a los romanos.

*23 marzo. La nobleza*

En cuanto a la aristocracia, se dice que es tonta. Delante de mí pasan en revista a las principales familias; muchos han viajado y están medianamente instruídos; no son malos, pero por una particularidad singular, que obedece, sin duda, al

número muy limitado de cruzamientos y a la estancación de la sangre, siempre encerrada en las mismas venas, casi todos tienen el espíritu muy obtuso y estrecho; se pueden ver sus retratos en la preciosa comedia del conde Giraud, *L'Ajo nel imbarazzo*. El príncipe Lello, en la *Tolla*, de M. Edmond About, está tomado del natural y sus ridículas cartas son auténticas. Yo respondo de que conozco cuatro o cinco nobles o grandes señores romanos, muy bien educados y muy amables, algunos eruditos o cultos; uno, entre otros, agasajador como un príncipe, ingenioso como un periodista, sabio como un académico, además artista y filósofo, tan fino, tan fecundo en palabras agudas y en ideas de todas clases, que él solo mantendría la conversación del más brillante y más libre salón parisién. Me replican que no hay que juzgar por las excepciones y que en una reunión de tontos, por tontos que sean, siempre hay gente de ingenio. Tres o cuatro (sin más), despiertos, activos, se apartan de la muchedumbre de borregos. Estos son liberales, los otros papalinos, encerrados en su educación, en sus prejuicios, en su inercia, como una momia en sus vendajes. Sobre su mesa se encuentran libritos devotos o canciones verdes; a esto se reduce su importación francesa. Sus hijos sirven en la guardia noble, se hacen la raya en los cabellos y persiguen a las mujeres con sus sonrisas de peluqueros.

Hay muy pocos salones; el espíritu de sociedad falta y no se distraen apenas. Cada gran señor

permanece en su casa, y por la noche recibe a sus familiares, gente que pertenece a la casa, como las pinturas y los muebles. No frecuentan el mundo, como en París, por ambición, por hacerse de relaciones para adquirir apoyo, pues sería inútil; es en otras aguas, en las aguas eclesiásticas, en donde necesitan pescar. Los cardenales frecuentemente son hijos de aldeanos o de la clase media y cada uno tiene su cortejo de amigos que le sigue desde hace veinte años; su médico, su confesor, su criado, llegan con él y distribuyen sus favores. Un joven no prospera más que uniendo su suerte a la de un prelado o a la de sus servidores; esta suerte es un gran barco que empuja el viento y que arrastra tras de sí a las pequeñas embarcaciones. Esta gran protección de los prelados no la dan los salones. Para obtener un favor o un destino no es preciso dirigirse a un cardenal o a un jefe de servicio; estos responden muy amablemente y se detienen ahí; hay que tocar resortes más secretos, dirigirse a su barbero, a su ayuda de cámara; un día le habla de vosotros y repetirá con insistencia: «¡Ah! Eminencia, piensa muy bien y habla de vuestra eminenencia con mucho respeto.»

Otra circunstancia mortal para el espíritu de sociedad es la falta de libertad. Las gentes desconfían unas de otras, miden sus palabras, no se franquean nunca. Un extranjero, que durante veinte años ha tenido aquí reuniones importantes, nos decía que si dejara Roma no tendría en seis meses ni dos cartas que contestar; en este país no hay amigos.

Por tanto, la única ocupación es el amor; las mujeres se pasan el día al balcón o, si son ricas, van a misa, luego al Corso y siempre al Corso. La sensibilidad, no teniendo un escape, produce cuando encuentra en qué emplearse pasiones violentas y muchas veces explosiones raras, por ejemplo, la desesperación de la joven marquesa Victoria Savorelli, que murió de amor porque su prometido, un Doria, la había abandonado o el casamiento de una gran dama con un suboficial francés que ensillaba su caballo en el patio del palacio, y otros acontecimientos novelescos o trágicos.

La gran desdicha para los hombres es no tener nada que hacer; se desgastan o se adormecen sin moverse de su sitio. Faltos de ocupación, emplean su astucia unos contra otros, se espían y chismorrear como frailes ociosos encerrados en su convento. Por la noche el peso de su aburrimiento se hace abrumador. Se les ve en sus salones inmensos, ante las hileras de cuadros, bostezar, ir y venir. Acuden dos o tres habituales, siempre los mismos, con alguna habladuría; Roma, en este aspecto, es una capital de provincia. Se habla de un criado despedido, de la compra de un mueble, de una visita más pronto o más tarde cumplida; la vida íntima sale a relucir a diario; nadie goza del gran incógnito de Londres o de París. Algunos tienen afición a la música o a la arqueología; se habla de las excavaciones recientes, y las opiniones se manifiestan atropelladamente; son estos los únicos estudios medio humanos, lo demás es lánguido o

mortecino. Los periódicos y las revistas extranjeras no llegan o son recogidos un día sí y otro no. Los libros modernos faltan por completo. No pueden hablar de su carrera porque no la tienen; la diplomacia y los altos empleos son para los sacerdotes, y el ejército es extranjero. Queda la agricultura; muchos se dedican a ella, pero indirectamente; arriendan sus tierras a los aldeanos por mediación de los *mercanti di campagna*; éstos ordinariamente las realquilan a los poseedores de rebaños napolitanos que vienen a pasar aquí el invierno y la primavera. La tierra es muy fértil y la hierba abundante. Un *mercanti* realquila en veinticinco escudos por seis meses lo que él ha alquilado en once escudos por año; recoge, además, unos cinco escudos por el heno y gana así tres por uno. Pero se puede calcular, por término medio, que gana el doble y así hacen grandes fortunas. Algunos se arruinan por querer abarcar demasiado; compran y ceban ganado que muere en las epidemias. En cuanto a los otros, enriquecidos, se hacen los jefes de la burguesía, se visten bien, comienzan a pensar, son liberales y anhelan una revolución que los ponga a la cabeza de los negocios públicos, sobre todo de los negocios municipales. Algunos, habiendo logrado una enorme fortuna, compran una tierra y después un título; uno de éstos es duque. Los nobles de Roma no pueden pasar sin ellos; no conocen a los aldeanos, y si quieren arrendar directamente tropiezan con la Liga. Los detestan y los consideran como parásitos, viendo que

son explotados por los *mercanti*. A su vez el *mercanti* es para los aldeanos un usurero necesario. Las tres clases están divorciadas.

No ocurre lo mismo en la Romagna, hecha italiana, donde los nobles son aldeanos; pero, aparte dos o tres cantones, los nobles de Roma que quisieran vivir en sus tierras, explotarlas ellos mismos, encontrarían hoy más dificultades que nunca. Además, faltan brazos; las levadas de Víctor Manuel han cogido numerosos individuos de los Abruzos que hacían los trabajos penosos; los ferrocarriles romanos ocupan a gran número de romanos y el campo romano está casi despoblado. Además, los negocios están sometidos a un régimen caprichoso: no es libre la exportación de granos; hace falta un permiso para cualquier operación o empresa, y el permiso especial no se obtiene más que por el grado de favor. El gobierno interviene hasta en los negocios privados. Por ejemplo, un arrendatario o un granjero no pagan y se les concede un plazo de tres meses; al cabo de los tres meses otros tres y así sucesivamente. Por último, os decidís a echarlo; pero su sobrino es canónigo y el gobernador del distrito os hace conceder un nuevo plazo para el pobre hombre. Pasa un año y enviáis un alguacil; pero el alguacil se entera de que un cardenal está interesado en el asunto y no hace nada. Encontráis al cardenal y os ruega, en nombre del Papa, que tengáis misericordia de un hombre honrado que nunca faltó a sus deberes religiosos y que tiene un sobrino que se ha distinguido por sus virtudes.

En general, el procedimiento es éste: el arrendatario demanda y obtiene repetidas veces plazos de quince días. Así, coge las ferias, los días de Navidad, el Carnaval, las Pascuas, San Pedro, el otoño, y a causa de la santidad del momento reclama un plazo más largo; el juez acuerda concederle cuatro meses. Conseguido esto, va en apelación y gana más tiempo todavía. Después se dirige al *uditore santissimo*, magistrado que habla en nombre del Papa, siempre muy caritativo con los desvalidos y los pobres. Nuevo plazo. Alega luego que su mujer está embarazada y próxima al término; no se pueden enviar los alguaciles, hay que esperar cuarenta días después del parto. Van a expirar, por fin, los cuarenta días y realquila la casa a un amigo insolvente con la condición de ocuparla como huésped. Y os encontrais obligados a comenzar de nuevo contra el amigo, y si por casualidad es tonsurado, tenéis que ir al tribunal del cardenal vicario. Lo más derecho entonces es pagar todos los gastos, renunciar al alquiler y ofrecer una pequeña cantidad a vuestro deudor para que se marche y vaya a comenzar en otra parte.

Un noble italiano que yo conozco posee muchas casas en Roma. Una de ellas tiene delante, al otro lado de la calle, un jardín que depende de un convento de monjas; la superiora advierte que desde el tercer piso se puede ver un rincón del jardín. Orden al propietario, de parte del cardenal vicario, de tapar a su costa, con planchas, las ventanas expuestas a ser culpables. Podría citar gran número

de vejaciones semejantes; es fastidioso ser propietario...

El hombre necesita una ocupación seria que lo emplee y una justicia exacta que lo contenga; es como el agua: necesita una pendiente y un dique, si, no el río cristalino, útil, se convierte en laguna estancada y fétida. Aquí la represión eclesiástica obstruye el cauce al río y el régimen caprichoso bate incesantemente el dique; se ha formado la charca. Si se encuentran tantas villanías y tantas miserias es porque falta la acción libre y también la justicia equitativa. Mis amigos me advierten que no debo juzgar esta nación por el estado actual; el fondo vale más que la apariencia, es preciso distinguir lo que es de lo que puede ser. Según ellos, la fuerza y la inteligencia abundan, y para convencerme van a llevarme mañana al campo y a los arrabales. Hay que verlos, dicen, antes de juzgar al pueblo.

*21 de marzo. El campo*

Hemos salido por la puerta del Popolo y hemos seguido un largo arrabal polvoriento; aquí también hay ruinas. Hemos entrado en la antigua villa del papa Julio III, que se encuentra a la derecha, medio abandonada. Se empuja una puerta carcomida y se ve un patio elegante rodeado de un pórtico circular, sostenido por columnas cuadradas de capiteles corintios y que ha subsistido por la solidez

de su construcción antigua. Hoy es una especie de cobertizo utilizado para usos domésticos; los aldeanos, los lavanderos con las mangas subidas andan de aquí para allá. En el borde de las viejas pilas de piedra espera la ropa para ser lavada; un ánade, sobre una pata, mira el borboteo del agua que fluye con una gran prodigalidad, rebosa y murmura como en los primeros días; los juncos, los montones de cañas, el estiércol, las bestias están alrededor de las columnas. Son los herederos de Vignole, de Miguel Angel, de Aníbal Caro, de la corte sabia, guerrera, letrada, que venía a entretener al generoso Papa. A la izquierda hay una gran escalera sin escalones; es ya una especie de rampa que se puede subir a caballo. Ya arriba, forzamos un picaporte y nos encontramos en una *loggia*; es en la que conversaba el Papa después de comer, en la que tomaba el fresco, frente a la campiña abierta extensamente a su mirada. Está sostenida por columnas y en el techo se distinguen restos de artesonado; un amplio balcón prolonga el paseo y hace llegar más libremente al pecho el aire de fuera. Nada mejor entendido, ni más apropiado al clima, ni más suficiente a satisfacer los gustos artísticos; aquí era donde había que venir para discutir los proyectos de edificios y buscar los adornos de las figuras. Se le mostraban bocetos o se dibujaban ante él. Aquel hombre, tan liberal y tan amante de lo bello, había sido creado para comprender semejantes almas. Subsiste una especie de granero; los herrajes del balcón están medio arrancados; los pi-

lares del patio han perdido su estuco y enseñan los ladrillos rojos; únicamente las columnas de la *loggia* alcanzan todavía sus bellos fustes de mármol blanco. Dos o tres pintores vienen en primavera a alojarse en esta ruina.

El polvo forma torbellinos y el sol abrasa; el cielo parece de estaño; el aire, enervante, caliente, sopla por ráfagas. El puente Molle aparece entre sus cuatro estatuas; detrás una mísera posada y luego comienza el desierto. Nada tan raro como estas cuatro estatuas grieteadas que se alzan silenciosas y forman la entrada a la tumba de un pueblo. A ambos lados el Tíber corre amarillento y viscoso como una serpiente enferma. No hay un árbol en sus bordes, ni una casa, ni un sembrado. De trecho en trecho se divisa una mole de ladrillos, una ruina, que se bambolea bajo su cabellera de plantas, y sobre una pendiente, en una hondonada, una manada silenciosa de vacas, con grandes cuernos, que rumian. Los arbustos, las plantas silvestres desmedradas, buscan abrigo en las hondonadas. Pero no se ve por ninguna parte un verdadero árbol; este es el rasgo lúgubre. Los lechos de los torrentes escalonan sus blancuras sucias sobre el verde uniforme; las aguas siguen su curso perezosamente o duermen estancadas entre las hierbas podridas.

Hasta perderse de vista, en todas direcciones, las colinas ondulan solitarias y monótonas y se busca mucho tiempo en el pensamiento a qué formas parecidas pueden compararse estas formas raras. No

hemos visto nada igual: la naturaleza no lo ha producido; alguna cosa ha venido a añadirse a la naturaleza para trabar esta mescolanza y aumentar su derrumbamiento. Suaves o ásperos, sus contornos son los de una obra humana desplomada y, después, deshecha por el ataque constante del tiempo. Imaginamos antiguas ciudades destruídas y recubiertas por la tierra, gigantescos cementerios borrados gradualmente y, después, sepultados bajo el verde. Se piensa que una gran población ha vivido aquí, que ha manejado y revuelto el suelo, que ha poblado esto de edificios y de cultivos, que hoy no queda nada, que sus mismas ruinas han desaparecido, que la hierba, el suelo, han extendido por encima una nueva corteza, y se experimenta un vago sentimiento de angustia, como se tendría ante un mar profundo si, a través de las aguas inmóviles, se deshiciese como en un sueño la forma indistinta de una ciudad caída bajo las olas.

Dos o tres veces nos hemos detenido sobre un cabezo; de allí, cuando se contempla el círculo inmenso del horizonte poblado todo con el amontonamiento de las colinas y la mezcla de oquedades funerarias, se siente invadido el corazón por un desconuelo sin esperanzas. Es un circo, un circo al día siguiente de los grandes juegos, mudo y sepulcral; una línea áspera de montañas violáceas, una sólida barrera de rocas lejanas, le sirven de muro. La decoración, los mármoles, han desaparecido; no queda de él más que el cinturón y el suelo, formado de despojos humanos. Aquí se ha desarro-

llado durante siglos la más sangrienta y la más grandiosa de las tragedias humanas. Todas las naciones, galos, españoles, latinos, africanos, germanos, asiáticos, han suministrado sus reclutas de gladiadores; los cadáveres de innumerables muertos, hoy confundidos, olvidados, alimentan las hierbas.

Algunos aldeanos pasan con el fusil en bandolera, a caballo, calzados con fuertes polainas. Los pastores, con su piel de oveja, sueñan, con la mirada brillante y vaga. Llegamos a Porta Prima: los niños harapientos, una chiquilla con el pecho descubierto hasta el estómago, se acercan al coche para pedir una limosna. Vamos a ver en Porta Prima las nuevas excavaciones; es la casa de Livio; se ha descubierto hace seis meses una estatua de Augusto; todo esto está sepultado. ¡Cuánto amontonamiento de tierra en Roma! «Ultimamente — dicen —, bajo una iglesia, se han encontrado otra, y bajo ésta, otra aún, probablemente del siglo III». La primera sería destruída en alguna invasión de los bárbaros: cuando volvieron los habitantes, las ruinas formarían un montón sólido; sobre los fustes de las columnas, levantarían la segunda iglesia. Lo mismo ocurrió con la segunda, y han edificado análogamente la tercera. Ya Montaigne cita templos enterrados en Roma, cuyo techo estaba bajo los pies a una profundidad del largo de una pica de lansquenete. Cuando se va por un camino, se ve en todos los países una corteza de terreno negruzco, que es el que los hom-

bres cultivan, del que sale toda la población vegetal, animal y humana: los vivos vuelven a él para salir bajo otras formas; por encima de la gran masa inerte y mineral, este estiércol es la única porción movediza que se eleva; después cae según el vaivén del torbellino de la vida. Ciertamente, en ningún rincón del mundo ha estado más agitada de arriba a abajo y más removida que aquí.

Se penetra con antorchas en las cámaras subterráneas, apuntaladas, donde el agua se filtra. Acercando la antorcha a los muros, se ven reaparecer hermosos decorados, pájaros, follaje, granados llenos de fruto rojo: es el gusto sencillo y severo de la sana antigüedad, tal como lo muestran Pompeya y Herculano.

El sol descende en una bruma pálida; el viento, pesado, cegante, levanta el polvo por carretadas; bajo este doble velo, los rayos, sombríos como los de un bloque de hierro enrojecido, se extinguen vagamente en la desolación infinita. En la cima de una escarpada se divisa una miserable ruina vacilante, la acrópolis de Fidenes, y sobre otra la mole negruzca de una torre feudal.

*22 de marzo.*

Hoy, excursión a pie a Frascati. El cielo está nuboso, pero el sol rompe por algunos sitios la pesada cúpula de las nubes.

A medida que se avanza hacia las alturas devas-

tadas de Túsculum, la perspectiva se hace más grande y más triste. La inmensa campiña romana se extiende y se muestra como un páramo estéril. Hacia Oriente se erizan las montañas ásperas donde se apoyan los nubarrones; en el Oeste, se mezclan Ostia y el mar indistinto, especie de banda vaporosa, blanquecina como el humo de una caldera. A esta distancia, y desde esta altura, los montículos que abollan el llano se borran a medias: parecen débiles y extensas olas de un mar parduzco. No hay sembrados. El color desvaído de lo campos abandonados prolonga hasta perderse de vista sus tintas borrosas y débiles. Las nubes lo manchan con sus sombras, y todas estas franjas violáceas, negruzcas, rayan los fondos rojizos como en una manta de pastor.

Mi guía es atrevido y franco en el hablar, enérgico y sin fanfarronería. Tiene diecinueve años, sabe cinco o seis palabras francesas, no trabaja, vive de su oficio de cicerone, es decir, de algunos paules. No hay nada de agradable, de amable o de respetuoso en sus maneras; es sombrío y áspero, y da sus explicaciones con la gravedad de un salvaje. Sin embargo, en calidad de extranjeros, somos para él señores ricos. Estas gentes, según me dicen, son naturalmente altivas, altaneras, dispuestas a la igualdad. En Roma, un camarero, oyendo, a los tres días de ir por el café, a un extranjero que aventuraba sus primeras frases italianas, lo juzgaba y decía alto, en su presencia: «Eso va bien; hace progresos».

Se deja a la izquierda la villa Mandragone, enorme ruina empenachada de hierbas flotantes y de pequeños arbustos. A la derecha, la villa Aldobrandini abre sus avenidas de plátanos colosales, sus arquitecturas de escaleras, de balaustres y de terrazas. A la entrada, adosado contra la montaña, un pórtico revestido de columnas y de estatuas, derrama a oleadas el agua que llega de lo alto sobre una escalera de cascadas; es el palacio de campo italiano, dispuesto para un gran señor de gusto clásico, que siente la naturaleza según los paisajes de Poussin y de Claudio Lorrain. Las habitaciones interiores están pintadas al fresco: *Las nueve musas alrededor de Apolo*, *Los Cíclopes y Vulcano en su fragua*, numerosos techos del caballero D'Arpino, *Eva y Adán*, *Goliath y David*, una *Judith* del Dominiquino, hermosa y sencilla. No se puede considerar a los hombres de aquella época como de la misma especie que nosotros. Eran aldeanos enclastrados o exclastrados, hombres de acción, buenos para dar puñetazos, voluptuosos y supersticiosos, la cabeza llena de imágenes corpóreas, que entreveían como en sueños, en las horas vacías, el cuerpo de su amada o el torso de un santo, habiendo oído referir alguna historia de la Biblia o de Tito Livio, algunas veces leyendo a Ariosto, sin delicadeza ni crítica, sin los millones de matices en las ideas que nuestra literatura y nuestra educación nos proporcionan. En la historia de David y de Goliath, todos los matices para ellos consistían en el movimiento de los brazos y en las diversas

actitudes del cuerpo. La invención del caballero D' Arpino se reduce aquí a forzar este movimiento que acaba por ser violento y esta actitud que termina por ser retorcida. Lo que interesa a un contemporáneo en una cabeza es la expresión de un sentimiento raro y profundo, la distinción, los rasgos de finura y de superioridad naturales, que no aparecían jamás en ellos, salvo en las obras de este investigador precoz, de este pensador refinado y depurado, de este genio universal y femenino, llamado Leonardo de Vinci. La Judith del Dominiquino es aquí una bella aldeana, sana y sencilla, bien pintada y bien formada. Si buscáis los sentimientos exaltados, complicados, de una mujer virtuosa que por patriotismo y piedad acaba de hacerse prostituta y asesina y que entra con las manos ensangrentadas, sintiendo acaso en sus entrañas el hijo del hombre que acaba de matar, leed el drama de Hebbel, la Cenci de Shelley, proponed el asunto a un Delacroix o a un Ary Scheffer.

Me he confirmado en tal idea esta noche con la lectura de Vasari. Ved, por ejemplo, las vidas de los dos Zucchero, entre tantas otras semejantes. Estos son obreros, educados desde la edad de diez años en el taller, que producen la mayor cantidad posible, buscan encargos y repiten siempre los mismos asuntos bíblicos o mitológicos, los trabajos de Hércules o la creación del hombre. No tienen lleno el espíritu de disertaciones y de teorías como lo tenemos nosotros a partir de Diderot y Goethe.

Cuando se les habla de Hércules o del Padre eterno, se imaginan un corpachón con muchos músculos desnudos o envueltos en un manto pardo o azul. Del mismo modo, todos esos príncipes, abades, particulares, que mandan decorar su casa o su iglesia, buscan una distracción para los ojos; leen los cuentos de Bandello o las descripciones de Macini; pero la literatura entonces no hacía más que *ilustrar* la pintura. Hoy es a la inversa.

Hemos subido a los altos del antiguo Tusculum; se ven allí las ruinas de una villa que fué, según dicen, de Cicerón: restos informes, montones de ladrillos, basamentos medio desenterrados, que se van deshaciendo con las intemperies y el crecimiento de las hierbas. Muchas veces, a medida que se avanza, se ven las paredes de una habitación antigua al borde del camino, en los flancos de una escarpa. En la cumbre hay un teatro pequeño, donde yacen fragmentos de columnas. Esta montaña, devastada, llena de matas de retama y de arbustos espinosos, frecuentemente desnudos, o de rocas destrozadas, resquebrajan la delgada capa de tierra, que es a su vez también una ruina. El hombre ha estado allí y ha desaparecido; tiene el aspecto de un cementerio. En la cima hay una cruz sobre un montón de piedras ennegrecidas; el viento sopla y entona una salmodia lúgubre. Las montañas del Mediodía están llenas de árboles que todavía no verdean, el sombrío promontorio de Mont-Cavi, la hilera de cumbres desoladas bajo la revuelta cabellera de hierbas amarillentas; abajo,

la campiña romana, leonada bajo la sábana de nubes desgarradas, parece un campo mortuorio.

En los bosques regados, que se atraviesan al descenso, florecen anémonas blancas y violetas, los alelíos, de un azul delicado y encantador. Un poco más lejos, la abadía de Gotta Ferrata, con sus almenas de la Edad Media, con sus viejas arcadas de columnas elegantes, con sus frescos sobrios y serios del Dominiquino, aparta un poco a la imaginación de estos pensamientos fúnebres. A la vuelta, en Frascati, el ruido de las aguas corrientes, las copas floridas de los almendros, el brillo de los trigales nuevos, que levantan sus espigas, regocijan el ánimo con su apariencia de primavera. El cielo se ha despejado, y se muestra el delicioso azul salpicado de nubecillas blancas que vuelan como palomas; en todo lo largo del camino, los arcos redondos de los acueductos se desenvuelven majestuosamente en el fondo azul.

Y, sin embargo, hasta bajo este sol hacen mal todas estas ruinas. ¡Son testigos de tantas miserias! Algunas veces es un macizo desgastado por el pie, una bóveda que se tambalea; en otro sitio, un arco aislado, un trozo de muro, tres piedras enterradas que asoman. Parecen los restos de un puente arrasado por una inundación o los restos de una ciudad abrasada por un incendio.

22 de marzo.  
*El pueblo*

Ante todo, cuando se va a juzgar a los aldeanos romanos, es necesario señalar como rasgo principal de su carácter la energía, es decir, su aptitud para los actos violentos y peligrosos. He aquí algunas anécdotas.

Nuestro amigo N..., hombre atlético, valiente y tranquilo, vive en el campo, a cinco o seis leguas de aquí. Nos cuenta que en su pueblo las puñaladas son frecuentes. De los tres hermanos de su criado, uno está en presidio, y los otros dos han muerto asesinados. En este mismo pueblo, dos aldeanos bromeaban entre ellos. Uno llevaba en el ojal una flor, regalo de su novia. El otro se la quitó. «Devuélvemela», dijo el enamorado; el otro no hacía más que reír. El novio se puso serio. «¡Devuélvemela en seguida!» Nuevas risas del otro. Entonces quiere arrebatarla por la fuerza, y el otro huye. Lo persigue, lo alcanza y le hiere con su cuchillo en la espalda no una vez, sino veinte, encarnizado, furioso. La cólera, con la sangre, le nubla la vista, y le vuelve a la ferocidad primitiva.

Un oficial que está con nosotros, cita rasgos parecidos. Dos soldados franceses que se paseaban a la orilla del Tíber, ven a un hombre que quería ahogar a un perro; se lo impiden, y comienzan los puñetazos. El hombre pide socorro, y acuden las gentes

del barrio: un aprendiz hunde su cuchillo por la espalda en el cuerpo de uno de los soldados franceses, que cae a tierra sin proferir un grito. Este soldado tenía una fuerza y una corpulencia de Hércules, pero el golpe había sido tan certero, que le atravesó el corazón. Otros dos soldados, en el campo, entran en un cercado, roban unos higos y escapan. El dueño, no pudiendo alcanzarlos, les dispara dos tiros: mata a uno, y al otro lo hiere en una pierna. Son verdaderos salvajes; creen que en toda ocasión pueden volver al derecho de guerra, y usan de él hasta lo último.

Nuestro amigo N... ha intentado, en su pueblo, abolir algunas prácticas crueles. Se sacrifica un buey o una vaca por semana; pero antes de matar a la pobre bestia se la deja a los muchachos y a los mozalbetes, que le saltan los ojos, le quemán el vientre, le cortan el belfo, la desgarran y la martirizan, para darse el placer de verla furiosa; les gustan las emociones fuertes. N... pretende disuadirlos: habla con el párroco, se dirige a todo el mundo. Para llegarles a lo vivo, les da razones convincentes: «La carne, así irritada, no será buena. — ¿Y qué nos importa? Nosotros somos muy pobres, y no la comemos.» Un día encuentra a un aldeano que molía a palos su asno, y le dice: «No maltrates a esa pobre bestia.» El aldeano responde con el *scherzo*, con la áspera y dura ironía romana: «No sabía que mi burro tuviese parientes en este pueblo.» Estos son los efectos del temperamento bilioso, de las pasiones agrias, excitadas por

el clima, de la energía bárbara que no tiene en qué emplearse.

La marquesa de C... nos dice que no vive en sus tierras porque está sola y los aldeanos son allá muy malos. Hago que me repita la palabra, y ella insiste, como asimismo su marido. Un zapatero ha matado a su camarada de una cuchillada en la espalda, y, después de un año de galeras, ha vuelto al pueblo, en donde ha prosperado. Otro ha matado a puntapiés a su mujer, que se hallaba embarazada. Se les condena a galeras, algunas veces por toda la vida; pero el Papa concede reducciones de pena muchas veces al año, y el que tiene algún protector sale de presidio a los dos o tres años después de su asesinato. En el presidio no se está muy mal: se aprende un oficio, y, cuando se vuelve al pueblo, no se está deshonrado, y hasta se infunde miedo, lo que es siempre una ventaja.

Recuerdo dos episodios que me contaron en la frontera de España. En una corrida de toros, una hermosa dama española ve al lado de ella a una francesa, que se tapa los ojos con las manos para no ver a un caballo despanzurrado que camina pisándose las tripas. Levanta los hombros y dice: «¡Corazón de manteca!» Un refugiado español asesina a un comerciante, y no presenta una mancha de sangre en las ropas; en el interrogatorio, el presidente le dice: «Se ve que tienes habilidad para cometer asesinatos». El hombre responde con altanería: «¿Y usted, se mancha acaso con la tinta?» Tres o cuatro hechos como estos nos

demuestran que existe una corteza humana que nos es completamente desconocida. En estos hombres, de gran imaginación, endurecidos por los trabajos, la fuerza del resorte interno es terrible, y la escapada, súbita. Las ideas modernas de humanidad, de moderación, de justicia, no le han sido inculcadas para atenuar las explosiones o dirigir los golpes. Permanecen lo mismo que en la Edad Media.

El gobierno no ha pensado nunca en civilizarlos: no les pide más que el impuesto y el certificado de confesión; para todo lo demás, los abandona a ellos mismos, y, además, les muestra como ejemplo el régimen de privilegios. ¿Cómo van a tener idea de la equidad, cuando ven la protección todopoderosa sobre los derechos particulares o el interés público? Para juzgar esto, tienen un proverbio muy crudo que yo he atenuado: «La belleza de una mujer tiene más fuerza que cien búfalos». Cerca del pueblo de N... hay un bosque muy útil a la comarca, y que han comenzado a talar: un monseñor toma participación en el asunto, y todas las reclamaciones de nuestro amigo para impedir la tala han resultado inútiles. La vista de los criminales indultados y del pillaje administrativo hace aparecer al Gobierno como un ser fuerte, con el que hay que estar de buenas, y la vida social, como un combate en el que es preciso defenderse. De otra parte, en cuanto a religión, la inteligencia italiana no comprende más que el rito: los poderes celestiales, como los poderes civiles, son para ellos personajes formida-

bles, cuya cólera se evita con genuflexiones y ofrendas, nada más. Al pasar delante de un crucifijo, se santiguan y mascullan una oración, y, a veinte pasos, cuando ya no los ve el Cristo, se ponen a blasfemar. Júzguese, con semejante educación, si han de tener noción del honor y si en materia de juramentos, por ejemplo, se creen obligados a cualquier deber. Los indios de América consideran como una gloria engañar al enemigo; pues de la misma manera éstos encuentran muy natural engañar al juez. En estado de guerra, la sinceridad es una astucia: ¿por qué voy a dar armas contra mí a quien está en armas para combatirme? N..., con la pistola en la mano, había salvado la vaca que querían martirizar. Algunos días después, anochecido, estando en la puerta de su casa, sintió una piedra silbar cerca de su cabeza. Coge a un hombre que no había sido; va un poco más lejos y encuentra a dos hermanos: el mayor, que era quien había tirado la piedra, se pone lívido, arma su fusil y apunta a N... Este coge al más joven, y lo presenta como un escudo. Cogido y manejado por los brazos del atleta, no puede moverse; pero rechina los dientes y grita a su hermano: «¡Tira, tira ya!» Acude el criado de N... con un fusil, y los dos pilletes huyen. Nuestro amigo presenta una queja: de los cuatro asistentes, entre ellos un sacerdote, todos testigos oculares, juran todos que no han visto al hombre que ha arrojado la piedra. En vista de esto, N..., exasperado y obligado a hacerse respetar y temer, para poder vivir en el

pueblo, da una piastra a un vecino que no había visto nada, y este vecino confiesa, bajo juramento, que vió al pilluelo arrojar la piedra. De la misma manera, y con más facilidad todavía, se encuentran en Bengala (1) veinte testigos falsos de cargo y de descargo en el mismo proceso. Los vecinos juran por amistad los unos por los otros, o a tanto por juramento, y son las mismas causas las que sostienen en los dos países las mismas mentiras. Desde muy antiguo, el juez ha dejado de ser justo, y se habla delante de él, no como delante de un juez, sino como delante de un enemigo.

Además estos mentirosos, crueles y violentos como los salvajes, son estoicos como los salvajes también. Cuando están enfermos o heridos, se les ve, con la pierna rota o un navajazo en el cuerpo, permanecer sentados, envueltos en sus mantas, sin decir nada, sin quejarse, concentrados, inmóviles, a la manera de los animales que sufren; solamente miran con ojos fijos y tristes. Es porque su vida ordinaria es dura, y están acostumbrados a las penas; no comen más que polenta, y es preciso ver sus andrajos. Las aldeas son muy escasas, y están obligados a hacer muchas millas, algunas veces tres leguas, para ir a trabajar su campo. Pero sacados de este estado y de esta tensión continua, tienen un fondo generoso, y la naturaleza, espléndida, los dota de facultades bien equilibradas, que aparecen sin esfuerzo. Se vuelven afectuo-

---

(1) Véase M. de Valbezen, *Los ingleses en la India*.

sos, cuando se les trata bien. Según N..., un extranjero que los trate lealmente, encuentra en ellos lealtad. El duque G..., que ha organizado y mandado durante treinta años el cuerpo de bomberos, no se cansa de encomiarlos. En cuanto a paciencia, fuerza, valor y cumplimiento de los deberes militares, los compara con los antiguos romanos. Sus hombres se sienten honrados, tratados equitativamente, empleados en una obra viril: por esto se entregan de todo corazón y enteramente. No hay más que mirar en las calles, o en el campo, las cabezas de los aldeanos o de los frailes. La inteligencia y la energía brillan en ellos; es imposible substraerse a la idea de que aquí el cerebro es grande, y el hombre, completo. Stendhal, antiguo funcionario del Imperio, cuenta que, cuando Roma y Hamburgo eran dos prefecturas francesas, se recibían cuadros administrativos con indicaciones muy minuciosas y muy complicadas para el servicio de las aduanas y de los registros; los hamburgueses necesitaron seis semanas para comprenderlos y llenarlos bien; los romanos lo hicieron en tres días. Los escultores dicen que, desnudos, tienen la carne de color sano y apretada, como antiguamente, en tanto que más allá de los montes los músculos son flacos y torpes. En realidad, se acaba por creer que estas gentes son los antiguos romanos de Papirio Cursor, o ciudadanos de las formidables repúblicas de la Edad Media, los hombres mejor dotados, los más capacitados para las invenciones y para los trabajos, caídos bajo el hábito, la librea o el harapo,

empleando sus grandes facultades en salmodiar letanías, en intrigar, en mendigar y en enviciarse.

En medio de la charca, se ve todavía brotar el agua viva; sus expansiones son admirables. Entre las costumbres galantes o groseras, la naturaleza virgen que ha suministrado expresiones divinas a los pintores, surge con entusiasmo y maravillosamente. Uno de nuestros amigos, médico alemán, tiene por criada a una hermosa muchacha, enamorada de un tal Francesco, obrero ferroviario, que gana cuatro paules diarios. El no tiene dinero, y ella tampoco, por lo que no pueden casarse; necesitan cien escudos para poner la casa. El es un bribón, que no tiene nada de hermoso y que no siente mucho cariño por ella; pero ella lo ha conocido desde la infancia, y lo ama desde hace ocho años. Cuando está tres días sin verlo, no come; el doctor se ha visto obligado a retenerle su salario, pues se lo daba íntegramente al novio. En lo demás, es tan inteligente como honrada: está orgullosa de sus sentimientos, y habla libremente de su amor. Yo le hablo de Francesco y sonrío y se ruboriza imperceptiblemente; su figura se ilumina, y parece estar en la gloria: no se puede idear nada más encantador y más gracioso que este espiritual rostro, iluminado por un sentimiento de tanto abandono, de tanta fuerza y de tanta pureza. Viste el precioso traje romano, y su cabeza queda encuadrada en el rojo gorro de los domingos. ¡Qué recursos, qué delicadeza, qué fuerza y qué arrojo en aquel espíritu! ¡Qué contraste, si se la compa-

ra con las figuras aturdidas de nuestras aldeanas y las caritas astutas de nuestras grisetas!

Al llegar aquí, toco el punto delicado; queremos tocarlo porque no somos oradores decididos por anticipado a encontrar argumentos corteses, sino naturalistas, libres de preocupaciones y de compromisos, dedicados a observar los fundamentos y los sentimientos de los hombres, igual que haríamos con los instintos, con la estructura y con las costumbres de las abejas o de las hormigas. ¿Son italianos, o súbditos del Papa? Según mis amigos, es difícil una respuesta precisa; estas gentes son muy ignorantes, muy pegadas al suelo, están muy metidas en sus odios y en sus intereses de aldea para tener una idea de tales cuestiones. Sin embargo, se puede suponer que, en esto como en las demás cosas, están gobernadas por su imaginación y sus costumbres. En su último viaje, el Papa ha sido aclamado: se agolpaban alrededor de su coche. Es viejo, su figura es hermosa, de un bien aventurado, y produce sobre estos espíritus incultos y apasionados el mismo efecto que la estatua de un santo. Su persona, sus ropas, les parecen llenas de perdones, y quieren tocarle como a la estatua de San Pedro. Además, el Gobierno no pesa sobre ellos, al menos visiblemente: todos los rigores son para las clases inteligentes; el adversario es el hombre que lee o que ha estado en la Universidad; los otros no le interesan. Sin duda un aldeano puede ser encarcelado por trabajar en día festivo, pero como es supersticioso no siente deseo de fal-

tar a los preceptos. Indudablemente está obligado a tener su certificado de confesión, pero no siente repugnancia en contar de nuevo y arduosamente sus asuntos en una caja de madera negra; además, en el pueblo hay personas que hacen un oficio del confesar y el comulgar, y así obtienen billetes de confesión, que venden luego por dos paules. Por lo demás, los impuestos directos son leves, los derechos feudales han sido abolidos por el cardenal Consalvi; no hay conscripción; la policía, muy tolerante, permite las contravenciones leves, el vagabundear por las calles. Si dan un navajazo a su enemigo, el indulto les alcanza pronto, y no hay por qué temer el patíbulo, cosa irremediable, terrible, para las imaginaciones meridionales. Finalmente, es permitida todo el año la caza, el uso de armas no cuesta apenas nada y ningún terreno está acotado ni vedado, excepto los que están rodeados de un muro. Es muy fácil hacer lo que se quiera, con la única condición de no discutir de política, de la que no se hace caso y, además, no se sabe una palabra.

Desde la entrada de los piamonteses, encuéntrase muchos descontentos entre los aldeanos de la Romagna, porque la leva les parece muy dura y los impuestos más fuertes y, además, están sometidos al cumplimiento de numerosas disposiciones: por ejemplo, se les prohíbe secar las ropas en la calle y se les somete a una policía exacta y a las multas de otros países. La vida moderna exige un trabajo asiduo, numerosos sacrificios, una atención

despierta, una invención incesante; es preciso querer, esforzarse, enriquecerse, instruirse y emprender. Una transformación de esta naturaleza no se hace sin violencias ni repugnancias. ¿Creeis que un hombre acostado hace diez años, aunque sea en ropas sucias y llenas de miseria, se va a poner contento si se le levanta de golpe y se le obliga a andar? No cesará de murmurar, recordará su inercia y estará deseando volverse a acostar. Pero dadle tiempo, hacedle gustar las delicias de moverse, de tener ropa limpia, de tapar los agujeros de su covacha, de poner muebles adquiridos por su trabajo y sobre los cuales nadie, ni el vecino ni el funcionario, osará poner la mano, y se reconciliará con la propiedad, con el bienestar, con la libertad de acción, de la que en un principio no ha visto más que las obligaciones sin comprender las ventajas y la dignidad. Ya hace tiempo que, en esta misma Romagna, los obreros son liberales; en Roma, en 1849, gran número de comerciantes y pequeños propietarios iban con su fusil a las fortificaciones y se batían bravamente. Si los aldeanos se volviesen propietarios pensarían de la misma manera. Los bienes que podrían disfrutar están ahí mismo; antes de los últimos acontecimientos el clero secular y regular de los Estados romanos poseía 535 millones en bienes raíces, dos veces más que al final del último siglo (1), dos veces más que tiene

---

(1) Marqués de Pepoli, *Haciendas pontificias*. En 1797 no tenía más que 217 millones.

hoy el clero francés; el gobierno italiano los venderá, como ha hecho ya en el resto de Italia. Esta será la poderosa palanca. El aldeano romano, como el aldeano francés después de 1789, se dedicará al cultivo, a corregir y a mejorar su tierra, economizará para subir un poco más, querrá que su hijo sea abogado, casará a su hija con un funcionario y acabará siendo rentista; aprenderá a contar y a leer, tendrá su mesa de trabajo, leerá los periódicos, comprará obligaciones, hará reparar y blanquear su casa y traerá de la ciudad algunos muebles usados. Quitad el obstáculo y en seguida correrá el agua; haced posible la adquisición de bienestar y en seguida la gente querrá adquirirlo y gozarlo. Ante todo, no hay que olvidar la cárcel para los ladrones y el presidio para los asesinos; bajo una justicia imparcial y estricta, el hombre comprende desde un principio que la única ganancia prudente es la ganancia honrada, y camina inofensivo, protegido, útil, por el camino recto, entre las barreras de la ley.

*23 de marzo.*

*El gobierno*

No me precio de ver las cosas desde tan lejos; la política no es mi fuerte y menos la política del porvenir; ésta es una ciencia muy complicada y, por otra parte, para sentar un juicio hacen falta estudios profundos y una residencia aquí un poco

más larga. No hablemos más que de lo que se ve, es decir, de la gobernación.

Ahora no se habla de otra cosa. No he hablado con un italiano, sin que la conversación recayera en seguida sobre la política; es su pasión. Ellos mismos confiesan que desde hace cincuenta años la poesía, la literatura, la ciencia, la historia, la filosofía, la religión, todas las preocupaciones y todas las producciones de su inteligencia sienten la influencia de la política. En el fondo de una tragedia o de una obra de metafísica, buscad la intención del autor y veréis que no ha pensado más que en predicar la república o la monarquía, la federación o la unidad.

Dicen que la ocupación francesa ha hecho el gobierno peor que nunca. Antes había algunas consideraciones, se detenían a la mitad del camino en la injusticia; hoy, apoyados por una guarnición de 18.000 hombres, no temen a los descontentos. Así, nadie duda de que el día en que se marchen los franceses será el último día de la soberanía papal.

Procuró hacer que me señalen exactamente el límite y la extensión de esta opresión. No es violenta ni atroz como la de los reyes de Nápoles; en el Sur la antigua tiranía española ha dejado costumbres crueles. Pero no ocurre esto en Roma. No se prende a un hombre de pronto para encerrarlo en el fondo de un subterráneo, arrojarle todas las mañanas un cubo de agua helada sobre el cuerpo, torturarlo y entontecerlo. Pero si es liberal y sos-

pechoso, la policía hace un registro en su casa, coge sus papeles, registra sus muebles y lo detiene. Al cabo de cinco o seis días una especie de juez de instrucción le interroga; siguen otros interrogatorios, las escrituras forman un legajo que después de pasado mucho tiempo es elevado a manos de los jueces propiamente dichos. Estos lo estudian con no menos parsimonia; así, está encerrado preventivamente tres meses o a veces seis. Se abre el proceso, que se dice público, pero que no lo es; el público se queda a la puerta; entran sólo tres o cuatro espectadores, gente conocida, probada y que entran con sus billetes. Por otra parte, la policía se aprovecha de los accidentes. Hace quince días, a las siete de la tarde, a dos pasos del Corso, han asesinado a dos personas que iban en un coche robándoles 10.000 piastras. La policía no ha encontrado a los culpables, pero se aprovechó de la ocasión para encarcelar preventivamente a algunos liberales. Todo el mundo ha oído hablar de este proceso reciente, en el cual el Comité romano robó las actas; el principal testigo de cargo era una mujer pública, que ha denunciado no sólo a las personas que concurrían a su casa, sino además a otras a quienes no había visto nunca; está complicado un joven, cuyo nombre me dicen; lo detienen de noche, se le juzga secretamente y se le condena a cinco años de encierro; este individuo ha jurado a su hermano, en una conversación íntima, que era inocente. Las leyes son benignas, pero la arbitrariedad las corrompe y penetra en los cas-

tigos como en las gracias; así es que nadie fía en la justicia, ni consiente en servir de testigo, ni repugna los navajazos, ni se cree a salvo de una delación, ni está seguro de dormir al día siguiente en su cama y en su alcoba.

No hay que temer las confiscaciones, pero han sido reemplazadas por los embrollos. La marquesa A... posee un extenso terreno cerca de Orvieto, cuya aldea fundaron sus antepasados. Las gentes del pueblo, con la autorización especial del *monsignor*, decretan un impuesto sobre los bienes raíces, y es la marquesa de A... quien la paga. Con la autorización del mismo *monsignor* promueven un proceso a propósito de ciertos terrenos; si lo ganan ellos, paga la marquesa, y si lo pierden, paga ella también, porque perteneciéndole toda la tierra son sus bienes los que proveen a las necesidades de la comunidad. Hay que ser amigo del gobierno para poder cobrar las rentas; si no, se corre el peligro de ver cómo se hace el sordo el arrendatario. Por estos millares de pequeños lazos de interés personal el gobierno retiene o mantiene a los propietarios y a la nobleza.

Como consecuencia, las gentes del *mezzo ceto*, abogados, médicos, se hallan sujetas por las mismas ligaduras; su profesión las obliga a la dependencia de la alta pandilla papal; si muestran sus ideales liberales pierden su mejor clientela. Además, todos los establecimientos de instrucción pública están en manos del clero; Roma no tiene un solo colegio o un pensionado laico. Y, por último,

añadid los protegidos, mendigos, pequeños empleados, aspirantes o poseedores de sinecuras; todas estas gentes obedecen y atestiguan su celo: el pan cotidiano depende de ello. He aquí un coro de gentes encorvadas, prudentes, que sonríen con un aire discreto y lanzan exclamaciones a voluntad. El conde de C... decía: «Ocurre aquí como en China; no se cortan cruelmente los pies, pero se los aprisionan y se los deforman tan bien bajo los vendajes, que se les deja incapaces para andar.»

No puede ser de otra manera, y en esto hay que admirar la lógica de las cosas. Un gobierno eclesiástico es imposible que sea liberal: el mundo lo rodea, las ciencias lo cercan, los intereses laicos vienen a torcer la dirección natural de su espíritu; pero apartad de él todas estas influencias, dejadlo a su impulso, rodeadlo de otros sacerdotes, poned en sus manos la dirección de los hombres, y volverá, como en los tiempos de Pío VII y de Pío IX, a las máximas de su cargo y seguirá la pendiente inevitable de su estado. Porque siendo sacerdote, sobre todo siendo Papa, se posee la verdad absoluta y completa. No es preciso alcanzarla, como nosotros, por las reflexiones acumuladas y los descubrimientos futuros de todos los hombres; la verdad reside enteramente en él y en sus predecesores. Los principios han sido establecidos por la tradición, proclamados en los breves, renovados en las encíclicas, detallados en las *sumas* teológicas, aplicados hasta en los más mínimos detalles por las prescripciones de los canonistas y las dis-

cusiones de los casuístas. No hay una idea ni una acción humana, pública o privada, que no esté definida, clasificada, cualificada en los grandes libros, de los cuales son los defensores y los herederos. Además, esta ciencia es viva; una vez incorporada a su espíritu y promulgada por su palabra, todas las dudas deben cesar; Dios decide en sí y por sí. La contradicción es considerada como rebelión y la rebelión como un sacrilegio. Por tanto, a sus ojos, el primer deber es la obediencia; el examen, la opinión personal, las iniciativas, son pecados. El hombre debe dejarse conducir, abandonarse como un niño. Su razón y su voluntad no radican en él, sino en otra persona designada desde lo alto para este oficio. Tiene un *director*. En efecto, éste es el verdadero nombre del sacerdote católico y en este empleo tiene puesta la vista el gobierno de Roma y conduce a ese fin. De esta manera puede ser indulgente, hacer pequeños servicios, perdonar la flaqueza de los hombres, sufrir los ataques del mundo y tolerar las escapatorias; repugna la violencia, especialmente la violencia abiertamente; le gustan las palabras untuosas y los procedimientos indulgentes; no amenaza nunca, advierte y amonesta. Extiende por encima de los pecadores como un rico manto enguatado la pompa de sus párrafos afectuosos; habla con agrado de su corazón misericordioso y de sus entrañas paternas. Pero hay un punto en el que no admite transigencia: la sumisión del alma y del corazón. Provisto de esta obediencia, sale de los dominios

teológicos y entra en la vida privada, decide las vocaciones, guía los matrimonios, elige las profesiones, arregla los ascensos, interviene en los testamentos y en todo lo demás.

Por consiguiente, en las cuestiones públicas tiene buen cuidado de evitar a la gente la peligrosa tentación de intervenir. En Roma, por ejemplo, nombra los consejeros municipales, que completan el consejo agregándoles otros. Pero estos nuevos nombres deben ser aprobados por el Papa, de manera que todos los administradores son de su elección. Lo mismo ocurre en los demás servicios; es un *monsignor* el que administra los hospitales, es otro *monsignor* el que vigila los teatros y alarga las faldas de las bailarinas. En cuanto a la administración, marcha por los viejos carriles; la economía política es una ciencia insana, moderna, muy apegada al bienestar material. Se disminuyen o se recargan los impuestos sobre las materias visiblemente necesarias, sin inquietarse del empobrecimiento invisible, que se extiende por el país como consecuencia de ello (1). Un caballo paga el 5 por 100 todas las veces que es vendido; el ganado paga por los pastos y además en el mercado 28 francos por cabeza, lo que representa de un 20 a un 30 por 100 de su valor; el pescado paga el 18 por 100 sobre el precio de venta; el trigo recogido en el *agro romano* paga muy cerca del 22 por 100. Aña-

---

(1) Marqués de Pepoli, *Hacienda pontificia*. Véanse también las Memorias del cardenal Consalvi.

damos a esto que el impuesto sobre la riqueza no es leve; yo sé que un capital de 33.000 escudos paga de 5 a 6.000 escudos de impuestos. Además, se hacen préstamos. Todo esto está en la tradición de las *luoghi di monte* y de las finanzas de los dos últimos siglos. Se trata de vivir y se vive al día; se procura no perturbar en nada el orden establecido. Las innovaciones causan horror a los viejos alarmados por el espíritu moderno. Un amigo mío, que ha viajado por Méjico, decía al Papa: «Santo Padre, sostened al nuevo emperador, ordenad al clero mejicano las transacciones y la sumisión; si no, se hundirá el Imperio, lo invadirán los americanos protestantes, lo colonizarán y será un país perdido para la fe católica.» El Papa parecía comprender y he aquí que el peso insuperable de la tradición acaba de armarlo públicamente contra el único establecimiento capaz de prolongar en la América del Norte el sostenimiento de la religión de la cual es el jefe.

En suma, subsistir, impedir, contener, conservar, esperar, amortiguar, tal es su espíritu. Si se busca algún otro rasgo, es siempre el espíritu eclesiástico quien lo facilite. Un sacerdote hace votos de celibato, y a causa de esto los pecados contra la castidad le preocupan más que los otros. En nuestra moral laica el primer resorte es el honor, es decir, la obligación de ser valiente y honrado; aquí toda la moral gira alrededor de la idea del sexo; se quiere mantener el espíritu en la ignorancia y en la inocencia primitivas o, por lo menos,

arrancarlo de la sensualidad por las mortificaciones y la abstinencia, o como último recurso, impedir el escándalo público. En este punto la policía es severa; nada de mujeres en las calles por la noche; los asuntos se tratan bajo cuerda y el comandante francés ha tenido que cambiar con el *monsignor* especial las notas más divertidas. La decencia externa hay que mantenerla a toda costa ¡y a qué costa! Hace poco una joven que había tenido un desliz es detenida, encerrada en una penitenciaría y se le dice que la prisión es por toda la vida. «¿Es que no hay ningún medio de salir de aquí? —Es preciso encontrar alguien que quiera casarse contigo.» Entonces ella envía a buscar a un viejo bribón, que le había hecho el amor inútilmente. Este sinvergüenza se casa con ella y al mes de casada la explota de la manera más canallesca; pero las apariencias se han salvado. Un amigo me cuenta el caso de una joven seducida por un obrero; ella quería a todo trance amamantar a su hijo; pero el párroco envía a los gendarmes, que le quitan el hijo a viva fuerza y lo llevan a un hospicio. Vuestro párroco tiene derecho a intervenir en todos vuestros asuntos: puede impediros tener una criada joven, si no estais casado; si sospecha alguna intriga, puede impediros visitar a las jóvenes solteras o a las mujeres casadas; puede echar de su parroquia a las mujeres cuya conducta le parezca sospechosa; puede pedir al cardenal vicario el destierro de una actriz o de una bailarina; tiene a sus órdenes a los gendarmes y no da cuenta más que al cardenal vicario. Es

imposible para un romano vivir bien en Roma si no está de buenas con su párroco; sin el certificado del párroco no hay ni pasaporte ni permiso de caza; el párroco vigila vuestras costumbres, vuestras opiniones, vuestras ideas, vuestras lecturas; es un policía inexorable. Evitar el escándalo, extender sobre la vida humana un barniz de corrección, conseguir que se practiquen los ritos, no ser contrariado, permanecer en el antiguo estado, ser absoluto en el reinado del espíritu y de los asuntos por el ascendiente de la imaginación y de las costumbres, a esto aspiran y se reducen sus pretensiones, y se ve claramente que tal ambición proviene, no de una situación momentánea, sino de la esencia misma de las instituciones y del carácter. El gobierno temporal, en manos eclesiásticas, no puede ser de otro modo. Llega al despotismo dulce, minucioso, inerte, decente, monástico, invencible, como una planta abre su flor.

24 de marzo.

*La religión*

Leo todas las mañanas con viva satisfacción *L'Unita Cattolica*. Es un periódico instructivo y se ven en él claramente los sentimientos que se llaman religiosos y católicos en Italia.

Un periódico liberal proponía a las mujeres italianas enviar sus anillos a Garibaldi con motivo del día de su santo. ¡Qué ultraje para San José,

que tiene la desgracia de ser el santo de este bandido! En compensación *L'Unita* pide a las mujeres sus anillos para el Papa, porque el Papa es el jefe de la Iglesia, y la Iglesia representa místicamente un carácter, que debe ser muy estimado por las mujeres: la maternidad. Este argumento es irresistible. Otro periódico llama al Papa «el gran mendigante» (*il gran mendico*). Desde hace un mes leo la lista de los donativos, publicados en primera plana. Son muchos; se calcula que el Papa recibe dos millones de piastras cada año por este conducto. Ordinariamente es una gracia obtenida o esperada, no solamente espiritual, sino temporal; los donantes, al enviar su ofrenda, reclaman la bendición del Santo Padre «para un asunto importante» (1). Se ve que es considerado como un personaje influyente, una especie de primer ministro de la corte celestial. Igualmente la jerarquía se señala con precisa claridad. El suplicante se recomienda primeramente a Jesucristo para que interceda cerca de Dios Padre; después a la Virgen o a cualquier santo cerca de Jesucristo; después, en fin, al Papa cerca de los santos, de la Virgen y de Jesucristo. Estos son los tres grados de la jurisdicción celestial; el Papa les parece un delegado de los soberanos del otro mundo, encargado de gober-

---

(1) 23 marzo. «La marquesa Julia \*\*\* ofrece al santo padre un anillo de oro con un exvoto para alcanzar de San José una gracia especial.»

26 marzo. «Un hijo que ruega por la curación de su madre ofrece al santo padre 10 francos y otros 10 francos a la Virgen de Spoleto para obtener la gracia pedida.»

nar éste y provisto de plenos poderes; las peticiones deben hacerse por su conducto y él informa las demandas. El italiano devoto conserva todavía las ideas que Lutero, hace tres siglos, encontró imperantes; precisa y humaniza todas las concepciones religiosas; a sus ojos Dios es un rey, y en todas las monarquías se llega al príncipe por los ministros sobre todo, por los parientes, los familiares y los criados.

Por consiguiente, la importancia de la Virgen es enorme (1). Para esta gente es verdaderamente la tercera persona de la Trinidad y substituye al Espíritu Santo, que, no teniendo figura corporal, escapa a la atención del pueblo. Para las personas que no imaginan las potencias celestiales más que mediante un rostro, ¿qué puede haber más atractiva y más misericordioso que una mujer? ¿Y qué puede haber más poderoso y más decisivo que una mujer tan amada cerca de un hijo tan bueno? Acabo de hojear *La Vergine*, una colección de poesías y de prosa que se publica todas las semanas

---

(1) San Alfonso de Ligorio, edición de los benedictinos de Solesmes, 1834, tomo I, pág. 495:

«¿Sabéis cómo suceden las cosas en el cielo? La santa Virgen se coloca ante su divino Hijo y le muestra sus entrañas en donde estuvo encerrado durante nueve meses y sus pechos santos con los cuales tantas veces lo amamantó. El Hijo va ante su Padre Todopoderoso y le muestra su costado abierto y las llagas santas que recibió por nosotros. A la vista de las dulces prendas de amor de su Hijo, Dios no puede rechazar la petición y lo obtenemos todo.»

San Alfonso de Ligorio es el casuista más acreditado de los tiempos modernos; además ha escrito diversos tratados espirituales. Aconsejo al lector que lea su *Reglamento de la vida de un cristiano*, sus *Poesías espirituales*, sus *Glorias de María* y su *Teología dogmática*, capítulos del matrimonio y de la restitución, lib. III, *dubium VI, articulus IV*.

en honor de María. El primer artículo trata de la visita de la Virgen a Isabel y del tiempo probable que duró esta visita; al final hay un soneto acerca del ángel que, encontrando a María tan encantadora, siente pena de volver al cielo. Este semanario se encuentra en todas las casas del gran mundo. Acaban de hacerme comprar *Il mese di Maria*, librito muy extendido que indica el tono de la devoción en Roma. Contiene instrucción para cada día del mes de María, con prácticas y oraciones, las cuales son llamadas *flores, guirnaldas y co onas espirituales*. «¿Quién puede dudar que la bienaventurada Virgen, que es tan liberal, tan magnánima, entre tantas coronas como tiene a su disposición no deba guardar una para el que con una constancia infatigable se dedique a ofrecerle dichas coronas?» Siguen algunos versitos y treinta historias confirmativas. «Un joven llamado Esquilio, que no tenía más de doce años, lleva una vida de crápula y de perversión. Dios, que quería atraerlo a su seno, le hizo caer gravemente enfermo, de tal modo que, perdida la esperanza de vivir, el muchacho de hora en hora aguardaba la muerte. Como hubiera perdido el conocimiento, se creyó muerto, y conducido a una habitación llena de fuego y procurando huir de las llamas, vió una puerta, por la cual penetra en una sala donde encuentra a la reina del cielo con muchos santos que le daban corte. Esquilio se postra súbitamente a sus pies; pero ella lo rechaza con una mirada severa y ordena que nuevamente sea arrojado al

fuego. El desgraciado implora a los santos y éstos obtienen de María esta respuesta: que Esquilio es un gran malvado y que no había rezado ni siquiera un Ave María. Los santos interceden de nuevo, dicen que ha cambiado de conducta, y mientras tanto Esquilio, lleno de un gran terror, promete dedicarse por entero a la vida espiritual todo el tiempo que viva. Entonces la Virgen, después de una severa reprimenda, le exhorta a redimir sus pecados por la penitencia, a cumplir su promesa, y revoca la orden que había dado de arrojarlo al fuego.» Dos jóvenes se pasean en barco por el Po; uno de ellos reza los oficios de la Virgen, el otro rehusa hacerlo diciendo que es día de divertirse. El barco zozobra y ambos invocan a la Virgen; llega la Virgen, coge de la mano al primero y dice al segundo: «Puesto que no te has creído obligado a honrarme, yo no estoy obligada a salvarte», y el joven se ahogó. Un joven libertino había robado una de las plumas con las cuales se inscribía en el registro los nombres de los fieles que se afiliaban a la congregación de María; utiliza esta pluma para escribir una carta amorosa y recibe en una mejilla una gran bofetada sin ver la mano que se la había propinado. Al mismo tiempo oye estas palabras: «Malvado, ¿has tenido la audacia de profanar una cosa que me había sido consagrada?» Cae por tierra y su mejilla permanece enrojecida durante muchos días. Estos son los relatos que forman aquí el espíritu de las mujeres y hasta de las grandes damas. Se les cuenta que cuando

Santa Teresa, interrumpiendo una carta, se paseaba por el jardín, venía Jesucristo a terminar la carta. Los maridos han recibido una educación parecida y jamás se borra la impresión marcada por la educación. Yo he visto a algunos muy cultos que no encuentran nada censurable en estos relatos y en estos libritos. Además, muchos individuos que parecen tener un espíritu amplio siguen a la muchedumbre. Ante la extrañeza responden al principio: «Nos vemos obligados.» Después, cuando hay un poco de intimidad, añaden: «Eso no hace daño y puede hacer bien; hay que tomar precauciones por si se da el caso de que los sacerdotes digan la verdad.» Ayer uno de nuestros amigos, al oír que una dama de la aristocracia acababa de marchar para visitar a una virgen que movía los ojos, deja escapar una sonrisa. Un oficial que estaba allí, adoptando un aire severo, le dice que él ha hecho el mismo viaje con sus amigos hace ocho días y que han visto, efectivamente, que la virgen movía los ojos. Por este camino se puede ir muy lejos. La condesa N..., que tiene dos hijos, ha puesto a uno bajo la protección de la virgen de Spolete y al otro bajo la advocación de Nuestra Señora de Vivalcaro; a su entender son dos personas distintas. Para estas imaginaciones vehementes y positivistas la imagen es, no una representación, sino una diosa viva. Por último, teniendo más confianza en Nuestra Señora de Vivalcaro, ha puesto a los dos niños bajo su protección única.

Después de esto te imaginarás lo que puede ser

la religión de la gente del pueblo. Un cochero, que sirve a uno de mis amigos, es arrastrado por el caballo en la cuesta del Pincio; ve que nada puede refrenarlo y hace un voto a la primer virgen que viene a su imaginación. El caballo se rompe la cabeza contra un muro y él mismo es lanzado contra una ventana enrejada; se agarra a los barrotes y es separado de allí con desgarraduras. Hace pintar dos cuadros a manera de exvoto, uno representándolo en el momento que pronuncia el voto y el otro en el momento en que es arrojado contra los barrotes. Una doncella de la condesa N... ha jugado a la lotería contando con la protección de tres santos; perdió su dinero y desde entonces ha retirado su devoción a los tres santos que tan mal la sirvieron. Esta clase de espíritus se impresionan con tanta fuerza, que inventan supersticiones hasta fuera del recinto oficial; por ejemplo, la criada de N... asegura que el papa es *jettatore*; si está bueno y puede dar la bendición el día de Pascuas, lloverá; si está enfermo, hará buen tiempo. Naturalmente, las doctrinas y los catecismos laboran en el mismo sentido. Un día entré en una iglesia donde un sacerdote enseñaba la doctrina a unas cuarenta niñas de siete a ocho años: las niñas miraban a todas partes con curiosidad, se hacían guiños, cuchicheaban con gestos de ratón astuto; todos estos cuerpecitos ávidos de movimiento, todas estas cabecitas despiertas y testarudas, bullían en la iglesia. El, con un aire dulce, paternal, iba de banco en banco conteniendo con la mano la nidada revol-

tosa y repitiendo siempre la misma palabra: *il diavolo*. «Tened cuidado con el diablo, mis queridas niñas; el diablo, que es tan malo, el diablo que quiere devorar vuestras almas, etc.» A los quince años, a los veinte años, volverá la palabra, y con la palabra la imagen: las fauces horribles, las garras afiladas, la llama abrasadora y todo lo demás. Un habitual de la iglesia d'Aracœli cuenta que, durante toda la cuaresma, los sermones han versado únicamente sobre el ayuno y los manjares prohibidos o permitidos: el predicador gesticula y se pasea por un tablado, describiendo el infierno; después, inmediatamente, las diversas maneras de preparar los macarrones y el bacalao, procedimientos muy diversos e inestimables para los tragones. Durante estos días, en el Corso, un carnicero había colocado sus jamones en forma de sepulcro; encima había instalado luces y guirnaldas, y en el interior se veía un bote donde nadaban peces rojos. El principio es que hay necesidad de hablar a los sentidos. El italiano no es accesible, como el alemán o el inglés, a las ideas desnudas; involuntariamente, las incorpora en una forma palpable; lo indeterminado y lo abstracto le escapa o le repugna; la estructura de su espíritu impone a sus concepciones contornos delimitados, un sólido relieve, y esta invasión incesante de las imágenes precisas, que ya ha hecho su pintura, hace hoy día su religión.

Es preciso conservar este ángulo visual, que es el de los naturalistas: todo mal humor desaparece, el espíritu se pacifica, no se ve en torno más que

efectos y causas; las cosas, explicadas, pierden su fealdad: al menos, se cesa de pensar contemplando las fuerzas productoras, que, como todas las fuerzas naturales, son inocentes, aunque se las pueda emplear en el mal o volverlas hacia el bien. Hasta las injurias y las violencias interesan: se experimenta la curiosidad de un físico que, habiendo observado la electricidad, explica la tormenta y olvida su jardín arrasado comprobando la exactitud de las leyes que le impiden tener fruta para el postre. Cada tres días, por lo menos, he leído en los periódicos artículos declamatorios y tonantes contra dos escritores célebres de nuestro tiempo: uno, tan brillante, tan amable, tan vivo, tan francés, tan espiritual, que se olvida uno de su buen sentido, que es tanto como su ingenio; el otro, tan amplio, tan delicado, tan fecundo en ideas generales, tan experto y tan refinado en el arte de sentir y de indicar los matices, tan felizmente dotado y tan bien provisto, que la filosofía y la erudición, las altas concepciones de conjunto y la minuciosa filología literaria son hebreo para él: sencillamente, M. About, autor de *La cuestión romana*, y M. Renan, autor de *La vida de Jesús*. Cada tres días, pues, se les llama malvados; yo he leído un artículo titulado «Renan e il diavolo», donde se probaba que el parecido entre ambos personajes era asombroso. Nada más natural: al pasar por ciertos espíritus, las cosas adquieren determinado color; las leyes de la refracción mental lo exigen así, y no son menos poderosas que las de

la refracción física. Yo he visto tal fenómeno uno de estos últimos días en el Capitolio: se trata de un tema de historia deformado y adulterado al atravesar los cerebros populares. Dos soldados franceses miraban a una Judith que acaba de matar a Holofernes; uno de ellos dice al otro: «¿Tú ves a esta mujer? Pues es una que la llaman Carlota Corday, y el otro es Marat, su querido, a quien asesinó en el baño; todas estas mujeres entretenidas son una canalla».

*28 de marzo.*

*La campiña*

Salimos a las ocho de la mañana para Albano, y cruzamos por la plaza de San Juan. Es la más bonita de Roma. Ya te la he descrito; pero siempre la encuentro más bonita que la última vez. Cuando, al dar la vuelta a la puerta, se encuentra la fachada de San Juan de Letrán parece enfática; a esta hora matinal, en este grandioso silencio, en medio de tantas ruinas y de cosas campestres, no lo es: se la encuentra tan imponente como rica, y el sol vierte sobre sus altas columnas apretujadas, sobre su asamblea de estatuas, sobre sus sólidos muros dorados, la magnificencia de su luz y su brillo triunfal.

Los setos verdeantes, los olmos llenos de brotes nuevos; de trecho en trecho, un albérchigo, un albaricoquero rosado luce tan espléndidamente

como un traje de baile. La cúpula celeste es toda luz. El acueducto de Sixto V, después el acueducto ruinoso de Claudio, extienden, a la izquierda, en la llanura su hilera de arcadas, y sus curvas se dibujan con una limpieza extraordinaria en el espacio transparente. Todo el paisaje forma tres planos: el plano verde, cálidamente iluminado por el chaparrón de rayos ardientes; la línea inmóvil y grave de los acueductos, y, más lejos, las montañas, envueltas en un vapor dorado y azulino. Se perciben en las hondonadas y en los altozanos rebaños de cabras y manadas de bueyes de largos cuernos; los techos cónicos de las chozas de los pastores, parecidas a las chozas de los salvajes; algunos pastores, con las piernas envueltas en piel de cabra, y, diseminadas hasta perderse de vista, ruinas de una ciudad antigua, una tumba socavada, un pilar coronado de yedra, extraños restos que parecen los de una ciudad inmensa, arrasada completamente por un diluvio. Los aldeanos tienen los ojos brillantes, la tez amarillenta, y cabalgan atravesando los campos para ganar el camino. El mesón es una casa grieteada, rojiza, leprosa, especie de sepulcro mudo, donde yacen bajo sus mantas dos hombres minados por la fiebre.

Se llega a Ariccia por un puente soberbio, cuyas arcadas franquean un valle; fué construído a expensas del papa B..., que ha recorrido los estados romanos y dice que las obras de arte no faltan nunca, y que los viajes largos son muy entretenidos. La arquitectura y las construcciones son un placer de

soberano viejo; el amor propio que impele a un Papa a construir una iglesia o un palacio, a poner su nombre y las armas de su familia en toda reparación y en toda restauración, le lleva a estos grandes trabajos, que hacen contraste con la negligencia general. Otros rasgos indican también la presencia de los gustos principescos y de la alta aristocracia. Un duque ha plantado las amplias avenidas de olmos que se abren más allá del pueblo. La aldea pertenece al príncipe Chigi. Su quinta, al final del puente, toda ennegrecida, tiene la apariencia de una fortaleza. Debajo del puente, su parque cubre el valle y sube hasta la montaña. Los viejos árboles retorcidos; los troncos monstruosos, grieteados por los años; los robles en todo el esplendor de su eterna juventud, se congregan allí refrescados por el agua corriente. Las copas grises y verdes de los árboles se mezclan; las yemas se revisten de un verde pálido, que mancha la corteza del árbol con la apariencia de un velo delicado sujeto por los dedos espinosos de las ramas. Todas estas tintas, bajo las alternativas de la luz y de la sombra, adquieren matices de una variedad y de una armonía encantadoras. La tierra, en la primavera, es blanda, y parece nueva: se percibe vagamente la germinación de la muchedumbre viviente, que se remueve en las entrañas de la tierra; los brotes tiernos asoman a través de las cortezas; los puntitos verdes lucen en el aire, atravesado y poblado por los rayos luminosos; las flores ríen ya en botones hinchados,

caprichosos, al borde de los arroyuelos. ¡Qué poca cosa son las piedras y los monumentos al lado de las criaturas naturales!

Comemos en Genzano, y nos vemos obligados a ir nosotros mismos a comprar la comida: el posadero rehusa comprometerse, pero nos indica una salchichería. Esta posada es totalmente salvaje: es una especie de cuadra con un arco alto. Las mulas, los asnos, entran y salen rozando las mesas y haciendo sonar sobre el pavimento sus herraduras. Las telas de araña cuelgan de las vigas, renegridas, y la luz de fuera entra en una gran oleada, donde se agita en torbellinos el polvillo de la sombra. No hay chimenea: la posadera guisa sobre un hogar, y el humo invade toda la habitación; además, la puerta de entrada y la puerta trasera están de par en par abiertas, y forman una corriente de aire. Supongo que Don Quijote, hace trescientos años, encontraría en las llanuras abrasadas de la Mancha posadas semejantes. Por sillas, bancos de madera, y por todo manjar, huevos y más huevos. Los pordioseros nos persiguen hasta en la mesa con una importunidad increíble. No se pueden describir sus harapos y su suciedad. Uno de ellos lleva un pantalón tan desgarrado, que se ven la mitad de los dos muslos, y los jirones cuelgan alrededor. Una vieja tiene sobre la cabeza, a guisa de pañuelo, una rodilla de la cocina, una especie de tela de colchón donde parece haberse limpiado los pies un regimiento. Las callejas laterales son cloacas extraordinarias, donde las piedras puntiagudas alternan

con la inmundicia. El pueblo tiene grandes edificios, que parecen antiguos. Mis amigos dicen que, en las montañas, se encuentran todavía pueblos construídos en el siglo xv, tan sólidamente levantados que trescientos años de decadencia no han sido bastante a deteriorar ni malgastar la obra primitiva.

Nos hemos encaminado al lago de Nemi, que es una porción de agua en el fondo de un circo de montañas. No tiene nada de particular, poco más o menos que el Tíber; su nombre es lo que hace su fama. Las montañas que lo rodean han perdido sus bosques: solos sobre la arena, los monstruosos plátanos, agarrados a las rocas con sus raíces, se muestran medio recostados sobre el agua; los troncos, informes, con hinchazones, rechonchos, dirigen hacia adelante sus grandes brazos blancuzcos, y sus ramas se sumergen en las pequeñas olas grises. Al lado susurra un ejército de juncos; los alielés y las anémonas abundan hasta en la médula de las raíces, y las pendientes lejanas aparecen a través del laberinto de ramas, medio azuladas por la distancia. Un nombre, el antiguo nombre del lago, sube a los labios, *speculum Dianae*, y se le vuelve a ver tal como era en los siglos de vida guerrera y de ritos desaparecidos, ceñido por vastos y negros bosques, desierto, cuando su silencio no era alterado más que por el berrido de los ciervos o las pisadas de las ciervas, que venían a beber; el cazador, el montañés que veía desde lo alto de una roca su inmóvil claridad glauca, sentía estremecerse

su carne, como si hubiese visto los ojos claros de la diosa; en el fondo de esta garganta, bajo los pinos eternos y los robles seculares, el lago luce, trágico y casto, y la superficie metálica, con sus reflejos de acero, era el «espejo de Diana».

Al regreso, cuando se ha subido al lomo sinuoso de la colina, se divisa el mar como una lámina de plata fundida que esparce reflejos. La llanura, interminable, se extiende hasta la playa, y se detiene cercada por la franja luminosa. Después se siguen alamedas de viejos robles, entre los cuales crecen los bojés y la pequeña población, siempre riente, de los arbustos verdes: no se cansa uno de contemplar este verano inmortal, al cual no puede tocar el invierno. De pronto, bajo los pies, se divisa el lago de Albano, gran capa de agua azulada, como esta de Nemi; pero más grande y más hermosamente orlada. De frente, por encima del ribazo que forma la espa, se alza el Monte Cavi, salvaje y rojizo, como un monstruo antediluviano pariente de los Pirineos y de los Alpes, sólo áspero y rudo entre estas montañas, que parecen trazadas por arquitectos, mostrando gallardamente su convento de frailes, tan pronto obscuro bajo la sombra de las nubes, tan pronto iluminado de súbito por un rayo de sol, sonriendo con una alegría extraña; un poco más bajo, Rocca di Papa, escalonada sobre una montaña próxima, toda blanca como una línea de almenas y cortando con sus casas suspendidas el aire borrasco y amenazador; en lo más hondo, el lago, en su cráter, con su

color de estaño, inmóvil y reluciente como una lámina de acero bruñido, extrañamente tranquilo, adormecido en una vida misteriosa y profunda bajo los estremecimientos silenciosos que lo cruzan y reflejando su orla dentada, la rica corona de robles que se nutren eternamente de su frescura. Al volver los ojos se ve hacia la izquierda Castel Gandolfo, con sus edificios blancos, su cúpula redonda recortada en el espacio, los picachos erizados en el lomo alargado del monte, como las costuras blancas incrustadas sobre el dorso de un cocodrilo; después, por último, al fondo, por encima de las crestas de las montañas, la extensa campiña romana y sus millones de manchas y franjas bajo una capa de polvo y de luz.

Un convento de cartujos está situado sobre el borde del lago. Siempre han elegido los frailes los lugares con un gran gusto y una singular nobleza de imaginación: la vida religiosa puede estar privada de las comodidades burguesas, libre el alma de las pequeñeces burguesas; por lo menos las ha rehusado otras veces. Desgraciadamente, lo horrible y lo grosero vienen a mostrarse en seguida al lado de lo noble. A la entrada hay una reja, y tras la reja, gran número de calaveras y de huesos de cartujos con inscripciones apropiadas. ¡Figúrate el efecto que produce sobre un aldeano, hombre imaginativo, que pase por allí! El cerebro y el corazón experimentan una sacudida, y la impresión dura mucho tiempo. Todo está calculado aquí para esta clase de emociones, como, por ejemplo, la misa

de San Pedro. El altar mayor está tan lejos, que los asistentes no pueden coger las palabras, y menos comprenderlas: es latín. Importa poco; el majestuoso mosconeo que llega a los oídos, los destellos producidos por las capas bordadas de oro, la severidad de las masas arquitecturales, bastan para emocionar vagamente el alma y hacer permanecer al hombre de rodillas.

*26 de marzo.*

Esta tarde, magna discusión política. Es lo que ocurre siempre a la terminación de los postres, después del café. La transcribo al volver a mi casa.

El interlocutor principal es un hermoso y grave joven, cuyo acento italiano es tan claro y tan armonioso que parece una música. Es muy violento contra el poder temporal. Yo le presento las objeciones clericales:

«Juzga usted al Papa, pierde usted la sumisión de alma y de corazón, se dirige usted hacia el protestantismo.» «De ninguna manera; nosotros somos y permanecemos católicos, nosotros aceptamos y mantenemos una autoridad superior encargada de regular la fe. Nosotros no le arrebatamos siquiera el poder temporal: no se puede quitar a la gente más que lo que tiene, y el Papa no lo tiene. Desde hace treinta años si reina es por las bayonetas austríacas o francesas; no sufrirá jamás una presión extranjera más fuerte que la que hoy

sufre. Nosotros no queremos desposeerlo, sino regularizar su posesión. Está por tierra, pues sentémosle.»

Yo insisto: «El principio del catolicismo no es solamente que la fe es una, sino también que la Iglesia es única. Ahora bien: si el papa se convierte en ciudadano particular, italiano, francés, austriaco, español, seguramente al cabo de uno o dos siglos caerá bajo la dominación del gobierno, del cual será el prisionero o el huésped, como le ocurrió al Papa de Aviñón con el rey de Francia. Entonces, por odio y por necesidad de independencia, los otros Estados crearán los antipapas o, por lo menos, patriarcas distintos, como el de San Petersburgo y el de Constantinopla; he aquí, pues, que llegan los cismas y se quedarán ustedes sin Iglesia católica. Y no tendrán tampoco Iglesia independiente. Bajo el gobierno de un príncipe, un patriarca, un Papa mismo, se convierte en un funcionario; bien claramente se ve en San Petersburgo, se ha visto igualmente en Francia bajo los reinados de Felipe el Hermoso y Felipe VI; cuando Napoleón quería establecer el Papa en París era para hacer de él un ministro de Cultos, muy respetado pero muy obediente. Notad que los gobiernos en Europa, sobre todo en Francia, intervienen ya en todos los asuntos. ¿Qué será si intervienen además en las conciencias? Toda libertad peligra; Europa se convertiría en una Rusia, en un Imperio romano, en una China. En fin, el dogma mismo está en peligro. Arrancar al Papa de su Estado

como una planta de su tierra, es entregarlo, y al dogma con él, a las influencias de las ideas modernas. El catolicismo, mientras permanezca sin modificación, es incommovible; su jefe necesita un país muerto, de individuos que no piensen; una ciudad de conventos, de museos, de ruinas; una pacífica y poética necrópolis. Figuraos aquí una academia de ciencias, cursos públicos, debates en las Cámaras, grandes industrias florecientes, la viva y universal predicación de una moral y de una filosofía laicas. ¿Cree usted que no alcanzaría el contagio a la teología? Lo alcanzará, y poco a poco se dulcificarán, se interpretarán los dogmas, se prescindirá de lo extravagante, se cesará de hablar de ellos. Fijaos en Francia, tan bien gobernada, tan obediente en tiempos de Bossuet; por el solo contacto de una sociedad pensadora el catolicismo se atemperó, se apartó de las tradiciones italianas, recusó el Concilio de Trento, atenuó el culto a las imágenes, se alió a la filosofía, sufrió el ascendiente de los fieles laicos, pero cultos y razonadores. ¿Qué sería esto en medio de las audacias, de los descubrimientos y de las seducciones de la civilización contemporánea? Desplazar o destronar al Papa es, al cabo de dos siglos, transformar la fe.»

Responde: «Tanto mejor. Al lado de los católicos supersticiosos están los verdaderos, y nosotros somos de éstos; que la Iglesia se transforme y se metamorfosee sabiamente, lentamente, al contacto dulcificado del espíritu moderno, es lo que nosotros deseamos. Para los cismas tanto peligro hay bajo

un Papa protegido como bajo un Papa desposeído. La fuerza de guarnición en Roma tiene el mismo ascendiente sobre él que el príncipe del cual sea súbdito o huésped. Si hay un recurso que garantice su independencia, es el nuestro; nosotros le daremos la orilla derecha del Tíber, San Pedro, Civitta-Vecchia; vivirá allí en un oasis, con gran pompa, y las contribuciones suministradas por todos los estados católicos, bajo la protección y con los respetos de Europa. En cuanto al peligro de reunir los poderes espiritual y temporal en las manos del príncipe, permítanos usted que le digamos que así ocurre en los países protestantes, por ejemplo, en Inglaterra, y que estos países no son menos libres. La reunión de los dos poderes no produce, pues, siempre la esclavitud; la consolida en algunos estados, pero no la implanta en otros. Entretanto, permitid que la rechacemos del nuestro, en donde se ha establecido. Si hay algún peligro en nuestro programa, es para nosotros y no para el Papa. Colocado en el corazón de Italia, exasperado, se hará revolucionario y removerá todo el pueblo bajo contra nosotros; pero, puesto que nosotros aceptamos todos los peligros, que nos dejen a nuestra suerte y no nos impongan un régimen que ustedes han rechazado.»

«¿Cuál es entonces esa transformación de la Iglesia católica que usted entrevé en un lejano oscuro?» Sobre este punto las respuestas son vagas. Mis interlocutores afirman que el alto clero italiano encierra un gran número de liberales; que entre

los mismos cardenales se encuentran, especialmente fuera de Roma. Citan, entre otros, a dom Luis Tosti, cuyas obras conozco. Es un religioso benedictino de Monte-Cassino, muy cristiano y muy liberal, que ha leído a los filósofos modernos, conoce la nueva exegética, es versado en historia, gusta de las especulaciones superiores, espíritu generoso, conciliador y amplio, cuya elocuencia arrolladora, poética, atrayente, es la de un Jorge Sand católico. Aquí el clero no está regimentado completamente como en Francia. Solamente entre nosotros sufre la Iglesia, por contagio, la disciplina administrativa (1). Ciertos eclesiásticos tienen en Italia posiciones casi independientes; dom Tosti está en su claustro como un profesor de Oxford en su canónjia; puede viajar, leer, pensar, editar a su gusto. Su objeto es poner a la Iglesia de acuerdo con la ciencia. Su principio es que la ciencia, siendo simplemente analítica, no es el único camino; que hay otro no menos seguro, que es el *atio sintetico*, el impulso personal, la creencia y el entusiasmo natural, por los cuales, sin razonamiento ni análisis, se descubre y comprende a Dios desde un principio y en seguida a Cristo. Esta fe generosa y apasionada, por la cual nosotros abrazamos la belleza, la bondad, la verdad en sí mismas y en su fuente, es única capaz de unir a los hombres en una

---

(1) «Mi clero es como un regimiento: debe marchar y marchar». Discurso del Cardenal de Bonnechose en el Senado, sesión de 1865.

comunidad fraternal, de impulsarlos a las buenas acciones, a la abnegación y al sacrificio. Esta comunidad, por tanto, es la Iglesia católica, y manteniendo su Evangelio inmutable la Iglesia debe acomodarse a las variaciones de la sociedad civil; puede hacerlo, pues que encierra en su seno «una variedad insuperable de formas». Está a punto de sufrir una de esas metamorfosis; pero quedará, conforme a su esencia, «la dueña de la moral». Todo esto no define la metamorfosis, y el mismo P. Tosti dice que es un secreto en las manos de Dios (1).

En esto el conde N..., fino y profundo espíritu italiano que comienzo a conocer bien ya apreciar bastante, me ha llevado aparte a un rincón y me ha dicho: «Estos jóvenes quieren entrar en el campo de la poesía; intentemos nosotros salir de ella. Dejemos a un lado por el momento la simpatía, el patriotismo, el rencor o las esperanzas; consideremos el catolicismo como un hecho, procuremos contar las fuerzas que lo sostienen y ver en qué centido y en qué límite la civilización moderna sontrarresta o entorpece su acción.» Así planteada la cuestión es un problema de mecánica moral, y he aquí, a lo que nos parece, a qué conjeturas se llega sobre este terreno.

La primera de estas fuerzas es el ascendiente de los ritos. Lo propio del salvaje, del niño, del espíritu inculto, imaginativo o vulgar, es la necesidad

---

(1) *Prolegomeni alla storia universale della Chiesa.*

de un fetiche, es decir, adorar el signo en lugar de la cosa significada; acomoda su religión a su inteligencia y no puede comprender las ideas desnudas o los sentimientos incorpóreos; santifica los objetos palpables y las prácticas materiales. Así fué la religión en la Edad Media. Subsiste todavía casi intacta en un pastor de la Sabina o en un aldeano de Bretaña. Un dedo de San Ives, un hábito de San Francisco, una imagen de Santa Ana o de la Virgen con sus vestidos nuevos y bordados, son para ellos Dios; una novena, un ayuno, un rosario asiduamente rezado, una medalla fervorosamente besada, es la piedad para ellos. En un grado superior, el sagrado recinto, la Virgen, los ángeles, el temor y la esperanza que ellos excitan, componen la religión. A dos grados, el sacerdote es considerado como un ser superior, depositario de la voluntad divina, distribuidor de las gracias celestiales. Todo esto en los países protestantes ha sido destruído por la reforma de Lutero; y continúa, atenuado, en los países católicos, entre los simples y los medio simples, sobre todo en los pueblos que tienen una imaginación ardiente y no saben leer. Esta fuerza va disminuyendo a medida que la instrucción y la cultura se propagan; sobre este punto el catolicismo, empujado por la civilización moderna, deja descascarillarse la corteza de idolatría de la Edad Media. En Francia, por ejemplo, después del siglo XVII esta clase de creencias y de prácticas cae en desuso, al menos en las clases un poco ilustradas. Sin duda queda todavía y quedará siem-

pre algo, pero es una vieja envoltura que se adelgaza, se agujerea y desaparece.

La segunda de estas fuerzas es la posesión de una *metafísica* completa, formulada y fijada. En este punto el catolicismo está en guerra abierta, si no con las ciencias experimentales, cuando menos con su espíritu, su método y su filosofía. Sin duda puede interpretar, transigir, hacerse firme en determinados puntos, decir que Moisés ha previsto la teoría del éter luminoso, porque hace nacer la luz antes que el Sol; puede pretender que los períodos geológicos están casi indicados en las jornadas del Génesis, elegir sus puestos en los terrenos inexplorados, arduos o difíciles, como la generación espontánea, las funciones cerebrales, la lengua primitiva, etc. Sin embargo, repugna invenciblemente la doctrina que somete toda afirmación al contraste de las experiencias repetidas y de las analogías que la rodean y que establece en principio la inmutabilidad de las leyes físicas y morales y reduce las entidades a nada más que signos cómodos para apuntar los hechos generales. En efecto, ha concebido su metafísica en una época de exaltación y de susceptibilidad extraordinarias, donde por todas partes los espíritus, levantando teoría sobre teoría, no veían en la naturaleza más que un apoyo obscuro perdido bajo las arcadas superpuestas, resplandecientes, interminables, de los seres místicos y sobrenaturales. Esta hostilidad una vez comprobada, hay que señalar que los descubrimientos de las ciencias, sus aplicaciones a la vida corriente,

su usurpación en los dominios inexplorados, su ascendiente en la opinión humana, su influencia sobre la educación y las costumbres del espíritu, su dominio en las especulaciones superiores y en las vistas de conjunto; en suma, su fuerza, va creciendo. Por tanto, el adversario pierde terreno y no puede, como en tiempos de Plotino y de Porfirio, refugiarse en las interpretaciones, apartar la cosa conservando el nombre, decir que rompe el símbolo y penetra en el sentido, porque la crítica ha nacido hace un siglo y hoy se conoce muy bien el pasado para confundirlo con el presente; cuando Hegel o cualquier otro conciliador presenta la filosofía del siglo XIX como la heredera y la intérprete de la metafísica del siglo III, interesa a los estudiantes, pero hace reír a los historiadores. Entonces el catolicismo se verá obligado a abandonar su bagaje alejandrino, como su bagaje feudal; no los arrojará al mar, porque es conservador, pero los deslizará al fondo de la bodega; quiero decir que hablará poco, que cesará de mostrarlo y que sacará a la luz otras partes del mismo. Es lo que ha hecho antes abiertamente y lo que hace hoy insensiblemente el protestantismo; ha raspado bajo Lutero el orín bárbaro y se prepara por la exégesis moderna para despojarle del orín bizantino; después de haber arrancado del cristianismo los ritos, le separa de las fórmulas, y puede afirmarse que, hasta en los países católicos, la mayoría de la gente de mundo son ortodoxos de palabra, pero en el fondo medio arrianos, medio unitarios, un poco

deístas, un poco escépticos, bastante negligentes, teólogos más que flojos y encontrarían, si examinaran a fondo, un gran espacio entre su catolicismo y las prácticas de la Edad Media o las entidades de Santa Sofía y de Serapis.

Estas son las fuerzas muertas, es decir, las constituidas por las fuerzas adquiridas y que obran sólo por la inercia natural de la materia humana. He aquí ahora las fuerzas activas, es decir, incessantemente renovadas por impulsos nuevos. El catolicismo, en primer lugar, posee una *Iglesia monárquica* sabiamente organizada, la más poderosa máquina administrativa que ha sido creada, una recluta aristocrática, subsistente por ella misma, substraída a la intervención laica, especie de gendarmería moral, que funciona al lado de los gobiernos para mantener la obediencia y el orden. Por esta razón, y como además su fondo es ascético, es decir, hostil a los placeres de los sentidos, puede ser considerada como un freno excelente contra el espíritu de revuelta y los apetitos carnales. Así es que toda sociedad amenazada por una teoría como la socialista o por pasiones ávidas como las de la democracia contemporánea, todo gobierno absoluto o muy centralizado, lo sostiene para apoyarse sobre él. Cuanto más universal y rápidamente se van borrando las clases sociales; cuanto más se exaltan los apetitos y pasiones; cuanto más por la ebullición interna las capas de abajo procuran desplazar a las capas altas, tanto más también parece saludable y protectora la Igle-

sia. Cuanto más disciplinado es un pueblo, por inclinación o a la fuerza, como Francia y Austria, obligado a poner su conducta en manos de una autoridad externa, es tanto más católico. Sin duda el establecimiento de los gobiernos parlamentarios o republicanos, la emancipación y la iniciativa de un individuo trabajan en un sentido opuesto; pero no es seguro que Europa camine hacia esta forma de sociedad o al menos que marche toda ella. Si Francia continúa siendo lo que es desde hace sesenta años, y lo que parece ser esencialmente, un cuartel administrativo exento de robos y bien administrado, el catolicismo puede subsistir allí indefinidamente.

La segunda fuerza activa es el *misticismo*. Por medio de Jesús y la Virgen, por la teoría y los sacramentos del amor, el catolicismo ofrece un alimento a las imaginaciones cariñosas y soñadoras, a las almas desgraciadas o apasionadas. Únicamente de este lado se desenvuelve, desde hace dos siglos, por el culto de la Virgen y del Sagrado Corazón, y recientemente por la proclamación del último dogma, el de la Inmaculada Concepción. Los benedictinos de Solesmes, que han editado a San Alfonso de Ligorio, hacen sobre este punto confesiones sorprendentes (1). Dicen que la antigua teo-

---

(1) Prefacio de la edición completa, tít. I, 1834. San Alfonso de Ligorio «es un eslabón necesario que prolonga hasta nuestros días esta cadena maravillosa por la cual desde hace tres siglos la tierra se ha acercado al cielo... Cristo confía a su iglesia nuevos secretos, la inicia de día en día en los inconmensurables misterios de su corazón... Una unción desconocida en los primeros siglos de nuestra

logía era dura; que la Iglesia ha recibido claridades nuevas, que por una revelación especial pone hoy a la luz la mansedumbre y la bondad divinas; que el dogma y el sentimiento del amor han llegado al primer rango; que la dignidad infinita, repartida sobre la persona de María, ofrece, en fin, a los fieles el altar donde pueden expansionarse deliciosamente con todos los goces de la adoración. He aquí una poesía femenina y sentimental; añadidle además la del culto. En todas las revueltas del siglo, en la época de las grandes disoluciones de doctrinas, estas dos poesías recogen los espíritus desalentados, exaltados o enfermos. Después de la caída de la civilización antigua se ha producido una gran alteración en la máquina humana: el equilibrio primitivo de las razas sanas, tal como lo conservaba la vida gimnástica, ha desaparecido. El hombre se ha hecho más sensible, y el enorme aumento de la reciente seguridad y del bienestar no ha hecho

---

fe ha penetrado el corazón de los predilectos de Dios... El culto de la esposa se ha hecho más tierno, nuevas amabilidades del esposo le han sido reveladas... En los católicos el misterio de la eucaristía es él solo toda una religión; es, sobre todo, después de los últimos seis siglos, cuando esta religión del cuerpo de Jesucristo ha recibido un nuevo desarrollo... Las prerrogativas de María, esta incomparable virgen, nos han sido mostradas bajo un aspecto nuevo... Herederos del amor, nosotros que la vemos interponerse como una dulce nube y atemperar deliciosamente el brillo de los rayos del sol, del cual es la aurora... Las prerrogativas de María, todopoderosa del género humano... Simbolizada en un corazón, el cristianismo ha podido sacar las últimas consecuencias de la ley de la gracia sobre las cuales está fundado... En esta edad de misericordia, los preceptos del Señor no han debido ser, por así decirlo, mas que las leyes orgánicas del amor... El horrible jansenismo ha aparecido, con su moral dura como sus dogmas y sus dogmas repugnantes como su moral».

más que aumentar su descontento, sus exigencias y sus pretensiones. Cuanto más tiene más desea; no solamente sus deseos sobrepasan su poder, sino que todavía la vaga aspiración de su corazón le lleva más allá de los apetitos de sus sentidos, de los sueños de su imaginación y de las curiosidades de su espíritu. Es el más allá lo que desea, y el tumulto febril de las capitales, las excitaciones de la literatura, la exageración de la vida sedentaria, artificial y cerebral, no hacen más que irritar el sufrimiento de su deseo insaciable. Después de ochenta años la poesía y la música se dedican a mostrar la enfermedad del siglo, y la acumulación de los conocimientos, el exceso de trabajo, la inmensidad del esfuerzo que suponen la ciencia y la democracia modernas, parecen hechas más para exasperar la llaga que para curarla. A las almas tan fatigadas y tan ávidas la encantadora quietud puede algunas veces parecer un refugio; notamos en nuestras mujeres que tienen nuestros males sin tener nuestros remedios. En las clases inferiores, entre las niñas, en medio de la vida provinciana, puede, por las seducciones de su poesía mundana y coqueta, por sus símbolos enternecedores y materiales, ganar muchas almas y hasta conducir a algunas a buscar en el amor ideal la expansión íntima, el ensueño amortiguador, la deliciosa angustia que el amor terrestre no puede darles.

Tal es, pues, la transformación probable y puede decirse que presente del catolicismo. Atenuar los ritos, excepto para los simples; arrojar la metafí-

sica, excepto en sus escuelas; estrechar su jerarquía administrativa y desarrollar sus doctrinas sentimentales, es lo que hace después del Concilio de Trento. Parece que debe de hoy en adelante, y por excelencia, hablar a los gobiernos y a las mujeres, volverse represivo y místico, crear alianzas y fundar Sagrados Corazones, ser un partido político y un asilo de almas enfermas. Como los progresos de las ciencias positivas y la base del bienestar industrial impiden la exaltación necesaria para el establecimiento de una religión nueva, no se le ve término a su duración; un pueblo nunca ha dejado su religión más que por una religión diferente. En el horizonte se percibe para ella una gran crisis: la intervención del nuevo protestantismo. El de Lutero y el de Calvino, rígido y literario, repugna a los pueblos latinos; el de Schleiermacher y el de Bunsen, dulcificado, transformado por la exégesis, acomodado a las necesidades de la civilización y de la ciencia, indefinidamente ampliado y depurado, puede convertirse por excelencia en la religión filosófica, liberal y moral y ganar hasta en los mismos países latinos este rango superior que en tiempos de Voltaire y Rousseau había alcanzado el deísmo. Si el combate se libra será digno de atención, porque entre un sistema filosófico y una religión no puede haber soldadura: cada una de las dos plantas tiene sus raíces independientes e indestructibles; entre dos religiones sería otra cosa. Si el catolicismo resiste a este ataque, me parece que quedará para en adelante al

abrigo de todos los demás. Siempre la dificultad de gobernar las democracias le proveerá de partidarios; siempre la sorda ansiedad de los corazones tristes o afectivos engrosará sus filas; siempre la antigüedad de la posesión le conservará los fieles. Estas son sus tres raíces, y la ciencia experimental no las alcanza, porque están compuestas no de ciencia, sino de sentimientos y de necesidades. Pueden ser más o menos ramificadas, más o menos profundas, pero no parece que el espíritu moderno haya hecho presa sobre ellas; por el contrario, en muchas almas y en algunos países el espíritu moderno introduce emociones y ciertas instituciones que por reacción las consolidan; y un día Macaulay ha podido decir, en un acceso de imaginación y de elocuencia, que el catolicismo subsistirá todavía, en América del Sur, por ejemplo, cuando los turistas que salgan de Australia vengan a visitar las ruinas de París o de Londres, a dibujar los arcos desmantelados del London Bridge o los muros derruídos del Panteón.

## LA SEMANA SANTA

*Domingo de Ramos*

Desde hace una semana nos pasamos la mitad de los días en San Pedro. Contemplamos una ceremonia, después nos sentamos fuera, en las escaleras; la plaza, cercada por sus columnatas, salpicada de puntos humanos que se mueven, atravesada por procesiones silenciosas, constituye por sí sola un espectáculo. Sobre la plaza, con un sol espléndido, entre los blancos penachos de las fuentes, se ven las procesiones que suben: monjes con cogullas violetas, rojas o negras, huérfanos, seminaristas, una muchedumbre abigarrada de visitantes, de mujeres con mantillas negras y soldados que cruzan y rebullen. Los coches de los *monsignori* llegan uno a uno, con su aparato de cocheros y lacayos con libreas; van tres en la parte posterior, dos agarrados al coche y otro detrás. Estos criados son decorativos. Vedlos en los cuadros de Heilbuth, importantes y serenos, con sus trajes nuevos que tienen la apariencia de trajes usados, o

con trajes usados que parecen trajes nuevos, medio bedeles, medio lacayos, sabiendo que cepillan la sotana de un posible Papa y que están más cerca del cielo que los demás hombres, convencidos de que su alma es un poco santa y, sin embargo, cuidando la tela de sus calzones. En cuanto a los prelados, sus figuras son muy finas, no con la finura parisién, que consiste en decir palabras bonitas, sino con una finura eclesiástica e italiana, como de diplomáticos y procuradores, gentes acostumbradas a reprimirse, a tomar precauciones, a no apresurarse. En la plaza dormitan los aldeanos; hay que tener cuidado de no acercarse mucho a ellos; el olor os sube a la nariz, no se lavan nunca y huelen a bestia salvaje. Alrededor, en los balcones, en las puertas, se ven gran número de grisetas romanas, con negros cabellos sabiamente ondulados y recogidos, con labios finos, con rasgos armoniosos, el mentón firme y la mirada fija. Algunas veces en una sucia y sórdida ventana se ve una de estas caras; se ha fijado uno en ella por la mañana y se la vuelve a encontrar por la tarde; pasa el día en eso, en mirar y en ser mirada.

Para un espíritu religioso, el espectáculo en el interior de San Pedro no es muy edificante. Los soldados del Papa, que forman la fila, bostezan, se vuelven, miran a las mujeres que pasan. Durante toda la misa, los asistentes circulan, hablan en voz baja o a media voz; como no hay bancos ni sillas intentan sentarse contra los pilares, se apoyan unas veces sobre un pie, y otras sobre otro; algunos

están adormecidos. Se oye por todas partes un continuo zumbido, y la gente va y viene como en un mercado. Poniéndose de puntillas, se ven pasar los suizos del Papa con el traje pintoresco y las partesanas del siglo XVI; después, los bedeles, con jubón de terciopelo negro, con la capilla española, la cadena de oro como en tiempos de Felipe II. En fin, la procesión desfila: cada personaje de blanco representa un apóstol, y lleva una vara enaguinaldada de amarillo, que representa una rama de boj; otros van de negro, violeta o rojo; los últimos son los obispos, relucientes en sus casullas damasquinadas: muchos sonríen, miran o hablan. En el fondo de la iglesia, detrás del gran baldaquino de bronce, se mezclan las genuflexiones, las actitudes, todo lo que queda de las antiguas ceremonias simbólicas, tan poco apropiadas a los tiempos presentes. A los costados, en los dos grandes estrados, las mujeres, vestidas de negro, con los velos negros en la cabeza, su Murray en la mano, no cesan de manejar sus gemelos. Se quejan de que la ceremonia sea incompleta. El Papa tiene erisipela, y es probable que no pueda officiar en las Pascuas; seguidamente, se detallan todas las opiniones médicas. No hay interés o simpatía verdaderos: para este público es sencillamente el primer actor, que falta, y su ausencia resta mérito a la representación. Las gentes hablan, se saludan, se pasean como en un saloncillo de la Opera. He aquí lo que queda de las pompas gloriosas que en tiempos de Bonifacio VIII atraían a los peregrinos por cientos

de miles: una decoración de teatro, una ceremonia huera, un asunto de estudio para los arqueólogos, cuadros para los artistas, curiosidades para la gente de mundo, un amontonamiento, en fin, de ritos, al que todos los siglos han aportado su colaboración, donde la fe sincera y la emoción espontánea del corazón no encuentran objeto que le corresponda; pero donde se reúnen los anticuarios, los pintores y los turistas.

Desde el punto de vista pintoresco, el efecto es muy distinto. Repleta por la muchedumbre, la iglesia parece colosal: este hormiguero de gente en movimiento le da vida como en un cuadro. Los grandes chorros de luz que caen desde la cúpula forman, aquí y allá, entre los mármoles lluvias de rayos y blancuras deslumbrantes. El gran baldaquino, que, a lo lejos, retuerce sus columnas leonadas entre las nubes de incienso, la armonía vaga de los cantos suavizados por la distancia, la magnificencia de los adornos y de los mármoles, el pueblo de estatuas que se agita indistinto en la sombra, el acoplamiento de tantas formas monumentales y de tantas curvas grandiosas, todo concurre a hacer de esta fiesta un canto de triunfo y de regocijo. Quisiera oír aquí la oración de *Moisés*, de Rossini, por trescientos cantores y una orquesta.

*Miércoles.**Miserere en la Sixtina*

Tres horas de pie; todos los hombres están de pie. Las dos horas primeras se aguantan; algunos, no resisten, y se van. Todos los cuerpos están prensados como en un torno. Las caras amarillean, enrojecen y gesticulan. Se piensa en los condenados de Miguel Angel. Los pies parecen entrar en las pantorrillas; los muslos, en las caderas; está uno doblado por los riñones. ¡Feliz el que encuentra una columna! Muchos se limpian el sudor de la frente con el pañuelo; otros, intentan inútilmente salvar su sombrero. No se divisa nada más que un bosque de cabezas. La muchedumbre empuja en la puerta, y de tiempo en tiempo un personaje oficial penetra y avanza, trabajosamente, gracias a las espaldas de los acólitos, como una cuña de hierro en un tarugo de madera. Bajo las tribunas de la entrada, en una especie de jaula, las mujeres se sientan sobre sus talones. Aquí y allá, los suizos, con plumero blanco y traje de teatro, se aprovechan de sus pies enormes y se apoyan en las alabardas. El murmullo monótono de los salmos no cesa.

Esto no impide a las figuras de Miguel Angel ser gigantes y héroes. ¡Ah! ¡Si pudiera acostarme de espaldas para mirar a los profetas! ¡Qué magníficos bustos, qué hermosos cuerpos primitivos los de

Adán y Eva! Y este terrible Cristo del juicio. ¡Qué Apolo vengador, qué sublime Júpiter tonante! ¡Con qué gesto de luchador victorioso oprime los cuerpos de sus enemigos precipitados! Todo aquí procede de la antigüedad: cuando Bramante concibió San Pedro, tomó sus dos ideas del Panteón y de la basílica de Constantino; las dos edades se reanudan.

Por fin, el *Kyrie*; después, el *Miserere*. Esto vale todos los dolores de pantorrillas y de riñones que hemos sufrido. La rareza es extremada: hay acordes prolongados, que parecen falsos y dejan el oído con una sensación parecida a la que experimenta la boca al comer una fruta ácida. No hay canto neto, ni melodía rítmica; son mezclas y cruzamientos de largos sostenidos, de voces vagas y lastimeras, que tienen la dulzura de arpas eólicas, de lamentos agudos del viento en los árboles, de los innumerales ruidos dolerosos o encantadores del campo. Nada más original, ni más grande. La época musical que ha compuesto esta misa está separada de la nuestra por un abismo. Esta música es infinitamente conmovedora, mucho más triste que ninguna obra moderna. Sale de un alma femenina y religiosa, han podido escribirla en algún convento perdido en un ambiente de soledad, después de prolongados ensueños indistintos, entre el susurro y los sollozos del viento, que llora y canta alrededor de las rocas. Es necesario a toda costa oír el *Miserere* de mañana. Uno es de Palestrina, y el otro de Allegri. ¡Qué corteza de sentimientos desconocidos

y profundos! ¡He aquí la música de la restauración católica, tal como la encontró el nuevo espíritu, al rehacer la Edad Media!

*Jueves.*

He recorrido ayer tarde y esta mañana los dos volúmenes de Baini sobre Palestrina (1). Era un hombre piadoso, amigo de San Felipe Neri, hijo de familia pobre y pobre toda su vida, viviendo de una pensión, primero, de seis, y, luego, de nueve escudos por mes, faltándole dinero para imprimir sus obras, desventurado y cariñoso, habiendo perdido tres hijos que daban las más hermosas esperanzas, escribiendo sus *Lamentaciones* en medio de penas agudas y prolongadas. En este momento, bajo él y bajo Goudimel, su maestro, la música, medio siglo antes que las otras artes, sale del pantano de la Edad Media. El canto sacro estaba lleno de orín escolástico, erizado de dificultades, de complicaciones, de extravagancias; las notas eran verdes cuando trataban temas campestres; rojas, cuando describían sangre y sacrificios; negras, cuando el texto nombraba el sepulcro y la muerte; cada parte, cantaba letras diferentes y a veces canciones mundanas. El compositor tomaba un aire alegre o licencioso: *El hombre armado* o *El amigo Baudichon, señora*. Y, sobre esto, a fuerza de rebuscamientos y gallardías de contrapunto,

---

(1) Nacido en 1524, muerto en 1594.

bordaba una misa. Pedantería y licencia; el régimen mecánico de la Edad Media deprimía y desorientaba el espíritu, lo mismo en música que en literatura, y producía en el siglo xv poetas tan tontos y tan afectados como los músicos (1). El sentimiento religioso reapareció protestante con Lutero; católico, con el concilio de Trento. Los protestantes, Goudimel, un mártir de la Saint Barthèlemy, da la música de los salmos heroicos que cantan sobre las hogueras y en las batallas. Los católicos, Palestrina, invitado por el Papa, da las vagas y vastas armonías de sus desolaciones místicas y las súplicas de un pueblo entero, niño y triste, arrodillado bajo la protección de Dios.

Estos *Miserere* están fuera y más allá de toda la música, que yo he oído. No puede imaginarse antes de escucharla toda la dulzura y melancolía tan extraña y tan sublime. Sobresalen en ella tres puntos: las disonancias, prodigadas hasta producir eso que nuestro oído, acostumbrado a las sensaciones agradables, llama hoy falsas notas; los temas, extraordinariamente multiplicados, de manera que el mismo acorde puede encerrar tres o cuatro consonancias y dos o tres disonancias, descomponerse y recomponerse por partes e incesantemente. A cada instante, una voz se destaca con un tema propio, y el haz se desparrama tan bien que la armonía total parece un efecto de la casuali-

---

(1) Véase Lydgate, Occleve, Howes, en Inglaterra; Brandt, en Alemania; Carlos de Orleans, las poesías de Froissart, en Francia.

dad, como el sordo y flotante concierto de los ruidos del campo. El tono continuo es el de una oración extática y lastimera, que persevera fuera de todo canto simétrico y de todo ritmo vulgar, aspiración infatigable de un corazón doliente, que no puede y no quiere descansar mas que en Dios, aspiración siempre renovada por las almas tristes abatidas por el peso que las retiene en tierra, suspiros prolongados de una infinidad de desgraciados, tiernos y amantes, que no se desalientan de adorar y de implorar.

El espectáculo es tan admirable para los ojos como para los oídos. Los cirios se apagan uno a uno, el vestibulo se obscurece, y las grandes figuras de los frescos parecen moverse en la sombra. A unos veinte pasos, de pronto, se encuentra uno ante la capilla Paulina, reluciente como un paraíso de luces y de perfumes. Las filas de cirios suben sobre el altar como una urna, las lámparas descenden abriendo sus arabescos dorados, sus penachos de llamas, sus rosáceos esplendores, sus crestas diamantinas, como los pájaros místicos del Dante. Las conchas de nácar erizan el santuario con sus blancuras tornasoladas. Las columnas retuercen sus espirales azules entre los cuerpos encantadores de los ángeles, bajo el humo del incienso; un olor enervante llena el aire. Es Bernini quien ha dispuesto esta deliciosa fiesta, estos deslumbramientos, esta magia; su Santa Teresa arrobada de la iglesia *Della Vittoria* la entrevé en espíritu, y es así como debe de ser.

Entretanto, en San Pedro, entre dos filas de soldados, se ve desfilar el cortejo que va a celebrar el lavatorio: primero, los *monsignori*, con el rostro espiritual; los cardenales violeta, con el solideo rojo en la mano, seguidos de sus acólitos; los canónigos, vestidos de rojo vivo. Ultimamente, los doce apóstoles, de azul, tocados con un singular sombrero blanco y un ramo en la mano. En otro tiempo, en un hospital, las damas romanas, vestidas de negro y con delantales blancos de religiosas, hacían el mismo oficio. Se recibía a tres o cuatrocientos aldeanos, venidos para la fiesta; las más grandes damas, las princesas, los descalzaban, lavaban sus pies, los secaban, les daban de comer y, después, los acostaban. Era un escape para la necesidad violenta e intermitente de emociones y de humillaciones cristianas.

### *Viernes.*

Tercer *Miserere*: un poco inferior a los precedentes, y, además, hoy la capilla Paulina, sin su iluminación, es ridícula; se descubre que las columnas azules y la mayoría de los dorados no eran más que un engaño de la vista. Los dos últimos frescos de Miguel Angel, *San Pedro crucificado* y *San Pablo arrojado por tierra*, no son más que académicos.

En la basílica de San Pedro, un cardenal, con un bonete rojo rematado por una toca roja, está sentado a cinco pasos del suelo, sobre una silla de madera negra esculpida, y tiene en la mano un

largo báculo, con el que toca la cabeza de los penitentes, arrodillados; estos tocamientos conceden una indulgencia especial. El cardenal tiene sesenta años, y es gordo, vestido de violeta, grave y admirable; no mueve ni un músculo de su rostro, y se le tomaría por un Budha majestuoso e hierático. De vez en cuando, pasa un cortejo de frailes, de negro, y entre las capuchas de inquisición tal cardenal, de rostro alargado y amarillo, con los ojos negros, ardientes, parece un Jiménez (1) que se ha quedado sin empleo. Alrededor, la muchedumbre se aprieta, ondula; pero la iglesia es tan grande, que todas las conversaciones, todos los pasos, se amortiguan y se funden en un enorme murmullo.

Hoy es una de mis últimas visitas; procuremos ver en conjunto el edificio. Los ojos se van habituando por grados y se toma la obra por lo que es, tal como la concibieron sus fundadores; se la considera no en cristiano, sino en artista. No es una iglesia, es un monumento, y firmes en este punto de vista, hay que añadir que es una obra maestra del hombre.

La escalinata de la capilla Sixtina, con los arcos enguirnaldados y el amplio desenvolvimiento de su pendiente, es de una nobleza y de una proporción admirables. San Pedro es parecido: ornado, pero sin exceso; grande, sin ser enorme; majestuoso, sin ser abrumador. Agradan las curvas sencillas de sus bóvedas y de la cúpula, su amplitud y

---

(1) Francisco Jiménez de Cisneros.

su solidez, su riqueza y su fuerza. Estas cajas doradas que bordan la bóveda, estos ángeles de mármol sentados sobre las curvas, este soberbio baldaquino de bronce apoyado sobre estas columnas retorcidas, estos pomposos mausoleos de los papas, forman un conjunto único; no se ha ofrecido jamás una fiesta pagana tan espléndida a un Dios cristiano.

¿Cuál es el Dios en este templo? En el fondo del ábside, por encima del altar mismo, en el lugar donde se colocan ordinariamente la Virgen o Cristo, está la cátedra de San Pedro. Esta es la patrona del lugar y la soberana. Las palabras oficiales completan la explicación: se llama al Papa *Su Santidad*, *Su Beatitud*; se tiene la impresión de creer que está ya en el cielo.

Casi todos los mausoleos de los papas son sorprendentes, sobre todo el de Pablo III, por Della Porta. Dos figuras de Virtudes, medio acostadas sobre la tumba, muestran sus hermosos cuerpos con actitudes atrevidas; la vieja piensa con una gravedad soberbia y fiera; la joven tiene una espléndida belleza: la cabeza espiritual y sensual, los cabellos ondulados, las orejas finas de las figuras venecianas. Estaba casi desnuda y la han vestido después; este paso de la escultura natural a la escultura decente señala el cambio que separa al Renacimiento del jesuitismo (1).

---

(1) Las quejas de un célebre católico francés han traído últimamente un recrudescimiento del pudor. Se han gastado 35.000 francos en camisas para los ángeles y los santos.

No sé por qué Stendhal alaba con tanto ardor el mausoleo de Clemente III, por Canova; son figuras de Girolet o de Guerin, feas o que posan. En este aspecto los túmulos recientes son muy instructivos. Cuanto más un monumento se acerca a nuestra época, tanto más sus figuras toman una expresión espiritual y pensativa; la cabeza usurpa toda la atención; el cuerpo se reduce, se cubre con un velo, es accesorio e insignificante. Considerad, comparándolas, por ejemplo, la tumba de Benito XIV, muerto en el siglo pasado, y al lado de ella los mausoleos de Pío VII y de Gregorio XVI: en el primero están tratadas hermosas mujeres, sentadas o de pie, todavía sanas y fuertes, en actitudes apropiadas y con movimientos naturales; en las otras dos las Virtudes son esqueletos cuidadosamente pulidos, vestidos e interesantes. Acabaremos por no sentir el cuerpo y la forma, sino solamente el alma y la expresión.

### *Domingo de Pascua*

El tiempo se ha estropeado, la lluvia cae a raudales. Pero la muchedumbre lo cubre todo, la plaza, las escaleras, los pórticos, y se pierde con un zumbido prolongado en la inmensidad de la basílica.

En este océano humano se desarrollan y se quiebran lentas ondas; ante la estatua de San Pedro la ola avanza y retrocede bajo el reflujo de las olas

precedentes. Los magullamientos y los apelo-tonamientos estrechan o aflojan a cada instante el desorden moviente de los reunidos; una tumultuosa y ruidosa confusión de pisadas, de restregones, de palabras, rueda entre los grandes muros, y en las alturas, por encima de esta agitación y este murmullo, se divisan las pacíficas curvas de las bóvedas, el vacío luminoso de las cúpulas y las orlas, los ornamentos, las estatuas que parecen superponerse para llenar el abismo de la cúpula.

En este mar de cuerpos y de cabezas un doble dique de soldados, de cantores, de monaguillos, forman un cauce por el que corre pomposamente el cortejo solemne: primero los guardias nobles, rojos y blancos, con el casco en la cabeza; después los camareros rojos; más lejos los prelados violetas; después los maestros de ceremonia con jubón y capilla negra; en seguida los cardenales, y, por último, el soberano pontífice, llevado por los acólitos en una silla de terciopelo rojo, bordado de oro, vestido con un amplio hábito blanco bordado de oro y llevando en la cabeza la tiara de oro de tres pisos. Los abanicos de plumas de avestruz se agitan alrededor de él. Tiene un aspecto bondadoso y afectuoso; su rostro pálido parece el de un enfermo; se piensa con tristeza que debe sufrir en este momento, que su pierna está envuelta en vendas. Va dando apaciblemente la bendición con una dulce sonrisa.

Los chantres y los soldados hablan alegremente momentos antes de su paso; un instante después

una trompeta en el ábside lanza un aire de ópera y dos o tres soldados se ponen a tararear al unísono; pero la gente del pueblo, los aldeanos que están allí miran como si viesen al Dios Padre. Hay que contemplar sus caras, sobre todo ante la imagen de San Pedro. Afluyen a oleadas, estrujándose para besar el pie de bronce, que está desgastado; lo acarician, lo aprietan sobre su frente; muchos de ellos para venir han recorrido a pie diez o doce millas y no saben dónde van a dormir. Algunos, aturdidos por el cambio de ambiente, dormitan de pie contra un pilar y sus mujeres les dan codazos para que se espabilen. Hay bastantes de ellos que tienen una cabeza de estatua romana: la frente pequeña, los rostros angulosos, el semblante sombrío y duro. Otros tienen el rostro regular, la barba poblada, el color tostado y bello y los cabellos rizados como en las pinturas del Renacimiento. No se imagina una raza más fuerte y más inculta. Sus trajes son raros: viejas casacas de piel de cabra o de oveja, polainas de cuero, capas azuladas, caladas cien veces por la lluvia, sandalias de piel como en los tiempos primitivos; de todo esto trasciende un olor insoportable. Sus ojos fijos, asombrados como los de un animal; más asombrados todavía lucen los de las mujeres, amarillentas y consumidas por la fiebre. Llegan aquí empujados por un vago temor, parecido al de los antiguos latinos, para no irritar a una potencia desconocida, peligrosa, que puede a su placer enviarles la fiebre o el granizo, y besan el dedo gordo de la esta-

tua con la seriedad de un asiático que lleva el tributo al pachá.

El murmullo de la misa rueda casi perdido en la lejanía, y las grandes figuras, envueltas en el incienso, acompañan con su nobleza y su gravedad la misteriosa armonía. ¡Qué señor tan poderoso y qué ídolo tan espléndido para estos aldeanos, el dueño de esta iglesia! Recordad, para comprender su impresión ante estas magnificencias, estos dorados y estos mármoles, su casucha ahumada, su campo desolado, sus ásperas montañas abrasadas, sus lagos negruzcos, el pesado calor del verano que atiza las fiebres, los pensamientos oscuros, inquietantes, que se agarran al cerebro de los pastores durante las horas solitarias o cuando la noche, con su cortejo de formas lúgubres, se extiende por la llanura. Un cielo rojizo como el de ayer sobre esta llanura lívida y las sombrías humaredas de la tarde hacen estremecer. El implacable sol del mediodía, en un barranco de rocas o en la podredumbre de un pantano, causa vértigos. Se sabe por los antiguos romanos qué presa hace la superstición en el hombre con estas aguas estancadas, estas sulfataras esparcidas, estas montañas destrozadas, estos lagos metálicos. Y los aldeanos que están aquí no tienen el espíritu más sano, más cultivado, más sereno que los soldados de Papirio.

Todo el mundo sale y aguarda al Papa, que debe asomarse al gran balcón de San Pedro para dar la bendición. La lluvia arrecia, y hasta perderse

de vista, en la plaza, en las calles, en las terrazas, la muchedumbre se apiña y hormigüea; caballería, infantería, carruajes, peatones bajo sus paraguas, aldeanos chorreando bajo la piel de cabra. Se agrupan por familias y miran, comen altramuces; lo que más les sorprende son los uniformes y el largo desfile de tropas francesas. Sus hijos, encaramados en los pilares, parecen potros salvajes.

El balcón permanece vacío; el papa no ha podido acabar, está muy enfermo. La muchedumbre se dispersa en la lluvia y en el barro. Decididamente, como dicen las gentes del pueblo, el Papa es *jet-tatore*; tenemos en este mal tiempo que asistir a una mitad de la ceremonia.

He aquí, después de catorce siglos, el final de la pompa romana, porque es el antiguo Imperio romano el que hoy vive aquí y se continúa. Se ocultó en tierra bajo el mazazo de los bárbaros; pero con el rejuvenecimiento universal de las cosas ha reaparecido en una forma nueva, imperio espiritual, y ya no temporal. Toda la historia de Italia se compendia en esta palabra: ha permanecido *latina*. Los hérulos, los ostrogodos, los lombardos, los francos, no se han asentado o no los han dominado; no ha sido germanizada como el resto de Europa; se ha vuelto a encontrar en el siglo x casi como era trescientos años antes de Jesucristo, municipal y no feudal, apartada de esta fidelidad del vasallo y de este honor del soldado que hacen los grandes Estados y las apacibles sociedades modernas, libres, como las ciuda-

des antiguas, de los odios mutuos, de las violencias intestinas, de las sediciones republicanas, de las tiranías locales, del derecho de la fuerza y, por consecuencia, del imperio de la violencia privada, olvidadas del espíritu militar y de la práctica del asesinato. Cuando amenazaba formarse un centro, el Papa armaba contra él las reservas municipales, lombardos, alemanes del Norte y del Sur, y les destruía todo. El soberano espiritual no podía sufrir a su lado un rey laico, y para permanecer independiente impedía todo intento de formar nación. Por esto en el siglo XVI, mientras que en toda Europa el molde social, agrandado y transformado, alzaba, unas al lado de otras, monarquías regulares apoyadas en el valor de los individuos y Estados organizados sostenidos por la práctica de la justicia, Italia, disgregada en pequeñas tiranías, repartida en débiles repúblicas, caída en sus costumbres, amodorrada en sus instintos, se encuentra encerrada en las formas estrechas de la civilización antigua, bajo la protección impotente del César espiritual, que le había impedido unirse, sin ser capaz de protegerla. Fué invadida, saqueada, repartida y vendida. En este mundo el que es débil se convierte en la presa de otro. Tan pronto como un pueblo adquiere una forma de organización superior, sus vecinos procuran imitarlo; el que hoy olvida fabricar cañones rayados y barcos acorazados será mañana un protegido a quien se perdona, pasado mañana un dominado a quien se roba y al otro día una presa comestible. Si Italia ha su-

frido durante tres siglos la decadencia y la esclavitud es por haber olvidado las tradiciones municipales y romanas. En estos momentos las fomenta, comprende que para mantenerse de pie ante las grandes monarquías militares tiene que convertirse ella también en una gran monarquía militar; que la vieja forma latina ha producido y prolongado su debilidad; que en el mundo, tal como está hoy, una reunión de pequeños Estados bajo las bendiciones y los manejos de un príncipe cosmopolita, pertenece a los vecinos fuertes que quieran explotarlos o tomarlos. Reconoce que las dos prerrogativas que constituyen su orgullo son las dos fuentes de donde ha brotado su miseria; que la independencia municipal y la soberanía pontificia, libertadoras en la Edad Media, son perniciosas en los tiempos modernos; que las instituciones que la han protegido contra los invasores del siglo XIII la entregan a los invasores del siglo XIX; que si no quiere seguir siendo un paseo de ociosos, un espectáculo de curiosos, un seminario de cantores, un salón de pisaverdes, una antesala de parásitos, está obligada a convertirse en un ejército, en una compañía industrial, en un laboratorio de sabios, en un pueblo de trabajadores. En esta transformación tan vasta tiene por jalones el recuerdo de los males pasados y el contagio de la civilización europea. Es mucho. ¿Es bastante?

FIN DEL TOMO II



# ÍNDICE

## Páginas

LA PINTURA.....	5
<i>Rafael:</i> Primera impresión. Diferencia de la pintura de caballete y de la pintura mural. Transformación del espíritu humano entre el siglo XVI y el XVII. El cuerpo, desnudo o vestido, es el centro del arte en el siglo XVI. Educación y carácter de Rafael.— <i>Segunda impresión:</i> La <i>Madonna de Foligno</i> . Las cámaras del Vaticano. Las Sibilas. La Farnesina.— <i>El museo del Vaticano:</i> El museo del Capitolio. La academia de San Lucas.— <i>Miguel Angel:</i> Las costumbres del Renacimiento. Los actos corporales y las pompas pintorescas. El espíritu está entonces lleno no de ideas, sino de imágenes. Vida y carácter de Miguel Angel. La Sixtina. E <i>Juicio final</i> .	
VILLAS Y PALACIOS.....	73
<i>El gran señor italiano en el siglo XVII:</i> Costumbres de palacios y de antesalas. La villa Albani. La villa Borghese. La villa Ludovisi. Estatuas. <i>La Aurora</i> , de Guercin. Paisajes.— <i>El nepotismo en el siglo XVII:</i> La decadencia en el siglo XVIII. Los palacios actuales. Palacio Farnesio. Palacio y galería Sciarra, Doria, Borghese, Barberini, Rospigliosi. Los pintores de los siglos XVI y XVII.	
LAS IGLESIAS.....	121
<i>Carácter de las iglesias de Roma:</i> La piedad de la Edad Media y la devoción del siglo XVI. Transformación del catolicismo después del Renacimiento. Jesús. El espíritu jesuítico. El gusto en	

el siglo XVII. — *Santa Maria del Popolo*: Los Capuchinos. Santa Maria degli Angeli. Los cartujos. Las reliquias. Santa Maria della Victoria. La Santa Teresa, de Bernin. La devoción y el amor en el siglo XVII. Los jardines del Quirinal. — *Paseos*: Santa Maria la Mayor. San Juan de Letrán. Paisajes. — *Las calles de Roma*: Santa Maria in Transtevere. San Clemente. San Francisco de Ripa.

LA SOCIEDAD..... 167

*La burguesía*: Las costumbres. El amor. — *La nobleza*: Los salones. La ociosidad. — *La campiña de Roma*: La villa del papa Julio III. Porta Prima. Frascati. Tusculum. La villa Aldobrandini. Grotta Ferrata. — *El pueblo*: La administración. Las opiniones. — *El gobierno*: Sus apoyos. Sus instintos. — *La religión*: *L'Unita cattolica*. Los devocionarios. Las prácticas. — *El país*: Ariccia. Genzano Albano. Paisajes. — *Estado de los ánimos*: Conjeturas sobre el porvenir del catolicismo.

LA SEMANA SANTA..... 249

*Domingo de Ramos*: San Pedro. Miserere en la Sixtina. Palestrina. La capilla Paulina. — *El Viernes Santo*: El papado en San Pedro. Las tumbas de los papas. — *Domingo de Pascua*: Ceremonias. El papa. Los visitantes. Los aldeanos. El pasado y el porvenir de Italia.

# MANUALES "GALLACH"

---

BIBLIOTECA DE CONOCIMIENTOS  
ENCICLOPÉDICOS

Abarca todas las Ciencias, Artes, Oficios y las aplicaciones prácticas. Redactados por los más célebres especialistas españoles, entre los que citaremos los nombres de Carracido, Posada, Altamira, De Buen, Costa, Casares, Giner de los Ríos, Zulueta, Piernas Hurtado, Dorado, etc.

*Admirablemente encuadernados en tela, con profusión de ilustraciones y láminas en negro y en color*

PIDA CATÁLOGOS ESPECIALES

# COLECCIÓN CONTEMPORANEA

## LOS MEJORES NOVELIS- TAS DE NUESTRA ÉPOCA

BIBLIOTECA PRIMOROSAMENTE PRESENTADA,  
COMPUESTA DE OBRAS ESCOGIDAS ENTRE LO  
MÁS SELECTO DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA  
ACTUAL

### Algunas obras publicadas:

	Ptas.
Arnoux (Alejandro).—El «Cabaret».....	4,50
Barrios (Eduardo).—El hermano asno.....	4,—
Cancela (Arturo).—Tres relatos porteños.....	4,—
Chejov (Antón).—El Jardín de los cerezos.....	5,—
Clermont (Emilio).—Laura.....	4,—
Mann (Tomás).—La muerte en Venecia y Tristán.....	5,—
Mann (Enrique).—Las diosas. Tomo I: Diana.....	5,—
Maeztu (Ramiro de).—Don Quijote, don Juan y la Celestina.....	5,—
Noel (Eugenio).—España nervio a nervio.....	5,—
Proust (Marcelo).—Por el camino de Swann. Dos tomos; cada uno.....	5,—
Proust (Marcelo).—A la sombra de las muchachas en flor. Dos tomos; cada uno.....	5,—
Quiroga (Horacio).—La gallina degollada.....	4,—
Unamuno (Miguel de).—Tres novelas ejemplares y un prólogo.....	3,—
Urabayen (Félix).—Toledo la despojada.....	4,—
— El barrio maldito.....	4,50
— Toledo: Piedad.....	5,—
— Por los senderos del mundo creyente.....	5,—
— Centauros del Pirineo.....	5,—
— Serenata lírica a la vieja ciudad.....	5,—







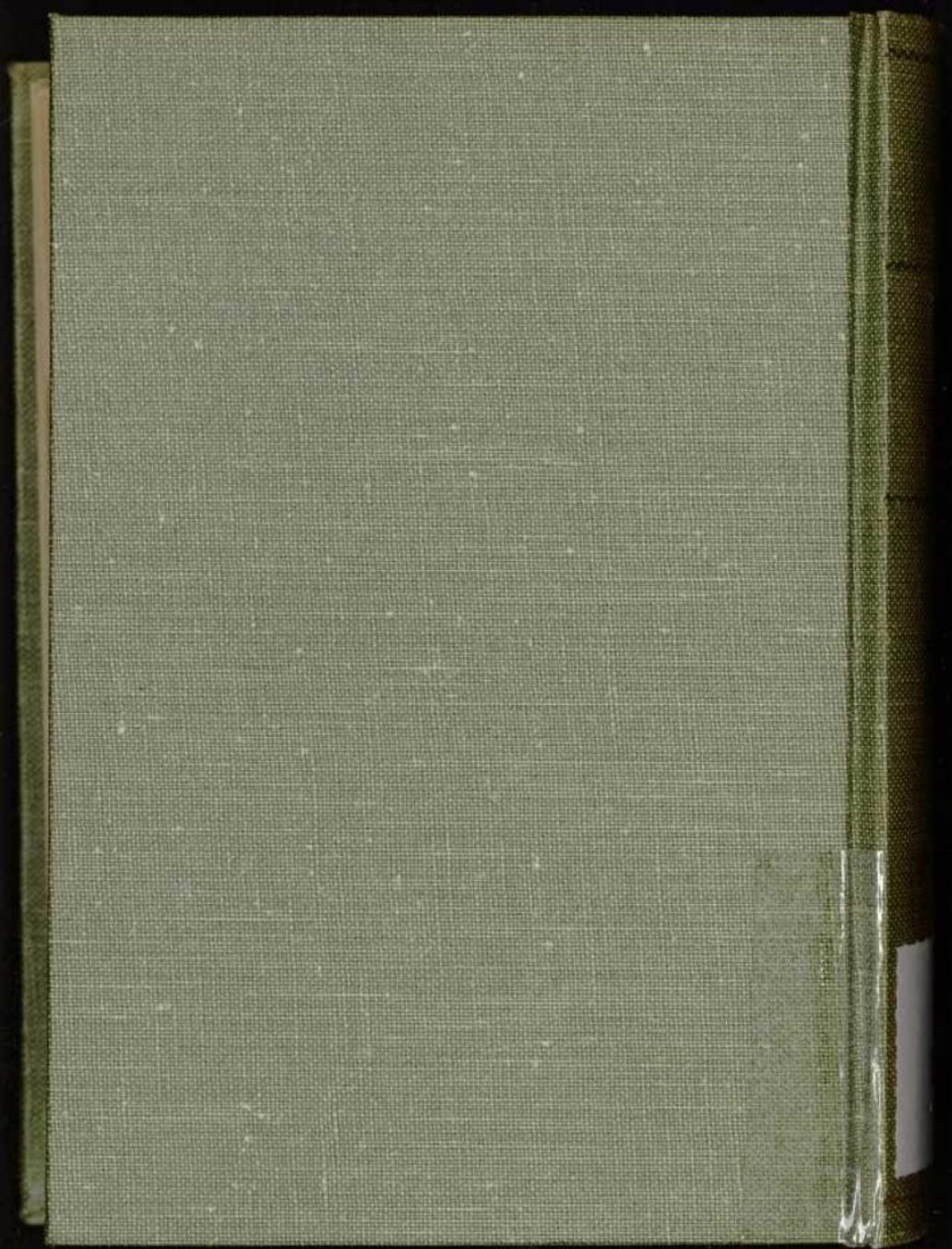


B.P. de Soria



61165736

DR 1177



H. TAINI  
VIAJE  
POR  
ITALIA

DR  
1177